

José de Viera y Clavijo

Historia de Canarias

Tomo I

José de Viera y Clavijo

BIBLIOTECA BASICA CANARIA

9

HISTORIA DE CANARIAS

I

Edición de Antonio de Béthencourt Massieu



Biblioteca Básica Canaria

Director

Juan-Manuel García Ramos

Consejo asesor

María Rosa Alonso

Juan Jesús Armas Marcelo

Joaquín Artiles

Luis León Barreto

Sebastián de la Nuez

Pablo Quintana

Jorge Rodríguez Padrón

Lázaro Santana

Maximiano Trapero

Comisión técnica

Coordinación:

Maximiano Trapero

Corrección:

Juan Antonio Martínez de la Fe

Diseño:

Juan Francisco Álamo

Producción:

Carlos Gaviño de Franchy

Secretaría:

Bernardo Chevilly

Mireya Jiménez Jaén

José de Viera y Clavijo

HISTORIA DE CANARIAS

I

Islas Canarias
1991

© Para la introducción **Antonio de Béthencourt Massieu**

©  Viceconsejería de Cultura y Deportes.
Gobierno de Canarias

ISBN: 84-87137-94-6 (Obra completa)

ISBN: 84-87137-95-4 (Tomo I)

Depósito Legal: M. 10.742-1991

Fotomecánica e impresión:

MARIAR, S. A. - Tomás Bretón, 51 - 28045 Madrid

ÍNDICE

TOMO I

	<u>Págs.</u>
INTRODUCCIÓN	17
I. Biografía	17
Primeros pasos	17
La tertulia lagunera de Nava	19
Años madrileños	20
Viajes por Europa	21
Regreso a Canarias	22
Viera en Las Palmas de Gran Canaria	23
Labor cultural	24
Años postreros	25
II. El pensamiento de Viera	26
III. Su "Historia de Canarias"	27
Prosa y método	27
Fuentes y laboriosidad	28
La "Historia de Canarias" en la historio- grafía	29
IV. La Antología	31
V. Bibliografía selecta	34

NOTICIAS DE LA HISTORIA DE CANARIAS

DEDICATORIA	35
Al rey nuestro Señor don Carlos III	37

	<u>Págs.</u>
LIBRO I	45
1. Estas islas pertenecen al África	45
2. Su número, latitud y clima	45
3. Se toma en ellas el primer meridiano	46
6. Por qué fueron reputadas por Campos Elíseos y se llamaron Islas Afortunadas	47
7. Descripción que hace Plutarco de ellas	49
9. Su epíteto de Atlánticas	51
10. Si fueron las Canarias parte de la Atlántida de Platón	51
14. Si son una continuación de los montes ad- yacentes del África	52
17. De la Gran Canaria toman el nombre ge- nérico de Canarias	54
18. Opiniones sobre el origen y etimología del nombre de Canaria	54
28. La famosa cuestión de San Borondón	57
LIBRO II	67
3. Sus figuras [de los primitivos habitantes de Canarias]	67
4. Su carácter	68
5. Sus idiomas	68
6. Sus alimentos	69
7. Digresión sobre el Árbol del Hierro	71
9. Sus habitaciones	75
11. Su nobleza	77
14. Sus juegos	79
15. Su religión	81
16. Sus matrimonios	82
17. Sus embalsamamientos y entierros	83
19. Sus leyes	84
20. Sus guerras	85
21. Sus reinos y monarcas	87
23. Reinos de Tenerife	96

	<u>Págs.</u>
LIBRO III	103
1. De las primeras naciones que tuvieron co- nocimiento práctico de las Canarias	103
4. Descripción del Pico de Tenerife	104
15. Juba, rey de la Mauritania	105
20. Los genoveses	106
21. Investidura del reino de las Canarias en don Luis de la Cerda, infante de España	107
22. Mallorquines y aragoneses	109
25. Andaluces y vizcaínos	110
27. Aparición de la imagen de Nuestra Señora de Candelaria	111
28. Primera entrada de los franceses en Lan- zarote	113
29. Derecho con que Béthencourt emprendió la conquista, y época en que la comenzó	114
30. Navegación de Juan de Béthencourt y Gadifer de la Salle a nuestras islas	115
32. Tratados de paz y amistad con el rey Gua- darfrá	117
33. Primer desembarco en Fuerteventura y se- dición del equipaje	118
34. Pasa Béthencourt a solicitar socorros a Es- paña	120
36. Presta Juan de Béthencourt homenaje por las islas a Enrique III de Castilla	120
37. Rompimiento de los isleños de Lanzarote contra los franceses, y guerra civil del bárbaro Ache	122
LIBRO IV	125
2. Sométese el rey Guadarfrá y se bautiza con los demás lanzaroteños	125
4. Designios de Béthencourt sobre las costas occidentales de África	126

	<u>Págs.</u>
8. Rompimiento de Béthencourt y Gadifer, y su viaje a la corte de Castilla	127
10. Retorna Béthencourt a sus conquistas con nuevos privilegios	128
14. Rendición y bautismo de los reyes de Fuerteventura	128
15. Viaje del conquistador a Francia y su retorno magnífico a Lanzarote	130
16. Expedición de Béthencourt a la Gran Canaria en que le da este nombre	131
17. Reduce Juan de Béthencourt las islas de La Gomera y del Hierro	133
19. Da Béthencourt el gobierno de las islas a Maciot, su pariente, y establece varios reglamentos en ellas	136
22. Llega Béthencourt a Roma. Erige Inocencio VII las islas en obispado, bajo el título de San Marcial de Rubicón	137
29. Elogio de Juan de Béthencourt el Grande...	137
LIBRO V	141
1. Maciot de Béthencourt sucede en el gobierno de las Canarias	141
3. Don Alberto de las Casas, primer obispo de Rubicón, en Lanzarote	142
8. Tiraniza Maciot sus pueblos	143
9. Resístele don fray Mendo de Viedma, tercer obispo de las islas	144
10. Consecuencias de estas disputas	145
11. Pedro Barba de Campos llega armado a Lanzarote. Maciot le cede los derechos que no tiene	146
14. Abandona Maciot las Canarias y se pasa a la isla de la Madera	148
15. Vende Maciot las Canarias a don Enrique de Portugal	149

	<u>Págs.</u>
17. Contestaciones en Roma y en el concilio de Basilea sobre las Canarias entre Castilla y Portugal	150
20. Obtiene las Canarias don Enrique de Guzmán, conde de Niebla	151
21. El conde de Niebla las cede a Guillén de las Casas	151
22. Fernán Peraza, séptimo señor de las islas ..	152
23. Invade Guillén Peraza la isla de La Palma, en donde muere	153
24. Elogio del joven Peraza	154
 LIBRO VI	 155
1. Heredan el estado de Canarias doña Inés Peraza y Diego de Herrera	155
2. Pacifican la rebelión de Fuerteventura	156
4. San Diego de Alcalá y fray Juan de Santorcaz en Fuerteventura	157
9. Doña Inés Peraza, pacífica poseedora de las islas menores	158
12. Diego de Herrera hace la ceremonia de tomar posesión de la isla de Canaria	159
14. Tratados de paz con los reyes de Tenerife	160
17. Diego de Silva invade a Canaria enviado por el Infante de Portugal	162
18. Atienden al derecho de Herrera las cortes de Portugal y Castilla	162
20. Tratados de paz con los canarios. Construcción del fuerte de Gando	163
21. Modo que tuvieron los canarios de echar a los cristianos de la isla	164

	<u>Págs.</u>
26. Translación de las tres islas mayores a la corona real. Títulos de condes de La Gomera a Diego de Herrera y doña Inés Peraza	166
28. Entradas de Herrera en Berbería y construcción del castillo de Mar Pequeña	167
LIBRO VII	169
13. Pesquisas de Esteban Pérez de Cabitos	169
14. Resuelven los Reyes Católicos la conquista de la Gran Canaria	169
15. Entrada en la Gran Canaria y formación del Real de Las Palmas	171
16. Batalla de Guiniguada	173
18. Diferencias entre el general Rejón y el Deán Bermúdez	175
20. Llega Pedro del Algaba a apaciguar las disensiones, y las aumenta	177
21. El general Rejón enviado preso a Sevilla ..	178
22. Fatal incursión en el territorio de Moya ...	179
23. Vuelve Rejón a Canaria con el obispo don Juan de Frías	179
24. Rejón se retira por segunda vez a España..	180
25. Ataque memorable de Tirajana	182
26. Vuelve a Canaria Juan Rejón	183
27. Muere degollado Pedro del Algaba y sale desterrado Bermúdez	185
29. Llega a la conquista el general Pedro de Vera.	185
31. Inicua estratagema de Vera contra los canarios prosélitos	186
32. Desafío de Doramas. Su muerte y elogio ..	187
33. Construcción del fuerte del Agaete	189
34. Nueva derrota en Tirajana	190
36. Vuelve Juan Rejón con una armadilla a conquistar La Palma. Su muerte en La Gomera	190

	<u>Págs.</u>
38. Prisión de Hernán Peraza. Su casamiento con doña Beatriz de Bobadilla	192
40. El Guanarteme de Gáldar prisionero y presentado a los Reyes Católicos	193
43. Sitio de Bentaiga con pérdida de los cristianos	196
44. Ataque de los puertos de Titana, Ajódar y Fataga	196
45. Ataque de Ajódar	198
47. Última rendición de la Gran Canaria	199
49. Reflexiones sobre este memorable suceso .	202
50. Repartimientos de tierras y aguas	204
51. Translación de la catedral de Rubicón a Canaria	204
53. Privilegios y fuero de la Gran Canaria	205
54. Idea de la nueva población y principios de su opulencia	207
LIBRO VIII	209
2. Muerte de Herrera. Su sucesión	209
3. Sublevación de los gomeros y muerte trágica de Hernán Peraza	210
4. Ejecuta Pedro de Vera atroces castigos en los delincuentes	213
11. Alonso Fernández de Lugo obtiene las conquistas de Tenerife y La Palma	214
12. Preparativos para la conquista de La Palma.	217
14. Capitulaciones con el príncipe Mayantigo y otros	217
16. Ríndese gran parte de la isla y defiéndose obstinadamente Tanausú	218
17. Batalla decisiva que pone fin a la conquista de La Palma	222
22. Aporta a las Canarias el primer descubridor de la América	223

	<u>Págs.</u>
LIBRO IX	225
1. Preparativos para la conquista de Tenerife.	225
2. Primer desembarco. Campamento de Santa Cruz	225
3. Vistas de los europeos y guanches cerca de La Laguna	227
5. Alianza del mencey de Güímar con los cristianos	229
6. Memorable batalla de Acentejo	230
7. Socorre Añaterve de Güímar el campo español	234
8. Atacan la torre de Santa Cruz los anagüeses	235
9. Retíranse los conquistadores a Canaria y hacen nuevos preparativos	236
10. Segundo desembarco en Tenerife. Batalla de La Laguna	237
12. Modorra de los guanches	240
17. Victoria de los cristianos en Acentejo	241
18. Contestaciones con los armadores de la conquista. Socorros del duque de Medina-Sidonia	243
19. Penetran los españoles hasta el valle de La Orotava	244
20. Rendición de la parte principal de Tenerife.	246
21. Acaban de reducirse los malcontentos	247
22. Son proclamados en Tenerife los Reyes Católicos	249
23. Erígesse la iglesia de Santiago en el Realejo. Bautízanse los reyes guanches	249
27. Presenta don Alonso de Lugo a los Reyes Católicos los guanches vencidos	250
28. Lamentable extinción de la nación guanchinés	251

	<u>Págs.</u>
30. De los repartimientos de Tenerife y sus reformas	252
33. Casamiento del adelantado con doña Beatriz de Bobadilla. Violencias de esta señora	253
34. Diferencias del adelantado y don Guillén Peraza	254
36. Primeros propios y arbitrios de Tenerife ..	256
40. Reflexiones sobre el gobierno político de las islas	257
44. Muerte de don Alonso Fernández de Lugo. Su elogio. Su sucesión	259
LIBRO X	263
1. Gobierno y división de las islas menores entre los hijos de Diego de Herrera	263
4. De don Agustín de Herrera y Roxas. Sus proezas en África	265
5. Irrupción de los berberiscos en Lanzarote en 1569	266
6. Segunda irrupción de Amurath. Cautiverio de doña Inés Benítez. Su rescate	267
8. Somete don Agustín de Herrera la isla de la Madera. Su título de marqués	268
10. Invaden los ingleses a Lanzarote	268
12. Doña Constanza, bastarda del marqués de Lanzarote. Su casamiento con Argote de Molina	269
20. Don Agustín de Herrera, segundo marqués de Lanzarote	271
27. Invasión de los berberiscos en 1618	272
28. Los moriscos de Lanzarote no son comprendidos en la expulsión de España	274
31. Muerte del tercer marqués de Lanzarote. Concurrentes a la sucesión del estado	275
41. Resucítase la discusión sobre el derecho de quintos	275

	<u>Págs.</u>
44. Entra el marquesado de Lanzarote en la casa de Velamazán	279
45. Erupción del gran volcán de Lanzarote	279
LIBRO XI	281
1. Antigüedad de la casa de Saavedra de Fuerteventura	281
2. Pedro Fernández de Saavedra, primer señor de Fuerteventura	282
3. Sus hazañas en África	283
6. De Gonzalo de Saavedra, tercer señor de Fuerteventura. Su gobierno, sus hechos	284
7. Diferencias entre los señores de Fuerteventura y Lanzarote	285
13. Invasión de los berberiscos en Fuerteventura	286
21. Famosa memoria al rey [de don Fernando Arias]	287
24. Desembarcos de los ingleses en la guerra de 1740. Honrosa defensa de Fuerteventura	288
25. Sostiene el señor de Fuerteventura sus prerrogativas en las milicias de la isla	290
27. Calamidad y desolación de Fuerteventura en estos últimos años	291

INTRODUCCIÓN

Don José Viera y Clavijo es figura señera entre los intelectuales que vieron la luz en nuestras islas. Señera por la cantidad de sus obras —Millares Carlo anotó más de ciento sesenta en su *Biobibliografía de escritores naturales de las Islas Canarias*—, y también por la alta calidad literaria de algunas de ellas, entre las cuales destaca la *Historia*, de la que aquí presentamos una Antología.

Su personalidad, si bien queda oscurecida por la crítica posterior, ha ido abriéndose camino recientemente entre el elenco de sus contemporáneos, los escritores españoles de la segunda mitad del siglo XVIII. Asevera su mejor conocedor, Alejandro Cioranescu, que Julio Cejador en su *Historia de la lengua y la literatura castellana* apenas le dedica media docena de líneas en forma de nota bibliográfica. Hoy, aunque no sea mucho el texto que se le dedica, al menos, su esfinge inaugura las páginas del tomo XXXI de la *Historia de España* dirigida por Menéndez Pidal y Jover Zamora, que lleva por título *La Época de la Ilustración (1759-1808)*.

Pero ¿quién era Viera y Clavijo? ¿Cuál su obra y pensamiento? ¿Y el valor de su *Historia de Canarias*? Trataremos de aclarar en forma sintética estas cuestiones.

I. BIOGRAFÍA

Primeros pasos

Hijo del escribano Gabriel Viera del Álamo, alcalde por entonces del lugar, y de Antonia María Clavijo, vino al mundo en el Realejo Alto, el 28 de diciembre —día de

los Santos Inocentes— de 1731 José Viera y Clavijo. Eran los Álamo labradores con algún provecho en el Valle de La Orotava; los Clavijo, oriundos de Lanzarote, familia de mediano acomodo, también asentados en el Valle. Aspiraban recibir tratamiento de *don*, por contar con escribanos por la línea materna.

Enseguida, el débil y enfermizo niño pasó a residir en el Puerto de la Cruz, donde discurrió su niñez y primera juventud. Buen conocedor de la localidad, a la vez puerta por donde penetraban las nuevas corrientes del pensamiento y sensibilidad europeas, a bordo de los "navíos de la Ilustración" que allí arribaban. Estudió en el convento de Santo Domingo de La Orotava, estudios que le permitieron iniciar carrera eclesiástica.

Desde temprano mostró vocación por la lectura y pronto dio muestras de sus dotes literarias. Se nos presenta en sus primeros pasos influido por los clásicos castellanos; escribe una novela picaresca, *Vida del noticioso Jorge Sargo*, vida de un *Guzmán de Alfarache* tinerfeño. También poseía una gran facilidad para el verso: escribe loas, villancicos, coplas, décimas, glosas y sátiras de carácter festivo, géneros que no abandonará por el resto de sus días.

De los dominicos recibió una formación tomista. Pero el método escolástico le asfixiaba. La lectura del P. Feijóo le abrió a la luz de la razón y de la crítica, "en medio de la lóbrega noche —nos dice— llegó de improviso a alumbrarme una ráfaga de felicidad".

En La Laguna, con dieciocho años, recibe del obispo Guillén órdenes menores. Tres después es subdiácono, desempeñando una capellanía familiar. Profesa de sacerdote en Las Palmas, órdenes que le imprimirán carácter. Sacerdocio que no le implicará conflicto de conciencia con su formación filosófica ilustrada, e incluso volteriana. Ortodoxia rigurosa, por otra parte, que compartió con otros muchos ilustrados españoles. Otras dos notas le acompañarán: su profundo sentido moral y la llamada pedagógica que le impulsan a difundir sus ideas y preocupaciones.

Así, obtenida la licencia de predicador, serán más de 160 los sermones pronunciados entre 1754 y 1770. Si bien, evolucionó desde la retórica escolástica y barroca a un nuevo estilo inspirado en los franceses Bossuet y Massillon, que a su vez se inspiraron para el cambio en el humanismo hispánico de un fray Luis de Granada. La prueba, su continuación de la *Historia* de fray Gerundio de Campazas del P. Isla, que Viera aplica a la oratoria misionera.

La tertulia lagunera de Nava

En 1756 se instala en la ciudad de La Laguna, la capital. Fue muy bien acogido por los contertulios que se reunían en casa de Tomás de Nava, Marqués de Villanueva del Prado. En estos años felices y en medio tan intelectualizado obtuvo dos provechos: completar su formación, abierta ahora a las nuevas corrientes europeas, y particularmente la francesa, con la lectura de la rica biblioteca del marqués, y establecer una entrañable amistad con el marqués de San Andrés y vizconde de Buen Paso, don Cristóbal del Hoyo Solórzano, así como con el yerno de éste, don Francisco de la Guerra, con don Lope de la Guerra, autor de unas *Memorias*, don Fernando Molina y Quesada, los futuros marqueses de Candía y del Sauzal y con don Juan de Urtusástegui. Algunos le ayudaron en la recolección de fuentes para la *Historia*. Fueron muy enriquecedores los tres lustros transcurridos en el ambiente lagunero. Desde la tertulia trataban de transformar aspectos de la vida cotidiana. Viera fue su portavoz, lo que le permitió actuar como agudo periodista, en los inicios de este género: *Papel Hebdomadario*, primer periódico manuscrito de Canarias, *El Piscator lacunense*, *El Síndico Personero* o *La Gaceta de Dau-te* (1765).

Impulsado por la tertulia acomete la redacción de la *Historia de Canarias*. También se produce su aproxima-

ción a las ciencias de la naturaleza: la *Carta filosófica*, impresa en 1770, sobre la observación de una aurora boreal. Tan variadas ocupaciones no le impiden redactar las *Actas de las Congregaciones y Conferencias del Clero de La Laguna* (1765-67), de las que fue secretario, o el poema de *Los Vasconautas* que compuso por encargo de la tertulia para conmemorar el accidentado regreso del fiscal de la Audiencia Julián de San Cristóbal a Las Palmas. Versos de ocasión, pero de calidad.

Años madrileños

La necesidad de imprimir el primer tomo de la *Historia* ocasiona su traslado a Madrid, donde adquirirá formación cortesana, remate de la nobiliaria lagunera, y la mercantil portuense. La corte no le deslumbró, mantuvo abierto sus ojos críticos, seguramente aleccionados por el experto en el tema, el vizconde de Buen Paso.

En Madrid, otro tinerfeño, el racionero don Agustín Ricardo Madan, opositor a la cátedra de hebreo de los Reales Estudios, lo recomendó al marqués de Santa Cruz de Mudela, don José Joaquín de Silva Bazán, como sustituto de preceptor de marquesito de Viso, su hijo. Viera arribó a Madrid el 13 de diciembre de 1770, siendo muy bien instalado y acogido por el marqués, que pronto mostró hacia el ayo inclinación, apoyo y amistad.

La labor de preceptor le dejaba tiempo libre. Sacó a la luz en la imprenta de Blas Romero los dos primeros tomos de la *Historia* en 1772 y 1773. El libro le abrió las puertas de la Academia de la Historia, donde llegó a ejercer de censor. Ahora emprende una tarea que no abandonará, las traducciones, especialmente de autores franceses. También da a conocer algunos poemas como su *Oda a las parejas de Aranjuez* o la *Égloga genetliaca al feliz nacimiento del infante Carlos Clemente*.

El preceptor acompaña al marqués en la visita que realiza en 1774 a sus señoríos de La Mancha. Viera escri-

bió una descripción del mismo, que Gómez de la Serna clasificó como "viaje literario sociológico" y que ha sido considerado como "la relación más amena, entretenida y la de más valor literario" de las conservadas de su época.

Viajes por Europa

La excursión por La Mancha y Andalucía sirvió de pórtico a otros dos de mayor envergadura, dos viajes al servicio de su señor. El primero le permitió permanecer un año y conocer París en profundidad. Motivo, la boda de su pupilo el marquesito del Viso, que contrajo nupcias con una hija del duque del Infantado. La muerte, a la vuelta del viaje del joven marqués, obligó a su padre a contraer segundas nupcias. En busca de la novia adecuada realizaron en 1780 un largo periplo: Madrid-París-Turín-Roma-Nápoles-Venecia-Viena (donde se celebró el casamiento)-diversas ciudades alemanas y de los Países Bajos-París y regreso. En el primero les acompañó el eminente botánico Cavanilles, con quien Viera mantuvo una prolongada y amistosa correspondencia.

En París don José adquirió libros —entre ellos la crónica de la conquista betancuriana, que le fue de gran utilidad—, realizó visitas a eminentes figuras, concurrió a tertulias y a cursos de química, asistiendo en la Academia a una recepción en honor de su venerado Voltaire, en el ápice de su gloria.

Del segundo nos dejó un diario detallado. Conocer y aprender parece su obsesión. En Viena obtuvo papeles para su *Historia* y en Roma una colección de copias de bulas inéditas que se guardaban en el Archivo Secreto del Vaticano. También obtuvo licencia para la lectura de libros prohibidos.

El laboratorio de física que adquirió para el marqués durante el primero de los viajes, le sirvió a Viera para continuar a su servicio. Los nuevos aires introducidos en

el palacio por la joven marquesa, Mariana Waldstein —a pesar del magnífico soneto que le dedicara: “¡*Oh del Danubio ninfa bella y rara...!*”— hicieron recomendable la retirada de Viera: “Es menester asegurar el pan de dolor de la vejez” (Viera al marqués de San Andrés).

Regreso a Canarias

Decidida la vuelta, por intermedio del consejero de Indias, el tinerfeño Antonio Porlier, obtiene Viera en 1782 la canonjía de Arcedianato de Fuerteventura en la catedral de La Palmas. Paso éste de enorme trascendencia. Le supuso el abandono de la fama adquirida y renunciar a ella, a cambio de una vida gris en una pequeña ciudad sin horizontes, en medio del Atlántico, aunque los años le hicieron aspirar a una vida más reposada, quizá radique en ello el olvido a que fue conducido por la crítica.

Sin embargo, aún permaneció Viera durante dos años en la Corte. Necesitaba dejar impreso el último tomo de su *Historia*.

Aunque, entre la vuelta de París y la salida hacia Viena, Viera no consiguió obtener premio de la Academia con su poema heroico *El Segundo Agatocles Cortés en Nueva España*, ni al año siguiente con la *Rendición de Granada*, la suerte le acompañó con su *Elogio de Felipe V* (1779), que fue impreso y traducido al francés. También en ese año publicó el poema didáctico *Los aires fixos*, que se reduce a exponer en metro versificado el contenido del curso que recibió a las orillas del Sena de Sigaud Lafond.

De vuelta de Viena y mientras emprende el regreso, amén de la impresión del tomo IV de la *Historia*, recibe nuevo premio de la Academia por su *Elogio de Alonso Tostado* (1782). Del gusto de Carlos III fue la *Oración gratulatoria* que compuso en nombre de la Academia con pretexto del nacimiento de los infantes gemelos. También en esta institución, como censor, junto con Jovellanos, pre-

mia *Las bodas de Camacho* de Menéndez Valdés. Dos años antes logró elevar un globo aerostático. Fue el de Viera el primero en cruzar los aires de España, aunque su amigo Lope de la Guerra atribuya la gloria a otro paisano: Agustín de Betancourt.

Viera en Las Palmas de Gran Canaria

En plena madurez, con 53 años, arriba Viera a su nuevo destino. Los últimos veinte transcurrieron en una casa de la plaza Santa Ana, frontera al palacio episcopal y hoy sede del Archivo Histórico Provincial. En la misma convivió con sus hermanos, el jurista Nicolás —canónigo desde hacía diez años— y con María Joaquina, poetisa de algún mérito.

A pesar de llegar cargado de prestigio no todo fue reconocimiento en su patria adoptiva. Volvió a padecer las denuncias de la Inquisición en 1784 y 1792. El motivo, algunos conceptos deslizados contra el tribunal en su *Historia*. Quejas que en la Suprema no fueron escuchadas. Eran otros los tiempos. Los choques con el deán Jerónimo Róo —fundador en 1782 de la Academia de Dibujo—, con pretexto de la custodia de la llave del Sagrario del Jueves Santo, y el trato despectivo que recibió del deán, consiguieron sacar de sus casillas y hacer perder los estribos a un hombre tan parsimonioso y templado como Viera.

Pero también recibió satisfacciones: la oferta de un puesto en la Corte por parte de Porlier, nuevo marqués de Bajamar, o las gestiones emprendidas por sus contertulios laguneros, aspirantes a la división del obispado, para que Viera fuera el primer obispo de la nueva diócesis. También paliaron sus sinsabores el trato con los nuevos amigos, sobre todo con Diego Domínguez, su albacea, los obispos Plaza, Tavira y Verdugo, con el fiscal José María Zuaznavar, el arquitecto Nicolás Eduardo, el naturalista Bandini o el coronel José de la Rocha y tantos otros.

Labor cultural

Hombre de formación enciclopédica, fueron muchos los campos en que desarrolló su actividad. En la Catedral le encargaron la redacción de los nuevos *Estatutos Capitulares*. También un utilísimo *Extracto de las Actas Capitulares* (1515-1791), un Inventario del Archivo Secreto y una descripción del templo. A estas tareas eclesiásticas, añádase la apostólica realizada a base de sermones.

También en relación con la Catedral desarrolla su experiencia como pedagogo. Como el nivel de los mozos de coro que necesitaban leer latín y música coral no era el necesario, proyectó y dirigió a partir de 1785 el *Colegio de San Marcial*. Cumplió este centro con creces su cometido, pues algunos de sus colegiales cursaron en el Seminario diocesano. Tanto, que el obispo Tavira dotó dos becas en el Seminario para colegiales de San Marcial. Como socio de la Económica mostró su interés por el nivel y marcha de las escuelas públicas colocadas bajo el patrocinio de esta patriótica entidad. Pero no acaba aquí. Aún escribe obras dedicadas a la educación de los muchachos. *Librito de la doctrina rural*, *Cuentos de niños*, *Astronomía para niños* y *Las Cometas*, obras que vieron luz en la primera imprenta instalada en Las Palmas a cargo de Francisco de Paula Marina.

Nombrado socio honorario de la Real Sociedad Económica de Amigos del País, Viera permaneció estrechamente vinculado a la misma, dedicándole más de una veintena de *Memorias*. Abarcan desde los análisis de las aguas de las fuentes medicinales al aprovechamiento de plantas que pudieran tener nuevo interés productivo, pasando por métodos de explotación preindustrial. De utilidad suma es su *Extracto de las Actas de la Real Sociedad Económica de Amigos del País*, único testimonio que se nos ha conservado de tan utilísima institución.

Con los años se acentuó su curiosidad por la naturaleza. En su domicilio explicaba los cursos parisinos y vie-

neses. Pero en este campo nos legó un monumento: el *Diccionario de Historia Natural de las Islas Canarias* (1799) que hoy continúa ilustrándonos sobre la materia. En este tema aún remató el poema didáctico *La Boda de las Plantas* (1804) auténtico tratado de botánica en verso. Junto a su laboratorio de física, cuidaba y guardaba su colección de minerales y plantas.

De impresión reciente tenemos sus trece octavas reales en elogio de otros tantos canarios ilustres e ilustrados. *El nuevo Can Mayor o Constelación canaria* (1804). Pero no cesa aquí su actividad, continúa con las traducciones. ¿Con ánimo de abrir la intelectualidad española a Europa? Es difícil la respuesta, ya que su ingente tarea permaneció y permanece inédita.

Años postreros

Nos acercamos al fin. La Guerra de la Independencia colocó a nuestro autor ante una situación compleja. El naciente "pleito insular" le obliga a su pronunciamiento entre los junteros de Tenerife y los de Gran Canaria. Cada bando trata de sostenerlo como bandera. Viera lucha y logra mantenerse de una estricta neutralidad, a pesar de su naturaleza y la enraizada amistad con don Alonso de Nava, protagonista de la Suprema lagunera. En 1810, a causa de la peste amarilla, hubo de refugiarse en Telde. Trató en este lance de ser útil también a sus paisanos con un tratado sobre fumigaciones y sus virtudes.

Cuenta su hermana al marqués de Villanueva del Prado cómo, consciente de su próxima muerte, se preparó a bien morir. Mostraba la más absoluta indiferencia por las cosas del mundo, "menos por sus compañeros los libros, que no les apartó de sus manos, sino para postrarse a morir".

Falleció el 21 de febrero de 1813. Sus restos reposaron en el nuevo cementerio de Las Palmas de Gran Canaria hasta 1860, en que fueron trasladados a su catedral.

II. EL PENSAMIENTO DE VIERA

Como Voltaire y como otros escritores de la época, nuestro arcediano fue un autor polifacético, amén de muy prolífico. La explicación se encuentra en su formación enciclopédica, producto de su capacidad de lectura, y en la facilidad y alta calidad de su bien cortada pluma.

Abandona su inicial formación escolástica al aprender en Feijóo el método crítico, que potencia su "buen sentido", su sentido común. La aplicación en la lectura de la bien dotada biblioteca de los marqueses de Villanueva del Prado, le abre a los moldes franceses, siguiendo más de cerca los modelos de Voltaire y Bayle. Cuando Viera pisa Madrid ya es un enciclopedista de cuerpo entero y afrancesado volteriano. Corrientes nada extraordinarias para los canarios cultos, sus contemporáneos. El Archipiélago, abierto a las nuevas ideas, produce entre los de su generación a los Iriarte, Clavijo Fajardo, los Betancourt Molina, los San Andrés y un largo etcétera.

El nivel que alcanza nos lo da Cioranescu. Pretende, nada más ni nada menos, "la reunión de las ciencias en un sistema capaz de explicarlas, reduciendo después la filosofía a la moral y a la sociología". Aspiración que hace de nuestro autor alternativamente poeta y químico, botánico e historiador, pedagogo y moralista.

Pero como hombre de su época —y más particularmente en España— Viera no pretende romper con las vivencias iniciales. Fue un sacerdote modélico y profesaba un alto concepto sobre las sagradas órdenes recibidas. Su *Hieroteo*, tratado sobre la gloria y honores del presbiterado, así lo hace ver. Su obra apostólica se transparenta con lo que cuidaba sus sermones. Naturalmente, se aleja de las prácticas rutinarias en búsqueda de una religión intimista; lo propio del clero ilustrado hispano. La obtención de licencia para leer libros prohibidos en Roma o su amistad con Tavira y Verdugo, son otros tantos testimonios.

El obispo Manuel Verdugo Albiturría vio esto con claridad, al escribir:

Este clérigo inquieto y cortesano
que traduce a Voltaire y a Cristo reza...

No es, por tanto, que Viera jugase con dos barajas (Roméu Palazuelos), sino que es producto de la contradicción que encerraba el sistema dieciochesco, contradicción que conduce a la Revolución como salida. Viera, en 1808 no da el paso decisivo. Como Jovellanos, no se integra bajo las banderas napoleónicas. Al contrario, su pluma rechaza y vitupera a Godoy, Bonaparte y José, exaltando a Fernando VII.

1808 abrió para Viera una última etapa dramática, que le impidió realizar su pacífica e idílica aspiración de 1802:

Ver pueda aún algunas primaveras
en medio de los campos que tanto amo,
sólo viviendo para mis amigos,
para mi gabinete y libros raros.

III. SU «HISTORIA DE CANARIAS»

Prosa y método

No es éste lugar idóneo para realizar un análisis de la obra entera de Viera y Clavijo. De un autor que es, alternativamente, poeta, químico, naturalista, historiador, moralista, pedagogo, periodista y traductor. Algunas pinceladas esbozadas a lo largo de la vida nos parecen suficientes e ilustrativas. Sólo una advertencia: trata Viera de alcanzar laureles como poeta, pero no logró la suficiente altura. Está, eso sí, muy bien dotado como versificador, la métrica no encierra para él secreto, pero le falta hálito, numen poético.

Carencia de dotes líricas compensada con creces por su estilo como prosista: claro y conciso. Dominador poderoso del matiz, en particular del irónico. Estilo que se con-

creta en una prosa de excelente calidad. En su *Historia de Canarias* da muestras de su dominio. Calidad que explica la vigencia de su obra a los dos siglos de escribirla. Calidad que no admite parangón con las obras de la historiografía de su época. Todo ello hace de esta obra no sólo una herramienta insustituible para los profesionales de la historia insular, sino también fuente donde acudir para saciar la curiosidad de cuantos muestran el menor interés por conocer aspectos de la vida de nuestro pasado.

Junto a la excelente e idónea prosa, su "buen sentido", o sea —como ya vimos—, la aplicación de su abundante sentido común nativo, potenciado por el método crítico, asimilado en Feijóo, que le obliga a dudar de cualquier autoridad y a un análisis en profundidad de las fuentes, método que le permite lograr un todo coherente y verosímil.

Fuentes y laboriosidad

Aunque Viera no fuera "rata de archivo", sí lo fue de biblioteca. El ingente número de libros asimilados y su formación clásica explican su correcta interpretación del archipiélago en la Antigüedad, interpretación vigente en líneas generales. Abierto a nuevos horizontes e inquieto, no duda en incorporar a su acervo nuevos hallazgos. Aprovechó *Le Canarien* adquirido en París; la aportación del contenido de Abréu Galindo, clave; los datos contenidos en la *Información de Pérez de Cabitos* (1477) que se conserva en El Escorial, o el contenido de las bulas custodiadas en el Archivo Vaticano, confirman cuanto va dicho. Conjunto de materiales que permitieron a Viera presentar una nueva, sólida e insospechada versión del mundo aborígen, la conquista y aculturación tanto de las islas de señorío como de las realengas.

A tal cúmulo de novedades sería preciso anotar las fuentes procedentes de los archivos oficiales. Una serie

de amigos —destacan los contertulios de Nava—, y corresponsales facilitaron una rica documentación inédita que le permiten nuevos enfoques, que ni soñaron sus predecesores.

Tampoco debemos silenciar su laboriosidad y constancia en el trabajo para llevar adelante empresa de semejante calado. Entusiasmo, a pesar de aprehender desde temprano que se trataba de tarea sin compensación económica. Fue un negocio pésimo y hubo de costear de su peculio los cuatro tomos. Laboriosidad y tesón a lo largo de más de dos décadas, en que no decae su entusiasmo. En 1763, cuando andaba con la treintena y en La Laguna, había rematado la redacción del primer tomo. Fueron apareciendo en Madrid y en la imprenta de Blas Romero en 1772, 1773, 1776 y 1783. A lo largo de período tan dilatado el hallazgo de nuevos materiales le obligó a rectificaciones que no dudó en incluir, bien en los dilatados prólogos o en el texto, cuando su contenido venía a cuento. Lo cual a veces dificulta la búsqueda de un tema concreto.

La «Historia de Canarias» en la historiografía

Tantas virtudes, y algún defecto señalado por E. Serra, que ahora silenciamos, implican una valoración global de las *Noticias de la Historia General de las Islas Canarias*. En otras palabras: ¿Qué representa esta obra dentro de las corrientes historiográficas? ¿Cuáles fueron las novedades aportadas? De ambas respuestas deriva la vigencia conservada a dos siglos del escritor, a pesar del progreso del quehacer historiográfico.

Conocía Viera las técnicas de los documentalistas del siglo XVII de la escuela de Masillon. Apreció la técnica sobre el análisis del contenido del documento, pero no cae en el fetichismo del documento. El abanico de sus lecturas, su enciclopedismo, le hacen despreciar la erudición y le obligan a acercarse al hombre moviéndose en

sociedad. Volveremos sobre el tema. Y dentro de su interés generalizado por la historia que se elabora en Francia, matiza su actividad hacia los logros del ensayismo voltairiano. También de Rousseau proviene su actitud comprensiva hacia el "*buen salvaje*"; que explica su novedosa manera de entender a los aborígenes, su cultura y civilización y talante ético-idílico. Conceptuación que lleva más adelante, a una postura prerromántica, o romántica *avant la lettre*, en expresión de Serra, que convierte a Viera en solidario con la libertad del canario frente a la intromisión del foráneo.

También en esta línea romántica habrá que incluir el contenido de la obra: una historia regional, de las tantas que se escribieron en la pasada centuria. Con un tanto a favor de Viera y es que como antes los bolandistas, se aleja de la erudición acumulativa. Historia regional que, por otro lado, ha estado muy de moda en Europa durante las últimas décadas, impulsada por la metodología de la escuela de *Annales*.

Resultado de lo anterior, tenemos una construcción histórica armónica, que encierra otra novedad. No se reduce Viera a una historia militar y de relaciones exteriores, como era el uso de su época. Producto de su contemplación enciclopédica del hombre, del ser humano en su complejidad, Viera y Clavijo trata de sorprenderlo en su cultura, en las instituciones en que está inserto, la religión y la iglesia, el papel de las clases sociales, sin despreciar los avatares económicos, de la naturaleza, o de la salud. Él mismo anuncia que dedicará libros al pasado comercial, a la historia natural o a la descripción topográfica de las islas, libros que se quedaron en el tintero.

Todo ello implica que dio un paso adelante y que de alguna manera anuncia la *historia totalizante*, que se ha abierto camino en el período de entreguerras en la presente centuria. Todo ello, junto con su estilo literario, hace de las *Noticias* obra de actual vigencia, de "momento cultural que no sólo hace honor a las Islas, sino también a la historiografía española, al mismo tiempo que sea composición

de primer orden", un acertado juicio de Alejandro Cioranescu.

Quizá en esta antelación radique el secreto de la cicatera acogida dispensada a las *Noticias* entre la mayoría de los contemporáneos. Aunque algunos le felicitaron y aprovecharon sus aportaciones. Viera hubo de lamentarse: "He publicado una obra que pocos compran, nadie lee y que muchos critican". Es natural que el autor se sintiera herido por "este diluvio universal de críticas, murmuraciones y bravatas" (Viera). En efecto, "esta acogida —en palabras de Cioranescu— hecha a la mejor obra de historia de un siglo rico en historia, es una injusticia descorazonadora". ¿Radificaría en el correspondiente resentimiento la negativa de Viera y Clavijo a un regreso a La Laguna, donde transcurrieron seguramente los años más sonrientes de su vida?

IV. LA ANTOLOGÍA

Quedaría inconclusa esta Introducción a la Antología de la *Historia de Canarias* de don José Viera y Clavijo, realizada para la Biblioteca Básica Canaria, si omitiéramos algunas explicaciones sobre los criterios que ha adoptado el que suscribe estas páginas.

La primera, y penosa, se deriva del condicionamiento básico impuesto por los criterios editoriales. La drástica reducción del texto. Esto impone una serie de cortes, mediante los cuales se condena al silencio la voz del autor en temas concretos.

Esta labor de "*selección*" me ha resultado muy ingrata, papel de "*censor*" que me producía una inquietud desazonadora. Supongo que la misma que experimentan los cirujanos cuando para sanar, zajan y mutilan. Pero yo no he sido consciente de que sane y salve con mi antología a Viera. El único consuelo se redujo y reduce a la esperanza de que algún lector interesado por los textos incluidos, decida dar el salto, el paso adelante neces-

rio para proceder a una lectura reposada de la obra completa.

Desde otro punto de vista, en toda antología de una obra, el antólogo tiene una doble senda. Seleccionar los capítulos o textos más significativos y de mayor calidad estilística, que es método válido para obras y creadores literarios. Con la segunda se trata de no perder la línea argumental a pesar de la supresión de capítulos o secciones de textos que estimamos secundarios. Recorte de textos que puede reducirse a la supresión de uno o varios párrafos, o de una o varias oraciones dentro de uno de ellos. Sacrificar lo puramente literario a la narración histórica.

Naturalmente, el lector puede intuir que, por deformación profesional, me he decidido por el segundo camino.

Dentro de estas coordenadas he procedido a suprimir los capítulos menos ilustrativos, más marginales a la línea de la narración. También los más alejados del actual nivel de nuestros conocimientos o aquéllos referentes a campos en los que el actual lector está más desinteresado; pasados de moda, diríamos.

La falta de los capítulos completos se advierte con sólo contemplar el salto numérico con que encabezó el título de los mismos el propio Viera y Clavijo. En todo caso, la supresión de texto del original queda señalada en nuestra Antología con puntos suspensivos entre corchetes: [...].

Naturalmente ha sido sacrificada la temática marginal a nuestras Islas. El ejemplo más preciso son las empresas de los canarios en Indias. Han caído también las leyendas, apariciones, genealogía y presentación de personajes de más o menos campanillas. Los monólogos, los largos parlamentos, los documentos y reproducción de textos, en demanda de una lectura menos tediosa. También he procurado en este sentido reducir a lo imprescindible pleitos y choques jurisdiccionales, así como alguno de los entresijos del Cabildo Insular de Tenerife, la Audiencia o los comandantes generales y obispos.

Finalmente, tampoco hemos estimado oportuna la inclusión de las noticias que nos da el Arcediano sobre la obra de escritores naturales de las Islas que incluye en el libro XIX, donde aparecen ordenados alfabéticamente. La razón es que la selección de los más característicos hubiera coincidido con la nómina de los incluidos en la Biblioteca Básica Canaria.

Sin embargo, como insinuaba más arriba, sigo sin perder la esperanza —y ella es mi mayor ilusión— de que muchos de nuestros paisanos tengan la oportunidad de un encuentro feliz con el mejor de nuestros historiadores, y alguno la curiosidad de enfrentarse con el contenido completo de esta obra magna del eximio don José Viera y Clavijo.

ANTONIO DE BÉTHENCOURT MASSIEU

V. BIBLIOGRAFÍA SELECTA

- BENÍTEZ PADILLA, S.: "La obra científica de Viera y Clavijo", en *Historia de Canarias*. Santa Cruz de Tenerife, 1950.
- BLANCO MONTESDEOCA, J.: "Biografía de don José Viera y Clavijo", en *Historia de Canarias*. Ed. 1950.
- CIORANESCU, A.: *La formación cultural de Viera y Clavijo*. La Laguna, 1950.
- CIORANESCU, A.: "La Ilustración Canaria", en MILLARES TORRES: *Historia General de las Islas Canarias*. Las Palmas, tomo IV, 1977, págs. 185-193.
- CIORANESCU, A.: "Viera y Clavijo escritor", en *Estudios de Literatura española comparada*. La Laguna, 1954.
- CIORANESCU, A.: "Viera y Clavijo y la cultura francesa", en *Estudios de Literatura española comparada*. La Laguna, 1954.
- CIORANESCU, A.: "Viera y Clavijo y la filosofía de la historia", en *Syntesis*, 41 (1984), págs. 57-74.
- FEO Y RAMOS, J.: "La fundación del Colegio de San Marcial y la dirección de Viera y Clavijo", *El Museo Canario* (1933), págs. 85-124.
- MILLARES CARLO, A.: *Ensayo de una biobibliografía de escritores naturales de las Islas Canarias*. Madrid, 1934.
- MORALES LEZCANO, V.: *La Ilustración en Canarias*. Santa Cruz de Tenerife, 1965.
- NEGRÍN FAJARDO, D.: "Retablo de educadores canarios contemporáneos de Viera y Clavijo a Champsaur Sicilia", *Anuario de Estudios Atlánticos*. 28 (1982), págs. 705-764.
- ROMÉU PALAZUELOS, E.: *Biografía de Viera y Clavijo a través de sus obras*. Santa Cruz de Tenerife, 1981.
- ROMÉU PALAZUELOS, E.: *La Económica a través de sus actas*. Santa Cruz de Tenerife, 1970.
- ROMÉU PALAZUELOS, E.: *La tertulia de Nava*. Santa Cruz de Tenerife, 1972.
- SERRA RAFOLS, E.: "Viera y Clavijo, historiador", en *Historia de Canarias*, 1950.

NOTICIAS DE LA HISTORIA DE CANARIAS

Posteriores poetae nominatim insulas quasdam Fortunatas celebrant, quas impraesentiarum commonstratas novimus.

Strabo, lib. III

AL REY NUESTRO SEÑOR DON CARLOS III

SEÑOR,

Desde el seno del Mar Atlántico y en medio de aquellas felices Islas que sirven de primer meridiano y como de puente a la comunicación de los dos mundos sujetos al glorioso imperio del mejor de los Reyes, una mano trémula y llena de sagrado respeto tiene la osadía de presentar, al pie del trono de V. M., los ensayos sobre la historia natural y civil de las mismas Canarias, en cuya región es tan amado y admirado el fausto nombre de Don Carlos III.

Yo no sé, Señor, lo que en un caso semejante dirían a V. M., al frente de sus libros, otros vasallos más elocuentes o menos confundidos del resplandor de la Corona; pero, por lo que a mí toca, confieso que la ternura y la veneración no me dejan explicar fácilmente. Si quien dice Rey, y Rey de España, ha dicho cuánto hay de más grande y de más poderoso en el ámbito de la tierra; si quien dice vasallo español, y vasallo de las Islas Canarias, ya ha dicho cuánto hay de más fiel, de más leal y de más sumiso en todo el universo, ¿qué espectáculo tan vivo no ha de ser, para los que conservan algún sentimiento puro de humanidad, ver al menor de los vasallos de V. M. consagrándole un libro, tan pequeño como él, y al mayor de todos los Reyes extendiendo su benignidad hasta permitir que se le consagre? ¿Qué discursos pueden ser dignos de esta piedad? ¿Qué lengua se ha de atrever a ser su in-

térprete, sin que la primera palabra que pronuncie después parezca fría?

Las Canarias, Señor, son aquellas mismas Islas Afortunadas que, desde que empezaron a salir de su estado de olvido en el siglo XIV y cuando todavía las poseían los bárbaros indígenas, fueron miradas por los Señores Reyes predecesores de V. M. como una de las posesiones más preciosas e interesantes de la Monarquía española. Ellas son aquellas mismas Islas que, después de conquistadas, pobladas y fortalecidas casi todas a expensas de unos hombres raros, extraídos de las casas más ilustres de la nobleza española, francesa e italiana, merecieron ser agregadas a la Corona de Castilla y corresponder con su celo, sus servicios y notorio desinterés a la honra de aquella agregación. Ellas son aquellas mismas Islas a las cuales debió todo el lustre de sus grandes progresos el descubrimiento espantoso de las Indias Occidentales, porque sus puertos dieron muchas veces el abrigo, el sufragio y la precisa provisión a las primeras escuadras que navegaron a la América; sus campos enviaron a aquel vasto continente las semillas, plantas, ganados, aves y bestias de labor de que carecía; sus naturales conquistaron con valor inmortal mucha parte de este nuevo mundo, hasta ennoblecerlo, civilizarlo y cultivarlo, siendo sus abundantes frutos sudor de los isleños, y sus copiosas cosechas sangre suya. Ellas son aquellas mismas Islas, cuyos hijos en todos tiempos y en gran número se han distinguido en el amor y servicio a sus soberanos, sacrificando sus haciendas y sus vidas sobre mar y tierra en la honrosa carrera de las armas y sobresaliendo por su ingenio y aplicación en el ejercicio de las letras. Finalmente, ellas son aquellas mismas Islas tan adictas al glorioso Padre de V. M. y a los incontestables derechos de Su Real Casa que, mientras se lloraban vacilantes en la fidelidad otras provincias más opulentas de la Monarquía, supieron dar ejemplo y auténtico testimonio de su lealtad en presencia de todo el mundo, y aun en medio de toda la miseria que las rodeaba, resistiendo, batiendo y arrojando de sus playas, por sí mismas y sin ningún auxilio de la

Europa, a aquella orgullosa escuadra azul de Inglaterra que, en el año de 1706, tentó su constancia con proposiciones tan brillantes como halagüeñas.

Y como, aunque las Canarias estén un poco retiradas y distantes de la vista de V. M., no pueden creerse nunca olvidadas en su paternal ánimo, de que ellas conservan muchas pruebas grabadas en el fondo de su corazón, tienen la confianza de imaginarse autorizadas para esperar que V. M. se dignará aceptar de mi mano estos humildes ensayos sobre su historia, no sólo por ser V. M. un Rey muy humano y lleno de bondad natural, que quiere honrar y hacer felices a todos sus pueblos; no sólo por ser V. M. un Rey extremadamente adorado de sus vasallos y que tanto gusta de serlo, sino también por ser un Rey sabio, en cuyo reinado, que hará época en la historia general de España, se ven animadas todas las artes y las ciencias, los talentos en estimación, desterrada la ociosidad, y a la razón haciendo aquellos rápidos progresos capaces de poner la nación en crédito y de obligarla a participar del influjo de un libro caracterizado con el renombre de siglo de la filosofía y de las luces.

¡Oh, Señor! Si el cielo nos mira con serenidad, como hasta aquí, nada le pediremos más incesantemente que la importante vida de V. M. Católica, para reposar bajo la dulce sombra de un trono tan benigno, para regocijarnos en las prosperidades y fortunas de tan pacífico gobierno, para ver hacer el bien, reparar el mal, coronar el mérito y dar la idea de un verdadero Rey al resto del mundo.

Señor,

JOSÉ DEL ÁLAMO VIERA Y CLAVIJO

PRÓLOGO

La satisfacción que en la República Literaria suelen experimentar los ingenios instruidos y curiosos con la historia circunstanciada de un país especialmente si es su patria; la conocida prisa que se dan para leer y aun devorar cuanto se les presenta acerca de este agradable objeto; y, sobre todo, la utilidad o, digámoslo así, la necesidad de unos libros que, conteniendo la descripción, la naturaleza, el carácter y la serie de los sucesos más notables de las Islas Canarias unan como en un punto de perspectiva la idea cabal de todas sus mejores cosas, han sido los principales motivos que me han empeñado en recoger estas noticias y ofrecerlas al público; porque, aunque yo no podré negar que las Canarias tuvieron sus historiadores, me atrevo a asegurar, sin embargo, que su verdadera historia está todavía por formar y que los mismos conatos de la obra presente, cuando mucho, sólo podrán servir como de ensayos, memorias o aparato para escribirla bien. [...]

Así, imagino que no se han equivocado conmigo cuantos sostienen con dolor que todavía no tenemos una historia de (las) islas; o, lo que es lo mismo, que no se ha aparecido hasta ahora la pluma hábil e imparcial que, formando con algún tino el enlace de las memorias, esparcidas acá y allá, nos ofrezca un todo dispuesto con una más que mediana regularidad y perfección. Por tanto, en la ejecución de este nuevo proyecto, me he propuesto seguir un plan, de suyo vasto, pero indispensable para desempeñar la idea de una historia natural y civil; pues a la verdad

yo no creería haber trabajado útilmente en estas *Noticias*, si no me internase en la descripción topográfica de cada una de las islas. De forma que todas sus ciudades, villas, aldeas, pagos, montes, puertos, mares, en una palabra, toda su geografía; todas sus excelencias, fábricas, navegación, comercio, ordenanzas, producciones y singularidades; los usos, costumbres, origen, carácter y gobierno de sus primitivos habitantes; los descubrimientos, conquistas y últimos establecimientos de los europeos en ellas; la nobleza, sucesión, privilegios y servicios de las casas más distinguidas de sus conquistadores y pobladores; los sistemas eclesiástico, político, económico y militar de todos tiempos; los varones ilustres por dignidades, empleos, armas, letras y santidad; la serie cronológica de sus gobernadores, generales y obispos; todo esto, digo, exornado con las reflexiones, disertaciones y notas que el fondo de las mismas materias dieren naturalmente de sí y con los sucesos más dignos de memoria, acaecidos en ellas en estos últimos cuatro siglos, deberá servir de asunto a la espinosa obra a que me consagro, tal vez con la seguridad de ser la voluntaria víctima de cierto género de lectores ingratos o, cuando menos, poco sensibles al mérito de mis buenas intenciones.

Mas, desde luego, tengan todos bien entendido que no sólo presidirán en su composición la verdad, la imparcialidad y la modestia, sino la razón y el buen juicio. Acostúmbrase el oído de los canarios a escuchar, sin lisonja ni sátira, los acontecimientos y los hechos de que han sido las islas el teatro o el móvil; y, dejando a los pueblos bárbaros de la Escitia o de la América el fiero privilegio de carecer de historia y de saber sólo por tradición que hubo en sus tierras otros hombres anteriores a ellos, aprendamos nosotros en la escuela de nuestros ejemplos familiares a estimar las acciones dignas de alguna gloria y a huir de aquellas que sólo pueden producir confusión. [...]

Concluyamos, pues, que los isleños han tenido necesidad de una historia natural y civil, para que sean más

conocidas en el mundo sus glorias, sus hazañas, su nobleza, sus servicios, sus talentos, sus méritos... y que cuando aplico mis arbitrios y débiles fuerzas, por un patriotismo casi sin ejemplar, a la introducción de este útil trabajo, sólo pretendo promover los verdaderos intereses de las Canarias, sirviéndolas con el tributo que les deben mis cortas luces. [...]

Cuando se considere que los archivos de la isla de La Palma perecieron en la invasión que hicieron los franceses en 1553; los de Lanzarote, en la de los moros, año de 1569; los de la Gomera, en la de los franceses e ingleses, en 1571; los de Canaria, en la de los holandeses, en 1599, cualquiera reconocerá al punto que todas las adversas casualidades y, para decirlo así, que casi todas las naciones del mundo han conspirado contra la ejecución de mi proyecto. Reconocerá también que éste exige talentos de clase superior y que, a la verdad, no le emprendo sin mucha dosis de imprudencia. Pero, a lo menos, a costa de algunas tareas, y aun desaciertos, ¿no me será permitido tener la satisfacción de haber hecho mucho, con haber abierto el camino a los ingenios más capaces de perfeccionarle, pulirle y darle la última mano? No prevengo el orden preciso con que he de tratar las materias propuestas, pues éste, por la misma continuación de la obra, se irá echando de ver; y sólo advierto que, aunque Linneo distingue el cardón de Canarias del euforbio, yo no he recelado llamarle especie suya, preocupado de la opinión de Glas y de otros autores. Por lo demás, es sentencia de un antiguo, que "la historia, de cualquier modo que se escriba, es agradable".

LIBRO I

1. ESTAS ISLAS PERTENECEN AL ÁFRICA

Todos cuantos tienen alguna mediana tintura de geografía, saben que si las Islas Canarias no componen una parte muy considerable del mundo, no dejan de hacer una figura lucida, aun cuando no se atiende a otros méritos que al de su ventajosa situación. Ellas están en el océano magno Atlántico, en frente de la Mauritania tingitana, provincia de Biledulgerida, entre los cabos de Guer y Bojador, de cuyas costas distan de veinte a ochenta leguas españolas; y no hay duda que por esta notable inmediación a aquel continente de la África, del cual acaso fueron porción en lo primitivo, están generalmente demarcadas entre las islas africanas; de manera que sólo por un efecto de negligencia geográfica, o por la idea que se suele tener en Europa de todos los países más acá del estrecho de Gibraltar, han pasado y pasan para con algunos las islas de Canaria por región de la América, y por indianos sus habitantes. [...]

2. SU NÚMERO, LATITUD Y CLIMA

Estas islas son siete, no contando con las cinco pequeñas que coronan la de Lanzarote, ni con la decantada San Borondón, cuya existencia se ha hecho uno de los problemas geográficos más curiosos. [...]

Las Canarias tienen su lugar en el globo entre los veintiocho y treinta grados de latitud septentrional, y no entre los catorce y dieciséis, como creyó erróneamente Ptolomeo. Véase aquí la diferencia latitudinal de cada una, según la carta moderna que seguimos:

	Gr.	Min.
El centro de la isla de Canaria está en	28	"
El de la isla del Hierro en	28	8
El de la Gomera en	28	15
El de Tenerife en	28	30
El de Fuerteventura en	28	33
El de La Palma en	29	7
El de Lanzarote en	29	15 [...]

3. SE TOMA EN ELLAS EL PRIMER MERIDIANO

No podremos tratar de la longitud de nuestras islas sin lisonjearlas con la memoria de una de sus mejores excelencias. Con poca cosmografía se sabe que la longitud de los lugares se determina por una porción del arco del ecuador, interceptado entre el punto de un cierto meridiano fijo, que se llama primer meridiano, y el meridiano propio de cada uno; y, aunque no hay en toda la tierra algún sitio con derecho evidente a ser reconocido por primer meridiano, sin embargo, las Canarias se hallan en la posesión de esta especie de dignidad, porque todos los antiguos cosmógrafos, desde Claudio Ptolomeo, habiéndolas considerado como la región más occidental del mundo conocido y pareciéndoles que no se podía imaginar punto más a propósito a fin de hacer que pasase por él un meridiano fijo, se convinieron en empezar a medir las longitudes hacia el Oriente, desde la isla del Hierro, la más al Oeste de las Canarias, a la que no dudaron dar la investidura de primer meridiano. Es verdad que,

luego que se descubrió la América, como faltó de golpe a las Canarias la cualidad de última región del Occidente, al instante se creyeron algunos sin esta obligación y en libertad para despojarlas de la gloria de primer meridiano, decorando con ella las capitales de sus respectivos reinos. Pero esta especie de usurpación (si es lícito llamarla así) no sirvió sino para fijar con mayor lustre el primer meridiano en nuestras islas. En efecto, los franceses tienen una ordenanza de Luis XIII para tomarle de la extremidad más occidental del Hierro, conforme a Ptolomeo. Ésta fue dada en 1634, con dictamen de los mejores matemáticos que tenía en aquella era la Europa, a quienes convocó para dicho efecto el cardenal Richelieu en la sala del Arsenal de París el 25 de abril del mismo año. [...]

6. POR QUÉ FUERON REPUTADAS POR CAMPOS ELÍSEOS Y SE LLAMARON ISLAS AFORTUNADAS

Estas gloriosas cualidades del clima de unas islas, por otra parte fértiles, alegres y, lo que valía mucho más, colocadas fuera del común término de la tierra conocida en los siglos de fenicios, cartagineses, griegos y romanos, no podían menos de infundir una brillante idea de sí mismas en el espíritu de aquellas naciones de genio ponderativo. Es para mí extremadamente verosímil (como después veremos) que en tiempo del poeta Homero ya habían penetrado algunos bajeles de fenicios hasta nuestras islas y habían llevado consigo una relación ventajosa de sus circunstancias. Ésta, a la verdad, sería magnífica, y cualquiera crítico no hallaría en ella sino una exageración del gusto oriental; pero, sirviendo en fin a los filósofos y poetas como de entusiasmo, no dudaron adoptarla al instante para fijar en aquel sitio el lugar de delicias y placeres donde un dogma de la teología pagana colocaba las almas de los que en esta vida habían sido héroes y

tenido la dichosa conducta de hombres de bien. Los fenicios, según notó Samuel Bochart, llamaban a esta tierra *Alizuth*, voz de origen hebreo que significa lo mismo que placer y alegría; pero, comunicada a los griegos, mudó entre ellos la *a* en *e*, y dijeron *Elysium*, paraíso, tierra voluptuosa y de júbilo. [...]

El primero que habló de los Campos Elíseos fue el primer autor profano de quien se conservan las obras. Homero, en el libro cuarto de la *Odisea*, introduce al dios marino Proteo haciendo a Menelao el feliz pronóstico de que no moriría, sino "que los dioses le enviarían a los Campos Elíseos, que están en lo último de la tierra, donde Radamanto da la ley y pasan los hombres una vida dulce y tranquila, sin experimentar nieves ni inviernos rígidos ni lluvias, sino un perenne aire fresco, nacido de las respiraciones de los céfiros que el océano exhala".

Cualquiera que, con juicio desnudo de preocupación, pasare la vista por este texto original habrá de concluir que a ningún sitio de la tierra conviene mejor que a las Canarias. Éstas (dice Servio) "fueron, en dictamen de Salustio, las celebradas en los versos de Homero", cuya descripción circunstanciada, según creyó el comentador Pío, se ha desmembrado de sus obras. [...]

La tradición que establecía los Campos Elíseos en islas y no en el continente fue seguida de todos los autores más sabios, quienes por este respecto las llamaron Islas Afortunadas y morada de bienaventurados; de tal manera que, entre filósofos y poetas, pasaban por sinónimas las voces Campos Elíseos e Islas Afortunadas y Felices. Que éstas fuesen islas del océano es otra tradición inconcusa. [...]

¿Sabría Horacio si los Elíseos pasaban por islas del océano? Pues él, convidando a los romanos con el retiro de aquellas agradables regiones, para huir los horrores de la guerra civil, les habla en estos términos: "El Océano que circunrodea los campos bienaventurados es lo que nos resta todavía; marchemos a ellos y a las islas col-

madras de riqueza". Aunque el juicio de un hombre tan instruido como fue Horacio es de infinito peso, no hay duda que adquiere un nuevo grado de evidencia, unido al de Plauto, quien, haciendo una contradistinción entre el lugar adonde deberán ir los malos y el que está destinado para los buenos, declara que el de éstos, a lo que se decía, eran las Islas Afortunadas. [...]

7. DESCRIPCIÓN QUE HACE PLUTARCO DE ELLAS

Ahora bien: que sean las Canarias estas Islas Afortunadas, de que tanto habló la sabia antigüedad es un punto en que casi toda la república literaria está hoy convenida. Y estándolo, ¿quién podrá disputarles de buena fe el atributo de Campos Elíseos? No se lo disputó Plutarco, pues, refiriendo en la *Vida de Sertorio* el encuentro que tuvo este general con ciertos navegantes que retornaban de estas islas, hace la siguiente descripción: "Encontróse Sertorio con unos navegantes que acababan de llegar de las islas atlánticas. Estas islas son dos, separadas por un estrecho brazo de mar y distantes de las costas del África cosa de mil estadios. Llámense Afortunadas y experimentan lluvias muy suaves y periódicas. Sus vientos son benignos y tal vez lluviosos. Su suelo es fértil, no sólo para la siembra y el plantío, sino también para aquellas producciones en que no se emplea la industria, y que no obstante son abundantes y suficientes para sustentar un pueblo ocioso. Cubre a estas islas una atmósfera tan tranquila, que casi no son de consideración sus alteraciones y variedades, porque, como los vientos meridionales recalán allá después de haber corrido por unos espacios de tierra muy vastos, llegan cansados y como destruidos; y los que se levantan del mar, aunque acarrean algunas lluvias, son benignas y escasas, de forma que las más veces se nutren espontáneamente los campos a expensas de los rocíos, serenos y humedades

que los refrigeran. Así, hasta entre las naciones bárbaras y remotas ha llegado y prevalecido la opinión de que éste es el lugar de los Campos Elíseos y el domicilio de los bienaventurados tan decantado en las obras de Homero". [...]

Es verdad que aquel antiguo adagio "sin arar ni sembrar", atribuido a las Islas Afortunadas, traía su origen de una fertilidad fabulosa, como notó Erasmo. Es verdad también que no brillan sobre su hemisferio otro sol ni otros astros; que el aire no es de color purpúreo; que no habitan en él Radamanto, Orfeo, Minos, Ilio, Asaraco, Dárdano, ni otros héroes, según se creía de los Elíseos; que no fructifican los árboles diez o doce veces al año; que no brotan las espigas panes preparados en lugar de granos de trigo; que no corren fuentes de miel, de aceite ni de bálsamo; que los arroyos no son de vino y leche; que en los banquetes no sirven los vientos las mesas, trayendo a ellas los cubiertos; que sus aparadores no son arbustos diáfanos que rinden por frutos vasos y redomas de cristal llenas de los más generosos licores, como escribió Luciano; que no hay en ellas ningún pozo profundo, en cuya boca se pueda colocar un espejo para ver en él y oír desde el fondo cuanto sucede por el mundo, como era fama antigua, según el P. Kircher. En suma, es constante que no se hallan en las Canarias estas u otras famosas monstruosidades, tras de que se dejaron ir, guiados de la imaginación o del entusiasmo, los antiguos poetas. Pero los frondosos bosques de laureles de Virgilio; las cabras abundantes en leche y sin temor de lobos, víboras u otros animales ponzoñosos de Horacio; el dulce canto de los pájaros de Tibulo; la fragancia de las flores y yerbas aromáticas de Sidonio y Prudencio; todo esto no hay duda que se halla en las Canarias, y que nuestro don Bartolomé Cairasco supo en el *Arco de la Fama* combinar la fábula con la verdad. [...]

9. SU EPÍTETO DE ATLÁNTICAS

En lo que parece no ha habido tantas réplicas es sobre el nombre de Atlánticas, que Salustio y Plutarco suponen tenían ya estas islas, cuando Quinto Sertorio adquirió la noticia de su existencia; pero se puede dudar con razón acerca del verdadero origen, porque decir que las Canarias le tomaron del Mar Atlántico, donde tienen su asiento, no sería responder categóricamente, sino dar lugar a otra pregunta, es a saber, ¿por qué este mar recibió aquella denominación? Cuestión que no es fácil examinar, sin empeñarnos en una disertación embarazosa sobre la formación y estado primitivo de nuestras islas; en cuyo asunto, cubierto de tinieblas, sólo se pueden aventurar ciertas conjeturas que no nos darán la clave de la evidencia. Sin embargo, yo recelaría haber dejado imperfecta una de las partes más elementales de nuestra historia natural, si tuviese la prudencia de dispensarme de proponer el juicio que en el día se puede hacer acerca del principio que acaso tuvieron las Canarias; mayormente cuando no falta tal cual punto de apoyo sobre qué mover la imaginación.

10. SI FUERON LAS CANARIAS PARTE DE LA ATLÁNTIDA DE PLATÓN

¿Adquiriría este mar la denominación de Atlántico por haber reemplazado el sitio que ocupaba antes de su ruina la famosa Atlántida de Platón? O, lo que es lo mismo, ¿se llamarían Atlánticas estas islas por ser como los fragmentos, reliquias y porciones más elevadas de aquella infeliz tierra? Yo no me atrevería a hacer estas preguntas, si el diálogo *Critias* o el *Timeo* del mismo Platón estuviese absolutamente convencido de fabuloso, y si no hallase hombres de sana crítica, inclinados a darle asenso y a discurrir acerca de él con toda seriedad. Este filósofo, pues, que fue un autor de admirables prendas, y que por

su carácter sincero, penetrativo y grave está reputado generalmente por amante de la verdad, y aun se le dio el renombre de Divino, introduce en el citado diálogo las noticias que en orden a la Atlántida había adquirido Solón por el conducto de los sacerdotes de Egipto, quienes conservaban las memorias de su existencia y destrucción. Dice, pues, que aquella grande isla estaba a pocos días de navegación de las Columnas de Hércules; de forma que sin repugnancia se puede inferir del uso de esta expresión que tendría la misma distancia de Cádiz que tienen las Canarias. Píntala extremadamente poblada de una colonia de egipcios, establecida allí por Osiris bajo del gobierno de su nieto Neptuno, quien cedió el reino de toda la isla a Atlas, su hijo mayor. Y después de haber hecho una amplia descripción de esta tierra y de las proezas de sus armas, concluye diciendo que el mar la había absorbido, ya por irrupciones o diluvios, o ya por temblores y volcanes. [...]

14. SI SON UNA CONTINUACIÓN DE LOS MONTES ADYACENTES DEL ÁFRICA

Desde Cabo Blanco, en las costas africanas, hasta el de Bojador, fronterizo a estas islas, encuentra una tierra montuosa y árida; de manera que, como afirma Monsieur de Buffon, parece indubitable que las Canarias fueron una continuación de aquellos montes. Y, a la verdad, sería hacernos insensibles a las conjeturas más sencillas y naturales disentir de que ellas fuesen porciones de un territorio que acaso compuso en otra edad una grande isla o, si se quiere, una península de esta parte del África. El P. fray Alonso de Espinosa, que había abrazado esta última opinión, alega la autoridad de un escritor que, en el prólogo al *Timeo* de Platón, aseguraba que era cosa constante haber estado unidas en lo antiguo las Canarias a aquel continente, siendo como una dilatación de sus costas. [...]

Pero, aunque estas consideraciones fuesen más endeblés de lo que son en la realidad, no hay duda que las corrobora una que, porque tendrá en otra parte cabimiento, no haremos por ahora sino apuntarla. Los animales, los árboles, las plantas, los frutos y las yerbas, ¿no eran los mismos en todas nuestras islas? ¿La similitud en el carácter genial, usos, costumbres, gobierno, religión, vestuario y método de vida de sus habitantes no era harto visible? ¿Los dialectos de su lengua no tenían una notoria afinidad? Confesemos que cuando se fijan unos ojos filosóficos sobre el estado de estos países y en el genio de sus naturales al tiempo que las naciones europeas los conquistaron, no podremos concebir sino que en lo primitivo fueron las Canarias partes de un terreno contiguo y dotado de las mismas cualidades; que sus moradores traían un mismo origen y extracción; que por ministerio de una causa poderosa y activa se arruinó la tierra, se dividió en un pequeño archipiélago de islas y dejó sin comunicación a los infelices que se habían salvado del estrago en medio del océano. [...]

De todo este largo discurso se infiere, lo 1.º, que quizá las Canarias fueron en otro tiempo una península del África; 2.º, que por efecto del diluvio de Noé se formó de esta península la famosa Atlántida de Platón; 3.º, que, destruida después la Atlántida, sólo quedaron las eminencias de sus montes más elevados, que son nuestras islas; 4.º, que el renombre de Atlántida que tuvo la isla platónica, y de Atlánticas que tuvieron las Afortunadas con toda esta parte del mar Océano, se derivó del monte Atlante de la Mauritania, que dio crédito a sus contornos. ¿Pero no podrá dudarse, con alguna razón, si este célebre monte es verdaderamente el mismo que los antiguos tanto aplaudieron? Véase aquí una cuestión curiosa que sólo se deberá resolver cuando tratemos de nuestro Pico de Tenerife. [...]

17. DE LA GRAN CANARIA TOMAN EL NOMBRE GENÉRICO DE CANARIAS

Estas islas, pues, que hasta el siglo XI sólo eran conocidas con el antiguo epíteto de Afortunadas, le perdieron casi instantáneamente, cambiándole en el de Canarias. No se puede dudar que la fama de la isla de Canaria, su ruidosa conquista y la recomendación de sus circunstancias, que le adquirieron el carácter de Grande y la dignidad de capital, fue también la causa de que su nombre absorbiese el de las otras y se difundiese, haciéndose el genérico de todas. Pero lo que han dudado muchos (no sé si con razón) es: ¿de dónde tomó su etimología Canaria? [...]

18. OPINIONES SOBRE EL ORIGEN Y ETIMOLOGÍA DEL NOMBRE DE CANARIA [...]

Es cosa digna de admiración que, habiéndose buscado por tantos caminos la etimología del nombre de Canaria, hasta ahora ninguno, que yo sepa, se haya acordado del cabo que Ptolomeo y otros geógrafos de la antigüedad llamaron *la última Caunaria* o *Chaunaria extrema*. Este cabo, según todas las apariencias, es el que en el día se nombra de Bojador, pues aunque algunos modernos le han reputado por el de Non, fue por no tener presente que el verdadero cabo de Non antiguo es el actual de Bojador, del cual se creía supersticiosamente que cualquiera que tuviese la temeridad de doblarle no volvía jamás. Sólo con dar una ligera vista a la carta geográfica se hallará que la isla de Canaria está fronteriza al referido cabo de Bojador, o promontorio Caunaria, y distante poco más de 30 leguas. ¿Qué repugnancia habría de que en fuerza de esta situación tomase la isla el nombre de aquel cabo, que quizá era la mejor señal para llegar a ella? De Caunaria a Canaria es tan fácil la transición,

que yo no admitiría etimología diferente, si fuese más adicto a mis invenciones que a la verdad.

Pero no me es posible abandonar la autoridad de Plinio el naturalista sobre este punto. Este escritor, que es el primero que, tratando de nuestras islas, señala el nombre particular con que entonces era conocida cada una, es también el primero que da el nombre de Canaria a la isla de nuestra cuestión. Es verdad que, si Plinio no hubiese hecho otra cosa, dejaba todavía en libertad nuestro juicio y abierto el campo a las opiniones; pero hizo más, pues no sólo especificó el nombre de la isla, sino el origen de él. Y no lo publicó puramente sobre su palabra, sino con arreglo a las memorias del rey Juba, quien había tenido la curiosidad de informarse acerca de las circunstancias de nuestras islas, despachando algunas embarcaciones a esta singular expedición. De ella sacó Juba las siguientes noticias, que nos conservó Plinio casi en estos términos.

"Que las Afortunadas no estaban muy distantes de las islas Purpurarias. Que la primera se llamaba Ombrios, y no tenía vestigios de edificios, sino un estanque en los montes y ciertos árboles a manera de férulas que, exprimidos, daban los de color oscuro un agua amarga, y los más blancos un agua muy grata al paladar. Que otra isla se llamaba Junonia y tenía una casilla de piedra. Que inmediata a ésta había otra isla menor del mismo nombre. Que después estaba la isla Capraria, llena de unos lagartos grandes. Que en frente de ellas quedaba la Nivaria, nombrada así por estar casi siempre nebulosa, a causa de su continua nieve. Que a corta distancia se veía la isla de Canaria, llamada así por la multitud de perros de extraña grandeza, de los cuales se le llevaron dos a Juba. Que aquí se reconocían monumentos de algunos edificios. En fin, que todas estas islas abundaban en todo género de frutas y aves, en palmas que producen dátiles, en piñas de pino, en miel, y que en sus riachuelos se cogía el junco de que se hacía el papel y se criaban ciertos peces llamados siluros, etcétera".

Este pasaje parece tan decisivo, que ha sido ocioso irse a perder en el laberinto de otras etimologías del nombre de Canaria. Si los mismos que se la dieron declararon que se derivaba de *canis*, que en la lengua de los romanos significaba perro, por el número y corpulencia de los que había en la isla; si ni Juba, ni Plinio, ni Solino, ni Ptolomeo tuvieron reparo en asegurarlo, ¿por qué no hemos de adherir a su autoridad? Aquellos a quienes el historiador Gómara hizo creer que el general Pedro de Vera "no halló al tiempo de la conquista de Canaria ningunos canes", debían guardarse de su crítica y desconfiar de su exactitud. Al rey Juba se llevaron dos mastines de Canaria, se le presentaron, y supo este suceso toda la república literaria de aquel tiempo. Pero supongamos que posteriormente se hubiese extinguido la raza de los perros en la isla, como se extinguió en Inglaterra la de los lobos, ¿faltaría por eso la verdad de la etimología que seguimos? Sin embargo, ni aun esto hubo. Los compañeros del famoso conquistador Juan de Béthencourt hacían sus entradas en Canarias a principios de 1403, esto es, 73 años antes de la venida de Pedro de Vera; y entonces dicen los capellanes franceses Bontier y Le Verrier (que escribían como por diario la historia de sus operaciones) que había en la isla ciertos perros salvajes, semejantes a lobos, aunque más pequeños. Tomás Nicols, que formó una sucinta descripción de nuestras islas, 26 años antes que Francisco de Gómara, asegura que la comida ordinaria de los antiguos canarios era leche de cabras y carne de perros castrados. Finalmente, si Antonio de Viana hubiese tenido sobre este particular alguna duda, se hubiera explicado muy mal cuando dijo:

*Unos afirman ser por muchos canes
que en la Gran Canaria hasta hoy se crían.*

Así cualquiera se asombrará del inútil estudio en que se han querido embarazar los que, no pudiendo disentir de que se derivase de *canis* el nombre de Canaria, y pareciéndoles no deber entenderse según su significación

propia, se han extraviado en busca de interpretaciones violentas. [...]

28. LA FAMOSA CUESTIÓN DE SAN BORONDÓN

El rumor de las apariciones de esta isla es sin duda posterior al descubrimiento y conquista de las Canarias, porque, si los historiadores de Béthencourt el Grande hubiesen adquirido noticia de ella, no es probable que se resolviesen a omitirla. Pero es constante que, desde los principios del siglo XVI, ya la reputación de esta nueva tierra atormentaba el juicio de los naturales y extranjeros. [...] Ya desde entonces negarles a los habitantes de La Palma, Hierro y Gomera que lo que solían ver en ciertos tiempos del año hacia el Oeste-Sud-Oeste de La Palma y al Oeste-Nor-Oeste del Hierro no era una tierra real y verdadera, sino una ilusión de la vista auxiliada de la imaginación preocupada, era darles la mortificación de negarles una cosa evidente, porque entre ellos siempre ha habido personas que saben distinguir entre la tierra y una acumulación de nubes; que observaron aquella aparición a una misma distancia, en el mismo sitio, de una misma magnitud y configuración; que tuvieron cuidado de dibujar la perspectiva en diferentes ocasiones y que, comparando los dibujos, han tenido la satisfacción de hallarla uniforme.

En efecto, aquella tierra siempre se ha delineado corriendo Norte-Sur, formando hacia el medio una considerable degollada o concavidad y elevándose por los lados en dos montañas muy eminentes, mayor la de la parte septentrional. Se ha juzgado que distará cuarenta leguas de la isla de La Palma y que podrá tener 87 de largo y 28 de ancho. [...]

Estas apariciones, que ya hacemos vanidad de despreciar, eran la gran quimera de nuestros abuelos y fueron miradas en estos dos últimos siglos con tanta seriedad,

que muchas personas prudentes creyeron debían sacrificar con honor su caudal y su mismo reposo a un descubrimiento en que interesarían servir a la nación y hacer de camino su fortuna. La primera expedición, que yo sepa, fue la de Fernando de Troya y Fernando Álvarez, vecinos de Canaria, en 1526; y ésta, que nos da pruebas de la constancia de ánimo de aquellos hombres, es la que debemos siempre mirar como la menos infructuosa de todas cuantas después se han hecho con igual designio; porque, no habiendo encontrado ni la sombra de semejante isla, trajeron a sus casas la sólida gloria de un desengaño que les hubiera agradecido el público, si la fantasma de la tierra aparente no tuviese en sí misma el secreto de encantar a cuantos la ven. Ésta ganaba con sus sofisterías tanto terreno, que se creyó prudencia dudar antes de la mala conducta de los exploradores que de la fidelidad de los propios sentidos; así, como en 1570 fuesen las apariciones de la isla de San Borondón tan repetidas y tan claras, que produjeron en todos los ánimos casi por contagio un prurito de curiosidad, que tenía mucho de impaciencia, se procuró dar en la materia los pasos que debían ser decisivos.

Por fortuna había tomado este expediente a su cargo un sujeto muy a propósito para salir con él, si fuese asequible. El doctor Hernán Pérez de Grado, primer regente de la real audiencia de Canarias, era uno de aquellos ministros nacidos para servir bien al rey y hacer felices a los vasallos y, como vivía en el siglo de los descubrimientos meditó disponer un pequeño armamento que se emplease en buscar la isla fugitiva, pero, no queriendo precipitar el juicio ni ridiculizar la expedición, acordó despachar una provisión en su audiencia, cometida a las justicias de las tres islas Palma, Hierro y Gomera, por la que se les ordenaba hiciesen una averiguación exacta, con todas las personas de más talento que hubiesen observado las apariciones de la tierra o que acaso tuviesen pruebas de su existencia por otro conducto; y véase aquí cómo un Alonso de Espinosa, que era gobernador del

Hierro, dejó su nombre a la posteridad y señaló el tiempo de su judicatura, desempeñando perfectamente su encargo con una curiosa información en que más de cien testigos contestes deponían haber observado la nueva isla hacia el Nor-Oeste de la misma del Hierro y a sotavento de La Palma, con tanta reflexión y tranquilidad, que hubo vez que vieron ponerse el sol por detrás de una de sus puntas, conjeturando distaría 40 leguas de La Gomera.

Pero poco se hubiera adelantado con esta información del Hierro (que don Juan Núñez de la Peña, asegura haber visto original), si La Palma no hubiese producido en la suya hasta tres testigos que la acababan de dar todo el peso y autenticidad necesarios. Tales fueron ciertos portugueses de Setúbal, entre los cuales el uno llamado Pedro Vello era piloto y práctico en la navegación del Brasil. Éstos declararon haber estado en la isla de San Borondón, adonde arribaron inopinadamente, corridos de una tempestad. [...]

En otra averiguación que el licenciado Pedro Ortiz de Fúnez, canónigo inquisidor de Canaria y visitador del obispado, hizo en Tenerife, o ya llevado de su genio naturalmente inclinado a este género de pesquisas curiosas o, lo que es más cierto, por especial recomendación del mismo regente de la audiencia, se consiguió el testimonio de otro viajero que había sido comprendido en el privilegio de desembarcar en San Borondón. Marcos Verde, persona bien conocida en las Canarias, refería que, regresando de la armada de Berbería, en tiempo de nuestras expediciones al África, avistó en la misma altura de estas islas una tierra enteramente nueva y que carecía de todas aquellas señales características con que se distinguen las otras; que no balanceó un instante en tenerla por San Borondón, de modo que, lisonjeado de este concepto, la fue costearo en solicitud de algún puerto a propósito para hacer en ella un desembarco; que, en efecto, consiguió anclar su navío en la hermosa ensenada que formaba la embocadura de un barranco; y que, aun-

que el sol estaba ya puesto, se determinó a bajar a tierra con algunas personas, quienes, habiéndose separado, anduvieron un trecho muy considerable por diferentes sendas, hasta no oírse unas a otras por más que diesen voces. [...]

Era entonces muy dominante en nuestro país la opinión de la verdadera existencia de esta octava isla, para que se atreviese nadie a criticar aquellas informaciones. Todo cuanto se decía a su favor parecía una demostración matemática, que traía consigo la convicción y la evidencia. Véase aquí por qué yo no me admiro del armamento que inmediatamente se habilitó con estas miras en La Palma, bajo la dirección de Fernando de Villalobos, regidor y depositario general de la isla. Ésta, que ya era la segunda tentativa a San Borondón y quizá la de mayor número de velas, no fue tan infeliz por no haber podido descubrir la suspirada tierra, cuanto por no haber podido desengañar a los isleños de que la empresa era de suyo temeraria. Todavía no habían pasado 34 años, cuando los puertos de La Palma, aquella misma isla que había visto retornar a Villalobos con las manos vacías, vieron equipar con singular conato un navío que debía salir a enmendar las desgracias de sus antecesores y hacer más fructuoso el proyecto.

Éste se confió a dos hombres, cuyos créditos en la ciencia náutica respondían del suceso. Gaspar Pérez de Acosta era un piloto consumado. El P. fray Lorenzo Pinedo adornaba el hábito de San Francisco con una práctica sobresaliente en la marinería. ¿Podía haberse concertado mejor la nueva expedición? Pero era una expedición a San Borondón, y ésta sería el escollo de los mismos Colones y Magallanes, si les hubiese cabido en suerte. En efecto, el sabio piloto Pérez de Acosta, después de haber cruzado muchos días sobre aquella altura, después de haberse conducido en sus rumbos con todo el desvelo de un hombre que trabajaba por su reputación, no consiguió ni aun el consuelo equívoco de hallar aquellos comunes indicios de una tierra cercana. Los aguajes,

los fondos, los aires, las aves nada le decían. Todos éstos eran unos oráculos que estaban para él mudos. [...]

Es verosímil que la esterilidad de este tercer experimento nos enseñó a ser más cautelosos en el modo de hablar de San Borondón. Yo hallo un vacío considerable en nuestra historia, durante el cual no se trató de aventurar nuevos pasos para el descubrimiento. Hallo que nadie se hacía partidario de su existencia sin una apología. Hallo, en fin, que fue necesario dejar pasar más de un siglo para olvidarse de estos malos sucesos y volver a tener el arrojo de navegar en solicitud de aquella isla dueñe. Es verdad que la tentación parecía a veces poderosa, porque de cuando en cuando se dejaban ver ciertas pruebas brillantes, que ganaban mucho terreno en la creencia de los que no habían podido desarraigar del corazón la idea de su posibilidad. [...]

Estas razones, combinadas con los limones, frutas extrañas, ramos verdes y aun árboles enteros que a veces encallan en las playas de La Gomera y Hierro, en especial después de las tempestades del Nor-Oeste, y sobre todo las repetidas apariciones de que se enviaron nuevos informes desde El Hierro y La Palma en 1721 a la audiencia y comandancia general de las islas, produjeron como unos nuevos accesos de fiebre en los ánimos, que los determinaron a cansar la fortuna y a tentar por la cuarta vez el descubrimiento. La ocasión era favorable. Don Juan de Mur y Aguerre, que, siendo a la sazón capitán general de las Canarias, se había hecho amar de todos los isleños por el desvelo paternal con que se aplicó a remediar la espantosa escasez de víveres que afligía toda la provincia en aquel año, el más infeliz de nuestra historia, se empeñó en acreditar la expedición, fiándola no a ningún don Quijote de ultramar como otras veces, sino a un sujeto de pericia, de probidad y de la confianza de éste y de otros generales de las islas, cual fue el capitán don Gaspar Domínguez, a quien acompañaron en calidad de capellanes apostólicos el P. presentador fray Pedro Conde, del orden de predicadores, y el P. fray Fran-

cisco del Cristo, franciscano. La embarcación se hizo a la vela del puerto de Santa Cruz de Tenerife a fines del otoño. Quedó el vulgo en una expectación indecible. Pero, ¡qué dolor! Ésta fue una empresa que no se distinguió en nada de las anteriores. La hora del descubrimiento de San Borondón no era llegada y quería el destino que aquella conquista siempre se ciñese a la estéril gloria de emprendida.

Se pensará que éstos y otros multiplicados experimentos que hablaban tan claro se harían oír hasta el grado de determinarnos a abrazar un solo partido sobre el asunto, pero no ha sucedido así. La existencia de la isla de San Borondón es un problema, acerca del cual tenemos tres sistemas. El primero es el del vulgo supersticioso e ignorante, que atribuye su inaccesibilidad a una especial providencia divina o magia diabólica. El segundo es el de los que se obstinan en sostener su realidad con pruebas de hecho y buscar razones para que no se haya descubierto todavía y para que con dificultad se pueda descubrir. El tercero es el de los críticos y filósofos, que niegan absolutamente que exista tal isla fuera de nuestros ojos o de nuestra imaginación. [...]

Véase aquí por qué algunos críticos, obligados de la solidez de estas reflexiones y resueltos a disentir de la verdadera existencia de San Borondón, se han aplicado a explicar el misterio de sus apariciones por medio de un fenómeno con preferencia a la simple acumulación de celajes. El ilustre autor del *Teatro crítico*, que con tanto suceso hizo la guerra a los países imaginarios, se inclinó a que nuestra isla es quizá una de las otras Canarias, vista por reflexión en alguna nube de calidad de espejo. "Últimamente observo (dice) que, aun cuando imprimiese en los ojos perfecta imagen de isla la que se veía desde la del Hierro, no se infiere de aquí que realmente lo fuese. Desempeñarán esta que parece paradoja dos célebres fenómenos. El primero es una apariencia que los moradores de la ciudad de Reggio en el reino de Nápoles llaman Morgana. Vese muchas veces levantarse sobre el

mar vecino a aquella ciudad una magnífica apariencia, en que se divisan edificios, selvas, hombres, frutos; en fin, todo lo que puede componer una ciudad con territorio adyacente. El segundo es el que observó pocos años ha el P. Feuillée, mínimo doctísimo, matemático de la Academia Real de las Ciencias. Pareció una mañana en frente de Marsella una nueva tierra, en que se veían y divisaban, con catalejos, árboles, montes, ríos, animales y todo lo demás de que consta un país poblado. Fue avisado de tan portentosa novedad el P. Feuillée, quien, subiendo a su observatorio, vio lo mismo que los demás; pero, haciendo luego atenta reflexión sobre el caso, volvió los ojos a la tierra de Marsella y halló que en la nueva tierra se representaba todo lo que había en aquella. De donde infirió ser nube especular, donde se imprimía la imagen de la ciudad y territorio que tenía en frente, como sucede en los espejos. Asimismo puede suceder que la isla descubierta desde la del Hierro no fuese más que una imagen de ésta (más o menos clara, más o menos confusa), impresa en alguna nube especular a cierta distancia". [...]

Pero si hemos de entrar en la opinión de que la isla de San Borondón puede ser imagen de alguna de las otras, nosotros, que tenemos más conocimiento de la figura con que se nos representa, debemos preferir para este efecto la isla de La Palma a la del Hierro. Ello es que entre los canarios siempre se ha comparado la perspectiva de San Borondón a la de La Palma, por tener los mismos cortes, arranques, concavidad o ensilladura; y aunque esta isla (que es mayor que la del Hierro) no es todavía tan grande como se aprehende la otra, quizá la diferencia provendrá de la naturaleza de la nube donde se hace la impresión. Esta nube puede sin duda disponerse a manera de espejo cóncavo, ¿y quién no sabe cuánto aumentan semejantes espejos los objetos? Además de esto, los espejos cóncavos tienen la propiedad de representar los cuerpos que incurren en ellos, no por detrás de su superficie, sino cabalmente en el aire que me-

dia entre la superficie y el objeto, cuya circunstancia es el mejor secreto de la captótrica, para fascinar con sus ilusiones nuestros ojos.

Finalmente, la notable diversidad que hallamos entre las conjeturas que se han hecho sobre la distancia que tiene San Borondón de nuestras islas sirve también de prueba para corroborar la opinión de que toda su sustancia es aparente, y que las varias distancias a que las nubes especulares se han colocado tal vez hicieron variar el juicio de los observadores. Unos la situaron a cien leguas de la del Hierro; otros a cuarenta de La Gomera; otros, en fin, a quince o dieciocho de la misma isla y a treinta y cuatro de La Palma.

Sin embargo, no faltará quien sea dueño de sí mismo para no dejarse deslumbrar con un pensamiento que tiene mucho más de brillante que de sólido. Una nube perfectamente especular y colocada a cierto punto de vista determinado, a fin de representar repetidas veces una misma isla, es fácil de encontrar en la imaginación fértil de los filósofos, pero no en la naturaleza. Es verdad que ésta es investigable en sus movimientos; pero no tanto que pueda afectar ocuparse en plantar nubes especulares a cierta distancia de La Palma y del Hierro, cuando se ignora qué fealdades tienen las otras islas comarcanas, para que jamás les ofrezca un espejo en que mirarse. Esta consideración, que es muy sencilla, quizá será suficiente para desbaratar toda la máquina y disuadirnos de que San Borondón sea solamente proyección o simulacro de una tierra. [...]

Todas las mencionadas objeciones que ponen los críticos a la existencia de la isla de San Borondón todavía parecerían endebles, si no se hubiese salido por tantas veces en busca suya inútilmente. Tantas deberán ser las réplicas, cuantas han sido las expediciones; y tanto debe ir perdiendo aquella isla de su existencia, cuanto tiempo tardare en descubrirse. Decir o adivinar que está cubierta eternamente de nubes y que esta oscuridad impide el hallazgo es recurso infeliz, porque, como observa el ilustre

Feijóo: "¿Quién quita a las embarcaciones irse derechamente a esas nubes que la cubren? Y en caso que se finja ser aquellas nubes como las de Georgia, que no permitan penetrarse, ¿cómo arribaron algunos marineros por casualidad (según se cuenta) a aquella isla? Más: en aquellos días clarísimos en que se divisa, fácil sería despachar prontamente un bajel, el cual, en este caso, no la perdería de vista." Añado yo: ¿Cómo, desde la cumbre del elevado Pico de Tenerife (que comprende más de 70 leguas al mar) o de sus faldas, jamás se ha divisado tal isla, ni clara ni nebulosa? A los que imaginan que la corriente del agua es allí tan extraordinaria y violenta, que desvía las embarcaciones, precisándolas a otro rumbo, les pregunta y arguye el mismo Feijóo: "¿Cómo arribaron los que por casualidad arribaron? O este grande ímpetu es a veces, o continuo; si a tiempos, fácilmente se pudo observar la coyuntura favorable para que arribasen las embarcaciones destinadas a este intento; si continuo, ningún bajel podría arribar jamás."

Véase aquí todo cuanto en la famosa cuestión de la isla de San Borondón me ha aparecido interesante y lo más serio que por una y otra parte se puede alegar de buena fe. El lector imparcial queda en libertad para juzgar definitivamente y tomar su partido, si acaso éste fuere negocio en que hubiese precisión de tomarle.

LIBRO II

[...]

3. SUS FIGURAS

[De los primitivos habitantes de Canarias]

Los antiguos isleños, por punto general, estuvieron dotados de unas fisonomías recomendables. Bontier y Le Verrier se habían preocupado a su favor de tal manera, que no dudaron decir: "Id por todo el mundo y casi no hallaréis en ninguna parte personas más hermosas ni gente más gallarda que la de estas islas, tanto hombres como mujeres, además de ser de buen entendimiento, si hubiese quien los cultivase". Los naturales de la Gran Canaria parecían bien hechos, llenos de un brío noble y de una sólida marcialidad; y, aunque las personas del otro sexo eran trigueñas, no dejaban de ser hermosas y tenían los ojos negros y rasgados. Pero en Lanzarote afeaba mucho la boca de las que criaban la circunstancia de tener el labio inferior demasiadamente largo, cuya monstruosidad provenía de otra monstruosidad mayor, porque, si creemos a los historiadores citados, carecían las mujeres de leche en los pechos y alimentaban a los recién nacidos dándoles a mamar los labios. Los isleños de Fuerteventura eran hombres de grande estatura y valor extremo; y, aunque quizá los palmeses fueron de mayor cuerpo, se dice que no eran tan valientes. Los gomeros y herreños tenían mediano talle, pero eran fuertes, ágiles y animosos. [...]

4. SU CARÁCTER

Eran los naturales de Fuerteventura y Lanzarote propensos a la conmiseración, austeros para sí, capaces de amistad, festivos y aficionados al baile y a la música. Los gomeros se inclinaban a hacer pruebas de ligereza, a tirar, huir y mostrar una gran presencia de ánimo en los lances difíciles. Puede decirse que la melancolía era el humor predominante en los isleños de La Palma y del Hierro. Por el contrario, los canarios parecían alegres, ágiles, ingeniosos, complacientes, bravos, de una veracidad inexpugnable, según Cairasco; y los mayores traidores del mundo, según Bontier y Le Verrier. Finalmente los guanches de Tenerife eran hombres robustos, ágiles, aguerridos amantes de la patria, modestos, generosos y sensibles al honor. ¡Felices todos, si con conocimiento del evangelio hubiesen podido poner más tiempo su inocencia a cubierto de la ambición y del derecho del más fuerte!

5. SUS IDIOMAS

Decía don Juan Núñez de la Peña: "Los naturales de cada una de estas islas hablaban lengua diferente pues no se entendían entre sí cuando llegó el caso de reunirse; luego cada isla estaba habitada de un pueblo de diverso origen y extracción". Véase aquí una lógica precipitada que le obligó a buscar por el mundo aquellos extraordinarios pobladores que trajo a las Canarias. Se sabe que en la América, a pocas jornadas de camino, ya los indios no se entienden unos a otros. ¿Diremos por eso que todos tuvieron diferente origen? [...] ¿Quién se admirará de que nuestros primitivos isleños, habiendo vivido sin comunicación ni comercio durante una larguísima serie de años, corrompiesen su lenguaje hasta darle una diferencia sensible?

Pero a pesar del tiempo, a pesar de la falta de comunicación y a pesar de nuestro mismo cronista, yo reco-

nozco sobrada afinidad entre los idiomas que hablaban los canarios y se me figuran dialectos de una lengua matriz, aun sin academias instituidas para fijarla. El aire de los términos y el genio de las voces es semejante. La mayor parte de sus dicciones empezaban con *Te*, o con *Che*, o con *Gua* según se puede observar fácilmente en los nombres de muchas poblaciones y campos que conservan los que pusieron los naturales. [...]

6. SUS ALIMENTOS

La frugalidad y uniforme simplicidad de manjares con que se cubrían las mesas de nuestros antiguos isleños hacen su elogio, pues entonces aprenderemos a estimar lo sólido, cuando, sin seguirmos por las costumbres de nuestra nación y de nuestro siglo, conociéramos que hubo unos hombres felices y robustos que conservaban la vida hasta la más larga senectud con muy poco arte de cocina.

a) Granos y legumbres

La cebada tostada y reducida a harina en un molinillo de piedra, puesto en movimiento con la mano por medio de un pequeño hueso de cabra, era el alimento sano y sabroso que llamaban *gofio* o *ahorén*, del cual usaban como de pan cotidiano. [...]

No ha faltado quien diga que en Tenerife se tuvo conocimiento del trigo bajo el nombre de *irichen*, pero el P. Espinosa asegura que si lo hubo en otro tiempo, se había perdido la especie algunos años antes de la conquista cosa que no parece muy verosímil. Lo cierto es que tenían arvejas y habas, que debían mirarlas como un presente delicioso, supuesto que los naturales del Hierro y de La Palma carecían de toda suerte de legumbres. Entre éstos eran un equivalente del gofio las semillas de

la planta *amagante* cocidas con leche, o las raíces del helecho bien molidas y mezcladas con caldo.

b) Frutas

Las pocas que tenían eran silvestres: hongos, madroños, vicácaros, moras de zarza, mocanes, dátiles, támaras, piñas de pino y los palmitos que refiere Plinio el Mayor, entre las cuales el mocán, que llamaban *yoya*, solía ser la fruta preferida, porque de su jugo, que es sumamente dulce, confeccionaban los guanches una miel apreciable. Éste es el célebre *chacerquen* con que amasaban su gofio y, a veces, se medicinaban.

Los habitantes de la Gran Canaria habían adquirido, desde mediado el siglo XIV, una nueva provisión de frutas, que aumentó notablemente el capital de sus riquezas. Cuando ciertos aventureros mallorquines que aportaron a aquella isla arrojaron casualmente las semillas de algunos higos, no sabían que las plantaban en la tierra más fértil del mundo para llevar la especie. Así sucedió que casi toda Canaria se poblase dentro de pocos años de higueras fecundísimas que, sustentando con abundancia a sus moradores, los regalaban. Estos higos, aunque tenían duro el hollejo, eran muy sabrosos, y los conservaban, después de curados al sol, prensándolos en espuelas de palma, o ensartándolos en juncos, o machacándolos y reduciéndolos a pasta.

c) Viandas

No había favorecido la naturaleza a los habitantes de Fuerteventura y de Lanzarote con el agradable alimento de las frutas, pues, aunque aquella isla tenía algunas palmas, acebuches y tarajales, esta última careció siempre de todo lo que pudiese merecer dignamente el nombre de árbol. Mas, en compensación de esta falta, sabemos que

tuvieron tanta copia de carnes, que nunca echaron de menos otro género de comidas. Fuerteventura sola criaba en cada un año más de 60.000 cabras, tan gordas, que algunas daban de sí 30 libras de sebo; y esta carne cocida en leche o asada con manteca era (por confesión de los franceses de Juan de Béthencourt) más sabrosa que la de Francia. Como los mayoreros o isleños de Fuerteventura no gustaban de sal ni salaban las carnes muertas, las curaban suspendiéndolas en el aire o al humo que hacían dentro de sus cabañas. Comían el sebo como nosotros el pan, y de la leche de las cabras cuajaban buenos quesos y sacaban manteca de gran virtud. [...]

7. DIGRESIÓN SOBRE EL ÁRBOL DEL HIERRO

No hay cosa más cierta que la existencia de este árbol extraordinario, sus destilaciones y su ruina por efecto de un huracán. La fama y las plumas conspiraron como de acuerdo a hacerle conocer en el mundo. ¿Pero qué diremos cuando hallamos que los críticos de mejores luces se han conjurado para arrancar del medio del Hierro este árbol singular? El célebre Bacón de Verulamio dice que es fabuloso. Monsieur La Maire le da igual epíteto. Tomás Cornielle da a entender fue soñado. Los geógrafos Sansones exclaman que los viajeros apostaron a cuál mentiría más en el asunto. Mons. Nablót, citando a Baudrand, que habla de la existencia del árbol, se inclina a creer que todo ha sido una patraña. Barbot y Martineau-Duplessis pretenden que su origen fue una ficción. El P. Taillandier, que estuvo en Tenerife en 1707, avisa que es un cuento inventado por los viajeros. El ilustrísimo Feijóo no duda que ese fénix de las plantas sea tan fingido como el de las aves. El P. maestro Sarmiento le trata de novela, mentira, embuste y error. De suerte que cuando don Salvador Mañer se aventuró a ser el apolo-gista del árbol, con armas desiguales, hubo de perder toda la buena opinión de crítico y de filósofo.

Sin embargo, yo diría que el árbol de la isla del Hierro no ha tenido en contra suya sino a sus mismos admiradores. Un árbol único en su especie que, según Gonzalo de Oviedo, Livio Sanuto, Juan Botero y Linschoten, sudaba el agua por tronco, ramas y hojas, que según Luis Jakson, manaba en una sola noche veinte mil toneles de agua dentro de la alberca mayor, desde donde se distribuía por caños de plomo por todo el resto de la isla; que, según Antonio de Viana, extraía de la misma aridez del terreno el humor copioso que después destilaba; que según Jerónimo Salusto, señor Du Bartas, no era árbol, sino un pequeño arbusto, en fin, que, según el *Tesoro de las cartas*, es una maravilla que excede cuantas maravillas hubo en el mundo; todo esto a la verdad, compone un árbol que con razón, pareció sobrenatural a Pedro Mexía y, por consiguiente, fabuloso.

Mas cuando se tuviere cuidado de descartar las exageraciones y se examinaren con tranquilidad las verdaderas circunstancias del Árbol del Hierro, aunque hallaremos en él mucho de extraordinario, nada nos podrá parecer increíble. Éste es árbol santo, como decían los habitantes del país, pero no un árbol fabuloso. Véase aquí la relación pura y sincera que el P. fray Juan de Abréu Galindo nos dejó en su historia manuscrita de las islas, a quien tuvo la curiosidad de hacer al árbol una visita en persona y de observar con prolijidad todo el secreto.

"El lugar y término donde está este árbol se llama Tigulahe y es una cañada que va por un valle arriba desde la mar a dar a un frontón de risco, donde está nacido el árbol santo, que dicen llamarse en su lengua *Garoé*, el cual por tantos años se ha conservado sano, entero y fresco; cuyas hojas destilan tanta y tan continua agua, que da de beber a la isla toda, habiendo proveído la naturaleza esta milagrosa fuente a la sequedad y necesidad de la misma tierra. Está de la mar como legua y media y no se sabe qué especie de árbol sea, mas que quieren decir es tilo, sin que de su especie haya otro árbol allí. El tronco tiene de circuito y grosor doce palmos, y de

ancho cuatro palmos, y de alto tiene cuarenta desde el pie hasta lo más alto, y la copa en redondo ciento veinte pies de torno. Las ramas muy extendidas y coposas, muy altas de la tierra. Su fruta es como bellota con su capillo, y fruto como piñón, gustoso al comer, aromático, aunque más blando. Jamás pierde este árbol la hoja la cual es como la hoja de laurel, aunque más grande, ancha y encorvada, con verdor perpetuo; porque la hoja que se seca se cae luego y queda siempre la verde. Está abrazada a este árbol una zarza que coge y cierra muchas de sus ramas. Cerca de este árbol, en su contorno, hay algunas hayas, brezos y zarzas. Desde su tronco o planta a la parte del Norte están dos tanques o pilas grandes, cada una de ellas de veinte pies de cuadrado y de hondura de dieciséis palmos, hechas de piedra tosca que las divide, para que gastada el agua del uno se pueda limpiar, sin que le estorbe el agua del otro.

"La manera que tiene de destilar el agua este árbol santo o *Garocé*, es que todos los días por la mañana se levanta una nube o niebla de la mar cerca de este valle, la cual va subiendo con el viento sur o levante por la marina la cañada arriba hasta dar en el frontón; y, como halla allí a este árbol espeso de muchas hojas, asíéntase en él la nube o niebla y recógela en sí y vase deshaciendo y destilando el agua que recogió; y lo mismo hacen los brezos que están en aquel contorno cerca del árbol, sino que, como tienen la hoja más disminuida, no recogen tanta agua como el tilo, que es muy ancha, y esa que recogen también la aprovechan, aunque es poca, que sólo se hace caudal del agua que destila el *Garocé*, la cual es bastante a dar agua para los vecinos y ganados, juntamente con la que queda del invierno, recogida por los charcos de los barrancos; y, cuando el año es de muchos levantes, hay aquel año mayor copia de agua, porque con este viento levante son mayores las nieblas y las destilaciones más abundantes. Cógense cada día más de veinte botas de agua.

"Está junto a este árbol una guarda que tiene puesta el concejo con casa y salario, el cual da a cada vecino siete botijas de agua, sin la que se da a los señores de la isla y gente principal, que es otra mucha cantidad. Serán los vecinos de esta isla del Hierro como 230 y en ellos más de 1.000 personas, y a todos sustenta de beber este árbol; y porque junto al pueblo que antiguamente llamaban Amoco y al presente Valverde no había otra agua de que se proveer, la llamaron los antiguos que escribieron Ombrion, dando a entender que de sola agua llovediza se sustentaban."

Cualquiera crítico que sólo hubiese leído esta sencilla relación, ¿no creería en la existencia de este árbol, admirándola? Porque si el árbol santo, tilo o garoé no debía toda su virtud destilatoria sino a su misma frondosidad, a su situación ventajosa y a las nieblas que se levantaban con frecuencia del mar, es claro que nada había en él de sobrenatural ni de inverosímil. Así el P. Eusebio Nieremberg, aquel hombre tan amante de lo maravilloso, no dudó confesar, en vista de los informes que recibía de islas, "que, aunque la propiedad del Árbol del Hierro era admirable por lo que beneficiaba al país, no tenía nada de irregular e inexplicable". Los autores franceses de la historia de Juan de Béthencourt tampoco usaron de ningún entusiasmo en la descripción de esa planta y sólo dijeron: "Que en lo más alto de la isla hay árboles que continuamente están destilando agua clara y hermosa que cae en unos fosos inmediatos a ellos; que ésta es la mejor agua que se puede hallar para beber y, de tal condición que, aunque se coma hasta todo lo posible, si se bebiere de ella, aunque sea una hora después, se digiere la comida de forma que sobrevienen nuevos estímulos de hambre". Y véase aquí también por qué nuestro don Bartolomé Cairasco, que era poeta, hablando del Árbol del Hierro no quiso usar de expresiones más pomposas que las siguientes:

*...y el Hierro la postrera,
donde destila hoy día el Árbol Santo,
que los antiguos veneraron tanto.*

Dijo "que destila hoy día", porque Cairasco escribía en 1602 y la ruina del árbol no sucedió hasta ocho años después en que un recio huracán robó a los herreños y a todas las Canarias aquella preciosa posesión. Núñez de la Peña retarda esta desgracia quince años, pues la fija en 1625; pero el P. Nieremberg la difiere todavía más, poniéndola en 1629. Ambos se engañaron. Bartolomé García del Castillo, en su libro intitulado *Noticias del Hierro*, dice que consta el huracán que exterminó el árbol, en el libro segundo capitular de aquella isla, de un acuerdo que hizo su ayuntamiento en 12 de junio de 1612, pág. 184, concebido en los términos siguientes: "Por cuanto el árbol santo se cayó y con la madera dél y rama tiene ocupadas las charcas donde se recogía la agua y es necesario que todo se saque y se limpie la tierra que asimismo cayó, se ordena y manda, etcétera". Así pereció, después de tantos siglos, uno de los árboles más apreciables del mundo, bien que su memoria será eterna entre el vulgo de físicos y naturalistas. [...]

Concluyamos, pues, sin temor de ser desmentidos, que la bebida de los antiguos herreños corría en cierto modo por cuenta de una providencia poco común, y que los isleños circunvecinos debían mirarlos como a unos hombres favorecidos de la naturaleza. [...]

9. SUS HABITACIONES

Cuando la necesidad empieza a poner en acción los primeros recursos de la industria humana, es tan económica, que sólo estima la sencillez. Dicta la idea del vestuario, pero de hojas de árboles y de pieles de brutos. Determina se solicite una habitación, mas no ofrece desde luego al instinto sino las grutas y las cabañas. Vemos,

en prueba de ello, que nuestros antiguos isleños preferían una caverna de la tierra a otros alojamientos, en tanto grado, que los palacios de sus reyes, las alquerías de sus nobles y las casas de las personas más acomodadas no eran sino grutas espaciosas, frescas en el verano y abrigadas en el invierno. Tal era el palacio del guarnateme de Gáldar, en Canaria; el de los menceyes de Güímar y Taoro, en Tenerife; la cueva de los Verdes, en Lanzarote, etc., cuyos admirables subterráneos eran como unos edificios eternos y al mismo tiempo de un orden de arquitectura natural. Se podría decir que la providencia había prevenido y aun consultado el gusto de aquellos trogloditas; porque, siendo tan cavernosas todas nuestras islas, les presentaba las mejores habitaciones del mundo.

Pero, como aunque hubiese muchas cuevas no podían nunca ser bastantes, entró el arte a suplir la naturaleza, edificando algunas cabañas de piedras y de troncos. Los habitantes de Lanzarote y Fuerteventura, que eran los más sociables, fueron los que se aplicaron con más ardor a la arquitectura, construyendo aquellas casas de piedra seca que todavía admiramos por el enlace y perfecta unión de todas sus piezas. Se llaman casas hondas, porque en parte eran subterráneas y tenían las puertas tan estrechas y bajas, que una persona regular entra ahora dificultosamente por ellas; y no hay duda que la falta de ventilación y la práctica de dejar secar dentro de las mismas casas, y aun sin salar, las carnes mortecinas ocasionaría aquel mal olor que por punto general exhalaban. (Parece la mayor parte de ellas eran subterráneas y éstas se llaman hoy *casas hondas*).

Los herreños las fabricaban con otro orden, pues, pareciéndoles la figura rotunda más perfecta y acomodada, levantaban en círculo una pared de grandes piedras, en la que sólo solían dejar una entrada común. Techábanla después con una como media naranja de maderos, helechos, paja y ramas de árboles, de forma que en cada casa de éstas habitaban ordinariamente veinte vecinos.

Sin embargo, las habitaciones de los canarios tuvieron no sé qué de más magnífico, porque, aunque eran bajas sus paredes, parecían tan pulidas y estaban tan derechas, que se creerían edificadas a nivel. Dejaban el suelo más profundo que el piso de la calle. Armaban los techos con maderos, perfectamente unidos, y los cubrían con tierra y paja. Solían edificar dos o tres casas contiguas, con una sola palma por viga principal; pero siempre daban la preferencia a las grutas, especialmente luego que los mallorquines les enseñaron el modo de darles más capacidad, añadiéndoles aquellos aposentos que Abreu Galindo miraba con placer.

Esta misma pasión a las cuevas era la que tenía más séquito en Tenerife; de manera que solamente aquellos guanches desvalidos que no hallaban alguna concavidad desocupada o no tenían bastante habilidad para abrirla en los cerros más deleznales levantaban chozas de piedra seca, cubiertas de paja y de helechos, de cuya práctica provino sin duda la falta de pueblos arruados que se hizo notable en esta célebre isla. [...]

11. SU NOBLEZA

¿Quién esperaba que en medio de una nación miserable, para la cual el oro, la plata, el hierro y los demás metales eran bienes desconocidos, tuviese cabimiento la preocupación de pobres y ricos, de nobles y plebeyos? Sin embargo, todo esto hubo. Aquellas personas que descendían de las casas reinantes eran nobles; las que poseían más tierras y ganados eran ricas; pero eran plebeyas y villanas las que carecían de estas ventajas exteriores. Los guanches de la isla de Tenerife instruían a sus hijos en una metafísica muy moral: Decíanles que al principio del mundo había formado Dios cierto número de hombres y mujeres, de la tierra y el agua, y que les repartió todo el ganado necesario para su sustento; que, después, habiendo tomado la determinación de criar más

gente, como a ésta no le diese ganado y ella se lo pidiese, le dijo el Criador: "Servid a los otros y ellos os darán de comer"; y que de aquí se derivaron todos los villanos que servían a los nobles.

El cuerpo de la nobleza estaba muy autorizado en la Gran Canaria y se distinguía del estado llano en diferentes privilegios y actos positivos. Todo el mundo conocía un hidalgo en la barba larga y el cabello redondo que le descendía hasta las orejas. Pertenecía al *faicán* o gran sacerdote (que era la segunda dignidad del reino) el derecho de criar nobles; y la ceremonia o especie de instalación con que se les armaba de caballeros tenía algo de particular. El recipiendario, que había de ser un mozo rico, descendiente de nobles y capaz de tomar las armas, debía presentarse al faicán con el cabello tendido por la espalda, y este ministro, en una asamblea del pueblo convocada a este fin, decía en voz alta: "Yo os conjuro a todos, en el eterno nombre de Alcorac, declararéis si habéis visto a N., hijo de N., entrar en corral a ordeñar o matar cabras; si sabéis que haya preparado con sus manos la comida; si ha entrado a hacer robos en tiempos de paz; si ha sido descortés y mal hablado, especialmente para con alguna mujer". Cuando el concurso respondía negativamente, el faicán le cortaba el cabello más abajo de las orejas y le entregaba el *magado* o lanza con que debía servir en la guerra a su soberano. Concluida esta ceremonia, ya todo el pueblo le respetaba como noble y tomaba asiento entre las personas de su clase. Pero si había testigo que le probase haber delinquido en alguno de los artículos de las pruebas, el faicán le cortaba todo el cabello, le dejaba villano e imposibilitado de aspirar nunca a la nobleza, y era conocido bajo el nombre de *trasquilado*. [...]

14. SUS JUEGOS

Nuestros antiguos isleños, por genio o por educación, eran extremadamente inclinados a los juegos y regocijos públicos; pero las fiestas anuales del *beñesmén* (que era la estación del estío, en que hacían la recolección de sus granos), las de las cortes generales de la isla y las de la jura y coronación de sus nuevos reyes eran las más espléndidas. Reducíanse a juegos y convites. Si era tiempo de guerra, cesaba todo acto de hostilidad, se abría el comercio entre las provincias limítrofes y los mismos reyes hacían el coste con perfecta generosidad. Estos juegos tenían mucho de heroicos, pues consistían en músicas, bailes, luchas, saltos, carreras, tirar piedras, levantar pesos, trepar y ejecutar otras acciones de ligereza y de valor.

a) El baile canario

Acompañábanse en el baile con tamborcillos y flautas de caña; pero, cuando carecían de estos instrumentos agrestes, formaban con manos y boca unas sinfonías o sonatas muy a compás. ¿En qué parte del mundo no es celebrado el baile canario por su tono vivo, alegre y lleno de expresión? Los canarios debieron, sin duda, a gusto excesivo por la danza aquella famosa composición, que honraría a naciones más cultas. "Dos cosas (dice Francisco de Gómara) andan por el mundo, que han ennoblecido a estas islas: los pájaros canarios, tan estimados por su canto, y el canario, baile gentil y artificioso". Éste es un tañido músico de cuatro compases que se danza haciendo el son con los pies, con violentos y cortos movimientos. [...]

b) Luchas y tiros de piedra

Eran también los isleños grandes atletas y luchadores consumados. Ungíanse con grasa de animales y jugos de yerbas para disponer al combate, y se abrazaban con el tronco de un árbol a fin de fortalecerse los músculos; pero el juego que en la Gran Canaria tenía más aceptación y mucha similitud con el pugilato de los griegos pide se trate con alguna individualidad.

Los atletas, antes de descender a la arena y salir al combate, debían obtener licencia expresa de los *guaires* o consejeros de guerra, confirmada por el faicán. Obtenida (pues ésta se concedía sin dificultad), salía cada uno a la palestra o sitio destinado para este género de ejercicios, acompañado de sus amigos y parientes, que siempre hacían el papel de unos testigos imparciales. En el estadio estaba levantado cierto terraplén como a distancia de una vara del suelo, para que los dos contendientes fuesen vistos de la multitud, y a los lados dos piedras llanas de media vara de ancho. Aquí subían ambos campeones, armados cada uno de un largo garrote que remataba en porra, tres guijarros muy redondos y lisos y algunas lajas del más afilado pedernal. Colocabáanse sobre los pedestales, donde sin sacar ni mover los pies, debían parar y hacer alternativamente los tiros. Éstos empezaban por los guijarros, y era cosa asombrosa ver la facilidad con que sabían hurtar el cuerpo a la dirección de una piedra arrojada violentamente de tan corta distancia.

Acabadas las piedras, tomaban las lajas de pedernal en una mano y en la otra los grandes garrotes. Acercábanse más, y aquí era lo crítico de la contienda. Ya descargaban el golpe, ya le paraban, ya le herían con las tabornas, ya eran heridos. Crecía el ardor, la animosidad y el empeño, hasta cansarse. Entonces se retiraban un poco, se enjugaban el sudor y los padrinos les traían de comer y beber. Tomada esta refección, volvían a la carga con nuevo ímpetu; y cuando a alguno de ellos se le rompía

el garrote o estaban los espectadores satisfechos de su valor, levantaba la voz el presidente de los guaires y les decía: *gama, gama*, esto es, "basta, basta". Ambos quedaban en crédito de hombres valerosos y eran tan honrados como los que vencían en los juegos olímpicos. [...]

15. SU RELIGIÓN

Tanto los que afirmaron que todos los habitantes de las Canarias eran idólatras como los que pretendieron limpiarlos absolutamente de este borrón se engañaron groseramente, pues sólo se puede decir que eran deístas o que tuvieron alguna idea oscura de un ente todopoderoso y eterno a quien deben su existencia las criaturas, pero sin más nociones de la inmortalidad del alma ni más ideas de otra vida que la presente. Es verdad que solamente en Tenerife se conservaron puras las opiniones en orden a la esencia divina, porque, si creemos a nuestros escritores, los guanches la adoraban filosóficamente y en espíritu, atribuyéndole nombres sublimes y pomposos. Llamaban a Dios *Achguoyaxiraxi* "conservador del mundo", *Achxuraxan* "gran señor", *Achaxucanac* "sublime", y en sus calamidades le invocaban, procurando moverle a misericordia con ciertas ceremonias tiernas y ritos lúgubres.

La más funesta necesidad para los guanches era la escasez de las lluvias, sin las cuales ni ellos tenían gofio ni sus ganados pastos; y, para aplacar la divinidad en este conflicto común, solían los viejos, mozos, niños y mujeres congregarse en el fondo de algún valle, adonde conducían sus rebaños, y, separando de las madres los corderos y cabritillos que todavía mamaban, levantaba el afligido pueblo sus sollozos al compás de los inocentes balidos, que resonaban por todos los cerros inmediatos y perseveraba en esta súplica hasta que conseguía el remedio.

También se asegura que los guanches conservaban no sé qué confusa tradición de un infierno situado en el centro del Pico, y de un genio o principio malo, que llamaban *guayota*, opinión que acaso se originaría del horror que las erupciones y terribles volcanes de aquel monte infundieron en sus ánimos. Pero, como quiera que fuese, es cierto que tenían un concepto espantoso del Pico y que no sólo juraban solemnemente por el sol, que llamaban *magec*, sino también por el Echeide. [...]

Los habitantes de la Gran Canaria reconocían un ser supremo, conservador del mundo, a quien llamaban *Alcorac* y a quien rendían cultos sobre las cumbres de algunos riscos o en pequeños adoratorios. De éstos siempre fueron los más suntuosos y bien servidos aquellos que estaban bajo la conducta de las *maguadas* o, como otros dicen, *harimaguadas*, que eran como unas vírgenes vestales o monjas que vivían en recogimiento, se sustentaban de limosnas y se vestían de pieles más largas y blancas que las demás mujeres. Gozaban de grandes preeminencias; pero ningún privilegio apreciaban tanto como el de hacer todos los días a la divinidad sus libaciones de leche en medio del templo, cuyo sagrado era un asilo y lugar de refugio que nadie violaba impunemente. [...]

16. SUS MATRIMONIOS

No hubiera sido práctica extraordinaria que nuestros isleños se desposasen con muchas mujeres a un tiempo, sabiéndose que la poligamia ha sido una costumbre autorizada entre algunas naciones; pero, a la verdad, no dejó de serlo que una mujer tuviese a un mismo tiempo muchos maridos. Bontier y Le Verrier testifican que las mujeres de Lanzarote eran muy hermosas, muy honestas y por lo regular casadas con tres hombres. En medio de esta pluralidad, y para desempeñar cada uno el mismo empleo sin embarazo, se estableció por régimen que el

que hubiese poseído la común mujer en calidad de marido durante el espacio de un mes, le sirviese después dos meses en las funciones de criado. Pedro Luxán, en sus *Diálogos matrimoniales*, asegura otro tanto de las mujeres de Canarias, y no sé que tuviese suficientes razones el P. Abréu Galindo para negarlo.

Mas, en lo que nuestro autor no pudo menos de convenir fue en las dos ceremonias raras y precisas por donde debían pasar las doncellas antes de desposarse. La primera era la de permanecer reclinada por treinta días, regalándose con leche, gofio, carne y otras comidas sustanciosas, a fin de presentarse gordas al tálamo, en inteligencia de que si las encontraban los novios demasiado flacas, las repudiarían como inhábiles, según su ley, para concebir robustos infantes en un vientre pequeño. La segunda era ofrecer las floridas primicias del matrimonio al faicán, al guanarteme o a otros personajes del pueblo, quienes honraban las bodas como padrinos. [...]

17. SUS EMBALSAMIENTOS Y ENTIERROS

Nada quizá es tan interesante en la historia de nuestros antiguos isleños como el singular desvelo con que se esmeraron en honrar la memoria de sus difuntos y preservar de la corrupción los cadáveres. En efecto, los guanches, a fuerza de experimentos y de repetidas observaciones, consiguieron descubrir el secreto de eternizarlos en cierto modo, y hacer sus *xaxos* comparables a las momias o famosos cadáveres embalsamados por los antiguos egipcios. [...]

Luego que el enfermo moría, se colocaba su cadáver sobre una mesa ancha de piedra, donde se hacía la disección para extraerle las entrañas. Lavábanle después dos veces cada día con agua fría y sal todas las partes más endebles del cuerpo, como son orejas, narices, dedos, pulsos, ingles, etc., y luego le ungían todo con una confeción de manteca de cabras, yerbas aromáticas, corcho de

pino, resina de tea, polvos de brezo, de piedra pómez y otros absorbentes y secantes, dejándole después expuesto a los rayos del sol. Esta operación se hacía en el espacio de quince días, a cuyo tiempo los parientes del muerto celebraban sus exequias con una gran pompa de llanto; y, cuando el cadáver estaba ya enjuto y liviano como un cartón, le amortajaban y envolvían en pieles de ovejas y de cabras, curtidas o crudas, y con alguna marca para distinguirlo entre los demás. Encerraban los reyes y primeros personajes dentro de un cajón de sabina o de tea y, trasladándolos a las cuevas más inaccesibles, destinadas para cementerio común, los arrimaban verticalmente a las paredes o los colocaban con mucho orden y simetría sobre ciertos andamios. [...]

Las mortajas o forros en que están arrollados desde pies a cabeza son unos pellejos de cabra cosidos con primor. Algunos cuerpos tienen hasta cinco o seis, puestos unos encima de otros. [...]

19. SUS LEYES

Ningún reo se lisonjearía en las antiguas Canarias de haber quebrantado las leyes del estado impunemente, porque el amor a la justicia y el celo de conservar el orden público eran inalterables. [...]

Aunque también castigaban los guanches severísimamente el pecado de hurto y de adulterio, nada con más severidad que la pérdida del respeto y decoro debido a las personas del sexo delicado. En fuerza de esta ley, si un hombre encontraba cualquier mujer en el camino u otro paraje solitario, no podía tomarse la libertad de hablarle, ni aun de mirarla de hito en hito, sin que ella se lo permitiese; siendo obligación suya pararse, hasta que pasase, y cuidar de no dispararle ningunas palabras equívocas so pena de ser castigado inexorablemente por unos jueces que, en tales casos, eran siempre íntegros y celosos.

El *tagóror* o tribunal de justicia, donde los reyes de Tenerife daban audiencia y pronunciaban los soberanos decretos contra los reos, era una especie de plazuela redonda, contigua a sus palacios, y toda rodeada de asientos de piedras muy lisas. En una de estas piedras, la más elevada y cubierta de pieles, se sentaba el monarca y, en las más bajas, aquellas personas de mérito y conducta que tenían voz en su consejo, cada una según su orden de antigüedad. [...]

20. SUS GUERRAS

Hasta aquí hemos visto a nuestros antiguos isleños gozando de las comodidades de una vida sencilla y filosófica. Sus fecundas tierras, cultivadas y cubiertas de tropas de ganado, que los sustentaban con abundancia y vestían con naturalidad; sus grutas y cabañas, construidas con aquel orden de arquitectura que inspira la infancia de la habilidad humana: sus familias colmadas de bendiciones, saludables, alegres, juzgadas con equidad y dichosamente ignorantes de cuanto pasaba por el resto del mundo: ¿qué les faltaba ni qué ventajas tenían que desear? Felices si no les hubiesen visto jamás en la precisión de oponer la fuerza a la fuerza, para no ser la víctima de la ambición o de la injusticia. Pero los hombres siempre fueron enemigos de sus semejantes, en dondequiera que se atrevían sus intereses, y la guerra fue en las Canarias una calamidad necesaria, como en las demás regiones.

Sin embargo, se asegura que los herreños fueron tan afortunados que no hicieron nunca la guerra abiertamente ni conocieron otras armas que unos largos bastones, barnizados con la médula de las cabras, siendo causa de esta tranquilidad estar toda aquella pequeña isla bajo la dominación de un solo monarca, que siempre era pacífico por no tener con quien ser guerrero.

No sucedía lo mismo en la isla de Fuerteventura, porque, estando dividida en dos reinos, se hizo precisamente

el teatro de diferentes hostilidades y el taller de los hombres más valientes del mar Atlántico. Aquella muralla de cuatro leguas que servía a ambos estados de límite y barrera y de que todavía se reconocen muchos vestigios, aquellos castillos extremadamente fuertes, que asombraron con bastante razón a los primeros conquistadores, nos ofrecen sobradas pruebas de las sangrientas guerras que los *majoreros* sostenían entre sí. "¿Y quién se admirará (dicen Bontier y Le Verrier) de que en la tierra firme se experimenten tantas guerras, si aun los que estaban reducidos a una corta isla del Océano sabían destruirse unos a otros?"

Canaria contenía dos reinos; Tenerife, nueve; La Palma, doce. ¿Podría conservarse la serenidad pública mucho tiempo en medio de sus habitantes? Los verdaderos agravios que solían discontentar recíprocamente a los príncipes, y que daban margen a las roturas más frecuentes, eran las usurpaciones de los pastos y las correrías sobre los ganados de otros países comarcanos, a que se añadían las pretensiones a la corona, las revoluciones de los vasallos mal contentos, los celos y resentimientos del capricho de algunos reyezuelos, y otras razones políticas de igual carácter, que traían consigo la desavenencia y la muerte. [...]

Todos los soldados isleños por punto general, salían casi desnudos a las campañas, después de haberse ungido el cuerpo con el jugo de ciertas plantas, mezclado con sebo, pero sin otras armas defensivas que el tamarco revuelto al brazo izquierdo, o unas rodelas de madera de drago; disciplina sin duda muy consiguiente en unos hombres que afianzaban sus mayores ventajas en la ligereza y en aquel fiero desembarazo con que arrojaban las piedras y los dardos, únicas armas con que ofendían al enemigo. En efecto, no conocían ni aun el uso del arco y de la flecha. Sus máquinas bélicas más terribles sólo consistían en unos brazos fuertes, nerviosos y acostumbrados desde la niñez a lanzar una piedra con tanto tino, que jamás erraba en la puntería, y con tal vehemencia,

que imitaban la de la bala de un fusil. Sus batallas empezaban regularmente por esas descargas; pero cuando llegaban a las manos en lo más vivo de la acción, usaban de los dardos, lanzas y pedernales con un suceso prodigioso. Estas armas eran:

Tezezes, bastones de tres varas de largo, que manejaban con singular destreza.

Magados, otros garrotes que usaban en la Gran Canaria, con dos grandes bolas en los extremos, armadas muchas veces de tabonas o pedernales afilados.

Mocas, varas endurecidas al fuego y muy puntiagudas.

Banotes, otra especie de dardos que tenían los guanches, fabricados de sabina o de tea, con dos pequeños globos al medio, donde fijaban la mano, y a trechos ciertas muesquitas que rompían después de dar el golpe, dejándolas dentro de la herida.

Añepa, una lanza de tea, que usaban las personas reales y que marchaba delante de ellas cuando viajaban; etcétera. [...]

21. SUS REINOS Y MONARCAS

No se debe dudar que el gobierno monárquico se establecería en las Canarias por los mismos trámites con que se estableció en los mayores reinos de la tierra. Al principio estaría depositada toda la suprema autoridad entre las manos de los padres y cabezas de las familias, quienes se veían al frente de un pequeño estado, que llamaremos propiamente patriarcal; pero, como estas tribus y cuerpos de sociedad, endebles por sí solos, se fuesen aumentando y necesitasen con el transcurso del tiempo de árbitros poderosos y sabios que decidiesen sus diferencias y pusiesen sus bienes al abrigo de la violencia y la ambición, fue regular que se hiciesen pactos sociales y que se levantasen ciertos hombres extraordinarios, nacidos para dominar a los otros y bastante hábiles para ganarse la confianza de los pueblos, los que, en calidad

de caudillos o reyezuelos, administrasen la justicia y mandasen las armas en sus respectivos territorios. Aquellos, pues, que tomaban el gusto al gobierno y al encanto de ser obedecidos solicitaron hacerse absolutos por todos los medios posibles y dejar hereditaria la corona en sus descendientes, sistema que consiguieron por último, parte con la industria y parte con la tiranía. Y véase aquí cómo de unos monarcas se formaron otros tantos déspotas que dividieron las islas en muchos reinos.

a) Reino de Lanzarote

Si la muralla que separaba en dos mitades toda la isla de Lanzarote a lo largo puede servir de prueba para creer que en lo primitivo estuvo dividida en dos reinos, todavía existen los vestigios. Por tanto, el primero que aspiró a la monarquía universal del país debe ser reputado por un hombre hábil y guerrero. Ignoramos quién fuese este rey de toda la isla de Tite-roy-gatra, que transfirió la corona de pieles caprinas esmaltadas de conchas a su descendencia, pero es de presumir que esta soberanía sería un manantial de paz para los vasallos que se acostumbraron a ella, y que hubieran sido felices, si los europeos, inquietos por carácter y naturalmente codiciosos, los hubiesen ignorado más tiempo. Como la isla de Lanzarote es la primera tierra que se encuentra viniendo de la Europa, se hizo desde luego la víctima de los primeros aventureros que penetraron estos mares con espíritu de ambición y crueldad; así, ¿de qué violencias, correrías, robos y traiciones no fueron testigos, y aun objeto, los miserables reyes de Lanzarote desde mediado el siglo XIV! Ésta fue la época en que tuvieron principio sus calamidades y, por lo mismo, sólo conservamos los nombres y la sucesión de unos príncipes que ya iban dejando de serlo.

Zonzammas reinaba en Lanzarote por los años de 1377, cuando arribó a la isla, azotada de una borrasca,

cierta embarcación española, a cargo de Martín Ruiz de Avendaño, hidalgo vizcaíno. [...]

Tiguafaya, por otro nombre Timanfaya, sucedió a su padre Zonzammas. En 1393 invadió sus estados la famosa armadilla de sevillanos y vizcaínos, en cuya incursión padecieron los isleños la más memorable derrota, porque los europeos hicieron un gran botín y se llevaron prisioneros a España como en triunfo al rey Timanfaya y a la reina con otras ciento setenta personas, que no volvieron. Este cautiverio abrió el camino al trono a Guarnarame, hermano de Tiguafaya, y a la hermosa Ico, que era su hermana y su mujer. No fue menos infeliz este reinado, ni pudiera serlo ninguno, después que los piratas europeos se habían aficionado a saquear la isla y cautivar sus habitantes. [...]

Guadarfía (o Guadarfrá), que era hijo suyo y de la reina Ico, pero su derecho de sucesión y advenimiento al trono fue disputado por un partido poderoso. Todo el maligno vulgo había creído siempre que, no siendo Ico hija del rey Zonzammas, sino de su huésped Martín Ruiz, era muy equívoca la nobleza de Guadarfía, y, por consiguiente, incapaz de suceder a la corona. [...]

Guadarfía fue tan infeliz según el mundo, que vio invadidos sus dominios, sus vasallos rebeldes, su persona cuatro veces presa y atropellada, y, por último, su reino reducido a una parte de las conquistas de Juan de Béthencourt; pero de estos mismos infortunios se sirvió la divina providencia para hacer, con preferencia a otros, el beneficio de traerle a la verdadera religión, tomando el nombre de Luis cuando dejaba el de Guadarfía con la corona.

b) Reinos de Fuerteventura

Como la isla de Erbania o Fuerteventura era más vasta, más poblada y más fuerte, fue muy regular se dividiese en dos facciones poderosas, y muy natural que de

cada facción se formase una monarquía. El reino de Maxorata comprendía desde el puerto de Corralejo hasta más acá de donde está ahora situada la villa capital; y el de Jandía, desde este término hasta la punta que tiene el mismo nombre. Es imponderable la aversión que estos dos estados comarcanos se tenían. Sus guerras y sangrientas enemistades, aunque no podían dejar de hacerles poco dichosos, formaron de ellos unos hombres valientes, atrevidos y hábiles en fortificar sus castillos y usar bien de estos terribles puestos. La muralla de cuatro leguas que tiraron de mar a mar para separar sus dominios debe ser a proporción tan famosa como la de los chinos contra los tártaros o la de los romanos en Inglaterra contra los pictas. [...]

c) Reino de La Gomera

Toda la isla de La Gomera era un estado frondoso y bien poblado, donde reinaba el príncipe Amalahuige a fines del siglo XIV, cuando aportó a sus costas una embarcación española a cargo de don Fernando Ormel, natural de Galicia. Y como ya no extrañaban los gomeros estas visitas, tuvo Amalahuige la política de hacerse temer y estimar del jefe extranjero, ya por el valor de sus armas y ya por los regalos y buenos tratamientos; de modo que, hallándose don Fernando en la precisión de captar su benevolencia, consiguió por último, no sólo bautizarle por ministerio de su capellán, poniéndole su propio nombre, sino que, al tiempo de despedirse, le dejó recomendado el venerable clérigo, para que fuese el primer apóstol de los gomeros.

Muerto el rey Fernando Amalahuige, se vio aquella isla bajo el azote de una guerra civil, sostenida por cuatro facciones rebeldes, a la cabeza de las cuales se pusieron otros tantos caudillos, a quienes no faltaba resolución. [...]

d) Reino del Hierro

La isla del Hierro era la posesión del rey Armiche, único monarca, que, amando el descanso y la pública tranquilidad, tenía bajo su sombra un pueblo ocioso e ignorante del triste ejercicio de la guerra. Mas esta paz, que no podía ser turbada por la parte interior, lo fue funestamente en el siglo XIV por las incursiones de los aventureros de Europa hasta tal punto, que de un país prodigiosamente poblado formaron un desierto. Sus naturales eran llevados todos los años en cautiverio, y sólo en 1402, poco tiempo después de la venida de Béthen-court, habían apresado los piratas y vendido 400 personas. Los conquistadores franceses, no teniendo que hacer más que presentarse en la isla para sujetarla, cometieron la tiranía de destinar para esclavos al rey y otros 110 isleños. [...]

e) Reinos de La Palma

La isla de La Palma, que los naturales llamaban Benahoare, como quien dice "mi tierra", estaba dividida en doce reinos o cantones. La descripción de sus confines y los nombres de los soberanos que imperaban en ellos, al tiempo que los españoles hicieron sus conquistas, se hallan en la historia manuscrita del P. Abréu Galindo. [...]

Como quiera que estos príncipes soberanos fuesen aliados y tuviesen algunos pactos de familia entre sí, nada bastó para hacerlos moderados en sus resentimientos. [...]

Rompimiento famoso entre Atogmatoma, príncipe de Hiscaguan, y Tanausú, su sobrino, soberano del territorio de Aceró, cuyos estados invadió Atogmatoma con doscientos hombres escogidos, creyendo sorprenderlos; pero se engañó, porque Tanausú había prevenido el golpe con tanto pulso y apostado su gente tan ventajosamente en

los desfiladeros, que Atogmatoma no pudo forzarlos y se retiró con confusión, sin haber sacado fruto de la campaña. [...]

Es verdad que aquel príncipe tenía mucha más gente que Tanausú, pero los estados de éste eran por naturaleza inexpugnables; así, solicitó vivamente la alianza de otros príncipes y consiguió que Bidiesta y Timaba le enviasen un socorro considerable de gente, con el cual, engrosado su ejército, volvió a tentar la entrada de Aceró. Tanausú no pudo rechazar este segundo ataque de sus enemigos con la facilidad que antes; así, desalojando el campo que ocupaba, determinó retirarse con toda su tropa a otro puesto más ventajoso, donde se fortificó de manera que los enemigos perdieron muchos hombres intentando embestirlo. Pero, como a cada instante les llegaba a éstos gente de refresco y Tanausú temía mucho esta superioridad, abandonó todo el país de Aceró y se apostó con sus tropas en el roque de Behenauno. Este sitio le facilitaba la comunicación con otros príncipes amigos, quienes, en efecto, le socorrieron.

Tamanca fue el primero que se le unió con un destacamento y le dio aviso del ejército auxiliar que venía atrás; pero Atogmatoma no era jefe que se descuidaba, y puso ciento cincuenta hombres en emboscada en una parte del monte por donde debía pasar el socorro. La estratagema no quedó infecunda, porque la tropa de bárbaros, conducida por el célebre Mayantigo, viéndose acometida inopinadamente por el flanco, fue rota, desordenada y puesta en fuga. Su padre Aganeje, que era un venerable viejo y amaba la milicia, fue hecho prisionero en esta acción; y este accidente, que parecía funesto, conservó a Tanausú una parte del socorro que ya debía contar por perdido, porque Mayantigo y su hermano Azucuahe, peleando entonces por la libertad de su padre como unos leones, dieron muerte a un sinnúmero de enemigos, rehicieron su gente y quedaron dueños del campo de batalla.

Unido este socorro al ejército de Tanausú, bajó a las llanuras de Aridane y presentó la batalla a Atogmatoma. Éste la perdió y huyó precipitadamente a Hiscaguan. El general picado y victorioso le fue acosando de manera que le hubiera quitado la vida, si una hija de Atogmatoma, de buena figura, no le hubiese salido al paso con muchas lágrimas, a pedirle la vida de su padre. Esta mediación era muy poderosa, para que fuese desatendida; así Atogmatoma vivió y dio su hija en casamiento al valeroso Mayantigo.

f) Reinos de la Gran Canaria

Esta famosa isla estuvo algunos siglos sin conocer lo que era gobierno monárquico, dividida en ciertos cantones o pequeños estados que obedecían a sus caudillos. Pero aquella constitución republicana y oligárquica había mudado de semblante pocos años antes que conquistasen el país las armas españolas, debiéndose la revolución a la habilidad de una mujer. Había en el territorio de Gáldar, el más opulento de la isla, una doncella llamada Andamana. [...]

Se desposó con Gumidafe, caudillo valeroso del cantón de Gáldar, hombre de conducta, que la amaba y admiraba. Cuando Canaria oyó hablar de estas bodas, no sabía que se empezaban a fraguar en ellas las cadenas en que había de caer su antigua libertad; pero lo conoció presto y no lo pudo evitar nunca. Andamana y Gumidafe se pusieron a la cabeza de un ejército considerable, reclutado con caricias y animado con grandes promesas, el cual, no hallando sino una débil resistencia en los jefes de cada distrito, ganó muchas victorias sólo con presentarse y conquistó la isla viajando por ella. Desde entonces quedó toda aquella tierra sujeta al imperio monárquico.

Gumidafe y Andamana, primeros guanartemes, reyes y conquistadores de Canaria, se establecieron en el cantón de Gáldar, su antiguo domicilio, y formaron su

real palacio de una célebre gruta que todavía se conservaba forrada en maderos de pino en tiempo de nuestro autor y era llamada "la Cueva del Caballero de Facarcas". [...]

Artemi Semidán, cuyo reinado se hizo tan ilustre, no sólo a causa de las primeras visitas que hicieron a la isla los españoles y franceses, sino por las ventajas que sobre éstos obtuvieron sus armas siempre victoriosas. Artemi fue quien comenzó a poner en crédito el nombre y el valor canario. [...]

Tenesor Semidán y Bentaguaire Semidán, hijos de Artemi, heredaron el reino y le dividieron entre sí. El primero imperó en el país de Gáldar, que comprendía desde el pueblo de Tamarazait y de Tunte, costeando la isla hasta el de Arguineguín y Aldea de San Nicolás; y el segundo, en el país de Telde, que incluía los demás territorios, con el gran pueblo de Argones, el de Cendro y de Agüímez. Esta división del estado en dos monarquías no había dejado ambas soberanías tan independientes, que no se juntasen algunas veces al año en unas como cortes o dieta general, que los canarios llamaban sábor, donde se trataban los negocios políticos. Teníase siempre esta asamblea en la corte del guanarteme de Gáldar, como la antigua capital y solar de toda la nobleza más distinguida, a la que debía asistir el guanarteme de Telde con sus consejeros y guaires. [...]

Tenía cada guanarteme en su corte seis guaires, esto es, seis hombres escogidos del cuerpo de la nobleza, dotados del mérito militar más sobresaliente, instruidos en el ejercicio de las armas y capaces de dirigir la monarquía en el sábor. Entre los de Gáldar se distinguió mucho Adargoma, nombre que le conciliaron sus espaldas anchas, nerviosas y de risco. Se dice de él que de una sola pedrada derribaba cualquier penca de la palma más descollada, operación en que tiene mucho que hacer un hacha de buenos filos. No había hombre que le impidiese llevar a la boca un jarro de agua ni que se le despegase de los labios estándolo bebiendo. Luchaba sin des-

cansar dos horas seguidas, y en un combate singular que sostuvo en el valle de Tenoya contra Gariraigua, uno de los guaires de Telde, a fin de decidir ciertos agravios que había entre los vasallos de ambos reinos, no sólo dio pruebas de su raro valor, sino de su hombría de bien, porque, habiendo caído en medio del calor de la lucha bajo de su antagonista, le estrechó Adargoma, como otro Anteón, tan violentamente entre las piernas y los brazos, que empezaron a crujir los huesos del triste Gariraigua, de manera que, faltándole por puntos la respiración, se vio en la necesidad de pedir cuartel, sin que jamás se le oyese decir al vencedor que había prevalecido en el certamen. [...]

Mas entre los ilustres bárbaros de la Gran Canaria ninguno quizá tuvo la osadía, el genio, la fortuna y la grandeza de alma de Doramas. No sabemos cuáles fueron los verdaderos disgustos que le precipitaron hasta el punto de sublevarse contra el guanarteme de Gáldar, su señor natural, atrayendo a su partido ciertos malcontentos, no despreciables, cuales fueron Gaifa, Tijandaste, Naira, Gararaza y otros nobles; lo cierto es que Doramas se hizo fuerte en la montaña que tomó su nombre y que fijó su residencia en una caverna.

En estas circunstancias falleció de una fiebre epidémica el guanarteme de Telde, Bentaguaire Semidán, dejando un hijo y una hija de edad tierna, cuyo suceso presentó a Doramas la ocasión de usurpar aquel estado a los menores, a pesar de la poderosa protección que éstos tenían en su tío Tenesor Semidán, guanarteme de Gáldar. La tentación era poderosa, su corazón le llamaba a empresas arduas, sus amigos eran valerosos y, sobre todo, los telde ses se habían persuadido a que aquel reino no debía ser sino el patrimonio del mérito. Preparada así la revolución, fue recibido Doramas con gusto universal, jurándole los telde ses fidelidad y vasallaje, y, habiéndose apoderado del trono sin derramar una gota de sangre canaria, se aplicó a la defensa del país, con el heroísmo que veremos.

Esta usurpación, tan atrevida como feliz, fue un golpe que dejó atónito a Tenesor, porque, hallándose ya oprimido de tristeza y extremadamente embarazado con la obstinada guerra que los españoles le hacían, no pudo reducir a razón un vasallo rebelde ni poner a sus sobrinos en la posesión del trono de su hermano; así trató de llevarlos a su corte, para que estuviesen en ella al abrigo de la violencia del tirano y esperasen alguna coyuntura más favorable, que jamás llegó. [...]

23. REINOS DE TENERIFE

En esta grande isla sucedió todo al contrario que en la de Canaria, porque, si creemos a los padres de nuestra historia, Tehinerfe o Tenerife estuvo largos siglos sujeta a un solo monarca, que tenía su corte en la villa de Adeje, nombre que le dio aquel genio tan osado y valiente que supo primero avasallarla; y aunque la serie de sus sucesores se ha oscurecido, es constante que el último *mencey* o rey universal se llamó Tinerfe el Grande, el cual había muerto más de cien años antes de la conquista del país, después de ser testigo de la rebelión de sus nueve hijos que, levantándose con el estado, le dividieron en otros tantos reinos.

a) Reino de Taoro

Bentenuhya o Bentinerfe, hijo primogénito de Tinerfe, manifestó desde su juventud un carácter osado, activo y ambicioso, cualidades que le llevaron al violento deseo de reinar, viviendo todavía su padre, y que le privaron de la mayor parte de los dominios, de que hubiera sido dueño absoluto, si hubiese tenido más sufrimiento. En efecto, cuando Bentenuhya se apoderó del país de Taoro, en el término de Arautápala (que hoy llaman Orotava), no sólo procedió como mal hijo y mal vasallo, sino co-

mo mal heredero, porque dio a sus hermanos el pernicioso ejemplo, que siguieron sin dilación, de despedazar la monarquía para usurparla. Es verdad que Bentenuhya siempre sacó ventajas considerables de esta partición, porque, comprendiendo el reino de Taoro el espacio de terreno que hay desde Acentejo hasta la Rambla, era la más deliciosa, fértil y poblada porción de Tenerife, cuyas tropas ascendían a seis mil hombres de armas, nobles, aguerridos y valerosos; así se vio que los menceyes de Taoro conservaron el predominio sobre los demás, respetándoles todos como al primero y más poderoso, cualidad que sostuvo Bentenuhya con tanto crédito, que nadie le trató jamás sino de *quehebi*, esto es, "alteza y majestad". Por su muerte sucedió en el mismo estado y honores su hijo.

Quebehi Imobach, en cuyo reinado (año de 1464) aconteció aquella memorable visita que hizo a la isla de Tenerife Diego García de Herrera, en la cual se efectuó cierto tratado de paz con los nueve reyes, acción que los guanches tuvieron por una pura ceremonia de amistad y que los españoles miraron como un solemne monumento de vasallaje. Entre los príncipes que concurrieron a este tratado, ninguno mereció el epíteto de Grande sino Imobach: "el gran rey Imobach de Taoro" dice el certificado del escribano, que refiere Núñez de la Peña. Su reinado parece que fue corto y le sucedió

Quehebi Benchomo, su hijo, príncipe dotado de cualidades excelentes. En todo el tiempo de su reinado, que no pudo ser más turbulento y calamitoso, dio repetidas pruebas de buen rey, buen político y buen soldado; de manera que Benchomo fue enemigo digno de las gloriosas armas de España y un trofeo que sólo pudo haber ilustrado el nombre del general que le rindió. No deshonró a Benchomo su real familia. Tinguaro, hermano suyo, fue un héroe que perdió la vida peleando por su patria, y su hija Dácil, una mujer amable que siempre fue reputada por la primera hermosura guanchesca.

b) Reino de Güímar o de Góimar

Acaimo, hijo segundo del Gran Tinerfe, se apoderó de los estados de Güímar y se erigió en mencey de este nuevo reino. La aparición de la imagen de Nuestra Señora de Candelaria, que se dice había sucedido en sus dominios, acompañada de circunstancias prodigiosas, y su tenacísima adhesión al partido europeo, que iba a derribarle del trono, le hicieron famoso, amado de los españoles y aborrecido de los guanches. [...]

Añaterve el Bueno heredó con el reino las mismas inclinaciones y máximas del mencey Acaimo, su padre. Sus inteligencias públicas y secretas con los conquistadores de la isla, su inacción en todos los conflictos de sus paisanos y los refrescos con que socorrió muchas veces el campo enemigo en sus necesidades extremas le hicieron un patriota infiel y digno de las mayores recompensas de los europeos. Pero se vio que estos grandes servicios fueron tan infructuosos, que sobrevivió pobre y oscuro a la cautividad de su país, que le hundió bajo de sus ruinas.

c) Reino de Abona

Atguaxoña, hijo tercero de Tinerfe, ocupó los estados de Abona, que confinan con los de Güímar por la parte del Sur; si el reinado de este príncipe fue oscuro, sus cualidades personales lo fueron mucho más.

Atxoña, su hijo y sucesor, fue un mencey receloso e ignorante que temiendo quedar oprimido de las armas del rey de Taoro, no quiso dar oídos a la liga general que se le propuso para defender la patria del común enemigo, y tuvo que rendirse después sin batalla, sin honor y sin mérito.

d) Reino de Adeje

Atbitocazpe, hijo cuarto de Tinerfe el Grande y el más obediente de todos, tuvo en premio de su piedad la gloria de sentarse en el mismo trono de su padre y de reinar en la antigua capital de Tenerife; mas, como no poseyó el talento preciso para hacer valer y respetar este privilegio, nunca hizo toda la figura correspondiente a su dignidad.

Pelinor no le sucedió en el gobierno sino para olvidar los intereses más sólidos de la corona. Bien veía la isla invadida furiosamente por los españoles y que el mencey de Taoro le convidaba y aun conjuraba, a fin de que se aliase con él para proveer a la común defensa; pero, como Pelinor era más desconfiado que estadista, temió menos a los españoles que a Benchoino y, creyendo que él por sí solo podría resistirles, en caso de que penetrasen hasta el reino de Adeje, se halló por último en la dura necesidad de venir a rendirse, sin que los enemigos se tomasen el trabajo de ir a buscarle.

e) Reino de Daute

Caconaimo, hijo quinto del Gran Tinerfe, reinó en el distrito de Daute, situado hacia las partes occidentales de la isla.

Romén, sucesor suyo, considerándose lejos del común enemigo, cayó en la flaqueza de rechazar la liga que le proponía el rey de Taoro; pero, luego que supo la rendición de éste y que sus estados se hallaban abiertos y amenazados del enemigo victorioso, empezó a temer y a persuadir a los otros príncipes comarcanos que no había modo de salvar la libertad y las vidas si no pedían la paz a los conquistadores, haciéndolos dueños de las condiciones y de todo el país. En efecto, Romén se sometió a don Alonso Fernández de Lugo sin haber disparado un banot, deshonorando su cetro con su cobardía.

f) Reino de Icod o Benicoden

Chincanairo, hijo sexto del Gran Tinerfe, obtuvo la monarquía del país de Icod y se halló en la conferencia de paz con Diego de Herrera.

Pelicar, su hijo, perdió el reino y la reputación de valeroso, por haberse negado a las negociaciones en que Benchomo de Taoro le propuso una alianza ofensiva y defensiva. Ya queda dicho que el predominio y miras ambiciosas de aquel monarca habían suscitado en el ánimo de los otros príncipes más endebles algunas desconfianzas, de manera que, recelando éstos prestar sus armas para fraguar su propia esclavitud, se hicieron siervos de una potencia extranjera que, luego que los vio sujetos, no se acordó de que habían sido soberanos.

g) Reino de Tacoronte

Rumén, hijo séptimo de Tinerfe, reinó en el fértil terreno de Tacoronte y accedió a los tratados de la paz de Herrera.

Acaimo, que le sucedió en la corona, la condecoró, porque su valor y su atención a la persona del rey de Taoro o, lo que es más cierto, al peligro de sus estados, que debían ser el primer teatro de la guerra española, le pusieron en la ocasión de ser un hábil general y uno de los más famosos menceyes. Durante el largo tiempo de las conquistas no soltó Acaimo las armas de la mano ni se desvió un punto del plan de operaciones que Benchomo y los otros príncipes de la liga le habían trazado. Así, rindiéndose solamente cuando se rindieron los demás, tuvo la gloria de presentarse al vencedor con un muslo atravesado por una ballesta y una lanza bañada en la sangre enemiga.

h) Reino de Tegueste

Tegueste, octavo hijo de Tinerfe el Grande, se hizo proclamar mencey de aquel territorio de la isla a que dio su nombre y fue uno de los príncipes más opulentos en ganado. Hallóse en la conferencia con Diego de Herrera.

Tegueste II, hijo del precedente, fue buen soldado y ejecutó muchas proezas memorables en la defensa de la isla. Su rara actividad, su prontitud en echarse sobre el enemigo como un águila, volviendo a desaparecer y, sobre todo, su subordinación a las órdenes del rey Bencho-mo en todos los trances de la guerra probaron su buen carácter y su capacidad militar. Ninguno dio tanto que hacer a los españoles.

i) Reino de Naga o Anaga

Serdeto, que otros llaman Beneharo I, fue el hijo menor de Tinerfe, que tomó posesión de los estados de Naga, al Nord-Este de Tenerife. Este príncipe fue el primer bárbaro que hizo respetables las armas guanchinescas a los extranjeros que desembarcaban regularmente por los puertos de sus dominios.

Beneharo II, hijo suyo, le sucedió con una sangre animada de los mismos espíritus. Todos los europeos que hacían entradas en Tenerife por las costas del Bufadero y de Añaza sabían muy bien que se habían de encontrar al instante con los valientes anagueses, vasallos de Beneharo, y aun con este mismo mencey en persona, recelo que no dejaba de hacerles más circunspectos. Fueron infinitas las ocasiones en que salieron triunfantes sus fuerzas en reencuentros y refriegas harto impetuosas, no contando Benchomo con aliado más sagaz y más terrible. Su hija, la infanta Guacimar, hace un papel distinguido en el poema épico de nuestro Antonio de Viana. [...]

LIBRO III

1. DE LAS PRIMERAS NACIONES QUE TUVIERON CONOCIMIENTO PRÁCTICO DE LAS CANARIAS

Si emprendo tratar en este libro del conocimiento que de las Islas Canarias tuvieron los siglos remotos y de las gentes y diversas naciones que aportaron a ellas en todos tiempos, no es porque yo esté preocupado de ideas falsas en orden a la verdadera gloria de un país, ni porque crea que el haber sido incógnitas a los vivientes de la primera o de la mediana antigüedad sería desgracia que les pudiese rebajar alguna parte de su mérito; antes bien, entiendo que ellas debieron mucho a su primer estado de oscuridad y, después a la escasa luz que a veces arrojaban de sí. Las Islas Afortunadas quizá no merecieron de los hombres este epíteto, sino porque no las conocían, o porque sólo las conocían imperfectamente. En efecto, unas islas que quedaban más acá de las Columnas de Hércules y como fuera de los límites del antiguo mundo; unas islas que, como dice monsieur Rollin, se presentaban a los inteligentes colocadas casi en el último fondo del océano, entre el Occidente y el Mediodía; unas islas, en fin, poco frecuentadas o frecuentadas únicamente por viajeros de carácter exagerativo y amantes de lo maravilloso no podían menos (como se dijo en otra parte) de infundir una brillante idea de sí mismas en el espíritu de las naciones europeas. [...]

4. DESCRIPCIÓN DEL PICO DE TENERIFE

Este prodigio de la naturaleza (espero que nadie extrañará la expresión) se levanta casi cabalmente del medio de la isla de Tenerife, para realzarla. El que dijere que toda la isla le sirve de base o que sus elevadas cumbres forman la figura del techo de una grande iglesia, cuyo campanario es el Pico, se puede lisonjear de haber hecho una comparación feliz. En efecto, este monte, que sin duda fue el monstruoso parto de una antigua erupción de volcán sobre las montañas más eminentes, y que actualmente es un volcán apaciguado, inspira a todos sentimientos de asombro y de terror. El ilustre autor del *Teatro crítico* quizá hablaba penetrado de ambos efectos, cuando escribía lo siguiente: "El Pico de Tenerife, tan alto como es, que acaso no hay otra montaña más alta en el universo, da casi palpables muestras de que se formó de volcanes. Los fuegos subterráneos de que abunda aquella isla, los peñascos tostados y mezclados con partes metálicas y sulfúreas que se ven en mucha porción del Pico; la colocación de ellos, las exhalaciones calientes y sulfúreas que continuamente se perciben en la cumbre más alta del monte apenas han dejado duda a algunos inteligentes en física de que su formación fue del modo que dijimos. Señaladamente Tomás Cornelio, en la descripción de la isla de Tenerife, dice que un hombre de gran entendimiento que vivió veinte años en ella en calidad de médico y mercader y examinó con grande atención todas las circunstancias, era de este sentir".

Los antiguos guanches, testigos de los formidables torrentes de fuego que vomitaba el Pico, le llamaron Echeide, como quien dice "infierno", de cuya voz se derivó el nombre de Teide o Teida que han conservado los nuevos habitantes, y es de creer que esta idea del Infierno, que se dice tuvieron aquellos gentiles, la concebirían a presencia de los horrores de este volcán, así como los europeos llamaron también la isla Infierno, por el mismo motivo. [...]

Esta portentosa elevación, que hace famoso a nuestro Teide, ensalzándole en la opinión de muchos geógrafos sobre todos los montes del globo de la tierra, junta a la agradable figura que hace en la mayor parte del año, cuando la nieve colma todos sus profundos barrancos de tal manera, que no parece sino una pirámide de plata bruñida, no sólo dio a la isla el nombre antiguo de Nivaria, sino que ha llenado el mundo de su celebridad y reputación. [...]

15. JUBA, REY DE LA MAURITANIA

Abierto así el camino del mar Atlántico a los romanos y adquirido el conocimiento de nuestras islas, es de suponer que no abandonarían una navegación tan acreditada. Bien se sabe que en los días de Julio César se empezó a promover el comercio por todo el imperio con la mayor aplicación, extendiéndose hasta los últimos términos de la tierra, y que Augusto tuvo cuidado de enviar considerables escuadras al océano, a fin de reconocer las costas de la Europa hasta el cabo Címbrico, y las de África hasta la línea equinoccial. Pero, si Roma adquirió entonces una noticia más circunstanciada de las Canarias, la debió a la capacidad y buen gusto de un ilustre extranjero.

El joven Juba, hijo de Juba, rey de la Mauritania, prisionero de César y adorno de su triunfo, se hizo el objeto de su benignidad en tanto grado que, poniéndole entre las manos de los mejores maestros, recibió de ellos una educación tan excelente y tanta copia de instrucción, que mereció ser colocado en la clase de los sabios del primer orden del dichoso siglo de Augusto, quien le restituyó al trono de sus predecesores, en donde la dulzura de su gobierno le ganó el corazón de sus vasallos de tal modo, que después de su muerte le pusieron en el número de los dioses.

Juba, pues, que entre otros estudios serios se había dado al de la cosmografía e historia natural, quiso informarse de las maravillas atribuidas a las Islas Afortunadas, vecinas de su reino, y para la ejecución de esta empresa despachó sus bajeles con las correspondientes instrucciones, los cuales, habiendo pasado el Estrecho y llegado a estas islas, las examinaron los comisionados una por una y retornaron con la exacta relación de su número, nombres, situación, producciones y demás circunstancias dignas de la atención del público. Entre las curiosidades del país presentaron los descubridores a aquel monarca dos perros de extraña magnitud que habían tomado en la isla de Canaria; y Juba compuso inmediatamente un libro sobre esta expedición, dedicado a Augusto, que se ha perdido con todo el resto de sus obras, de las que sólo se encuentran algunos fragmentos en autores antiguos, especialmente en Plinio el naturalista. [...]

En efecto, todos los cosmógrafos posteriores a Juba, cuando tenían ocasión de hablar de las Canarias, parece que no consultaban sino sus escritos. Estrabón, que escribía en el mismo tiempo de Augusto, dice que las Islas Afortunadas, tan celebradas por los poetas, eran ya bastante conocidas, y que no estaban muy distantes de los promontorios de la Mauritania. Mela, Ptolomeo y Solino tratan de las Canarias casi en el mismo estilo de Juba. Y aunque Plinio hace también memoria del viaje de un Estacio Seboso por nuestras islas, es claro que éste no las dio a conocer en Europa tanto como aquel príncipe. [...]

20. LOS GENOVESES

Pero mientras los sarracenos de España conocían nuestras islas, sin poner mucha conato en internarse en ellas, hallamos que los genoveses, habiendo corrido felizmente con su comercio por todos los mares de Levante, se

aventuraron a pasar el Estrecho y a navegar sin aquel auxilio de la aguja a lo largo del océano Atlántico en su solicitud. El P. Agustín Justiniani, en los *Anales de Génova*, dice que en 1291 se equiparon en esta ciudad dos galeras con dicha mira, a cargo de Teodosio Doria y Hugolino de Vivaldo, a quienes acompañaron dos religiosos de San Francisco. Y el Petrarca testifica ser tradición de sus mayores que esta armada de genoveses aportó a las Canarias, bien que ni uno ni otro autor nos instruyen de los frutos de aquella expedición y sólo Papiro Masson en sus *Anales* es quien escribe que los genoveses fueron los primeros descubridores de las islas.

Es de creer que a lo menos esta expedición contribuyó desde entonces a extender por la Europa su noticia, inspirando a todas las potencias marítimas el gusto por lo tocante a una navegación nueva y acreditada. En efecto, hallamos que los castellanos, los franceses, los portugueses, los aragoneses, catalanes y mallorquines hicieron por este tiempo algunos viajes a las Canarias y que las recomendaron a su regreso, abultándolas en la imaginación de sus respectivos soberanos de tal modo, que cada uno se lisonjaba tener derecho a la conquista, sólo porque sus vasallos volvían de por acá.

21. INVESTIDURA DEL REINO DE LAS CANARIAS EN DON LUIS DE LA CERDA, INFANTE DE ESPAÑA

Mas ningún príncipe pensó en esta empresa tan seriamente como el infante don Luis de la Cerda, conde de Clermont, que, habiéndose educado en las cortes de Aragón y de Francia, deseaba ceñirse una corona a cualquier precio. Este príncipe pues, que era de la ilustre casa de los infantes desheredados de Castilla, biznieto de don Alonso el Sabio y de San Luis rey de Francia, hijo de don Alonso de la Cerda y de la princesa Mafalda o Madelfa y que tenía un alma digna de su alto nacimien-

to, trabajaba por establecerse con esplendor; así, luego que supo de nuestras islas, solicitó informarse por todos los caminos de cuanto publicaba de ellas la fama, con la idea de conquistarlas para sí, y, ocupado de estos agradables pensamientos, se fue a Aviñón en 1344, donde el papa Clemente VI tenía su corte, y obtuvo audiencia del pontífice en calidad de embajador de Su Majestad Cristianísima.

Era éste un buen siglo, en que los sucesores de San Pedro disponían soberanamente de las coronas y repartían las investiduras de los reinos de la tierra a su satisfacción. El infante de la Cerda pidió al Santo Padre la de las Canarias y le suplicó se dignase coronarle por rey de este país y recomendar su derecho a todos los príncipes cristianos, exhortándoles a que le ministrasen los subsidios y socorros necesarios para reducir a la obediencia de la silla apostólica a los bárbaros que las poseían. Hallaba el papa en este ilustre pretendiente un mérito que no podía desatender. Su alto nacimiento, sus alianzas con las testas coronadas de Europa, sus mismas desgracias y, sobre todo, su profunda sumisión a la curia romana determinaron al soberano pontífice, y en un consistorio público, celebrado a este efecto, fueron erigidas las islas de Canaria en reino feudatario de la silla apostólica y don Luis de la Cerda, que llamaban el infante de España, creado soberano y príncipe de ellas, con cargo de contribuir en cada un año, día de San Pedro y San Pablo, a la iglesia de Roma el feudo de 400 florines de oro bueno, puro y con el peso y cuño de Florencia.

La bula se expidió a 15 de noviembre de 1344, y la solemne investidura se ejecutó en el palacio apostólico de Aviñón, a fines de diciembre de dicho año; así aquel mismo papa que deponía del imperio a Luis de Baviera entregó a nuestro Luis un gran cetro de oro. [...]

Como quiera que fuese, sabemos que el infante don Luis de la Cerda, animado a la empresa con un nuevo

breve del papa, había reclutado algunos subsidios y que, viniendo hasta Poblet, donde tenía su corte don Pedro el IV de Aragón, consiguió que este monarca le asistiese con cierto número de galeras y le permitiese extraer de Cerdeña todos los víveres para la expedición. [...]

Pero Salazar de Mendoza atribuye a causa muy diversa la falta de ejecución de aquel proyecto militar, asegurando que don Alfonso el XI de Castilla contradijo vigorosamente la investidura del infante don Luis, en fuerza de pertenecer a su real corona la conquista de las Islas Afortunadas, como comprendidas en la diócesis de Marruecos, sufragánea de la iglesia metropolitana de Sevilla en tiempo de la dinastía goda. Nuestro autor añade que el papa anuló la pretensión del Príncipe de la Fortuna; y, aunque esta noticia tiene contra sí grandes réplicas, es hecho notorio que don Luis de la Cerda no vino a las Canarias, que perdió la corona luego que la ciñó y que se le secaron los laureles aun antes de cortarlos, muriendo con el consuelo estéril de ser llamado por excelencia el *Infante de la Fortuna*.

22. MALLORQUINES Y ARAGONESES

Sin embargo, hay algunas pruebas de que una parte del armamento que disponía se avanzó desde los puertos de Cataluña a observar el país. Luis Benzoni, en su tratado de las Canarias, incorporado a la *Historia del Nuevo Mundo*, asegura que dos de aquellas embarcaciones penetraron hasta estas islas y que, habiendo invadido la de La Gomera, tuvieron que retirarse con pérdida considerable. El P. Abréu Galindo, en sus manuscritos, advierte que también había en la Gran Canaria tradición y monumentos incontestables de que por este mismo tiempo (en 1360) habían aportado a aquella isla dos bajeles con tripulación mallorquina y aragonesa.

Referían los canarios que este desembarco se hizo por el puerto de Gando; que mucha parte del equipaje descendió a la playa y se internaron las tropas sin mucha precaución; que los teldeses y agüimeses se pusieron en defensa echándose furiosamente sobre los europeos; que mataron e hirieron muchos y que los demás se rindieron prisioneros, entre los cuales se contaron cinco religiosos de San Francisco. Añadían que los isleños habían tratado humanamente a los extranjeros en los primeros años de su cautividad, en que éstos se mostraron complacientes; pero que, habiendo mudado de conducta, determinaron los isleños deshacerse de todos y darles a una misma hora la muerte, como lo ejecutaron. [...]

Cuando se considera esta crueldad de los isleños para con unos huéspedes que les habían plantado muchos higuerales, fabricándoles casas cubiertas de madera labrada, enseñándoles el secreto de abrir en los cerros covachuelas más cómodas y, sobre todo, sembrándoles las primeras semillas del evangelio, erigiendo dos pequeñas ermitas de piedra seca, donde colocaron algunas santas imágenes a fin de acostumarlos a los misterios y cultos de la religión católica; cuando se considera, digo, todo esto, es menester sospechar que los vicios de aquellos cristianos fueron mayores que sus virtudes. [...]

25. ANDALUCES Y VIZCAÍÑOS

Estas repetidas entradas de las naciones europeas en las Canarias ya debían hacerlas temer la pérdida de su libertad, pues, a proporción que avivaban en el continente su peligrosa fama, servían como prólogo a la obra de su conquista. Pero entre tanto que se aparecía una potencia aplicada a dar este paso, o se formaba un genio extraordinario y activo que intentase descargar el golpe, se dejaban ver por nuestros mares algunos piratas normandos y ciertas armadillas de españoles que desolaban el país con sus depredaciones y correrías. [...]

Todos saben que en 1393 se asociaron en Sevilla algunos andaluces y otros aventureros de las provincias de Vizcaya y Guipúzcoa, quienes, con licencia del rey don Enrique III, aprestaron una escuadra de cinco navíos, a las órdenes de Gonzalo Peraza Martel, señor de Almonaster, con ánimo de examinar mejor las islas y enriquecerse con sus despojos. Este armamento, después de haber recorrido una parte de las costas del África y las de Fuerteventura, Canaria, Hierro, Gomera y Tenerife, se dejó caer sobre la isla de Lanzarote, donde ejecutó el mayor estrago, porque sus naturales, no pudiendo hacer frente a aquellas tropas disciplinadas y protegidas de alguna caballería, tuvieron el dolor de ver saqueadas sus miserables poblaciones, robados sus ganados y cautivos al rey Tinguafaya con la reina su esposa y otros 170 isleños, que nunca cobraron la libertad. Véase aquí el trofeo con que retornaron los nuevos argonautas a Sevilla, inspirando a la verdad en los príncipes de la Península muy poca afición al cansancio de someter las Canarias a sus respectivas coronas. [...]

27. APARICIÓN DE LA IMAGEN DE NUESTRA SEÑORA DE CANDELARIA

Dicen, pues, nuestros historiadores que en los últimos años del reinado de Acaimo, rey de Güímar, guiando cerca de la noche dos pastores vasallos suyos sus rebaños a lo largo de aquellas playas de arena, que llaman de Chimisay y las forma la embocadura del barranco Chinguaro, reconocieron que la manada se había espantado repentinamente y que, sin obedecer al silbo ni a las piedras, remolinaba y se resistía a pasar adelante. Al punto entendieron que algún objeto extraordinario causaba aquella novedad; y no se engañaron, pues sobre un pequeño risco que se levantaba casi a la misma lengua del agua divisaron la figura de una mujer que tenía en los brazos un niño; mas como imaginaban que, según la costumbre

de su país, no debían dirigirle la palabra, por ser prohibido a los guanches hablar a ninguna mujer en paraje desierto, creyeron precisa la atención de hacerle algunas señas, a fin de que se apartase de allí. Y observando que, sin embargo, no trataba de darles gusto, se encendieron en ira de tal modo, que (según las historias) uno de los pastores, de genio más osado, tomó una piedra e intentó arrojársele con toda la violencia posible; pero véase aquí (dicen) que dislocándosele el brazo por la articulación del hombro, no pudo ejecutar el tiro. Este accidente ya les hizo entrar en más cuidado, y empezaron a mirar con algún asombro el traje, la fisonomía y la traza de la nueva mujer, de manera que queriendo el otro compañero, que se le había acercado temblando, herirla con una tabona los dedos de la mano, para certificarse si aquel bulto era criatura viviente, refieren que se cortó los suyos.

Este conjunto de maravillas hizo tal impresión en el espíritu de unos hombres como los guanches que, abandonando sus hatos al espanto y la soledad, marcharon con la mayor prisa a la habitación del rey Acaimo, que estaba cerca, a quien hallaron en su tagóror y le refirieron aquella novedad inaudita. [...]

Al instante determinó que la llevasen a su palacio; pero, aterrados todos los bárbaros con el temor de lo sucedido, no hubo ninguno tan dueño de sí mismo que se atreviese a echarla mano. Se dice que los dos pastores se aventuraron a tocarla por último y que sanaron inmediatamente el uno de su brazo y el otro de los dedos. Entonces Acaimo, que estaba cada vez más atónito, no quiso que otras espaldas que las suyas tuviesen el honor de sustentar aquel objeto milagroso; pero añaden que, habiendo caminado con la imagen un tiro de fusil, iba tan sobresaltado, que se sintió sin fuerzas y pidió socorro a la comitiva. Acudieron todos de tropel y condujeron de este modo el simulacro hasta el real sitio de Chinguaro, en donde le colocaron sobre unas limpias pieles.

Dícese también que Acaimo despachó al día siguiente aviso a Bentenuhya, rey de Taoro; que este príncipe pasó a los estados de Güímar, escoltado de 600 hombres; que allí esperó a los reyes de Naga, de Adeje, de Tegueste y de Tacoronte, y que en este congreso se acordó debía venerarse aquella imagen en una habitación separada, señalándose el valle de Igueste para pasto de los ganados que le ofreciesen. El rey de Güímar hizo al de Taoro el cumplimiento de que, si gustaba ilustrar sus posesiones con el nuevo huésped, le cedería cada seis meses sus derechos, a que respondió Bentenuhya que, aunque apreciaba tan generosa oferta, no le era lícito aceptarla contra el gusto de la que en su aparición había preferido los estados de Güímar a los de Taoro. [...]

28. PRIMERA ENTRADA DE LOS FRANCESES EN LANZAROTE

Siendo esto así, no hay duda que el cielo y la tierra se habían coligado, aunque de un modo diferente, para anunciar a las Canarias una insigne revolución. Mientras los ángeles, en la opinión del P. Espinosa, favorecían a Tenerife y en Tenerife a todas las islas comarcanas, los piratas de Europa las infestaban cada momento con extraño furor, cautivando sus habitantes. Consta que solamente en la isla del Hierro se transmigraron cuatrocientas personas en 1402. Lanzarote, que en otro tiempo había estado suficientemente poblada, ya a principios de este mismo siglo apenas tenía trescientos hombres capaces de manejar las armas. ¿Y quién creería que la Europa no sabría hacer cristianas nuestras islas, sin venderles muy cara la religión y hacer infelices a sus moradores? Pero al mismo paso, ¿quién creería que los franceses, a quienes había puesto la naturaleza muchas leguas más lejos de estos isleños que los españoles y que no hacían ostentación de tener derecho a su conquista, habían de ser los primeros que los buscasen con método y los em-

pezasen a subyugar con perseverancia y valor? Pero tal era la suerte de los canarios. [...]

Nuestro Antonio de Viana asegura que los primeros armadores franceses que vinieron a islas y tomaron tierra en Lanzarote estaban a las órdenes de cierto monsieur Servant, quien se hallaba autorizado para ocuparlas de una merced de don Enrique III de Castilla. Sin embargo, Núñez de la Peña creía fundarse mejor, cuando, atribuyendo esta merced a Rubín de Bracamonte, almirante de Francia, dice que este mismo caballero en persona, o un dependiente suyo llamado Lanzarote, tomó posesión de aquella isla. Mas, aunque es cierto que antes de la venida de Béthencourt el Grande ya habían entrado franceses en Lanzarote y que la tierra tomó este nombre a causa de un castillo que había construido Lancelote Malloysel en ella, hay buenas razones para dudar de estas mercedes de conquista hechas a Rubín de Bracamonte o Roberto de Braquemont, y aún más de la cesión que se pretende haber hecho éste en su pariente Juan de Béthencourt.

29. DERECHO CON QUE BÉTHENCOURT EMPRENDIÓ LA CONQUISTA, Y ÉPOCA EN QUE LA COMENZÓ [...]

Yo sé que Béthencourt el Grande fue primo hermano de Roberto de Braquemont. Sé que este caballero (que no fue almirante de Francia hasta el año de 1418) le favoreció sobremanera y le dio subsidios para la conquista de las Canarias, tomando en arrendamiento los estados del señorío de Béthencourt y de la baronía de Grainville. Sé que Juan de Béthencourt, en el primer año de sus proezas, se halló en la precisión de pasar a España y de rendir homenaje por sus conquistas al rey don Enrique III, de quien obtuvo el dominio de nuestras islas y el título del rey feudatario, con la facultad de batir moneda y algunos considerables socorros para entrar en su

posesión. Sé que el señor Gadifer de la Salle, su amigo y compañero de fortuna, llevó muy a mal este paso dado sin su consulta y en perjuicio de sus pretendidos intereses. Así, es de creer que Juan de Béthencourt emprendió la reducción de las Islas Canarias sin otro derecho que el de primer ocupante y el que le daba su genio osado sobre un país que los monarcas españoles, ocupados a la sazón en otros negocios, miraban con indiferencia. [...]

Fray Pedro Bontier, franciscano, y el señor Juan Le Verrier, clérigo presbítero y limosnero del mismo conquistador, sus paisanos y compañeros en la expedición, escribieron la historia de esta conquista, casi en método de diario, desde la salida del puerto de La Rochela, hasta su fallecimiento. Y estos escritores, que no podían engañar fácilmente sobre unos hechos públicos de que fueron testigos, dan pruebas de su sinceridad en el estilo simple y anticuado de que usan, con una precisión admirable en los años, meses y días. Así, este apreciable monumento, hallado entre los manuscritos de la biblioteca de monsieur de Béthencourt, consejero en el parlamento de Ruán, e impreso en París en 1630, es el que nos instruye en la verdadera época de la conquista, fijando sus principios en el año de 1402. [...]

30. NAVEGACIÓN DE JUAN DE BÉTHENCOURT Y GADIFER DE LA SALLE A NUESTRAS ISLAS

Juan de Béthencourt, pues, caballero francés de la nobilísima y antiquísima casa de este nombre en Normandía (la más fértil provincia de Europa en familias conquistadoras), [...] fue el héroe para quien estaba destinada la gloria de conquistar las primeras islas Canarias, como que no la desmerecía. A un natural intrépido y perfeccionado por una vida sobria, frugal y sencilla, añadía aquella grandeza de alma y constancia en los dictámenes

que le llevaban a la ambición de emprender cosas extraordinarias, y así vemos que en fuerza de esta ardua vocación se determinó a abandonar su casa, su país y lo que se llama reposo. [...]

Se asoció algunos otros de sus parientes y amigos, y, despidiéndose de madama Fayel, su mujer, todavía joven, salió de su casa de Grainville y pasó a La Rochela.

Aquí halló cierto socorro que le dio nuevo impulso, porque el señor Gadifer o Gayferos de la Salle, hidalgo valeroso y picado de la manía epidémica de su siglo (la furia de andar en peregrinaciones, lances de fortuna y otras aventuras de la caballería andante reinaba entonces mucho), residía a la sazón en aquel mismo puerto, preparando no sé qué expedición ultramarina. Béthencourt le brindó con la empresa de las Canarias y, presentándole el plan que tenía trazado para su conquista, le hizo unos partidos tan ventajosos, que, aun cuando Gadifer no hubiese sido inclinado a esta especie de emigraciones, las hubiera abrazado por interés. Así no pasó mucho tiempo sin que se armase un navío entre los dos y se equipase de buenos soldados y de bastantes provisiones de guerra y boca. Fray Pedro Bontier, franciscano del convento de San Jouin des Marnes, y el señor Juan Le Verrier, clérigo presbítero, se embarcaron con ellos en calidad de capellanes, cronistas y apóstoles de las Canarias; y por intérpretes de la lengua bárbara dos naturales de estas islas, llamados Alfonso e Isabel que, habiendo sido llevados cautivos a Francia, se bautizaron y contrajeron matrimonio. En primero de mayo de 1402 salió el navío de La Rochela, y véase aquí el diario de lo más notable que sobrevino en esta memorable navegación. [...]

Entretanto, la discordia, compañera inseparable de las conquistas había corrompido la mayor parte de la tripulación, pues murmurando unos de la escasez de víveres y quejándose otros de que los llevaban a una tierras incógnitas a morir oscura y miserablemente, fue tan considerable la desertión, que de doscientas y cincuenta personas de que se componía la tropa solamente quedaron

cincuenta y tres. Mas Béthencourt, que tenía el carácter de todos los hombres nacidos para empresas osadas, se creyó siempre con fuerzas superiores a unas islas habitadas de bárbaros y, habiendo mandado dar a la vela, después de cuatro días de calma y cinco de buen viento, avistaron la pequeña isla que demora al Este de la de Lanzarote, a la que, en señal de albricias y de regocijo, llamaron Joyeuse o Alegranza; pasaron después muy cerca de otra que, por hallarse a la sazón despejada de nubes, llamaron Montaña Clara o Santa Clara; luego estuvieron cinco días en el puerto de la isla Graciosa y, por último, entraron en el puerto de Las Coloradas o de Rubicón, a principios de julio de 1402. [...]

32. TRATADOS DE PAZ Y AMISTAD CON EL REY GUADARFRÁ

La primera diligencia que hizo el señor Juan de Béthencourt en Lanzarote, al observar que por ningún paraje de aquellas costas se descubrían isleños, fue la de ponerse en marcha y penetrar tierra adentro, con el designio de coger alguno que pudiese informarle del estado actual de la isla; y no tardó mucho tiempo en conseguirlo a su satisfacción, porque a pocos pasos se dejó ver una cuadrilla de paisanos que bajaban de las montañas inmediatas con ademanes pacíficos. Estos bárbaros dijeron que el rey de Tite-roy-gatra, su señor, en consideración de tales y tantos huéspedes, deseaba tener con ellos una amigable conferencia en el sitio que se le señalase.

Reinaba a la sazón en Lanzarote Guadarfrá, hijo de Guanarame y de la famosa reina Ico, príncipe a la verdad digno de tiempos más serenos y de vasallos menos caídos de ánimo; porque, si sólo la vista de una chalupa o las huellas de algunos forasteros en la arena solían ser bastantes para traerles sus desolaciones a la memoria y anunciarles otras de nuevo, ¡cuál sería su sobresalto cuan-

do divisaron en sus puertos un navío de tanto buque y vieron desembarcar tantos hombres armados y resueltos! Pero esta turbación fue tranquila. Ellos la conocieron y, echando de ver su propia debilidad, tomaron un partido prudente; porque viendo Guadarfrá su miserable trono amenazado de unas gentes a quienes no podía negar la gloria de saber hacer mal mejor que las suyas y deseando que Béthencourt trajese la paz a la isla, se determinó a recibirle como a un protector de su corona y se había adelantado para salirle al encuentro acompañado de la nobleza del país. [...]

Los jefes franceses ofrecieron, bajo su palabra de honor, tratar a Guadarfrá como a príncipe independiente y aliado y se constituyeron fiadores de la libertad de sus vasallos y dominios, promesa política que jamás se verificó. Béthencourt obtuvo entonces el permiso, que no podía negársele, de construir en aquel puerto un castillo que intituló de Rubicón, donde puso guarnición suficiente y subdelegó el gobierno civil de la tierra en Bertín de Berneval, hombre cuya altanería y travesura dieron margen a las odiosas traiciones que después referiremos.

33. PRIMER DESEMBARCO EN FUERTEVENTURA Y SEDICIÓN DEL EQUIPAJE

La felicidad con que la isla de Lanzarote se había allanado colmaba de confianza el ánimo de los conquistadores y aun los excitaba a tentar mayores empresas; porque, teniendo delante de los ojos la perspectiva de la isla de Erbania (así se llamaba entonces Fuerteventura) y haciendo ésta demasiada figura en sus deseos, no podían sosegar hasta examinar sus fuerzas en una invasión. Pero, como Fuerteventura no solía recibir europeos tan impunemente, estando gobernada por dos monarcas, defendida de hombres muy valerosos, fortificada de excelentes castillos y habitada de unos bárbaros fieros por no haber

sido llevados nunca en cautividad, tuvo Béthencourt la circunspección de pasar durante la noche las tres leguas de mar que la separan de Lanzarote y de ejecutar el desembarco con todas las precauciones imaginables. Gadifer de la Salle y Ramón de Levedan, a la cabeza de un piquete de soldados, procuraron internarse hasta una gran montaña, por donde corría un arroyo de agua dulce; pero como, por más diligencias que hiciesen, no podían descubrir gentes ni ganados, a causa de haberse retirado todos hacia las otras partes de la isla, luego que tuvieron aviso de la irrupción, viéndose faltos de mantenimientos, acordaron, al cabo de ocho días, retirarse a la pequeña isla de Lobos, donde hicieron consejo de guerra.

En él se dispuso que sería conveniente volver sobre Fuerteventura, sacar a tierra todos los víveres necesarios, hacer retirar de sus costas la embarcación, marchar con toda la tropa hasta el Río de Las Palmas, donde se trazaría un campo y se fortificarían de manera que no pudiesen ser forzados a abandonar la isla, hasta conquistarla y reducir sus habitantes a la verdadera religión. Aunque este plan de operaciones no podía ser más lisonjero, tuvo la desgracia de parecer temerario a las gentes de mar, quienes, amotinándose ardientemente, no sólo se resistían a tomar las tropas de tierra para conducir las a Fuerteventura, sino que también se negaban a trasladarlas a Lanzarote, en tanto grado, que trataron seriamente de levar las áncoras y dejar a sus compatriotas en la isla desierta. No es ponderable el cuidado que causó en todos esta inopinada sedición, y fue preciso que el señor Gadifer entrase en capitulaciones con Roberto le Brument, contra maestre de su mismo navío, prometiéndole abandonar la empresa sobre Fuerteventura y dándose a sí propio y a Aníbal, su hijo bastardo, en rehenes de que no los obligarían a otro rumbo que al de Lanzarote.

34. PASA BÉTHENCOURT A SOLICITAR SOCORROS A ESPAÑA

Se esperaba que cuando llegasen al Puerto de Rubicón mudarían los marineros de dictamen; pero allí se mostraron más insolentes, sin que hubiese medio de suavizarlos ni de detenerlos en las islas, estando resueltos a retirarse a Europa. Así, Juan de Béthencourt, que había hecho nuevas reflexiones sobre la improporción de sus fuerzas para unas conquistas tan vastas, tomando el partido de navegar también a España a fin de solicitar algunos socorros, dio orden de que se dejasen en Lanzarote todos los víveres que no fuesen necesarios para este viaje, como asimismo cuantas armas y pertrechos de guerra estuviesen a bordo; pero el equipaje, que ya había perdido la costumbre de obedecer, ocultó lo más considerable. Cuando Béthencourt se despidió de los suyos, dejó sus instrucciones secretas a su capellán Le Verrier y a Juan Le Courtois, su confidente. [...]

36. PRESTA JUAN DE BÉTHENCOURT HOMENAJE POR LAS ISLAS A ENRIQUE III DE CASTILLA

De nada estaba más distante el señor de Béthencourt que de presumir la fermentación de tan criminales excesos entre sus camaradas y subalternos ni de pensar que, mientras él trabajaba con tanto celo en los progresos de la conquista, se valiesen sus mismos soldados de todos los medios posibles para desconcertarla. Este caballero, pues, luego que llegó a Cádiz, había tratado de castigar la rebeldía de sus marineros y, asegurado de los principales motores, hubiera quedado dueño absoluto del navío, si no hubiese dado al través cerca de Sanlúcar de Barrameda, transitando de Cádiz a Sevilla, pérdida a la verdad de mucha consideración, no sólo por lo que podía

valer el buque, sino porque incluía algunos caudales y efectos. [...]

En medio de estos infortunios no esperaba Béthencourt otro consuelo sólido que el que debía resultar de una audiencia favorable de Enrique III. Véanse aquí los términos en que estaba concebido, según nuestros autores, el razonamiento que hizo a aquel monarca: "Señor, yo vengo a implorar el socorro a V. A. y suplicarle rendidamente me haga merced de la conquista de unas islas llamadas de Canaria, a cuya empresa he dado principio y en cuyos países me esperan por instantes los compañeros de mi nación, a quienes he dejado allanando el terreno, señaladamente mi amigo Gadifer de la Salle, que ha querido correr mi misma fortuna. Yo conozco, dilectísimo señor, que V. A. es rey y dueño de todas las tierras comarcanas y el príncipe cristiano que está más próximo a aquellas islas infieles, por cuya razón he acudido a solicitar esta gracia esperando que V. A. llevará a bien le rinda homenaje por ellas".

Hallando el rey que ésta era una pretensión que merecía aplauso y no pudiendo oír sin benignidad, placer y admiración a un hombre extraordinario que desde la Normandía corría a adquirir en el mar Atlántico reputación y crédito, le dijo estas palabras: "Vuestro reconocimiento a los derechos de mi corona es igual a la buena disposición de vuestro ánimo, y debo estimar mucho que no os hayáis olvidado de ocurrir a rendirme el homenaje por unas islas que, a lo que yo creo, están más 200 leguas lejos de aquí y de las cuales apenas he oído hablar a mis vasallos".

En efecto, Enrique III, después de haber dado a Juan de Béthencourt todas las pruebas de consideración que podía y concedídole la investidura del reino de Canarias, le tomó el solemne juramento de fidelidad y vasallaje; mandó se publicase una pragmática, para que nadie se atreviese en lo sucesivo a hacer entradas ni cometer hostilidades en las islas sin expreso consentimiento del conquistador; permitió que batiese monedas, que tomase

el quinto de todos los frutos y mercaderías que se extrajesen de los puertos de sus conquistas, y le hizo merced de 20.000 maravedís, librados en Sevilla, a fin de que se empleasen en víveres para la primera campaña. Este caudal entró en manos del señor Enguerrant de la Boissière, quien dio bastantes indicios de mala administración, habiéndose llevado a Francia más de la mitad. Entre tanto, como Béthencourt no omitía todos cuantos pasos imaginaba a propósito para fijar en la corte de Castilla la opinión de su mérito, obtuvo otra real cédula, dirigida a habilitar una fragata, que equipó con 80 hombres de reclutas y cargó de cuatro pipas de vino, diecisiete sacos de harina y otras provisiones de boca y guerra. Hizo salir de Sevilla este socorro lo más presto que pudo y escribió al señor Gadifer una notable carta. [...]

37. ROMPIMIENTO DE LOS ISLEÑOS DE LANZAROTE CONTRA LOS FRANCESES Y GUERRA CIVIL DEL BÁRBARO ACHE

Sin embargo, era muy difícil que Gadifer de la Salle olvidase una resolución que había alterado en Lanzarote todo el feliz aspecto de la conquista. Hallándose Guadarrá y sus buenos vasallos invadidos alevosamente por aquellos mismos que le habían jurado su protección y cuyos tratados de amistad creían sagrados, empezaron a mirar con horror hasta el nombre francés y a perseguir por todos los caminos a los pérfidos europeos. [...]

A estas reflexiones [...] siguieron las hostilidades; y, despertándoles la saña, dieron muerte a algunos franceses e hirieron a otros, resueltos a exterminar aquella generación de conquistadores sin ley. Gadifer no sólo pidió la satisfacción de estos asesinatos, sino que también pretendía que se le entregasen los agresores; pero iba desarmada su pretensión y los isleños estaban sumamente irritados.

Este rompimiento con los franceses abrió la puerta a otra especie de guerra civil. Ache, que era uno de los próceres de Lanzarote y tal vez de la misma familia reinante, tuvo la flaqueza de caer en la miserable ambición de destronar a Guadarfrá, para usurparle la monarquía que agonizaba por momentos, pero es preciso confesar que el proyecto tenía tanto de vasto como de atrevido, porque se extendía a dos cosas grandes: aprovecharse del auxilio de los franceses para ceñirse la quimérica corona, y luego reunir todas las fuerzas del país y caer sobre ellos hasta rechazarlos de Lanzarote.

Es de presumir que Ache, para entrar en estas hazañas, no contaba tanto con su propia astucia, cuanto con la de Alfonso (el trujimán que Béthencourt había traído de Normandía), que era sobrino suyo. Estos dos isleños tuvieron con el señor Gadifer una larga conferencia en el castillo de Rubicón y, habiéndole exagerado, con palabras artificiosas, que las intenciones de Guadarfrá contra él y los demás franceses de la guarnición eran fatales y que, mientras este príncipe inquieto fuese la primera persona de la isla, no sería fácil adelantar un paso en el plan de la conquista, como se verificaba por los últimos actos de hostilidad, concluyeron diciendo que, si ellos se hallasen asistidos de las gentes de Europa, ofrecerían apoderarse de la persona del rey y someter a las armas de Gadifer toda aquella tierra.

A la verdad, no hubiera dado Gadifer oídos a estas inteligencias, si la adversa constitución de los negocios no le obligasen a proteger un atentado que aborrecía, ayudando a tender las redes en que había de caer. Como quiera que fuese, Gadifer aprobó el pensamiento de Ache; le dio muchas gracias por el servicio que meditaba hacerle; le exhortó a conducir la empresa con todo el pulso de su pericia, y le encargó diese aviso del tiempo y hora en que quería se le enviase el socorro.

No tardó mucho la ocasión. Ache y Alfonso avisaron a Gadifer el 24 de noviembre que el rey Guadarfrá se había encerrado con cincuenta hombres en el castillo de

Zonzammas, cerca del pueblo de Acatife, y que esta favorable coyuntura no se debía malograr por ningún pretexto. Al instante se puso Gadifer en marcha con veinte soldados y, habiendo caminado toda aquella noche, se hallaron al rayar el alba delante de la fortaleza. El asalto, que se dio con vigor, fue rechazado al principio por los isleños, quienes hirieron malamente a algunos franceses; pero, habiendo hecho después una salida desesperada, fueron desordenados y heridos con las flechas y espadas europeas, el castillo tomado y hechos prisioneros el rey y Albi, uno de sus mayores confidentes. A los demás se les dejó en plena libertad a súplica del rebelde Ache. [...]

Pocos días después dieron todo su estampido las ideas artificiosas de Ache. [...]

El traidor se había formado un considerable partido y, no hallando ningún obstáculo para vestirse las reales insignias, fue proclamado rey de Tite-roy-gatra.

Habiendo llenado felizmente Ache las medidas de una parte de su proyecto, quedaba todavía la ejecución de la otra, que era la más ardua; y véase aquí la forma que tuvo de abrir la campaña luego que le pareció tiempo. [...]

Pero es cierto que nadie vengó mejor a los franceses, vengándose a sí propio, de las traiciones de Ache, que el magnánimo Guadarfrá. Este príncipe, aunque prisionero en el fuerte de Rubicón y tratado como el más vil esclavo, tuvo modo de romper los pesados grillos que los vencedores le habían puesto y aun una gruesa cadena con que después le habían asegurado; así, luego que halló ocasión favorable, se escapó del castillo, llevando consigo la cadena y su libertad. El primer uso que hizo de ésta fue manifestar que sólo él era rey y que sabía castigar súbditos rebeldes, mandando que el intruso Ache fuese arrestado; y se tuvo a prodigio que un soberano destrozado hallase a sus vasallos tan dóciles, que ninguno se opusiese a su voluntad. Ache fue preso, apedreado y, por último, quemado en una hoguera. [...]

LIBRO IV

[...]

2. SOMÉTESE EL REY GUADARFRÁ Y SE BAUTIZA CON LOS DEMÁS LANZAROTEÑOS

El señor Juan de Béthencourt entró en el puerto de Rubicón a principios de 1404, con un considerable refuerzo.

Aunque su llegada excitó el regocijo público, no hay duda que el mismo conquistador tomó la mejor parte para sí, cuando después de haber abrazado a sus amigos, vio a sus pies, postrados contra el suelo, muchos isleños, nuevos cristianos y, consiguientemente, nuevos vasallos suyos. Este género de cortesía que usaban aquellos naturales hizo tan agradable impresión en todos, que no hubo quien no llorase de alegría. Pero todavía fue más completo el júbilo, cuando tres días después se dio a prisión el rey Guadarfrá con otros dieciocho sujetos de los más principales, quienes fueron traídos con un gran botín de cebada y otras provisiones.

Este golpe se pudo llamar decisivo. Aquel príncipe, siempre más poderoso que sus prisiones, creyó debía someterse a la fortuna del vencedor; pero, no queriendo descender de su trono de pieles sino como monarca, dueño de disponer de su libertad, habiendo pedido que le llevasen a la presencia de Béthencourt, luego que le divisó se arrojó contra el polvo para confesarse vencido. Béthencourt, Gadifer, los españoles, los franceses, los is-

leños y, en fin, todos le abrazaban y se abrazaban entre sí, vertiendo lágrimas de gozo.

Desde el 20 de febrero, que era jueves antes de carnestolendas, empezó Guadarfrá a hacer las más vivas instancias para que se le administrase el bautismo y, pareciendo sinceros sus deseos, se ejecutó aquella solemne ceremonia el día primero de cuaresma por el señor Juan Le Verrier, que le había antes catequizado. Púsosele por nombre Luis, y el señor de Béthencourt le sacó de pila. Este ejemplo fue como la reseña general que hizo alistar en el cristianismo a todos aquellos isleños, con tan vivas ansias, que corrían al bautismo aun sin ser llamados. Tal fue el primer triunfo de la religión en el mar Atlántico. [...]

4. DESIGNIOS DE BÉTHENCOURT SOBRE LAS COSTAS OCCIDENTALES DE ÁFRICA

Sin duda que cuando Juan de Béthencourt hizo reflexión sobre las medras de sus armas, parece como que se embriagó de cierta gloria imaginaria, pues se propuso desde entonces nuevos proyectos; de manera que, aunque la conquista de todas las Canarias no sólo no estaba concluida sino que parecía rodeada de infinitos peligros, la reputó por corta hazaña y extendió sus miras hasta el mismo continente del África. De aquí es que habiendo emprendido por este mismo tiempo una expedición a aquellas costas fronterizas, en una fragata con quince hombres, las recorrió desde el cabo Cantin hasta el Río del Oro, que está más allá del de Bojador, haciendo algunos cautivos en las entradas. [...]

8. ROMPIMIENTO DE BÉTHENCOURT Y GADIFER Y SU VIAJE A LA CORTE DE CASTILLA [...]

Otro tanto como agradaba a Gadifer esta distinción con que los isleños trataban las tropas francesas, le desagradaba el respeto con que los españoles consideraban a Juan de Béthencourt, de manera que por puntos se iba aumentando su envidia o su furor. Supo que Béthencourt estaba en la gracia de don Enrique III de Castilla y bajo su augusta protección, que este monarca había tenido la piedad de enviarle el último socorro y que no omitiría en lo sucesivo remitirle algunos aun mayores. Estas noticias lastimaron de nuevo el corazón ulcerado de Gadifer y, excediendo su dolor a su sufrimiento, tuvo la imprudencia de declarar a los españoles algunas verdades que pasaron por invectivas. [...]

Cuando llegaron estas proposiciones a oídos de aquel jefe, no tuvo consuelo. Una persona de honor y probidad siente verse objeto de la envidia de sus amigos. [...]

Gadifer le replicó, con mucha entereza, "que no pensase era el espíritu de envidia ni de otra cobarde pasión el que dirigía sus bien fundados resentimientos, sino el considerar que, habiendo abandonado ciegamente su casa, sus caudales, sus esperanzas y aun su propia vida, en obsequio de aquella empresa, se hallaba en vísperas de perderlo todo; que ya iba conociendo que cuanto más tiempo permaneciese en las Canarias tanto más se arruinarían sus intereses, pues la cesión de las tres islas que había propuesto, de industria se le dilataba". En vano apuró Béthencourt toda su elocuencia, buscando expresiones dignas de contentarle. El rompimiento llegó a lo último y ambos se embarcaron aceleradamente para España en dos bajeles diferentes, a fin de defender sus derechos delante del rey de Castilla. [...]

10. RETORNA BÉTHENCOURT A SUS CONQUISTAS CON NUEVOS PRIVILEGIOS

Libre Juan de Béthencourt de un concurrente que hubiera balanceado su autoridad, procuró obtener del rey de Castilla nuevas letras patentes, por las cuales se le hacía merced del principado de las Canarias, con facultad de batir moneda y recaudar la quinta parte de las mercaderías que se extrajesen del país. Estas reales cédulas, selladas y firmadas del mismo rey, se le despacharon por un escribano de Sevilla, llamado Sariche; pero aún disfrutó Béthencourt en aquella ciudad otras finezas no menos distinguidas, pues, cuando determinó partirse, le hicieron todos los magnates varios presentes de armas, víveres y dinero. [...]

La brevedad y fortuna de este expediente no fue todavía bastante para sosegarle, porque como Aníbal, bastardo y poderhabiente de Gadifer, había quedado en [las] islas, se receló de sus maquinaciones y trató de retirarse a ellas con tal celeridad que, cuando sus amigos le consideraban en España, le vieron entrar en Fuerteventura a 7 de octubre de 1404. [...]

14. RENDICIÓN Y BAUTISMO DE LOS REYES DE FUERTEVENTURA

Los reyes de Erbania [...] considerándose sin recurso y hallándose entonces abrumados de reflexiones tristes, tomaron el partido de negociar con Béthencourt algunas capitulaciones soportables. Observaban que, estando los cristianos más bien vestidos y con armas superiores a las suyas, eran casi invencibles; que la gente del país se iba minorando; que sus castillos no eran inexpugnables y, sobre todo, que el gobierno europeo parecía suave y lleno de equidad, según las relaciones que se les habían hecho. Así, habiéndose juntado, determinaron someter la isla al conquistador y dieron sus instrucciones a uno de los is-

leños más hábiles, para que pasase a Rico-Roque y negociase algún armisticio o tregua; hasta tanto que los reyes Guize y Ayoze tuviesen una conferencia con Béthencourt. [...]

Este bárbaro plenipotenciario fue recibido por los nuestros con honor y afabilidad, quedando Béthencourt tan poseído de gozo al oír las propuestas que los príncipes majoreros le hacían, que les concedió la tregua sin dilación, ofreció dar una audiencia favorable a los reyes y presentó al enviado algunos regalos. [...]

Guize, que reinaba en el país de Maxorata (la parte más septentrional de Fuerteventura), fue el primero que llegó a Rico-Roque, el 18 de enero de 1405, acompañado de cuarenta y dos vasallos; y, luego que Juan de Béthencourt le recibió al frente de sus oficiales, practicó la ceremonia de rendirle toda su monarquía, besándole la mano y pidiendo el bautismo para él y los suyos. Esta única capitulación le fue concedida tres días después. Juan Le Verrier le administró aquel sacramento y le puso por nombre Luis, beneficio que también se extendió a otros cincuenta y dos paisanos.

El 25 del mismo mes llegó Ayoze, rey de Jandía (que es el país más meridional de Fuerteventura), y practicó igual acto de sumisión con otros cuarenta y siete vasallos que le siguieron. Fue bautizado sin mucha dilación, con todos los suyos, y tomó para sí el nombre de Alfonso. Desde esta época toda la isla acudió como de tropel a hacerse cristiana y vasalla de Juan de Béthencourt, quien mandó edificar en Val-Tarajal una capilla bajo la invocación de Santa María de Betancuria, a fin de que fuese el primer solar y como seminario del cristianismo que iba creciendo en nuestras islas.

15. VIAJE DEL CONQUISTADOR A FRANCIA Y SU RETORNO MAGNÍFICO A LANZAROTE

Acaso sólo esperaba aquel conquistador este deseado suceso para ejecutar el viaje que tenía meditado a Francia, con la mira de visitar su patria, ver a su mujer, recorrer sus estados hereditarios y negociar nuevos subsidios para hacer la conquista de Canaria, objeto que deslumbraba su ambición. A este efecto confirió todo el gobierno de las islas a Juan Le Courtois, su amigo y más caracterizado subalterno y, en presencia de los reyes Alfonso y Luis, le encargó sobre todas cosas la dulzura, amor y humanidad para con los nuevos vasallos; exhortó a sus capellanes a que se aplicasen sin intermisión a las tareas apostólicas de enseñar, predicar y corregir; llevó consigo tres isleños y una isleña de buena persona, para que fuesen vistos en Normandía y se acostumbrasen a las modales y política francesa; hizo embarcar a los gadiferistas, a excepción de Aníbal y de Andrac, y salió de Fuerteventura el 31 de enero del mismo año. [...]

Entre éstos los más visibles y distinguidos fueron Maciot de Béthencourt y algunos de sus hermanos, primos de nuestro conquistador, Ricardo de Grainville su pariente, Juan de Boville, Juan du Plessis y otros sujetos de condición ilustre, que tuvieron a bien seguirle, con muchos artesanos de todos oficios, casados y prontos a casarse. Asimismo se alistaron 120 soldados, 23 de los cuales llevaron sus mujeres, y hubiera recibido más gente, si hubiese tenido modo de transportarla. [...]

Después de una navegación feliz, entraron a mediados de junio en el puerto de Rubicón de Lanzarote; y es de creer que ni estas islas ni estos mares habían visto espectáculo más hermoso. [...]

Aunque Béthencourt no hubiese recogido de sus sudores otro premio, debía reputarse por hombre muy dichoso, siendo imposible que observase con indiferencia la admiración con que estos isleños, alucinados con el falso

brillante de aquella entrada, formaban desmedidas ideas de la excelencia de sus conquistadores; y por esta razón no es mucho que se aplicase a contentarlos, especialmente al rey Luis Guadarfrá, cuyas prendas estimó siempre.

Así que llegó a Fuerteventura la noticia de esta venida deseada, dejó Courtois aquella isla y, acompañado de Aníbal de la Salle y de otros oficiales, pasó a la de Lanzarote. [...]

El anhelo de visitar a Fuerteventura llevó sin tardanza a nuestro conquistador, acompañado de sus mejores tropas; y fue una escena muy agradable ver cómo los dos reyes, Alfonso y Luis, adelantándose al frente de una multitud de majoreros hasta la orilla del mar, le recibieron sin saber cómo manifestar la impresión que la nueva magnificencia les hacía. [...]

Al día siguiente pasó Béthencourt a Val-Tarajal, visitó la capilla de Nuestra Señora de Betancuría, donde colocó una sagrada imagen, dejó algunos ornamentos de sacristía, un misal de los mejores de aquel tiempo, una colgadura y dos campanas, que cada una pesaba un quintal; nombró por cura de la isla al señor Juan Le Verrier, después de lo cual sacó de pila un niño, a quien puso por nombre Juan, para memoria del honor que le hacía.

16. EXPEDICIÓN DE BÉTHENCOURT A LA GRAN CANARIA EN QUE LE DA ESTE NOMBRE

Con verdad puede decirse que el señor de Béthencourt no miraba todo cuanto tenía obrado hasta allí sino como un excelente prólogo que le mostraba el camino de lo que había de hacer, porque la Gran Canaria era principalmente el objeto de su ambición. Así, hallándose entonces con los dos navíos que condujo de Francia y otro que le acababa de llegar de España con refrescos enviados por el rey de Castilla, trató de formar una vi-

gorosa expedición, no con los altaneros designios de conquistarla (pues bien conocía que sus fuerzas eran muy cortas para atacar de poder a poder una nación de más de 10.000 hombres de pelea en su propio país), sino a fin de hacer alguna tentativa y examinar más a fondo los puertos, las entradas y el estado actual de las tierras.

Luego que esta pequeña escuadra, a cuyo bordo iban las mejores tropas francesas y españolas, salió de Fuerteventura (el 6 de octubre de 1405), experimentó tan fuerte tormenta, que le fue forzoso correr hasta las costas de África, cerca del cabo de Bojador; y como Béthencourt tenía también sus intenciones sobre ellas, quiso aprovecharse de la casualidad, haciendo un desembarco. Las tropas estuvieron en tierra más de ocho días, durante los cuales recorrieron aquellos arenales impunemente, aprisionaron algunos salvajes de ambos sexos, mataron (según la exageración de nuestros autores) más de 3.000 camellos, de que hicieron tasajos y, concluidas estas proezas, volvieron a embarcarse, tomando el rumbo de Canaria.

Ya estaba a vista de esta isla la escuadra, cuando, repitiendo la borrasca con nueva furia, separó las embarcaciones de tal suerte, que una de ellas arribó a la isla de La Palma, otra a la de Fuerteventura, mientras la tercera se mantenía en el mar. Béthencourt montaba la que llegó a Fuerteventura y, aunque parecía que las actuales circunstancias exigían que se aguardasen las demás, prefirió el pensamiento de ir a esperarlas a Canaria, así como los canarios el de recibirle pacíficamente. El mismo monarca Artemi Semidán acudió en persona al puerto de Arguineguín, donde surgió algunos días después el navío que montaba Juan Le Courtois, que se había sostenido en el mar a pesar de la gran tormenta. Pero esta hazaña y la de haber triunfado de los salvajes indefensos de Berbería le fue funesta, porque, combinándose con Aníbal de la Salle, Guillermo de Andrac, Guillermo de Auberbosc y otros cuarenta y un hombres, resolvieron

atravesar armados la isla, en desprecio del plan de Béthencourt.

Para ello, habiendo los referidos oficiales hecho en dos lanchas su desembarco, cerraron con los isleños que coronaban la ribera, con tal ímpetu, que éstos corrieron desbaratados a abrigarse en la población de Arguineguín; pero, vueltos en sí prontamente de su sorpresa, procuraron rehacerse, reventando de ira, y cargaron sobre los nuestros no sin la fortuna de batirles, ganarles una lancha y dar muerte a veinticinco hombres, entre los cuales se contaron Aníbal, bastardo de Gadifer, Guillermo de Auberbosc, que había empezado el ataque, Godofredo de Auzonville, Guillermo de Alemania, Seguirgal, Gerardo de Sombray, Juan Chevalier y el que Béthencourt sintió sobre todos, Juan Le Courtois, su teniente gobernador, sujeto dotado de apreciables talentos, activo, intrépido, pundonoroso y que esperaba la primera proporción de volver a Francia para ver a su esposa, a quien siempre en medio de sus ejercicios militares había conservado un amor ejemplar.

Si los canarios ganaron esta señalada victoria, no fue tan de barato, que dejasen de tener por su parte muchos muertos y heridos; y aun se cree que el mismo Artemi Semidán tuvo la gloria de terminar su vida peleando por la defensa de la patria, en presencia de casi 5.000 vasallos vencedores. Tal fue el número de canarios que asistieron a esta función; función memorable que le adquirió a Canaria el título de Grande y que se le adquirió por boca de sus propios enemigos. En efecto, se dice que desde este día la llamó siempre el señor de Béthencourt la Gran Canaria.

17. REDUCE JUAN DE BÉTHENCOURT LAS ISLAS DE LA GOMERA Y DEL HIERRO

Aunque este azar llegó muy a lo vivo a nuestro conquistador, no le abatió tanto, que dejase de recoger el res-

to de sus tropas a bordo de las dos fragatas, a fin de conducir las a la isla de La Palma, donde creía hallar la tercera embarcación que se había separado con la tormenta. La experiencia confirmó este juicio, pues, en efecto, tuvo la satisfacción de encontrarla en aquellas costas, donde su gente sostenía contra los naturales una guerra viva. Reunidas así nuestras fuerzas, siguieron el mismo empeño, con las ventajas de haber dado muerte en diversos reencuentros a más de cien palmeses, con pérdida de sólo cinco hombres. Mas como la tierra era naturalmente fuerte y estaba bien poblada, determinaron al cabo de seis semanas retirarse a la de La Gomera, cuya conquista con razón no la imaginaban tan difícil.

Hallábase esta isla a la sazón por sus disensiones intestinas en un estado de anarquía y, consiguientemente, tan debilitada, que cualquier fuerza extranjera sólo con el amago la hubiera sometido. [...] Juan de Béthencourt entró con su armada en la rada de La Gomera, desembarcó sin oposición sus tropas y, después de haberlas dejado descansar algunos días, se avanzó con ellas tierra adentro, con la precaución de no caer en emboscadas. Todavía no habían andado sino un corto trecho, cuando avistaron una multitud de gomeros, armados de dardos, lanzas, espadas, broqueles y algunas ballestas, antiguos despojos de españoles; y como el semblante de alegría con que acudían no estaba de acuerdo con aquel militar aparato, fue grande la incertidumbre de los nuestros, quienes vacilaban entre el partido de atacarlos o el de tentar una negociación.

Así estuvieron indecisos por algún tiempo, hasta que, acercándose a la vanguardia de nuestra tropa algunos isleños que se explicaban en muy mal castellano, dieron a entender a los franceses que toda aquella isla, movida de pensamientos de paz, no hallaba repugnancia en someterse a su dominación ni en rendirles las armas.

Esta tan inopinada reducción de un terreno fértil, coronado de palmas, cubierto de bosques y regado de fuentes, cuyo clima benigno y buen puerto contribuía a ha-

cerle una posesión útil, colmó de sumo gozo al conquistador, quien, después de haber tratado a aquellos isleños con la afabilidad que merecían y haber examinado atentamente todo el país, hizo algunos repartimientos de tierras entre sus soldados y les concedió, por una condescendencia contraria al derecho público, muchos esclavos que vendieron.

Después de haber permanecido Béthencourt tres meses en la isla de La Gomera, donde construyó un fuerte y puso la correspondiente guarnición, navegó a la del Hierro y surgió en el término de Tecorone, que hoy llamamos de Naos. La primera diligencia fue enviar al reyezuelo de la isla una persona que debía reducirle sin otras armas que las de sus insinuaciones. Augeron era un isleño del país, hermano del príncipe Armiche, que actualmente reinaba, quien, habiendo caído los años antecedentes en manos de los aragoneses, vino primero a poder del rey de Castilla y, por dádiva de aquel monarca, al del señor Béthencourt. Apenas se dio a conocer Augeron a su hermano y le declaró su comisión, le persuadió, de manera que Armiche, acompañado de ciento once vasallos, vino a rendirse a Béthencourt, que los recibió con muchas protestas de protección y de amistad.

Pero sin duda es cosa triste que nuestro héroe no tuviese empacho de faltar a esta palabra de honor. Béthencourt, que a lo menos debía respetar la sumisión voluntaria de los herreños, los hizo esclavos, sin exceptuar al mismo príncipe, y el mayor favor que le concedió fue ponerle en el número de los que reservó para sí. [...]

19. DA BÉTHENCOURT EL GOBIERNO DE LAS ISLAS A MACIOT, SU PARIENTE, Y ESTABLECE VARIOS REGLAMENTOS EN ELLAS

Luego que llegó a Val-Tarajal, donde hoy está la villa, se aplicó al repartimiento de las tierras, aguas y habitaciones, entre los pobladores, a quienes exoneró por nueve años de toda especie de pensión, advirtiéndoles que, pasado este término, deberían contribuir a él y a sus sucesores con la quinta parte de todos los frutos, crías y producciones, y declarándoles que nadie fuese osado a vender la orchilla sin su licencia. Igualmente tuvo a bien prevenirles que, aunque los curas de Fuerteventura y Lanzarote tenían derecho de percibir todos los diezmos, atendiendo sin embargo a la numerosa población y al poco coste que hasta entonces ocasionaba el culto divino, era de opinión se les asistiese solamente con la trigésima parte de los frutos, hasta tanto que hubiese obispo.

Dadas estas disposiciones, nombró por su virrey o lugarteniente, al señor Maciot de Béthencourt, su primo, encargándole un celo ardiente por la religión, una clemencia paternal para con los vasallos, y, sobre todo, una política prudente y un entrañable amor a la equidad y al deseo de hacer felices a sus pueblos para serlo él mismo. Determinó que en cada isla hubiese dos alcaldes mayores o jueces subalternos que administrasen la justicia, acompañados de algunos regidores tomados de la primera nobleza, y que mientras él estuviese en Normandía (adonde meditaba pasar) se le informase, a lo menos dos veces al año, del estado político y económico de las islas. [...]

22. LLEGA BÉTHENCOURT A ROMA. ERIGE INOCENCIO VII LAS ISLAS EN OBISPADO, BAJO EL TÍTULO DE SAN MARCIAL DE RUBICÓN

No dejó de ser celebrada su entrada en aquella capital del orbe cristiano, porque un conquistador de las Islas Afortunadas tenía derecho a las admiraciones de la patria de los Scipiones y los Césares, especialmente cuando, en medio del mayor cisma que la silla apostólica había visto, dejaba atrás a Benedicto XIII, de cuya obediencia habían sido los franceses y castellanos, y se dirigía a Inocencio VII para que erigiese en obispado las Canarias. [...]

Como el Papa no se cansaba de la audiencia de un varón tan extraordinario, quiso instruirse por menor en la historia de sus proezas y le preguntó qué impulso sobrenatural le había sacado de Normandía y llevado al océano Atlántico; qué país era el de las Canarias y si correspondía a la idea sublime que de las Islas Afortunadas tuvo la antigüedad. A estas preguntas y otras del mismo género satisfizo Juan de Béthencourt, mereciendo el honor de que el pontífice le señalase cuarto en el sacro palacio y le hiciese algunos presentes. Don Alberto de las Casas obtuvo sus bulas para el obispado de Canarias, erigido bajo el título de San Marcial de Rubicón, y partió sin pérdida de tiempo a Castilla con cartas del señor de Béthencourt, para el rey y para su primo Maciot, las que debía poner en sus manos pasando a tomar posesión de aquella iglesia. [...]

29. ELOGIO DE JUAN BÉTHENCOURT, EL GRANDE

Las Islas Canarias pueden bendecir al que les dio un conquistador adornado de tan ilustres cualidades. Cuando sólo volvían a ser conocidas de la Europa en un si-

glo todavía bárbaro, como víctima o juguete de sus piratas y aventureros y cuando iban perdiendo el brillante epíteto de Afortunadas para merecer otro diferente, quiso la providencia sacar del fondo de Normandía un hombre que debía empezar a conquistarlas, hasta hacerse su primer dueño. Por cualquiera parte que se mire, parece grande Juan de Béthencourt. Su prudencia, su valor, su afabilidad, su destreza en manejar los espíritus y ganarse los corazones más salvajes, su ilustre calidad, y aun su misma patria parece que conspiró a hacerle glorioso. La Normandía, que había sido siempre un país muy fecundo en héroes y como el taller de conquistadores felices, pues había dado a la Inglaterra un Guillermo el Grande y a las dos Sicilias toda la familia de Tancredo de Hauteville, tenía también derecho, digámoslo así, a dar un conquistador a las Canarias. [...]

La empresa era muy ardua y Béthencourt se hallaba sin tesoros, sin tropa, sin marina y, por consiguiente, sin poder. Las Islas Canarias no estaban tan abandonadas que quisiesen entregarse pacíficamente al primer ocupante, y los príncipes españoles las contaban entre sus posesiones, aun sin haberlas sometido a sus armas. ¿No parecía temeridad aspirar a aquella conquista? Sin embargo, se pudiera decir que ningún general hubiera adelantado igual proyecto con mejores preparativos ni subsidios más poderosos. La magnanimidad, la experiencia, el valor y demás virtudes militares hacían el fondo de sus fuerzas. Sabía que las Canarias estaban ya débiles, y casi miraba los piratas que las habían saqueado como unas tropas avanzadas de su ejército. Sabía que los bárbaros indígenas, aunque naturalmente fieros y valerosos, eran siempre inferiores a cualquier puñado de europeos bien armados y disciplinados. Sabía, en fin, que los reyes de Castilla, embarazados en su propio país con los moros, favorecerían y seguirían con gusto semejantes designios. En esta inteligencia no dudó empeñar las rentas de su casa, juntó sus amigos, rindió vasallaje a aquellos soberanos y

vemos que conquistó cuatro islas, parte con la habilidad y parte con la fuerza.

Lo que verdaderamente pone a Juan de Béthencourt sobre todos los conquistadores de estas tierras occidentales es el uso que hizo de sus victorias. Ésta es la mejor parte de nuestra historia y la faz por donde nos debe parecer aquél un hombre extraordinario para su siglo. Observar los tratados con los príncipes isleños, no hacer ostentación de modales duros o altivos, respetar el derecho natural y de las gentes, recibir a los rendidos con entera benignidad, procurar fuesen instruidos en la verdadera religión, aligerarles el nuevo yugo de su imperio como cubriéndosele de flores, darles tierras para su subsistencia y considerarse, en fin, como verdadero protector y padre común de aquellos infelices: todas éstas eran unas virtudes que no conocieron cabalmente sus sucesores en la serie de las conquistas de nuestras islas, y aun más allá. [...]

De todos modos, debe su memoria ser entera en nuestras islas; y su nombre tan repetido en algunas familias que se honran en casi todas las Canarias con el apellido de Béthencourt, tiene derecho a sonar agradablemente en los oídos de sus habitantes.

LIBRO V

1. MACIOT DE BÉTHENCOURT SUCEDE EN EL GOBIERNO DE LAS CANARIAS

Entramos en el gobierno o, por decirlo así, en el reinado del señor Maciot de Béthencourt, con el preciso consuelo de no poseer memorias tan exactas como las que nos han guiado hasta aquí en la historia de las hazañas de su ilustre primo. Esta luz nos abandonará algún tiempo. [...]

El señor Maciot, que muchos escritores nuestros llaman también mosén Menaute, fue el segundo y último rey que dieron la Francia y la casa de Béthencourt a las Canarias, conviniéndose algunos en graduarle de sobrino de Béthencourt el Grande, hijo de una hermana, aunque Argote de Molina y los historiadores franceses le intitulan unas veces su primo y otras sólo su pariente. Ignoramos los nombres de sus padres, pero sabemos que era natural de Normandía y que vino a Lanzarote con algunos hermanos suyos y otros hidalgos en 1405, al tiempo que su primo el conquistador condujo aquellas floridas reclutas de que hablamos en nuestro último libro. [...]

Los principios de su gobierno fueron los más suaves del mundo y nadie negará que Maciot consoló a la nueva república, que sentía la ausencia de su jefe, llenando a los isleños de las mejores esperanzas. No había quien no hiciese su elogio. Los mismos reyes de las islas, los hidalgos españoles y franceses, los soldados, los artesanos

y, en especial, todos los nuevos súbditos le estimaban y se empleaban con gustoso tesón en la fundación de los pueblos. [...]

3. DON ALBERTO DE LAS CASAS, PRIMER OBISPO DE RUBICÓN, EN LANZAROTE

Hemos visto que don Alberto de las Casas o Casaus, natural de Sevilla, y hermano de don Guillén (que después fue rey titular de nuestras islas), clérigo secular, buen teólogo y que poseía medianamente el idioma de los canarios, había sido postulado al papa Inocencio VII por don Enrique III de Castilla que, a la sazón había sustraído la obediencia al otro pontífice, don Pedro de Luna, llamado Benedicto XIII. Este eclesiástico, pues, que a sus méritos personales había añadido el favor de Juan de Béthencourt, pariente de la mujer de su hermano, acompañó a este héroe en sus peregrinaciones a Roma y obtuvo sus bulas para el obispado de Canarias, erigido bajo el título de San Marcial de Rubicón, en calidad de sufragáneo de Sevilla. [...]

El rumor de su llegada las conmovió todas y no hubo clase de sujetos que no corriese en tropas a verle y regalarle los sencillos dones del país, que hicieron veces de primicias. El templo de Santa María de Betancuria, edificado en Valtarajal, donde está hoy la villa, fue el primero en que el obispo dio principio a sus funciones pastorales, y, habiendo transitado después a la isla de Lanzarote, consagró la célebre iglesia de San Marcial para cátedra de su pontificado y solar del nuevo cristianismo. De aquí salió el sonido del evangelio, que se hizo después oír y respetar en todas las Canarias, siendo don Alberto de las Casas un órgano digno de desempeñar los consejos de la providencia. Se sabe que en los pocos años que este prelado ocupó la silla no cesó de trabajar en obsequio de la salud de las almas, predicando en las cuatro islas sometidas, administrando los sacramentos a

los catecúmenos y dando en sí mismo el modelo de las virtudes, desconocidas hasta entonces entre los isleños, a quienes las anunciaba y sobre quienes derramaba Dios visiblemente sus bendiciones. Éstos, por una parte, admiraban la paciencia, la mansedumbre, la caridad y aun la humildad apostólica del obispo; y el obispo por otra admiraba la docilidad, la piedad, el respeto y la alegría de ánimo con que aquellos neófitos abrazaban la religión y hacían bien a los templos. Véase aquí la idea de un apóstol a la cabeza de un pueblo que no lo desmerecía. [...]

8. TIRANIZA MACIOT SUS PUEBLOS

Había originádose este espíritu de sedición, que advirtió el joven Béthencourt en los ánimos, de haber cesado enteramente la correspondencia que subsistía entre Béthencourt el Grande y las islas, cuyo olvido les hacía sospechar que este héroe no retornaría a las Canarias asistido de los grandes refuerzos que prometió y, consiguientemente, que Maciot no era formidable sin su primo. Añadíanse a estas cavilaciones la contribución de los quintos que se empezó a exigir con rigor; el no tener obispo que les rectificase las conciencias; y, por último, el confuso rumor que se había esparcido de haber muerto el conquistador en Francia. Pero esto mismo que hacía a los vasallos insolentes hizo despótico al señor. Toda la dulzura de Maciot se convirtió en fiera. Él fue el primer Tiberio de las Canarias. Faltábale tropa para sujetar la multitud y determinó suplir aquélla disminuyendo ésta, pues vendía en Europa sus vasallos, arbitrio infame, que le produjo dinero y enemigos. El amor a la gloria no había podido inspirar a Maciot el deseo de emprender alguna expedición contra las grandes islas que poseían los bárbaros; pero, lo que no consiguió la ambición, lo facilitó el interés. Hacía o mandaba hacer en embarcaciones pequeñas algunas correrías por las costas de

Tenerife y Canaria, a fin de aprisionar guanches, que enviaba luego a vender por esclavos a los puertos de España, en agravio de la libertad natural de aquella nación y desdoro de la humanidad de ésta.

9. RESÍSTELE DON FRAY MENDO DE VIEDMA, TERCER OBISPO DE LAS ISLAS

Tal era la funesta constitución de nuestras islas, cuando el concilio general de Constanza las honraba, teniéndolas presentes entre los reinos que, como piezas de la corona de Castilla, debían tener voz de nación en las congregaciones, y elevaba al soberano pontificado a Otón Colona con el nombre de Martino V, para dar a las Canarias un celoso defensor de la libertad de sus hijos. En efecto, la providencia y este Papa (en cuya persona vio la Iglesia disipado el más prolijo cisma) destinaron para obispo de la diócesis de Rubicón a don fray Mendo de Viedma, o Biezma, pariente de los conquistadores, quien sacó aquella dignidad regia de su familia, sacrificándola a la tranquilidad de los isleños. Era este prelado religioso de San Francisco. [...]

Luego que el nuevo obispo llegó a la catedral de Lanzarote y pasó la vista por el lastimoso estado de su rebaño, no pudo menos de sentir oprimido el corazón. Reconoció la guerra que Maciot le hacía y se persuadió a que Dios le había suscitado, ungiéndole pastor, para defender la causa de la razón y de la humanidad; así vemos que todo el tiempo de su pontificado, que no llegó a dos años, fue una continua diferencia entre el imperio y el sacerdocio. Los súbditos aborrecían al jefe y éste no los amaba sino para venderlos. El obispo, devorado de un celo justo, declamaba con vehemencia contra estas barbaridades; pero Maciot, que tenía en sus manos la fuerza, despreciaba al obispo y sus declamaciones. Un historiador y poeta isleño puso en la boca de este prelado los discursos y reconvenciones más fuertes que se

podían haber hecho para reducir a razón un gobierno tan arbitrario como injusto. [...]

10. CONSECUENCIAS DE ESTAS DISPUTAS

Viendo, pues, aquel obispo, tan activo como don fray Bartolomé de las Casas, que sus exhortaciones pastorales no tenían, sin un cuerpo de tropa, bastante fuerza para triunfar de la obstinación de su pariente, se determinó a dirigir sus quejas hasta la corte y ponerlas al pie del trono del soberano de las islas. Reinaba a la sazón don Juan II de Castilla, bajo la regencia de la reina doña Catalina, su madre. Las representaciones del prelado fueron bien oídas y Maciot recibió de España una carta increpatoria de su conducta. ¿Pero quién no se defiende de los ataques de una carta con otra?

Sin embargo, como los disgustos del obispo ya se habían hecho personales y su fervor le había llevado más allá de los límites de una moderación religiosa, en lugar de convertir al gobernador, juzgó debía perseguirle hasta perderle; y, unido con Fernando de Alarcón, caballero del orden de Santiago y veinticuatro de Sevilla (que había asistido a Béthencourt el Grande con su persona y bienes desde sus primeras empresas en las islas), resolvió despachar a Valladolid un hermano suyo en calidad de agente, para que interesase el gobierno en contener vigorosamente las tiranías de Maciot, echándole de todo el país. [...]

Estando la corte preocupada contra sus excesos, quiso la reina gobernadora terminar este año su vida y su regencia con un golpe de autoridad sobre el rey feudatario de las Canarias.

Esta señora cometió a don Enrique de Guzmán, conde de Niebla, el expediente de un negocio más importante de lo que parecía, y el conde, considerando lo conveniente que sería armar de fuerza la razón y ver cómo se arrancaban las islas del poder de una casa francesa,

dispuso se habilitasen en Sanlúcar tres embarcaciones, con cuanta gente y municiones fuesen bastantes para hallar culpado al imprudente Maciot.

11. PEDRO BARBA DE CAMPOS LLEGA ARMADO A LANZAROTE. MACIOT LE CEDE LOS DERECHOS QUE NO TIENE

Ya el mando de esta escuadra y las instrucciones secretas para obrar se habían dado a Pedro Barba de Campos, señor de Castrofuerte y Castrolle, veinticuatro de Sevilla, caballero valeroso, rico y, según Abreu Galindo, gran justador. [...]

Cuando se presentó sobre Lanzarote la armada de Castilla y reconoció Maciot que aquel nublado se encaminaba a insultar su persona y autoridad, se determinó, contra la expectación común, a disputar el desembarco de las tropas y salió a la cabeza de un numeroso cuerpo de sus milicias a preguntar a Pedro Barba con qué designios se acercaba armado a los estados de Béthencourt. Este suceso prueba que Maciot no estaba tan aborrecido de sus súbditos, pues le seguían fielmente, y que su horror a las armas no era tanto que le hiciese olvidar de lo que se debía a sí mismo.

Si acaso los españoles y los isleños se batieron de parte a parte, sólo fue con palabras, amenazas y exhortos, porque, como el jefe castellano no venía a hacer guerra a las islas ni a los isleños, sino al gobernador, usó de cuantos rodeos pudo para impedir cualquiera efusión de sangre y, por la mediación de algunas personas de la confianza de Maciot, consiguió entablar una negociación artificiosa proponiéndole un tratado de cesión y renuncia. Maciot, sobrecogido, lleno de codicia, de temor y desesperación, acabó de confirmar su desafecto a las Canarias, poniendo en las manos de su rival la cesión y traspaso de todas las islas conquistadas y el derecho de las que no lo estaban.

¿Pero podía él hacer esto? Juan de Béthencourt estaba todavía vivo y sus poderes solamente le autorizaban para administrar los estados como regente. El heredero presuntivo de estas posesiones debía ser, como lo fue en efecto, el señor Reinaldos de Béthencourt. Véase aquí por qué no fue ésta la última venta que Maciot hizo de las Canarias y el origen de aquellas contestaciones y disputas de que fueron asunto y aun juguete. No es esta porción de nuestra historia la que nos hace más honor.

El padre Abréu Galindo refiere las revoluciones del señorío de las Islas Canarias por los siguientes trámites: Pedro Barba de Campos viene a Lanzarote con su arrogante armamento y obliga a Maciot de Béthencourt a que comparezca en España para satisfacer a los cargos que convenía hacerle. Maciot se embarca con él, llega a Sanlúcar de Barrameda donde el conde de Niebla le recibe magníficamente, le oye con benignidad sus descargos, se muestra satisfecho, le regala y, después le propone la venta de las islas. Maciot exhibe los poderes de su primo. El conde hace venir la licencia de don Juan el II y se celebra la escritura en 15 de noviembre de 1418, con la cláusula y condición de que Maciot gobernaría las islas en nombre del conde mientras viviese. Vuelve Maciot a las Canarias con el refuerzo de navíos y tropa que le da el nuevo rey y señor de ellas; ejecuta algunas entradas en las islas infieles, con grandes gastos y poca utilidad; fastídiase de una especie de autoridad precaria, que cada día le hacía más odioso y, al cabo de nueve años, resuelve abandonar las Canarias para siempre, trasladándose a la isla de la Madera, donde vuelve a venderlas al famoso infante don Enrique de Portugal.

Aunque esta serie de sucesos parezca sencilla y natural, hallamos que la mayor parte de nuestros escritores está por la venta solemne de las islas a favor de Pedro Barba de Campos, a quien hacen tercer rey y señor de ellas. Ahora bien, si queremos fijar la atención en las

diferentes dinastías que en menos de veinte años hubo en las Canarias, ¿no tendremos un objeto digno de reflexión?

Maciot de Béthencourt las vende a Pedro Barba de Campos, al Infante de Portugal y al conde de Niebla. Pedro Barba de Campos, a Fernán Pérez de Sevilla. Fernán Pérez, al mismo conde de Niebla. El conde de Niebla, a Guillén de las Casas o Casaus. Guillén de las Casas, a Hernán Peraza y, a este mismo tiempo el legítimo dueño y propietario Juan de Béthencourt las deja por su testamento a Reinaldos, su hermano, quien continúa intitulándose rey y señor de las islas de Canarias durante el siglo quince. Pero, como si no fuesen todavía bastantes tan rápidas mutaciones, veremos que, pocos años después, el rey don Enrique IV de Castilla hizo donación de la conquista de Canarias a don Martín de Ataíde González de Castro, conde de Atougía, y al de Villa Real don Pedro de Castro Meneses, sólo por el mérito de haber acompañado desde Portugal hasta Córdoba a la infanta doña Juana, que venía a ser reina. Juan de Barros dice que el conde de Atougía fue el que transfirió esta merced al de Villa Real, de quien la obtuvo después el infante don Fernando, hermano de don Alfonso V, de suerte que Diego García de Herrera, señor reinante en nuestras islas, tuvo que seguir un proceso difícil en la corte de Lisboa para conservarse en pacífica posesión de las que gozaba. [...]

14. ABANDONA MACIOT LAS CANARIAS Y SE PASA A LA ISLA DE LA MADERA

No es fácil explicar la incertidumbre y perplejidad que agitaba a Maciot por este tiempo. No podía permanecer en las Canarias con honor; en Francia había quien le pidiese cuentas de la administración de las islas; en España veía los invasores de su pasada dignidad. ¿A dónde había de refugiarse, para pasar en paz el resto de sus

días? A una tierra tan inmediata a las mismas Canarias, que no se puede reputar por error el que algunos la hayan puesto en el número de ellas.

La providencia, que había destinado aquel siglo para dar una portentosa extensión a los límites del mundo conocido, acababa de descubrir a los hombres, por medio de los portugueses, en 8 de julio de 1420, la frondosa isla de la Madera; y considerándola desde luego Maciot como un lugar de refugio en sus tribulaciones, determinó pasarse a ella con la esperanza de tener parte entre los que empezaban a poblarla con permiso del grande infante don Enrique, hijo de don Juan I de Portugal, que había cultivado su razón con el estudio de la geografía y matemáticas, para ser el monstruo de su siglo. [...]

15. VENDE MACIOT LAS CANARIAS A DON ENRIQUE DE PORTUGAL [...]

El primer paso que había dado para captarse la benevolencia del infante don Enrique y vengarse de las Canarias fue ajustar con el mismo príncipe un tratado, en virtud del cual le vendía, cedía y traspasaba la propiedad y dominio de todas estas islas, en cambio de algunos dineros, tributos y heredamientos en la Madera; y siendo ésta una tentación tan poderosa y lisonjera para el infante, que amaba apasionadamente todo lo que traía la recomendación de nueva conquista, se concluyó el ajuste a satisfacción de ambas partes y se engendraron las primeras chispas de las guerras entre los canarios y los portugueses. [...]

17. CONTESTACIONES EN ROMA Y EN EL CONCILIO DE BASILEA SOBRE LAS CANARIAS ENTRE CASTILLA Y PORTUGAL

Entre tanto que estos isleños se defendían gloriosamente con las armas, defendía don Juan el II de Castilla su dominio directo en las islas y el derecho de Pedro Barba de Campos, quejándose en la corte de Portugal de las hostilidades cometidas. Alegaba el infante don Enrique su tratado de venta con Maciot y oponía el ministerio de Castilla otra escritura de venta otorgada por el mismo Maciot a favor de Pedro Barba, con data más antigua. Estas contestaciones, que en España no se decidían fácilmente, fueron prontamente llevadas a un tribunal extranjero y espiritual. La confusión de los tiempos autorizaba semejantes recursos. El papa Martino V había muerto en Roma y el cardenal Gabriel de Condolmerio había sido exaltado al solio pontificio con el nombre de Eugenio IV. A este Papa se dirigió don Juan I de Portugal, pidiendo la investidura de las Canarias y sus conquistas a favor del infante don Enrique, su hijo. Esparcióse por la Europa el rumor de que había impetrado esta gracia y, para impedir el desaire hecho a su corona, despachó el rey de Castilla a Roma, con el carácter de su embajador extraordinario, al doctor Luis Álvarez de Paz, señor de la casa, estado y corrales de Andrés de Paz, en Salamanca. [...]

Lo cierto es que, pasado algún tiempo, en el concilio general de Basilea, se vio precisado el citado embajador de Castilla y en especial su compañero don Alonso García de Santa María, alias de Cartagena (hijo del célebre obispo Pablo Burgense y entonces deán de Santiago y de Segovia) a escribir un comentario sobre el derecho que tenían los reyes de Castilla en las islas Canarias, como sucesores del restaurador don Pelayo. Este ministro, pues, que con su tratado *De las sesiones* desvaneció en el mismo concilio las pretensiones de los embajadores de Inglaterra, cuando solicitaban preceder a los de Castilla, des-

vaneció también por entonces las esperanzas del infante de Portugal. [...]

20. OBTIENE LAS CANARIAS DON ENRIQUE DE GUZMÁN, CONDE DE NIEBLA

Era el destino de las Canarias que por último entrase a dominarlas la casa de los Guzmanes-Buenos, y el señor conde de Niebla tuvo la satisfacción de reunir en su persona muchos derechos. Hallábase, con el favor del rey don Juan el II, con la escritura de venta de Maciot y con la del señor Fernán Pérez; por esta razón entró a ser el quinto rey titular de las Islas Canarias, época que no pueden ellas olvidar, especialmente habiendo dado a favor de sus moradores un privilegio de franqueza, expedido en su villa de Almonte, a ocho de junio de 1422.

21. EL CONDE DE NIEBLA LAS CEDE A GUILLÉN DE LAS CASAS [...]

El conde las vendió en 1430, por precio de cinco mil doblas moriscas, a Guillén de las Casas, de cuyo mérito personal ya dimos noticia, enajenación que don Juan el II no sólo aprobó, sino que también, estando en la villa de Ocaña, expidió a 23 de junio de 1433 una real cédula, a instancias y en favor del mismo Guillén, confirmatoria de la que había dado a su padre en Ávila a 29 de agosto de 1420.

Por esta cédula primordial, se había hecho merced a Alfonso de Casaus, llamado vulgarmente Alfón de las Casas, de la conquista de Canaria, Tenerife y La Palma, en obsequio de la santa fe y de la corona. Hacíasele donación solemne de aquellas islas para él y sus sucesores, con el señorío civil y criminal, justicia alta y baja, mero y mixto imperio, poniéndole por única condición que,

después de sometida la provincia, correría en ella la moneda de España y que serviría a la corona con cuatro galeas gruesas, siempre prontas en sus puertos al primer aviso, cuyo coste sería por cuenta del real erario cuando estuviesen en ejercicio.

De este modo, Guillén de las Casas, que había casado con doña Inés de Bracamonte, sobrina de Béthencourt el Grande, se halló condecorado con la dignidad de sexto rey de las Canarias, las que visitó por sí mismo, dando el gobierno de Fuerteventura y Lanzarote a Antonio Luzzardo de Franchy, caballero genovés, y el de Hierro y Gomera a Jofre Tenorio, sevillano. El nuevo rey siguió en todo las huellas de su hermano el obispo don Alberto, y sus vasallos, que veían renacer aquel mismo espíritu, despertaron con la mayor ternura las apacibles memorias del buen prelado. La prueba de que éste fue un tiempo tranquilo es que duró muy poco. Guillén de las Casas se retiró a Sevilla, donde murió al cabo de un año, dejando dos hijos, don Guillén y doña Inés. Está sepultado en la capilla principal de la iglesia mayor de aquella ciudad.

22. FERNÁN PERAZA, SÉPTIMO SEÑOR DE LAS ISLAS

En consecuencia de esta muerte, pasaron las Islas Afortunadas al dominio de un séptimo rey que, aunque las había solicitado durante muchos años con bastante derecho, se las dio por último el ser yerno de Guillén de las Casas. [...]

Fernán Peraza se dejó ver en Lanzarote (entonces capital de las islas) trayendo consigo a Guillén Peraza de las Casas, joven adornado de brío, valor y gentileza. [...]

Hallábase a la sazón el nuevo rey con tres fragatas de guerra, doscientos ballesteros españoles y trescientos canarios armados al uso del país, y deseando hacer una ex-

pedición a alguna de las tres islas gentiles, prefirió para teatro de la guerra la de La Palma, por considerarla defendida de menos gente o dotada de menos pericia militar.

23. INVADE GUILLÉN PERAZA LA ISLA DE LA PALMA, EN DONDE MUERE

Confirió el mando de estas tropas a su hijo Guillén y poco después vio salir de la bahía de La Gomera su gallarda escuadra. Luego que ésta surgió en La Palma hacia el distrito de Tihuya, donde reinaba el príncipe Echedey, se conmovió la tierra y corrieron los bárbaros como furiosos a la defensa de su patria, de que eran amantísimos. [...]

Guillén Peraza, consultando más con su ardor que con la prudencia, dio orden para que, avanzando sus tropas tierra adentro, atacasen por todas partes al enemigo hasta desalojarle. Los palmeses los recibieron con tanta firmeza como algazara y al momento se hallaron los invasores oprimidos bajo el peso de las monstruosas piedras que precipitaban de las alturas inmediatas o que disparaban con las manos. La agilidad y prontitud con que estos bárbaros trepaban por los riscos más escarpados y con que se desaparecían y volvían a caer de repente sobre los cristianos era espectáculo asombroso. Ya los europeos, que se veían desordenados, tomaban el partido de la fuga, retirándose a la ribera, cuando, queriendo el joven Peraza rehacer una parte de los fugitivos y detener el choque de los palmeses con su espada, vino perdida por el aire una piedra fatal que, hiriéndole en la cabeza, le dejó muerto.

24. ELOGIO DEL JOVEN PERAZA

Jamás hubo infortunio más lastimoso. La retirada a los navíos se hizo entonces general y muchos españoles perdieron la vida al lado de Hernán Martel por embarcar el cadáver del malogrado jefe. Así regresó la escuadra, cargada de luto, a La Gomera, donde dieron sepultura al hermoso guerrero y en sus exequias entonaron los pueblos las endechas siguientes, cuyas cláusulas nobles, patéticas y sencillas nos conservó el padre Abréu Galindo en su historia:

*¡Llorad, las damas,
Así Dios os vala!
Guillén Peraza
Quedó en La Palma.
La flor marchita
De la su cara.*

*No eres palma,
Eres retama,
Eres ciprés
De triste rama;
Eres desdicha,
Desdicha mala.*

*Tus campos rompan
Tristes volcanes,
No vean placeres
Sino pesares;
Cubran tus flores
Los arenales.*

*¡Guillén Peraza!
¡Guillén Peraza!
¿Dó está tu escudo?
¿Dó está tu lanza?
Todo lo acaba
La mala andanza.*

LIBRO VI

1. HEREDAN EL ESTADO DE CANARIAS DOÑA INÉS PERAZA Y DIEGO DE HERRERA

Por muerte de los señores Peraza, padre e hijo, adquirió un nuevo lustre la noble juventud de doña Inés. Su mismo nombre se alteró, pues habiéndose llamado hasta entonces doña Inés de las Casas, como su madre, tomó, luego que se halló heredera del estado de las Islas Canarias, el apellido masculino de Peraza, que tanto respetaron sus vasallos mientras vivió con ellos.

Era el destino de esta provincia que la ilustre casa de Guzmán tuviese algún influjo en todos aquellos sucesos que habían de hacer época en su historia; así, aunque don Juan, primer duque de Medinasidonia, hijo del conde de Niebla don Enrique, no era ya dueño de las Canarias, a lo menos tenía a su cuidado la heredera, a tiempo que muchos caballeros principales de Sevilla solicitaban con empeño su mano. La elección del duque podía hacer feliz con esta alianza al que se mostrase más digno de ella; y Diego García de Herrera, mozo de veintiséis años, veinticuatro de Sevilla, noble, valeroso y pariente de la señora fue el digno y el feliz.

Estas bodas parece que se celebran en 1445 y que el siguiente año se unieron ambos consortes en el designio de venir a las islas, para lo cual hicieron algunas prevenciones, con beneplácito del señor don Juan el II, aprestando en Sanlúcar tres bajeles en que emprendieron su viaje, acompañados de muchos sujetos de calidad que

pensaban establecerse en la nueva región atlántica. Pero nada ha hecho tan famosa esta navegación como el haber sido del número de los pasajeros siete religiosos franciscanos, hijos del convento del Abrojo, en la provincia de Castilla, primera colonia de aquel numeroso instituto que después se ha multiplicado prodigiosamente en las Canarias.

2. PACIFICAN LA REBELIÓN DE FUERTEVENTURA

La flotilla aportó a Fuerteventura, a tiempo que una sublevación casi general (sobrevvenida en el interregno después de la traslación de dominio que hizo Maciot de Béthencourt) había enajenado los ánimos de aquellos naturales para con los sucesores de Guillén de las Casas, de modo que parecía preciso, para gobernarla, conquistarla de nuevo. La libertad de los hombres que llamamos bárbaros tiene algunos momentos de convulsión, en que se suele desmandar contra sus primeros opresores, bien que siempre para su propio daño. No sabemos cómo se había dispuesto aquella revolución ni si los apoderados del infante don Enrique de Portugal, que tenían partido en Lanzarote, influyeron en ella; sólo aseguraremos que esta rebeldía no sirvió sino para señalar los principios del gobierno de los nuevos régulos y acreditar la conducta de Diego García de Herrera, pues consiguió apaciguar a los mayoreros sólo con su presencia y los redujo a la obediencia antigua, sin que una acción tan feliz le costase más que hacer un voto.

Porque, habiéndose concluido esta pacificación el 14 de julio, día en que celebra la Iglesia a San Buenaventura y unídose dicha circunstancia a la de intitularse Fuerteventura la isla, se presentó naturalmente a aquel señor el pensamiento de ponerla bajo el patrocinio de aquel mismo santo, prometiendo edificar un convento en honor suyo. No es improbable que los religiosos que

le habían acompañado en la expedición no se olvidarían de ponderar la obligación y el mérito de dicho voto. [...]

4. SAN DIEGO DE ALCALÁ Y FRAY JUAN DE SANTORCAZ EN FUERTEVENTURA

Era el santo fray Diego, llamado de Alcalá, natural de San Nicolás del Puerto en el arzobispado de Sevilla y había tomado el hábito de religioso lego de la menor observancia en el convento de Arruzafa, cerca de Córdoba, desde donde le destinaron sus superiores para guardián de la nueva fundación de Fuerteventura. Todo anunciaba humildad en la cuna del establecimiento de esta célebre orden en las Canarias. Se asegura que los vientos fueron muy contrarios a la navegación del santo desde España a las islas y que aportó por último a la de Fuerteventura, acompañado del P. fray Juan de Santorcaz, sacerdote, gran teólogo, buen predicador e hijo de San Francisco del Monte, cinco leguas de Córdoba.

Apenas desembarcaron, se echó a cuestras San Diego una pesada cruz que traía consigo y caminó con ella hasta llegar a la puerta de la iglesia de su convento, donde la colocó. [...]

Habiendo tomado de este modo el santo guardián la posesión de su prelacia, sin que los sacerdotes manifestasen repugnancia en someterse a un fraile lego, empezó a ser el bienhechor de la comunidad y del vecindario. El coro, que pudiera no parecer de su inspección, las rejas y un dormitorio entero, son piezas todavía venerables de aquella casa por haber sido obras de su desvelo.

Pero tres cosas se respetan sobremanera: una palma, una cueva y un pozo que mandó abrir el santo, del cual se refieren muchos prodigios y curaciones en los enfermos que beben de sus aguas. [...]

Igualmente ha sido tradición que la pequeña gruta que está cerca de la clausura del convento donde hay una ca-

pilla era uno de los parajes adonde se retiraba el contemplativo guardián para hacer oración, hasta arrebatarse en éxtasis y ponerse tan luminoso, que solía acudir el vecindario, aprehendiendo que se había incendiado la casa; y ésta es la razón por que el polvo de la referida cueva ha sido mirado siempre como bendito, sacándole los labradores para fertilizar sus campos. [...]

En tiempo que San Diego y su compañero fray Juan de Santorcaz se ocupaban con tanta gloria en la conversión de los majoreros, se dice aconteció aquella extraña maravilla, referida en la *Historia sucinta de la aparición de la Santa Imagen de la Peña de Fuerteventura*, cuyas circunstancias son otros tantos prodigios, que dejan la razón atónita. ¿Pero las pruebas? El creerlos sin ellas ha sido otro prodigio mayor. [...]

9. DOÑA INÉS PERAZA, PACÍFICA POSEEDORA DE LAS ISLAS MENORES

No disfrutaban entonces toda la opulencia y autoridad que podían doña Inés Peraza y Diego de Herrera en las islas que componían sus nuevos estados, porque los de Lanzarote estaban secuestrados en Juan Íñiguez de Atabe, de orden de la corte de Castilla, y los portugueses habían hallado modo de apoderarse de una parte de los de La Gomera; pero no pasó mucho tiempo sin que se les reintegrase en la posesión de ambas islas, porque, habiendo pronunciado sentencia a su favor el licenciado Pedro González de Caraveo, oidor de la audiencia de Sevilla, alcalde de corte y juez por especial comisión para examinar los derechos de doña Inés, mandó el rey don Enrique IV, por su real cédula de 1454, que se la dejase libre y desembarazada la dicha isla. [...]

Desengañado y convencido el rey de Portugal de lo preciso que era apartar semejante manzana de discordia, acordó expedir prontamente su carta-orden, dirigida a los apoderados del infante don Enrique, para que evacuasen

la parte de La Gomera que poseían y no se entrometiesen jamás en la de Lanzarote. [...]

12. DIEGO DE HERRERA HACE LA CEREMONIA DE TOMAR POSESIÓN DE LA ISLA DE CANARIA

No sabía Diego de Herrera que estas reales bodas se habían de dirigir a privarle de una de las mejores prerrogativas de su dominio sobre las islas, cuando él mismo se preparaba para ejecutar una invasión en la Gran Canaria; pero tampoco creían los reyes bárbaros que las intenciones de Herrera se encaminarían al proyecto de despojarlos de su país por todos los medios posibles. En efecto, habiéndose asociado este caballero con el obispo don Diego López de Illescas, el bachiller Antón López, su provisor, Alonso de Cabrera, gobernador de las islas, y otras personas de carácter, salió de Lanzarote en una armadilla regia y pontificia que surgió con felicidad en el puerto de Las Isletas. Los canarios, cuya vigilancia jamás se desmentía ni se dejaba sorprender, tocaron inmediatamente a rebato por toda la tierra y corrieron en varias cuadrillas para cortar la marcha a los europeos. Pero, habiéndoseles dado a entender que los españoles, ajenos por entonces de entrar a cometer la menor hostilidad, sólo venían con ánimo de entablar una paz perpetua y fijar un comercio reglado entre las dos naciones, empezaron aquellos espíritus, más altaneros que políticos, a sosegar, tratando y regalando generosamente a sus enemigos.

A tanto grado. llegaron estas pruebas de sinceridad, que aun los mismos reyes o guanartemes de Telde y Gáldar acudieron a obsequiar a Herrera y al obispo, quienes, imaginando que ésta era una favorable coyuntura de lisonjear su propia vanidad, determinaron tomar aquel acto de pura cortesanía por un testimonio auténtico de sumisión. En consecuencia de esta idea practicaron las for-

malidades de aprehender posesión solemne del país (en 12 de agosto de 1461) y mandaron a Fernando de Párraga, escribano público, que lo certificase así en forma y manera que hiciese fe a toda la Europa. Dado este inútil paso, retornaron muy ufanos a Lanzarote, quedándose toda la posesión de la isla de Canaria en los certificados del escribano y en la fantasía de los europeos. [...]

14. TRATADOS DE PAZ CON LOS REYES DE TENERIFE

Tantas experiencias de la resolución y constancia que formaban el carácter de aquellos bárbaros no eran bastantes todavía para cansar el importuno espíritu de conquista; así vemos que dos años después, esto es, en 1464, volvieron a la carga los dos Diegos y se presentaron sobre Canaria con tres embarcaciones y quinientos hombres de armas; pero, como reconociesen que el país se había conmovido más que nunca, al instante mudaron de proyecto y se propusieron descargar el golpe contra la isla de Tenerife.

Habiendo surgido por el puerto de Añaza (que es ahora el de Santa Cruz), desembarcaron hasta cuatrocientas personas, sin que nadie les inquietase; pero, como los atalayeros de la isla no se habían descuidado en dar aviso de aquella novedad a sus respectivos menceyes, se hallaron inmediatamente los nuestros cortados en su marcha y casi encerrados en medio de diferentes partidas de guanches resueltos a atacarlos. Núñez de la Peña afirma que este trozo de isleños ascendería a unos veinte mil hombres, pero Cadamosto, que sabía más y exageraba menos, dice que en aquel tiempo sólo había en Tenerife de 14 a 15.000 almas. Lo cierto es que el señor Herrera vio bastante gente para temer, y que hubiera tocado prontamente la retirada, a no haberle sugerido su pundonor el mismo arbitrio con que creyó había salido bien tres años antes en Canaria.

Porque, como tuviese noticia de que los nueve menceyes estaban juntos a pocas millas de su campo, no perdió tiempo en despacharles a Mateo Alfonso y a Lanza-rote, dos intérpretes de la lengua, quienes, obtenida audiencia de los bárbaros, les dijeron, con palabras capciosas, que el muy magnífico señor Diego García de Herrera, rey de las islas y vasallo del gran monarca de Castilla don Enrique IV, no había venido a acometerles como a enemigos ni menos a usurparles sus posesiones, antes bien a entablar con ellos una paz sólida, a fuer de buen vecino, y a rogarles quisiesen reconocer, como él, al rey de Castilla por soberano. Los menceyes, para satisfacer al mensaje, tuvieron el que ellos llamaban tagóror o consejo, y como no hallaban en lo que les proponía ninguna cosa que pareciese contraria al derecho de las gentes ni a su independencia natural, convinieron en ello, respondiendo que estaban muy conformes en ser amigos de Diego de Herrera, del rey de Castilla y de todos los reyes del mundo.

Publicada esta convención, se acercaron los europeos a los guanches con demostraciones de alegría y, habiendo abrazado Herrera a los menceyes y tomado éstos la bendición al obispo, marcharon todos unidos desde Santa Cruz a La Laguna, en cuyo tránsito siempre tuvo cuidado el conquistador de ir cortando algunos ramos de los árboles, pisando la tierra y levantando o mudando piedras del camino, ceremonias que, con razón, provocaban la risa de los guanches y que miraban los españoles como el acto más serio de posesión de aquella tierra. Por tanto, no dudaron que Fernando de Párraga debía dar fe y testimonio de todo, como lo ejecutó en cierto pergamino, cuyas raras cláusulas merecen ser leídas con reflexión en el libro de nuestro Peña. [...]

17. DIEGO DE SILVA INVADE A CANARIA ENVIADO POR EL INFANTE DE PORTU- GAL

Habíanse aumentado éstas con un nuevo incidente que, a la verdad, tardaba. El infante don Fernando de Portugal, en quien se había refundido la merced que de la conquista de las tres islas mayores había hecho en años pasados su cuñado el rey de Castilla a los condes de Atouguía y de Villa Real, aprestó en éste de 1466 un armamento de carabelas con algunas tropas de desembarco, destinadas a obrar contra la Gran Canaria bajo las órdenes de Diego de Silva. Es constante que esta expedición fue tan desgraciada como las antecedentes intentadas por aquella corona y que, habiendo perdido una batalla, se retiraron los portugueses a Lanzarote.

18. ATIENDEN AL DERECHO DE HERRERA LAS CORTES DE PORTUGAL Y CASTILLA

Parecía que Diego de Herrera y doña Inés Peraza debían mirar a Silva casi con los mismos ojos que los canarios, supuesto que venía en servicio de un príncipe que intentaba usurparles las mejores piezas de su imperio; sin embargo, tuvieron la política de recibirle con grandes demostraciones de urbanidad, porque comprendían que era necesario representar amigablemente en la corte de Lisboa sus derechos. El mismo Diego de Herrera pasó en persona a Portugal, como quieren unos, o envió a Hernán Peraza, su hijo segundo, como aseguran otros. Lo cierto es que se puso este delicado negocio en tela de juicio y que el consejo de aquella nación sentenció a favor de la casa de Herrera de 1469, mandando suspender un nuevo armamento que el infante don Fernando tenía pronto.

Diego de Herrera había llevado al mismo tiempo sus quejas al pie del trono del rey de Castilla, su soberano,

manifestando el agravio notorio que se había hecho a su mujer en la donación de la conquista de Canaria, Palma y Tenerife a favor de los vasallos de Portugal, lo que resultaba no sólo en su propio perjuicio, sino también en fraude de los derechos de la corona real de Castilla. Presentó en el consejo las cartas, títulos, mercedes y escrituras de los monarcas predecesores, autorizadas y selladas por el obispo don Diego López de Illescas, alegó, con un poco de hipérbole, que había ganado la isla de la Gran Canaria y la de Tenerife, después de haber traído las demás a la obediencia de la iglesia católica. El rey pidió informe sobre ello a don Alonso de Fonseca, arzobispo de Sevilla, quien le dio en obsequio de la verdad y del decoro de la nación. Por tanto expidió su real cédula en Plasencia, a 6 de abril de 1468. [...]

20. TRATADOS DE PAZ CON LOS CANARIOS. CONSTRUCCIÓN DEL FUERTE DE GANDO

Parecía que la que llaman fortuna se complacía en jugar con el corazón de Diego de Herrera y que, cuanto más se le imposibilitaba la conquista de la Gran Canaria, tanto más se encendía en la ambición de someterla. Esta inquietud le hizo volver al dictamen de no usar de la fuerza abierta con aquellos isleños, sino solamente de la complacencia y la amistad. Con este designio navegó a Gando, acompañado del obispo y de cuantas personas creyó necesarias para efectuar su intento, y como los teldeses reconocieron que venían de paz, cargados de muchos regalos para los guanartemes, los recibieron bien y dieron aviso a sus cortes.

No pasó mucho tiempo sin que acudiesen a Gando los dos guanartemes y sus hermanos Chavender y Guanariragua (faicanes o sumos sacerdotes), donde se ajustaron unos tratados de paz y de comercio. El obispo les propuso que ante todas cosas era necesario que los cristianos edificasen un oratorio o casa fuerte, a fin de

que se pudiesen alojar y asegurar en ella cuando viniesen a la isla. Los príncipes canarios convinieron en este artículo, pero añadieron la condición de que se les diese en rehenes treinta cristianos de menos de doce años de edad. Herrera pidió que se hiciese cambio de prisioneros y le fue concedido. Pidió exclusivamente para sí toda la orchilla que en la isla se recogiese, y los guanartemes le advirtieron que había de pagar a los cogedores.

Tales fueron los principales artículos de la Paz de Gando, a que se siguió la entrega de los rehenes (que eran treinta rapaces, hijos de los naturales de las otras islas conquistadas) y se emprendió la fábrica, o lo que es más cierto, la reparación de la torre sobre un cerro cercano al mar, con ayuda de los mismos canarios, que conducían los materiales, al parecer con gusto. Cuando Herrera quiso restituirse a Lanzarote con el obispo, dejó el fuerte llamado oratorio provisto de municiones y de una guarnición al mando de Pedro Chemida, sujeto muy conocido en Canaria por su actividad, y aun se añade que también le dio órdenes secretas para que, sin ligarse con demasiado escrúpulo a los pactos, no malograra cualquiera ocasión oportuna de debilitar las fuerzas del país, ya formando algún partido a favor de los europeos, o ya sembrando entre los isleños la discordia.

21. MODO QUE TUVIERON LOS CANARIOS DE ECHAR A LOS CRISTIANOS DE LA ISLA

Pedro Chemida desempeñó aquellas instrucciones maquiavélicas con diligente exactitud, sin que pasase día en que la guarnición de Gando no hiciese alguna vejación a los canarios circunvecinos. Eran las correrías y depredaciones intolerables, pero nada sintieron tanto como el rapto de algunas mujeres de la primera calidad; y, aunque se quejaron al comandante de tan notorias infracciones, viendo que era sin fruto, determinaron hacer jus-

ticia a sí propios y vindicarse de la opresión. A este propósito, habiéndose confederado cierta cuadrilla de canarios, cayeron repentinamente sobre cinco españoles que habían salido a forrajear y les quitaron cruelmente la vida. No paró en esto la venganza, porque, sabiendo que había salido de Gando un cuerpo de treinta y cinco hombres a infestar el país, acordaron los bárbaros alejar el ganado todo lo posible y armarles una emboscada para sorprenderlos y cortarles la retirada al fuerte. Este lance se consiguió a su satisfacción. Los canarios cerraron con los europeos y no dejaron uno vivo. El guaire Maninidra, capataz de la empresa, dispuso que los suyos se vistiesen y armasen con los despojos de los cadáveres y que, marchando a la media noche hacia Gando, condujesen un hato de ganado por delante y llevarsen en su seguimiento otros isleños con sus regulares tamarcos.

Cuando Pedro Chemida y los que habían quedado con él en la torre divisaron lo que creían canarios y europeos, imaginándose que venían retirándose con su botín, no dudaron abrir prontamente la puerta para recibirlos y ponerlos al abrigo de los bárbaros; pero véase aquí que cogiéndolos éstos en medio, auxiliados de los que se habían ocultado bajo la arena, los aprisionaron y pusieron fuego a la fortaleza, demoliéndola después hasta los cimientos. Una barca que estaba pescando sobre aquellas costas llevó esta triste noticia a Diego de Herrera y su mujer, a quienes acompañó en el dolor de tan considerable desastre el señor don Diego López de Illescas que, lleno de años, de trabajos y de deseos, murió pocos días después y fue sepultado en la iglesia catedral de Rubicón. [...]

26. TRANSLACIÓN DE LAS TRES ISLAS MAYORES A LA CORONA REAL. TÍTULO DE CONDES DE LA GOMERA A DIEGO DE HERRERA Y DOÑA INÉS PERAZA

Pero doña Inés Peraza y su marido, creyendo que su presencia sería muy necesaria en esta crisis de fortuna, o quizá llamados de los mismos reyes, se embarcaron prontamente a la corte, en donde se presentaron con lucimiento y manifestaron a todo el mundo su inconcuso derecho a las islas de Canaria, con piezas justificativas y dictamen de los varones más inteligentes del reino. [...]

Estos trabajos, estos costes y pérdidas, unidas a los esfuerzos y efusión de sangre de parientes y amigos, en el transcurso de 30 años que hacían la guerra a los naturales de las islas, convencían aun a los más desafectos de Diego de Herrera y su mujer; pero estos mismos 30 años de conquistas sin ganar verdaderamente un palmo de terreno, hablaban demasiado claro para no hacer que aquellos monarcas, preocupados del brillo de las nuevas adquisiciones, les declarasen "que pues no se hallaban con caudales ni fuerzas suficientes para reducir las islas de Canaria, Palma y Tenerife, era su real ánimo ponerlas bajo su protección y adelantar la empresa a costa del erario de la corona de Castilla. Que para indemnización del derecho y gastos impendidos, se les daría desde luego cinco cuentos de maravedís en contado, el título de condes de La Gomera y el dominio útil de las de Lanzarote, Fuerteventura y Hierro, con las despobladas. Y que el dicho Herrera y doña Inés renunciarían todos sus derechos y pretensiones a las tres islas grandes". [...]

28. ENTRADAS DE HERRERA EN BERBERÍA Y CONSTRUCCIÓN DEL CASTILLO DE MAR PEQUEÑA

Apenas se concluyeron estas fiestas, se vieron en aquella isla nuevos aprestos y movimientos de guerra para una expedición ultramarina. Semejante empresa no podía dirigirse a la verdad contra la Gran Canaria ni contra alguna de las islas gentiles, supuesto que los señores Reyes Católicos habían tomado estas conquistas por sí, poniendo entre sus títulos el de "reyes de las islas de Canaria": pero el espíritu intrépido de Herrera, que era el de los españoles de su siglo, acalorado del valor de Saavedra, su yerno, se había enderezado enteramente hacia las costas de África fronterizas a Lanzarote, donde él y sus hijos habían ejecutado diferentes incursiones, cautivando considerables partidas de moros salvajes y pillando muchos caballos, camellos, vacas y ganado menor. [...]

Este castillo de Mar Pequeña, estas invasiones, correrías y entradas en las estériles costas de África, fronterizas a nuestras islas, desde el tiempo de los señores de Béthencourt, dieron motivo a que aquellos arenales fuesen reputados como un agregado de la conquista de las Canarias y un título inconcuso del derecho de la corona de Castilla a esta parte de la tierra. Así vemos que los adelantados de las islas fueron también capitanes generales de las costas de África, desde el cabo de Guer hasta el de Bojador, y que los corregidores de Canaria cobran un sueldo de 50.000 maravedís en calidad de alcaides del castillo de Mar Pequeña. [...]

LIBRO VII

13. PESQUISAS DE ESTEBAN DE CABITOS [...]

Habiéndose concluido esta memorable información (en 1477), el pesquisidor Esteban Pérez de Cabitos y su escribano Diego Fernández de Olivares enviaron copia signada y sellada a los señores Reyes Católicos, quienes para mejor deliberar sobre un objeto de tanta consecuencia, cual era el señorío de las Afortunadas, quisieron tomar dictamen de los varones más inteligentes del reino. [...] Expusimos la resolución que se tomó de unir a la corona de Castilla las tres grandes islas de Canaria, Tenerife y La Palma, para adelantar las conquistas por cuenta del erario. Dijimos, en fin, que para indemnizar a Diego de Herrera y a doña Inés Peraza, su mujer, de los derechos y gastos hechos, se les dio desde luego cinco cuentos de maravedís y el título de condes de La Gomera. Esta cesión y ajuste se celebró en Sevilla por ante don Bartolomé Sánchez de Porras, a 15 de octubre de 1477.

14. RESUELVEN LOS REYES CATÓLICOS LA CONQUISTA DE LA GRAN CANARIA

Deseando los Reyes Católicos, según la expresión de Nebrija, hacer de nuestras islas como un barrio o provincia suburbana de España; tomadas así las medidas, expidieron su orden, en la que ya se intitulaban reyes de ellas, dirigida a don Diego de Merlo, asistente de Sevi-

lla, y a Alonso de Palencia, cronista de sus altezas. Encargábaseles por ella aprestasen con la mayor actividad todo lo necesario para una jornada de guerra a las Canarias. Los comisarios desempeñaron estas órdenes tan a satisfacción de la corte, que en breve tiempo se hicieron las provisiones de pan, vino, hierro, lienzo, paño, armas y demás cosas, y se reclutaron en Sevilla, Niebla, Jerez y Cádiz seiscientos soldados de infantería y treinta caballos, sin otros muchos aventureros aguerridos y nobles voluntarios, atraídos de los repartimientos que se prometían en las nuevas tierras atlánticas.

Hallábase a la sazón en España solicitando con ardor esta empresa don Juan Bermúdez, deán de Rubicón, y como este eclesiástico, con motivo de haber acompañado al ilustrísimo Illescas en sus pasadas irrupciones, había adquirido bastante conocimiento de los negocios de Canaria, le asociaron los ministros al general del armamento Juan Rejón y a Alonso Jáimez de Sotomayor, criado de la casa real y alférez mayor de la conquista.

Pero para poner los estados de doña Inés Peraza al abrigo de toda vejación de parte de la armada, tuvo a bien la reina expedir una cédula a 12 de mayo de 1478, dirigida al obispo de Rubicón, al deán Bermúdez y a Juan Rejón, capitán general de la conquista, y a los demás oficiales y gentes de armas que venían a la Gran Canaria, encargándoles en ella que por ningún pretexto perturbasen a Diego de Herrera en la posesión de las cuatro islas del señorío de su mujer ni molestasen a sus vasallos, damnificándoles en sus personas, ganados, orchillas u otros bienes. Así esta carta de seguridad, poniendo a Herrera con toda su familia, vasallos, bienes y posesiones bajo la salvaguardia, amparo y protección real, sujetaba los contraventores a gravísimas penas.

Igual protección fue concedida en 26 del mismo mes y año a Hernán Peraza, hijo de estos señores, por lo respectivo al condado de La Gomera, que administraba. Se mandó a los jefes de la conquista procurasen no sólo que los vecinos de aquella isla no se sustrajesen del dominio

y obediencia que le debían como vasallos, sino que le acudiesen con las rentas y contribuciones a que eran obligados. Esto prueba que los gomeros no podían acostumbrarse al yugo. [...]

15. ENTRADA EN LA GRAN CANARIA Y FORMACIÓN DEL REAL DE LAS PALMAS

Libradas las referidas órdenes, se hicieron a la vela desde el Puerto de Santa María, el 28 de mayo de 1478, tres navíos bien pertrechados de municiones de guerra y boca, y surgieron en el de las Isletas de Canaria, a 24 de junio por la mañana. Aunque esta navegación fue de un mes, asegura Abreu Galindo que se hizo con próspero viento. Y habiendo desembarcado la tropa en aquel arenal, sin que hubiese quien la inquietase, fue la primera obra en que se ocupó la de cortar algunos ramos de palmas, con los cuales se formó una gran tienda, a cuya sombra erigieron un altar. Como era día de San Juan Bautista, celebró la misa el deán Bermúdez, y todos los soldados la oyeron devotamente, pidiendo a Dios con las armas en la mano les favoreciese en el exterminio de aquella pobre nación que iban a invadir. Después hizo marchar su gente el general Rejón hacia el territorio de Gando, con la mira de reedificar la torre que habían construido los Herrera y fortificarse en sus contornos; mas habiendo llegado al barranco o río de Guiniguada, donde está la ciudad de Las Palmas, se presentó repentinamente al ejército una mujer anciana, vestida al uso del país, la que en buen castellano dijo a los nuestros que adónde iban; que el territorio de Gando quedaba todavía lejos y el camino era fragoso; que, hallándose con avisos del desembarco, el guanarteme de Telde andaba acaudillando sus súbditos, y que aquel sitio de Guiniguada era un lugar más fuerte, inmediato al mar, bien provisto de agua y de leña, cubierto de palmas, álamos, dragos e higuerales y el más propio

para trazar un campo, desde donde se podría recorrer toda la isla.

Como estas advertencias eran tales, que el general español no debía haber esperado a que una mujer canaria se las hiciese, al instante la tomaron por guía y fijaron el campo en el paraje que ella les señalaba. Pero apenas habían hecho alto las tropas y empezaban a levantar sus tiendas, se desapareció la canaria incógnita con admiración universal. Juan Rejón, que sin ser escrupuloso era devoto de Santa Ana, se persuadió o quiso persuadir a los otros que la madre de María Santísima, bajo la figura de aquella buena mujer, había descendido del cielo a dirigirle en el primer paso de su campaña; por tanto, dio orden para que se edificase allí una iglesia con la advocación de Santa Ana, cuyo patronato se ha conservado siempre.

La noticia de esta piadosa creencia (que también pudo ser estratagema política de Rejón, para animar sus tropas) es de fray Juan Abréu Galindo; pero los demás escritores o la omiten o la reducen a circunstancias más regulares. Éstos sólo dicen que habiendo sorprendido las espías españolas a cierto isleño anciano que pescaba en la ribera del mar, les dio aquel saludable consejo, sin añadir que el anciano se desapareciese ni que le tuviesen por ningún santo los cristianos que le cogieron.

Como quiera que fuese, no hay duda que se formó el campo español en las márgenes del Guiniguada, a una legua corta del puerto; que lo fortificaron con una gran muralla de piedras y troncos de palma; que se construyó un torreón y un largo almacén para las provisiones; que se intituló desde luego el "Real de Las Palmas", a causa de la gran copia que había de ellas, todas frondosas y eminentes, y que se edificó la pequeña iglesia de Santa Ana, ermita ahora de San Antonio Abad.

16. BATALLA DE GUINIGUADA

Estaba empleada la tropa en este trabajo, que en pocos días se había adelantado mucho, cuando se recibió aviso, el 28 de junio, de que los canarios marchaban con toda diligencia en dos divisiones. En efecto, desde que el guanarteme de Gáldar tuvo noticia de la nueva invasión que acababan de hacer en la isla los antiguos enemigos de su reposo y que se estaban fortificando con más resolución que nunca, creyendo era interés común de la patria unirse con Doramas, el usurpador de los estados de Telde anteponiendo la utilidad común de la patria a los particulares resentimientos que conservaba en su corazón, dispuso que los doce guaires de ambas cortes celebrasen un sábor o consejo de guerra, de que resultó juntarse prontamente más de dos mil hombres, entre ellos quinientos con lanzas, espadas y rodela fruto de las pasadas batallas con las naciones de la Europa. Doramas tomó el mando de un cuerpo y confió otro a Adargoma, guaire de Gáldar y canario de mucha cuenta.

Viendo Juan Rejón que se acercaba el enemigo con designios de atacarle en su campo, al tiempo crítico que se empezaba a fortificar, pensó en entretenerle, despachando un mensajero a Doramas para asegurarle que aquellos valerosos españoles habían venido hasta allí, no sin graves incomodidades, enviados de los muy poderosos reyes de Aragón y Castilla don Fernando y doña Isabel, sus amos, solamente para tomar la isla de Canaria bajo su augusta protección y exhortarles a que abrazasen la religión cristiana. Que, si aceptaban estas pruebas de una verdadera amistad, quedarían en pacífica posesión de sus tierras, mujeres, hijos y ganados; pero que, si por desgracia las menospreciasen, debían estar seguros de que se les declararía una guerra implacable, hasta hacerlos morir o llevarlos todos cautivos.

Estas proposiciones, aún más altivas que capciosas, hallaron en la boca del guanarteme una respuesta no menos arrogante. Doramas respondió a Rejón como un general

espartano. —Decid a vuestro capitán que mañana le llevaremos la respuesta.

Todavía no había rayado el alba y ya los canarios se preparaban a forzar el campo español por la parte de la montaña de San Francisco. [...]

Pero como Rejón, por la respuesta que le habían dado los bárbaros, ya había colegido sus intenciones y había hecho doblar las centinelas, teniendo toda la noche la gente puesta sobre las armas, salió a recibirlos con su tropa. El célebre Alonso Fernández de Lugo, entonces capitán de la infantería, mandaba la derecha; Rodrigo de Solórzano, la izquierda, y el general Rejón, el cuerpo de batalla. El deán Bermúdez, que parecía no deber hallarse en otra parte que en su catedral de Lanzarote, era general de la caballería, y Alonso Jáimez de Sotomayor llevaba el estandarte real. El combate se hizo en breve general y tan sangriento, que la victoria se mantuvo más de tres horas indecisa.

Adargoma, a la cabeza de su cuadrilla ligera y acompañado del guaire Tazarte y del valeroso Maninidra, ejecutaba en la ala izquierda de los españoles tales prodigios de valor y descargaba a dos manos con su magote o montante de madera endurecida al fuego golpes tan terribles, que quizá la hubiera desbaratado enteramente, si, advirtiéndolo Juan Rejón, no hubiese metido espuelas a su caballo para ir pronto a socorrer a los suyos y no hubiese alcanzado a herir a Adargoma con la lanza en un muslo, en cuyo accidente cayó en el suelo y fue prisionero del alférez Sotomayor.

Esta desgracia del valiente Adargoma pedía en unos bárbaros venganza; así sólo sirvió para redoblar el coraje de los canarios de tal manera, que como toros agarrochados se entraban por los aceros de las lanzas para herir a los españoles. Sin embargo, viendo Doramas que perdía infructuosamente mucha gente de consideración y que los cristianos tenían la ventaja de pelear con las espaldas resguardadas de las murallas de su campamento, a que se añadía el terror que les infundían las pie-

zas de artillería y los caballos, determinó retirarse, hasta que proporcionase ocasión de atacarlos con mejor suerte.

Esta batalla de Guiniguada, por lo mismo que era la primera que habían ganado los europeos sobre los canarios, decidió el destino de la isla, debiéndose a esta victoria los ulteriores progresos de nuestras armas, porque desde entonces reconocieron aquellos bárbaros que no eran invencibles. En ella murieron 300 isleños y quedaron malheridos muchos más, no habiendo subido nuestra pérdida de siete muertos y 26 heridos. Debióse sin duda tan notable desigualdad a la gran diferencia de armas y disciplina. [...]

Había dado entera libertad a los cristianos la referida victoria, para concluir las fortificaciones en todo el recinto del campo; porque aunque el 20 de julio se acercó una partida de isleños a inquietarles, habiendo salido Juan Rejón con 50 hombres, por más que Maninidra hubiese muerto el caballo al general, fueron rotos y precisados a huir. Desde entonces empezaron los nuestros a acosar a aquellos naturales, ejecutando varias correrías por los territorios de Telde, Satautejo y Tamarazaité, robando los ganados y apasionando o dando muerte a los pastores. De manera que los canarios, para salvar sus crías, las retiraban a las cumbres y ellos mismos o se entraban la tierra adentro o se venían de dos en dos a ponerse en manos de sus enemigos, quienes les privaban de la patria después de bautizarlos con gran placer. [...]

18. DIFERENCIAS ENTRE EL GENERAL REJÓN Y EL DEÁN BERMÚDEZ

Pero si estas precauciones de los nuestros servían para sujetar las fuerzas del país, nada podían contra las violencias de la hambre, pues pasaron algunos meses sin recibir las provisiones que debían venir de Europa, a causa de que las embarcaciones portuguesas las interceptaban.

En este conflicto era el recurso regular hacer todas las semanas dos correrías, compuesta cada partida de 200 hombres hambrientos, protegidos de algunos de a caballo, quienes penetraban hasta dos o tres leguas en solicitud de palmitos y del ganado que iba escaseando por momentos. Es verdad que una embarcación sevillana, mandada por el patrón Manuel Fernández Trotín, que traficaba en estas islas, les suministró algunas porciones de bizcocho a cambio de la orchilla que recogían nuestros soldados; pero este alivio era muy corto y la necesidad demasiado urgente.

Como había durado la falta más de ocho meses y el aprieto se iba haciendo cada día mayor, se apoderó de toda la tropa el tedio y el disgusto, que vino a parar en quejas. Y siendo regular que los soldados en semejantes casos se adelanten a criticar inexorablemente la conducta y disposiciones de sus jefes, se puso a la cabeza de los malcontentos el mismo deán Bermúdez y formó un partido poderoso contra Juan Rejón. Ya había algún tiempo que este eclesiástico militar estaba de mala inteligencia con el general, haciéndose de su asociado en el gobierno un rival implacable. Bermúdez no recelaba atribuir la escasez y las enfermedades que se padecían actualmente a mala administración; y aun decía que la inacción en que había conservado las tropas después del combate en Guiniguada había dado lugar a que los bárbaros se hubiesen recobrado de la sorpresa.

Aunque Rejón disimulaba y aun despreciaba este espíritu de discordia del deán, sacrificando a la tranquilidad pública sus resentimientos personales, no pudo evitar que la desavenencia parase en verdadero rompimiento. Ya había observado algunas veces que hallándose los faccionarios de Bermúdez, sin querer socorrerle; y, con efecto, el deán escribió a la corte, que se hallaba en Sevilla, muchos capítulos de acusación contra el general. [...]

20. LLEGA PEDRO DEL ALGABA A APACIGUAR LAS DISENSIONES Y LAS AUMENTA [...]

Este gobernador era Pedro Fernández del Algaba, de la casa de los señores de este título, continuo de la de los Reyes Católicos y veinticuatro del ayuntamiento de Sevilla. Su venida fue a mediados del año de 1479 y muy aplaudida por el refuerzo de gente y refresco de provisiones que condujo. Así Juan Rejón no tuvo otro consuelo que el aparente honor de que el nuevo gobernador y el mismo deán le saliesen a recibir al puerto con otros oficiales.

Al día siguiente convocó Pedro del Algaba todas las personas de más carácter que había en el campo, para que concurriesen a la iglesia de Santa Ana, en cuya asamblea puso de manifiesto sus despachos y comisiones. La conclusión de la arenga que les hizo fue la siguiente: —La reina, nuestra señora, me envía al teatro de estas conquistas, con unos fines propios de su real piedad; sólo vengo a conservar en medio de vosotros la buena armonía y la concordia. No se ha de decir que unos vasallos tan fieles a la corona y unos cristianos tan ansiosos de promover entre estos gentiles la verdadera religión deslucen su fe y su lealtad con disensiones pueriles. Dios, el rey, la conquista, vuestro propio honor y la gloria de vuestras armas, están pendientes de la moderación de vuestras pasiones. Este discurso, que sólo respiraba dulzura, fue seguido de la más horrible discordia; y el mismo que hablaba de las ventajas de la paz tan elocuente se confederó con el deán (que debía dar el primer ejemplo de mansedumbre) para oprimir a Juan Rejón. [...]

21. EL GENERAL REJÓN ENVIADO PRESO A SEVILLA

Cualquiera que hubiese observado que Pedro del Algaba y don Juan Bermúdez habían salido de la iglesia acompañando al general Rejón hasta su casa, que le hablaban con demostraciones de amistad y que al siguiente día le convidaban a comer, ¿no se persuadiría a que estos jefes le trataban sin dolo? No obstante, yo no sé cómo Juan Rejón se dejó apresar en aquella red, fiándose demasiado de sí propio y de sus desafectos. Luego que se concluyó la comida y pasaron a la torre con pretexto de conferenciar acerca de las operaciones de la campaña próxima, se llegó el gobernador al general y al mismo tiempo se dejó ver su guardia, que hasta entonces había estado oculta, y tomándole el puñal que traía a la cinta, le dijo estas palabras: —Daos a prisión en nombre de la reina. El general, considerándose solo y desarmado, no hizo la menor resistencia, sino que, quitándose prontamente la espada, la puso en las manos de sus enemigos, quien le hizo echar unos pesados grillos diciéndole: —Así es como se deben tratar los locos. [...]

Imputábanle: 1.º Que no había querido reconocer a don Juan Bermúdez por su asociado en el gobierno ni darle parte de ningún plan de operaciones. 2.º Que había usurpado despóticamente toda la jurisdicción temporal y aun la espiritual. 3.º Que era partidario, bandolero, díscolo y amotinador. 4.º Que, como hombre violento y mal aconsejado, pretendía, en contravención a las reales órdenes, pasar armado a Lanzarote contra Diego de Herrera, a fin de vengar agravios personales, distraiendo así las tropas de la guerra contra los canarios, etcétera. Concluida esta causa artificiosa, le pasaron una noche a bordo de una carabela y le remitieron preso a Sevilla.

22. FATAL INCURSIÓN EN EL TERRITORIO DE MOYA [...]

Como se hubiese tenido noticia de que hacia las partes de Moya habían aplazado una vistas los guanartemes, escoltados de un corto número de vasallos, determinó Bermúdez sorprenderlos, y para ello hizo marchar durante la noche un cuerpo de sus tropas por un camino fragoso y tan cortado de desfiladeros, que al rayar el día fue cuando se hallaron cerca del enemigo, soñolientos, ayunos, cansados y, por consiguiente, faltos de espíritu.

Así como estaban atacaron a los isleños; pero éstos, que no se habían descuidado tanto como se quería, se pusieron en defensa, animados de los dos guanartemes, con tal denuedo y furia, que los nuestros tocaron prontamente la retirada o, por mejor decir, a huir. Doramas los fue siguiendo sin inquietarlos, hasta la bajada de la áspera cuesta de Tenoya, donde se echó impetuosamente sobre ellos. El conflicto de los españoles fue tal que necesitaron de toda la superioridad de sus armas para sostener algunos minutos el choque y no quedar enteramente derrotados. En esta refriega murieron muchos y se perdieron cinco caballos con harto sentimiento. Finalmente pudieron retirarse por los llanos de Tamarazaité y volvieron al Real de Las Palmas, con las presas del ganado que habían hecho y que no quisieron soltar: tanta era la falta de provisiones. [...]

23. VUELVE REJÓN A CANARIA CON EL OBISPO DON JUAN DE FRÍAS

Mientras los negocios de Canaria experimentaban el referido contratiempo, llegó el general preso a Sanlúcar, de donde fue llevado a Sevilla. En la historia de las conquistas occidentales no hay cosa más frecuente que estas prisiones de los jefes. Rejón fue presentado a los intenden-

tes don Diego de Merlo y Alonso de Palencia, a quienes dio unos descargos muy categóricos, haciendo palpable la confusión del gobernador Algaba con el deán Bermúdez, dando pruebas de la perniciosa conducta de ambos y exagerando la injuria que Diego de Herrera había hecho en su persona a los reyes, sus soberanos. En fuerza de lo cual suplicó que, para no malograr las ventajas que las tropas españolas habían tenido sobre los canarios bajo su dirección, se le restituyese prontamente a estas islas con algún refuerzo de gente y municiones.

Hallando los comisarios de la conquista que Rejón había sido arrestado injustamente, no tardaron en declararle buen ministro, le continuaron en su empleo de capitán general y expidieron órdenes para que se aprestasen cuatro navíos bien provistos y equipados, al mando de Pedro Hernández Cabrón, vecino y regidor de Cádiz.

24. REJÓN SE RETIRA POR SEGUNDA VEZ A ESPAÑA

Pero, ¿no comprendían el asistente de Sevilla y el cronista de sus altezas que era mala política permitir volviere a Canaria un general ofendido, mientras se conservaban en la plaza los hombres poderosos que le habían agraviado? Acaso se confiarían en la mediación del nuevo obispo de Rubicón, que debía venir acompañando a Juan Rejón en la escuadra. Habían nombrado los Reyes Católicos para esta silla episcopal, por muerte de don fray Tomás Serrano, a don Juan de Frías, natural de Sevilla y originario de las montañas de Burgos, sujeto de mérito, juicio y aun valor. Este prelado (digno de serlo en un pueblo de conquistadores), luego que obtuvo sus bulas del papa Sixto IV, tomó a su cuidado el encargo difícil de componer las disensiones del Real de Las Palmas, reconciliando los ánimos del deán, del gobernador y del general, y promoviendo la conquista. Tales eran las instrucciones que sobre estos artículos le entregaron los comi-

sarios, firmadas de su puño; pero no correspondieron los efectos a aquellas grandes esperanzas. [...]

La escuadra aportó a las Isletas el 6 de agosto, a tiempo que Hernán Peraza (el hijo de Diego de Herrera) había llegado de Lanzarote con el refresco de víveres y tropa que había ofrecido su padre el deán de Rubicón. Lo primero que hizo el obispo fue congregar toda la nobleza y oficialidad en la torre, antes que viniese a tierra el general y se suscitase algún disturbio. A esta asamblea concurrieron el gobernador Algaba, el deán Bermúdez, el jefe de la escuadra Pedro Cabrón, el alférez mayor Alonso Jáimez, el capitán Alonso Fernández de Lugo, el alcalde mayor Esteban Pérez de Cabitos, el alguacil mayor Esteban de Valdés, Ordoño Bermúdez, Lope Hernández de la Guerra, Francisco de Espinosa, Hernán Peraza, Pedro de Algelo, escribano de la conquista y otros caballeros. [...]

Empezó el obispo a exhortar paternal y cristianamente al gobernador y al deán, poniéndoles presente el considerable servicio que harían a Dios y al rey si, depuestos los pasados rencores, tan ajenos de las personas de su clase, se reconciliasen de buena fe con Juan Rejón, a quien habían hecho regresar a Canaria los comisarios de la conquista, a fin de que volviese a tomar el mando de las tropas como jefe y pusiese término a aquella empresa, tan deseada de la nación.

El gobernador respondió con grande entereza que, habiendo él mismo arrestado a Juan Rejón y remitídole a la corte como reo de estado, no tenían los comisarios de la conquista ningunas facultades para absolverle, ni menos para conocer arbitrariamente de los negocios criminales de la isla; y, por tanto, que sin una orden firmada de la reina no podía ser admitido Juan Rejón en Canaria de ningún modo. El deán y el resto de sus partidarios insistieron fuertemente en lo mismo. El tumulto y la confusión llegó a ser tal, que, temiendo el obispo sucediesen algunas muertes o que los enemigos del general maquinasen arrestarle segunda vez, como ya se decía, prometió

que Rejón retornaría inmediatamente a España en una de las mismas embarcaciones en que había venido, ya que de ello dependía la tranquilidad pública. En efecto, Juan Rejón tuvo que volver a verse con el asistente de Sevilla y a referir al cronista sus aventuras.

25. ATAQUE MEMORABLE DE TIRAJANA

Entre tanto, como el gobernador y el deán no querían tener en inacción las tropas y podían reforzarlas fácilmente con un destacamento sacado de la plaza, resolvieron tentar una expedición marítima y hacer el desembarco por la parte de Tirajana, bajo las órdenes de Pedro Hernández Cabrón. Se asegura que el obispo tuvo bastante celo para servir en ella de voluntario, siendo uno de los soldados más intrépidos. Ejecutóse el desembarco por Arguineguín, sin el menor obstáculo, porque apenas los isleños habían divisado los navíos, se retiraron a las cumbres, dando libertad a los españoles para penetrar el valle adentro y hacer un considerable pillaje de cebada, ganado e higos.

Cuando los nuestros, cargados del botín, acordaban abandonar aquel país y restituirse a las embarcaciones, tuvo cuidado un canario cristiano, que servía de práctico, de advertir al comandante Cabrón considerase bien el peligro a que exponía su gente, porque estaba seguro de que sus paisanos andaban por las alturas inmediatas en varios pelotones, resueltos a cortarles la retirada en los desfiladeros arduos y pendientes que estaban a la vista. Que su dictamen era se mantuviesen quietos dos días, pues en este tiempo, faltos de subsistencia los canarios, se desparamarían a buscarla. Pero el comandante, que no tenía experiencia del valor y ligereza de aquellos bárbaros, menospreciando la advertencia, le respondió con castellana gravedad: —Anda, hijo, anda; yo no tengo miedo a gentes desnudas. Y prosiguió su marcha.

Pero las gentes desnudas, conducidas por el faicán de Telde, se echaron sobre los nuestros en la mitad de la bajada, con tal ímpetu y gritería que parecía hundirse la tierra. Inmediatamente padeció una entera derrota el destacamento español, quedando muertos 22 hombres, más de 100 heridos y 80 prisioneros. Los enemigos ganaron muchas y buenas armas. Una fuerte pedrada que el comandante Pedro Hernández Cabrón recibió de lleno en la boca le quebró los dientes. Entonces, observando los que estaban a bordo que sus camaradas huían hasta la ribera del mar, desbaratados, enviaron prontamente las lanchas para recogerlos y procuraron cubrir la retirada, haciendo fuego con su artillería sobre los enemigos.

Esta trágica expedición que, por haber sucedido el 24 de agosto, pudiera llamarse la San Bartolomé de la conquista de Canaria, paró en regresar el armamento a Guiniguada, desembarcar los heridos, irse el obispo a Rubicón de Lanzarote a tomar la posesión de su iglesia y restituirse Pedro Cabrón a España con sus navíos, tan fastidiado de los canarios, como de los conquistadores.

26. VUELVE A CANARIA JUAN REJÓN

No lo estaba menos Juan Rejón en Sevilla. El tesón del deán y la demasiada condescendencia del gobernador eran sobrada causa para que los comisarios de la conquista, mirando los desaires hechos a aquel caballero como propios, hallasen la razón de su parte; a que se añadía el favor de don Fernando Rejón, del orden de Santiago, general de la artillería, su pariente, y el de doña Elvira de Sotomayor, su mujer, ambas personas recomendables para aquellos ministros. Así éstos se interesaron vivamente en que Rejón volviese a Canaria con órdenes de reasumir el gobierno, el que, habiendo tomado postas, se embarcó por Cádiz con grande diligencia. No todos los deanes eran sus enemigos. El de Cádiz, que también era deudo suyo, le habilitó una embarcación cargada de mu-

niciones y puso a su bordo 30 hombres de la mayor confianza.

Esta embarcación recaló sobre Canaria el 2 de mayo de 1480; pero Rejón, que meditaba una sorpresa, no quiso desembarcar sino a medianoche por la parte de la Isleta, acompañado de sus 30 soldados, dando orden para que el bajel volviese a hacerse a la vela hacia otro rumbo. Puesto en tierra a favor de la oscuridad y habiendo corrompido las centinelas, que le conservaban inclinación, consiguió introducirse silenciosamente en el Real de Las Palmas y ocultarse en casa de su íntimo amigo Esteban Pérez de Cabitos, que estaba en la plazuela de Santa Ana, contigua a la de Alonso de Sotomayor, su cuñado. Amaneció el día 3 de mayo, y los enemigos de Rejón, que habían acudido a la iglesia a celebrar la festividad de la Invención de la Cruz, no pudieron menos de quedarse atónitos, cuando, concluida la misa, vieron que entraba por la iglesia el mismo Juan Rejón (a quien consideraban todavía en Europa), escoltado de sus amigos y de 30 hombres bien armados, los cuales, como si hubiesen ganado una victoria, clamaban ¡viva el rey!, y que, echando mano a Pedro del Algaba, le sacaban a empellones de aquel sagrado sitio. La iglesia acababa de ser profanada en Florencia con la conspiración de los Pazzis contra los Médicis, pero allá lo fue por un asesinato y en Canaria solamente por una prisión. En efecto, Algaba fue arrestado y recluso en la torre con los mismos grillos y dentro de la misma pieza en que él había encerrado poco antes a Rejón. También se aseguró inmediatamente la persona del deán Bermúdez y las de sus principales faccionarios. Hernán Peraza no estaba ya en aquella isla. [...]

El general y el alcalde mayor se aplicaron con el mayor conato a instruirles el proceso; y como los hombres poderosos siempre hallan testigos que lisonjeen su pasión, cuando se trata de oprimir a los desgraciados, fue fácil hacer reo de alta traición a Pedro del Algaba, probándole una inteligencia secreta con la corona de Portugal, en fuerza de la cual había concertado venderle la isla de Canaria

por precio de algunos regalos y cierta cantidad de dinero, de que ya había tomado algunas partidas.

27. MUERE DEGOLLADO PEDRO DEL ALGABA Y SALE DESTERRADO BERMÚDEZ

Fenecida esta causa con toda la precipitación posible, fue sentenciado Pedro del Algaba a perder la cabeza en un cadalso y el deán Bermúdez a destierro perpetuo de la isla por amotinador y sedicioso. Pero, ¿por qué no los remitió Rejón presos a los reyes o a los comisarios de la conquista, sin ensangrentarse las manos? Acaso porque sabía que estos prisioneros solían no quedarse en Europa. Ejecutóse aquella cruel sentencia la víspera de Pentecostés por la mañana, en medio de la plazuela que hoy es de San Antonio Abad, a voz de pregonero y al ruido de trompetas y tambores. [...]

29. LLEGA A LA CONQUISTA EL GENERAL PEDRO DE VERA

Deseando el general Rejón señalar el tiempo de su gobierno independiente, había sacado de la plaza un cuerpo de tropas, con el designio de hacer una incursión por el territorio de Tamarazaité. Ya marchaba a la cabeza de ellas por una de las montañas inmediatas, cuando una mirada que casualmente echó hacia el mar le hizo desistir del proyecto. Una embarcación que se dirigía al puerto se adelantó a decir a su corazón lo mismo de que ya se recelaba. Las quejas de Alonso Fernández de Lugo y de doña Leonor Xuárez Gallinato, su cuñada (viuda del malogrado Pedro Fernández del Algaba), unidas a las de sus dos hijos Andrés y Jerónimo, habían llegado al pie del trono de la reina doña Isabel contra Juan Rejón, homicida atroz de aquel caballero. La corte, que se hallaba en Sevilla, mandó que Pedro de Vera, natural de Jerez y de una de

las casas más antiguas e ilustres de esta ciudad, pasase prontamente a tomar el mando de la conquista de Canaria, en calidad de gobernador y capitán general, para que, poniendo remedio a tantos desórdenes, no dejase dormir más tiempo aquella empresa. [...]

Tal era el huésped que Rejón vio llegar a la Gran Canaria el 18 de agosto de 1480, acompañado de Miguel de Muxica, vizcaíno, receptor de los quintos reales, y de su primo Juan Siverio. El mismo Juan Rejón, Esteban Pérez de Cabitos y Alonso Jáimez de Sotomayor salieron a recibirle al puerto con sus semblantes alegres, pero delincuentes. Inmediatamente les manifestó Pedro de Vera sus despachos y tomó en el Real de Las Palmas posesión de la fortaleza, donde Rejón no quiso permanecer, por más que el nuevo general se lo suplicó. [...]

31. INICUA ESTRATAGEMA DE VERA CONTRA LOS CANARIOS PROSÉLITOS

Aumentóse sin duda esta displicencia con una considerable falta, en que el general incurrió a los principios de su mando. Este jefe, desde que tomó posesión de la plaza, había observado que el considerable número de canarios que voluntariamente o por fuerza habían entrado en el Real y que tenían su cuartel en el centro con suficiente guardia no podían ser a la verdad sino unas espías que avisarían a sus paisanos los movimientos más secretos de los españoles o, cuando menos, unas bocas inútiles que consumían los víveres sin pelear. Preocupado de estas ideas, intentó deshacerse de la mayor parte, trasladándolos a Europa; pero como no se atrevía a usar abiertamente de violencia, se valió de fraude y trató de engañar a los valerosos canarios, por un medio en que es glorioso dejarse seducir. Vera les señaló casi con el dedo la bella isla de Tenerife, que tenían a la vista, y, proponiéndoles su conquista como una empresa fácil, digna de sus bríos y en que podían adquirir honor, fama y riquezas, los per-

suadió que se embarcasen y fuesen a hacer la guerra a los guanches, así como los españoles se la hacían a ellos.

Fueron 200 los canarios que, habiendo abrazado este proyecto, dejaron su patria y salieron a la expedición en cierto navío del cargo de Guillén Castellano, sujeto de confianza que, por influjo de su amigo Diego de Herrera, servía de voluntario en la conquista. Pero este hidalgo, depositario del infame secreto, se halló en el más terrible conflicto; porque, como observasen los canarios que la embarcación se alejaba del Pico de Tenerife, hacia donde creían navegar, y sospechando al punto la vil estratagema, amotinándose desesperadamente contra el jefe y la tripulación, les dieron a entender que, si no los soltaban en la isla de Lanzarote (que era la tierra más inmediata), habían de perder la vida a sus manos. Guillén Castellano no se hallaba en estado de resistirles, y los canarios tenían tal ansia por salir a la ribera que, apenas surgieron en el puerto de Arrecife, se arrojaron al agua y se fueron nadando a tierra, donde Diego de Herrera y sus lanzaroteños los recibieron con tanta política como humanidad. [...]

32. DESAFÍO DE DORAMAS, SU MUERTE Y ELOGIO

Habíase apostado Doramas, guanarteme de Telde, sobre una de las eminencias del país de Arucas, desde donde insultaba con sus huestes el poderío español. El general Vera, que estaba resuelto a atacarlas, se apostó también sobre otro cerro opuesto, dando a sus soldados la extensión conveniente para hacerlos más respetables. Así se estuvieron observando los dos ejércitos mutuamente, sin moverse, durante algunas horas, hasta que, ensoberbecido Doramas con la idea de su valor, envió un canario a Pedro de Vera para decirle que si entre sus afeminados europeos se hallaba alguno que se atreviese a salir con

él a un combate singular, en presencia de ambos caminos, se podría evitar la batalla. Nuestro general quiso ser el Manlio Torcuato que postrase las altiveces de aquel bárbaro, acordándose de que en su familia había habido grandes duelistas en todos tiempos. [...]

Sin embargo, como los moros habían hecho en España aquel género de certamen demasiado común, no faltó un hidalgo llamado Juan de Hozes que, admitiendo el desafío, saliese al campo. Este soldado servía en la caballería y habiendo dejado las líneas, montado en un bello caballo andaluz, acometió denodadamente a Doramas, quien, sin darle lugar para que se acercase demasiado, le arrojó su magado con tanto brío que, traspasándole la adarga, cota y corazón, le derribó muerto. La terrible algazara con que vitorearon los canarios la hazaña de su guanarteme redobló el encono de los españoles, no sólo por la pérdida del malogrado Hozes, sino por el descrédito de sus armas.

Entonces fue cuando, no pudiendo Pedro de Vera ser dueño de sí mismo, salió arrebatado de furor contra Doramas y, lisonjeándose este bárbaro victorioso anticipadamente de la muerte del general enemigo, le arrojó su dardo con la mayor violencia y le traspasó la adarga; pero huyendo Pedro de Vera el cuerpo, evitó la herida. Inmediatamente metió espuelas a su caballo, para ponerse más al alcance del guanarteme. Ve venir silbando por el aire otro dardo; baja la cabeza y, cosiéndose con el pescuezo del bruto, evita segunda vez el tiro. Malogrado éste, se abalanza rápidamente contra Doramas y, logrando alcanzarle, le mete la lanza por un higar y le derriba. Sintiéndose malherido el isleño y viendo a su rival en acción de descargarle nuevo golpe, se rindió pidiendo cuartel.

Cuando los canarios observaron caído a su estimado jefe y todo bañado en su sangre, salieron de sus puestos como bestias feroces y embistieron a las tropas españolas. El combate se hizo casi general, y por una y otra parte se ejecutaron prodigios de atrevimiento y valor. Pero como reconocieron los bárbaros que perdían mucha gente, sin

conseguir romper nuestras líneas, y que no les era posible recuperar al guanarteme, se desparramaron por las cumbres, dejando en la fuga un número considerable de prisioneros y heridos. [...]

Así murió, colmado de la sólida gloria militar, aquel héroe salvaje, después de haberse hecho un lugar tan distinguido entre los suyos por sus bríos, su capacidad, sus hazañas y aun por sus delitos. Todas las acciones de Doramas tuvieron la propiedad de interesar. La patria, cuyo gobierno había usurpado para defenderla y por la que sacrificó la vida, le lloró amargamente, llamándole su ornamento y el último de los canarios. Los españoles, que le aborrecían y respetaban, reconocieron que desde que el guanarteme de Telde había fallecido se había comenzado a conquistar verdaderamente el país.

33. CONSTRUCCIÓN DEL FUERTE DEL AGAETE

En efecto, todos los lugares abiertos y accesibles de Telde, Satautejo, Arucas y Moya estaban a discreción de nuestros conquistadores, de tal manera, que los isleños ya no osaban apartarse de los puestos que habían fortificado en las alturas de Gáldar, Moya y Tamarazait. Y como esta nueva situación impidiese el tránsito libre de una parte a otra de la tierra, determinó el general Vera, después de haber oído a los desertores, que se ejecutase un desembarco sobre las costas de Gáldar, con el designio de inquietarles por todos los caminos posibles. Diose principio a esta expedición, a que se destinaron dos fragatas, desembarcando las tropas felizmente por el Agaete; y siendo este paraje, a causa de sus buenas aguas y bosques, muy a propósito para construir una fortaleza desde donde se pudiese correr el territorio comarcano, se emprendió inmediatamente la obra, con tal aplicación, que el general se halló en pocos días con una especie de castillo y casa fuerte, fabricado de piedra, barro y tapias, que le sirvió

de plaza para las correrías que se hicieron durante los dos meses que permaneció en el país.

Cuando volvió al Real de Las Palmas, confirió la alcaldía y gobierno de aquella importante fortaleza al capitán Alonso Fernández de Lugo, poniéndole una guarnición de 50 hombres y 10 caballos.

34. NUEVA DERROTA EN TIRAJANA

Algún tiempo después destacó el general otro cuerpo de tropas hacia el distrito de Tirajana, con la mira de desalojar a los canarios de un importante puesto donde se habían fortificado; y aunque la subida era (como todas las de la isla) agria y difícil, embriagados con la memoria de las antecedentes ventajas, marcharon los conquistadores a ellos con sobrada satisfacción. Tirajana era para los españoles un paraje fatal; y se experimentó por segunda vez que los isleños no necesitaban sino de brazos y piedras, para rechazar en semejantes desfiladeros todas las tropas enemigas. No pudiendo las nuestras sostenerse mucho tiempo, se retiraron con pérdida de 25 hombres y considerable número de heridos. Sin embargo, se dice que el general Vera, habiendo llegado con nuevos combatientes, se aprovechó de la confianza que había inspirado a los bárbaros el vencimiento y que, volviendo a atacarlos, cuando estaban más desapercibidos, forzó el puesto de manera que le desampararon. [...]

36. VUELVE JUAN REJÓN CON UNA ARMADILLA A CONQUISTAR LA PALMA. SU MUERTE EN LA GOMERA

Tales eran las escenas que ocupaban el teatro de la conquista, cuando surgió en el puerto de la Isleta una armada, compuesta de cuatro navíos procedentes de Cádiz y mandada por un hombre cuya alternativa en todo gé-

nero de fortunas nos debe parecer singular. Juan Rejón hace un raro personaje en nuestra historia. Ya hemos visto que, habiendo salido tres veces expulso de Canaria, y la última a causa de las reflexionadas tiranías que había ejecutado despóticamente contra el gobernador Pedro del Algaba, parecía que no retornaría a islas por ningún caso y que éste sería el menor castigo que le aplicaría el ministerio. Pero, ¿cuál sería el crédito de su deudo y protector Fernando Rejón, comendador y general de artillería? ¿Cuál sería la habilidad del reo? En efecto, parece que supo dar sus descargos con artificio tan feliz, que no sólo aprobó la reina sus anteriores procedimientos, sino que tuvo a bien premiarlos como servicios, haciéndole merced de la conquista de las islas de Tenerife y La Palma, con la cualidad de adelantado. [Los monarcas que envían un vasallo a ser conquistador la autorizan para que sea injusto, pues, sofocada la humanidad, la piedad y la misericordia, que son los atributos de la justicia, no se debe esperar sino discordia y disensión]. [...]

Es constante que, habiendo experimentado en su navegación a La Palma malos vientos, se halló en la precisión de hacer escala en La Gomera; que surgió por las playas de Armigua, y que desembarcó con su mujer, sus hijos y otras ocho personas, para tomar algún descanso. Al principio no dejaron de recibirle los gomeros con humanidad; pero apenas Hernán Peraza tuvo noticia de que Juan Rejón se hallaba en los estados de su padre, acordándose de sus antiguas diferencias, dio orden a sus vasallos para que se le asegurasen y llevasen a su presencia sin dilación. Así aquel mismo que Pedro de Vera acababa de rechazar de Canaria quería retener Hernán Peraza en La Gomera.

Dispusiéronse los emisarios de este inconsiderado caballero a ejecutar aquel insulto; pero Rejón, cuyo valor y firmeza de ánimo era superior a toda La Gomera junta, quiso antes morir que humillarse impunemente a pasar por aquel oprobio y, poniéndose con los suyos en defensa de su dignidad y de su honor, cayó muerto atravesado

do de una lanza, no sin imponderable dolor de toda su familia. Al instante publicó Hernán Peraza un manifiesto, para hacer la apología de su conducta y probar la poco o ninguna parte que tenía en aquella tragedia. Juraba mil veces a fuer de caballero y pedía que Dios le castigase, si habían sido tales sus intenciones, asegurando que sólo había mandado a sus vasallos que hiciesen venir a su presencia a Juan Rejón, a fin de que expusiese las razones que había tenido para entrar en aquella isla sin que precediese su beneplácito.

Todavía hizo más Hernán Peraza. Pasó a Hermigua personalmente; recibió informes contra los homicidas, cuyo brazo había armado él mismo, y no pudo contener las lágrimas, cuando encontró a la triste viuda que acompañaba con sus hijos el desangrado cadáver, deshaciéndose de amargura y maldiciendo la hora en que habían puesto los pies en una tierra bárbara, poblada de traidores. Peraza lloraba en la misma tragedia de que era autor. Pero, procurando aplacar con mucho respeto la saña de doña Elvira, dio orden para que con sus niños fuese hospedada y asistida con todas las comodidades que permitía el país; hizo poner en cura los criados que habían salido heridos de la refriega; costeó un entierro muy suntuoso al difunto y mandó darle sepultura al lado del evangelio de la capilla mayor de la iglesia parroquial de aquella isla. [...]

38. PRISIÓN DE HERNÁN PERAZA. SU CASAMIENTO CON DOÑA BEATRIZ DE BOBADILLA [...]

Hernán Peraza fue llevado preso a Castilla. Su fortuna dependía de este viaje y de esta prisión. Fueron muchos los grandes señores del reino que, por alianza o amistad, se interesaron seriamente por él, y doña Elvira no podía quejarse de todos; así tuvo la reina la piedad de perdonarle, bajo la condición de que sirviese en la

conquista de Canaria con algunas compañías de gomeros, hasta que la guerra se terminase. Todavía se le impuso otra penitencia menos rígida. Hallábase por este tiempo en palacio cierta señora, adornada de los dos grandes incentivos en que consiste el ordinario mérito de una mujer, quiero decir, discreción y hermosura. Estimábala mucho la reina, porque era dama suya y hermana de la marquesa de Moya, su camarera mayor y su confidente desde la primera edad; pero como advertía que el rey se le aficionaba demasiado, tomó el partido de hacer feliz a Hernán Peraza con su mano, saliendo por medio de este destierro honroso de una rival y asegurándose así de la fidelidad de los condes de La Gomera. En efecto, las bodas de Hernán Peraza con doña Beatriz de Bobadilla se ejecutaron con aplauso y ostentación. [...]

40. EL GUANARTEME DE GÁLDAR PRISIONERO Y PRESENTADO A LOS REYES CATÓLICOS [...]

Salieron una noche del fuerte del Agaete Hernán Peraza, que era marido de doña Beatriz de Bobadilla, y Alonso de Lugo, que lo había de ser, ambos a la cabeza de sus respectivos cuerpos. Y, habiendo tomado el camino de Artenara, consiguieron sorprender a los isleños que, defendiéndose como desesperados, mataban y morían. Al amanecer se presentaron sobre Gáldar. El guanarteme Tenesor Semidán, que se había retirado la noche antecedente con 11 domésticos y 4 guaires, para dormir en su palacio, fue hecho prisionero con todos los de su comitiva, sin que los canarios que andaban por los montes vecinos hubiesen tenido tiempo de socorrerles. El botín de ganado, gofio y frutas secas fue muy considerable, porque Gáldar era como la metrópoli de la isla.

Cuando Pedro de Vera tuvo noticia de esta feliz acción, se le ensanchó el corazón de júbilo, lisonjeándose que la cautividad de aquel príncipe valeroso apresuraría

la última reducción de Canaria; y habiendo marchado con sus tropas al encuentro de Lugo y de Peraza, que por la costa del Airaga se avanzaban a Arucas, se unió con ellos junto a los Bañaderos, donde recibió al guanarteme cautivo entre sus brazos. Dividiéronse los despojos, con indecible satisfacción, y Miguel de Muxica tomó la quinta parte para el real erario.

Pero como entre estos mezquinos despojos ningunos parecieron tan dignos del soberano como el mismo guanarteme y los cuatro guaires, entre los cuales era Maninidra el principal, fueron entregados a la dirección del referido Muxica y de Juan Mayor (famoso intérprete de la lengua que Diego de Herrera había enviado con los demás soldados a su hijo), para que, conduciéndolos a España, los presentasen a los Reyes Católicos. Se asegura que en Cádiz, Sevilla, Jerez, Córdoba y demás ciudades por donde transitaron acudían las gentes en tropas para ver al guanarteme y sus guaires vestidos de tamarcos y pieles. La misma figura de Tenesor Semidán les inspiraba veneración y lástima, porque este bárbaro era robusto, bien dispuesto, de aspecto majestuoso y adornado de una barba muy larga, todavía negra.

A la sazón se hallaba la corte en Calatayud. El concurso de grandes y prelados que hubo en palacio el día señalado para la audiencia del nuevo Jugurta de las Islas Afortunadas fue numeroso. Miguel de Muxica y Juan Mayor le condujeron hasta el pie del trono, seguido de los guaires. El guanarteme, a quien la opulencia de la ciudad, la magnificencia del palacio, la gravedad de los cortesanos y el resplandor del solio habían deslumbrado más de lo que semejantes objetos debían deslumbrar a un hombre que había sabido ser grande sin ellos, se dejó caer a los pies de los reyes casi desvanecido, pidiéndoles las manos para besarlas. El bárbaro las humedeció con su llanto y con muchos sollozos les pudo decir en su lengua: —¡Oh, guanartemes poderosos!, yo me glorío de ser vuestro más humilde vasallo. Recibidme bajo vuestro amparo y protección; deseo ser cristiano y que vosotros

seáis mis padrinos. El rey don Fernando le levantó del suelo y tuvo la benignidad de abrazarle, prometiendo que le sacaría de pila y le pondría su propio nombre. Asimismo mandó le vistiesen de grana y seda como a persona real, y a los guaires con la correspondiente decencia.

Administrósele el bautismo en Toledo por el cardenal don Pedro González de Mendoza, siendo los señores reyes los padrinos y dándole el nombre de don Fernando Guanarteme. Pero, habiéndose considerado que la presencia de este príncipe convertido, prisionero, y, por decirlo así, domesticado, podría influir mucho sobre el espíritu de sus paisanos, para someterlos todos a la corona, determinaron regresase a las islas, conservando el nombre de rey o guanarteme, encargado de ganar a los suyos con sus ruegos y bien asegurado de que se les harían guardar todas las franquezas e inmunidades de que eran capaces unos hombres que habían nacido libres.

Don Fernando Guanarteme prometió sacrificarse enteramente a esta dura hazaña, y en premio de ella, suplicó se le hiciese merced para sí y sus sucesores del territorio de Guayedra en Canaria. Creyeron los reyes que, concediéndole a Guayedra, quizá le habían concedido mucho. Un guanarteme era acreedor a una cosa grande. Pero Guayedra no es más que una ladera de montañas y riscos escarpados que corren hasta la ribera del mar cerca de Agaete, en donde sólo pueden pastar ganados salvajes. Un soberano despojado de sus estados, que se admiraba del lujo de los Reyes Católicos, no debía contentarse con Guayedra; así vemos que después tuvo repartimiento de tierras en Tenerife. [...]

43. SITIO DE BENTAIGA CON PÉRDIDA DE LOS CRISTIANOS

Hallándose entonces Pedro de Vera con más fuerza que ninguno de sus predecesores, formó el proyecto de llevarlas contra el enemigo para atacarle en sus guaridas y bloquear el puesto de Bentaiga, discurriendo que, si cortaba los mantenimientos al crecido número de hombres, mujeres y niños encerrados en él, se rendirían todos a discreción. Sin embargo, después de quince días de bloqueo, todavía aseguraban los desertores que tenían las suficientes provisiones para algunos meses, por lo que resolvió el general forzar el paso a punta de espada. El éxito manifestó la temeridad de la empresa, porque, habiéndole defendido los bárbaros con valor increíble, arrojando sobre los nuestros dardos, troncos de árboles y piedras disformes, que adquirirían en los desfiladeros un ímpetu asombroso, tocó Pedro de Vera la retirada y, después de haber dejado en el campo ocho hombres muertos, marchó con los heridos a Acairo y Tirajana, donde se hicieron algunas presas de ganado menor.

44. ATAQUE DE LOS PUERTOS DE TITANA, AJÓDAR Y FATAGA

Orgullosos con esta ligera ventaja, se animaron los nuestros a avanzarse a la fortaleza de Titana, colocada en la cima de un peñasco muy eminente y escabroso, donde la naturaleza, ayudada del arte, parecía haber puesto al abrigo de todo insulto a cuantos se refugiaban en ella. Pero como el general Vera la hizo atacar improvisamente por sus tropas y por una partida de isleños desertores, prácticos en aquellos desfiladeros, logró desalojarlos, matarles 25 hombres y saquearles todas las provisiones que tenían allí almacenadas. Cuando los bárbaros entendieron que los nuestros habían abandonado a Titana para marchar hacia otros puestos, volvieron a ocuparle,

fortificándose de modo que no pudiesen experimentar segunda sorpresa.

El general Vera intentaba entonces atacar el gran pueblo de Cendro por dos partes, a cuyo fin se adelantó por una don Fernando Guanarteme, a la cabeza de 500 canarios cristianos. No dejó al faicán Aitami de recibirles denodadamente con 2.000 hombres en la cuesta; pero, como se viese acometido al mismo tiempo por los españoles, no pudo hacer mayor defensa, y huyeron los suyos consternados, después de haberse rendido más de 300.

Ni pararon aquí las operaciones de esta campaña, porque el general deseaba ganar al enemigo otro puesto reputado por inexpugnable y situado sobre cierta altura, rodeada por toda su circunferencia, hasta la distancia de un tiro de fusil, de una roca escarpada que sólo tenía una avenida muy estrecha. Sobre esta altura, pues, que forma una especie de galería, se levanta otro cerro de subida muy áspera, en cuya cumbre hay una mesa, donde nace un arroyo. Tal era el puesto de Ajódar y el principal cuartel de los canarios.

Nuestras tropas le atacaron con tal denuedo que, a pesar de la obstinada resistencia de los bárbaros, se hicieron dueños de él, dando muerte a cuantos se oponían al paso y aprisionando a los que no tuvieron tiempo de ponerse a salvo. Aquí fue donde se vio una nueva prueba del fiero carácter de esta nación. No sólo la romana tuvo sus Porcias y sus Arias. Dos mujeres, por no caer en manos de sus enemigos, corrieron intrépidamente hacia uno de aquellos precipicios y, arrojándose de ellos, se hicieron mil pedazos. Abréu Galindo asegura que hasta su tiempo se llamaba aquél el Risco de las Mujeres.

De Ajódar marcharon los nuestros a Fataga, otro lugar fuerte, situado sobre una sierra áspera, que allanaron del mismo modo. Esta campaña, a la verdad, tenía más visos de una batida contra fieras, refugiadas en las malezas de los bosques, que de una guerra contra criaturas racionales. Así, viendo los canarios que seguían a Tazarte y

al nuevo guanarteme que las armas de los españoles tomaban cada día más predominio y que sus más incontestables asilos no eran inaccesibles a los ataques, empezaron a dar oídos a Aitami, el faicán de Gáldar, que era tío de don Fernando Guanarteme y sacerdote del estado.

Este viejo no cesaba de aconsejarles aquello mismo que les había aconsejado su sobrino, esto es, que se sometiesen de buena fe a Pedro de Vera y a los poderosos monarcas que querían gobernar aquella tierra. Pero cuando el valeroso Tazarte observó que la mayor parte de los suyos seguía el dictamen de un cobarde, abandonando la salud de la patria, arrebatado de dolor y de frenesí, corrió al borde del célebre risco Tirma de Gáldar y, clamando en voces muy altas *¡Atis Tirma!*, se precipitó al mar. Entonces el faicán, seguido de sus partidarios, se pasó al campo español y se bautizó, tomando el nombre de Juan Delgado, en honor de cierto oficial que fue su padrino. Juan Delgado se halló después en la conquista de Tenerife y de La Palma, donde tuvo repartimiento de tierras.

45. ATAQUE DE AJÓDAR

Entre tanto se aprovechaba el general Vera de sus progresos, pues, habiendo penetrado las cumbres para ahuyentar de las cavernas y escondrijos a los canarios, se avanzó al fuerte de Ajódar, uno de los más inexpugnables del país, donde se habían retirado los naturales que tenían más resolución para defenderse hasta el último trance o morir precipitados en el mar. Pedro de Vera llamó sus oficiales a consejo de guerra y en él determinó forzar el puesto, emprendiendo el ataque por el lado de la marina y que para ello tomase Miguel de Muxica las mejores tropas, con advertencia de que no acometiese hasta tanto que recibiese segunda orden. Era el proyecto embestir el fuerte por dos partes.

Pero poseído este oficial de un intempestivo ardimiento y teniendo aquella precaución por una especie de pusilanimidad, empezó a trepar por el cerro con su cuerpo de ballesteros, hasta alojarse en el primer repecho, sin que los canarios se opusiesen. Esta inacción de los bárbaros era malicia solapada; así, apenas observaron que los españoles proseguían ufanos empeñándose en la subida, salieron de sus parapetos en tropel y, dando gritos desaforados, echaron a rodar sobre ellos troncos y peñascos tan disformes, que los derrotaron e hicieron pedazos, sin poder subir ni retirarse. La carnicería fue tal, que corría la sangre en arroyos por aquellas laderas. Miguel de Muxica y casi todos sus vizcaínos quedaron allí muertos, pudiendo creerse que ningún español hubiera salvado la vida, si Pedro de Vera, cuando tuvo noticia del desastre, no hubiese corrido a cubrirles la retirada con don Fernando Guanarteme, a quien los canarios conservaban algún respeto. [...]

47. ÚLTIMA RENDICIÓN DE LA GRAN CANARIA

Restituidos nuestros conquistadores al Real de Las Palmas, dejando atalayas y espías que avisasen de cualquier movimiento, no apartaron el pensamiento de los preparativos para la campaña próxima. El deseo de concluir aquella grande obra de la entera reducción de Canaria devoraba sin cesar a Pedro de Vera, y no se pasó mucho tiempo sin que hiciese una revista e inspección general de todas sus fuerzas, tanto de Europa como de islas. Halló que tenía más de 1.000 hombres de armas; proveyóse de las municiones, víveres y forrajes precisos y salió el 8 de abril de 1483 en alcance del enemigo, con resolución fija de morir con sus tropas, antes que volver al Real de Las Palmas sin haber sometido todo el país. Nuestro general estaba ya muy práctico en este género de

guerra, por decirlo así, de sofistería o cavilación que se hace en terrenos quebrados y montuosos.

Habían avisado las espías que el grueso de la nación canaria, compuesto de más de 600 hombres de pelea y 1.500 mujeres con sus hijos, estaba refugiado a la sazón en el fuerte de Ansite, entre Gáldar y Tirajana, bajo la obediencia y apoyo del guanarteme Bentejuí y del faicán de Telde. Así, Pedro de Vera, acompañado del obispo don Juan de Frías (que pocos días antes había llegado de Lanzarote a ser testigo de esta empresa), marchó derecho a ellos y fijó su campo a las faldas de aquel monte escarpado.

Pero entre tanto, como don Fernando Guanarteme conocía las intenciones sanguinarias del general y se condolía de la suerte que amenazaba a sus paisanos, pidió licencia para pasar a hablarles y, habiéndose acercado a ellos, no hizo otra cosa que mostrarles un semblante abatido y ahilado de muerte, en que se echaba de ver la angustia y el dolor. Los canarios por su parte levantaron también hasta el cielo la vocinglería y los sollozos, a cuyo espectáculo, esforzándose don Fernando a romper el silencio, les dijo anegado en lágrimas: —Hijos de mi corazón: yo os suplico tengáis piedad de vosotros, de vuestras mujeres y de vuestros hijos inocentes. ¿Qué pensaréis adelantar con la terquedad? ¿Es posible que todavía tenéis arrojo para ser enemigos de los españoles? ¿Sacaréis alguna ventaja de que la nación y el nombre canario se acabe? ¿Qué más tendréis con que os gobierne ese joven que habéis aclamado guanarteme, que obedeciendo al rey más poderoso del mundo? Abrid los ojos. Vosotros seréis bien tratados, libres, dueños de vuestros ganados, aguas y tierras de labranza, protegidos contra las demás potencias del mundo, ennoblecidos, doctrinados en las artes y ciencias, civilizados y cristianos, que vale más que todo.

No pudiendo resistirse a este tierno razonamiento la muchedumbre atribulada, retumbó al punto por los valles circunvecinos la algazara con que los bárbaros pedían ren-

dirse a Pedro de Vera, aquel hombre tan terrible para la nación. Todos arrojaron al aire sus magados, dardos y tabonas e, hincados de rodillas, llamaron a don Fernando Guanarteme para ponerse entre sus manos. Pero así que observaron Bentejuí y el faicán de Telde tan extraordinaria revolución, se abrazaron fuertemente el uno con el otro y se precipitaron desde la eminencia de Ansite, repitiendo la regular exclamación *¡Atis Tirma!* Se asegura que Bentejuí estaba para desposarse un día de aquéllos con la joven Guayarmina, hija de don Fernando y heredera de los estados de Gáldar.

Luego que fue serenando la conmoción, volvió este príncipe a nuestro campo, seguido de los suyos, y, trayendo del brazo a su hija Guayarmina y a su sobrina Masequera, las presentó al general dirigiéndole estas memorables palabras: —Unos isleños que nacieron independientes entregan su tierra a los señores Reyes Católicos y ponen sus personas y bienes bajo su poderosa protección, esperando vivir libres y protegidos. Pedro de Vera, el obispo, los oficiales, en fin, todo el ejército no creían lo mismo que miraban, pues es evidente que, a no haber sobrevenido en los ánimos aquella mutación prodigiosa, no se hallaban todavía los negocios en tan buen estado, y parecía preciso derramar mucha sangre antes de conseguir la última victoria.

En efecto, los canarios fueron recibidos con las más distinguidas demostraciones de placer; y, habiéndose abrazado recíprocamente ambas naciones, entonó el obispo el *Te Deum*, que prosiguió toda la tropa. Aconteció este suceso, tan deseado como glorioso para nuestras armas, el 29 de abril de 1483, día de San Pedro de Verona, por cuya circunstancia y la de llamarse Pedro el general se puso toda la isla de la Gran Canaria bajo el patronato de aquel mártir.

Del campo de Ansite, tan feliz para Pedro de Vera, se volvió nuestro ejército, seguido de muchos canarios, al Real de Las Palmas, donde se ejecutó la entrada con todas las aclamaciones y las libertades de un triunfo. Y

mientras los españoles se ocupaban en no sé qué vana admiración de sí mismos, subió Alonso Jáimez a la explanada del torreón y, tremolando el real estandarte que llevaba, dijo tres veces: —La Gran Canaria por los muy altos y poderosos Reyes Católicos, don Fernando y doña Isabel, nuestros señores, rey y reina de Castilla y Aragón. Al día siguiente se celebró en la iglesia de Santa Ana una fiesta de acción de gracias, en que dijo la misa el reverendo obispo, concluyéndola con una exhortación que pareció muy elocuente a los cristianos, y de la cual sólo entendieron los nuevamente conquistados y convertidos que ellos eran el asunto. [...]

49. REFLEXIONES SOBRE ESTE MEMORABLE SUCESO

En lo que no discrepan nuestros mejores anticuarios, es acerca de la época de la última rendición de los canarios a las armas de Castilla. Esta recomendable nación de hombre aborígenes, valientes, generosos, fieros y celosos de su libertad natural y de la independencia de su patria; este linaje de héroes atlánticos, que por tantos siglos había existido incógnito a los que con el brillante nombre de conquistadores mudaban el semblante del mundo y que estaba como escondido tras los bastidores del teatro, se vio precisado por último a ceder a la fuerza, a perder la simplicidad de sus ideas, a contraer los vicios y pasiones de la Europa y a desaparecer de la tierra confundiéndose con el resto de las naciones. El estado de los antiguos canarios era la verdadera juventud de la especie humana; y, mientras ellos se contentaron con sus cabañas rústicas y sus cuevas, mientras se ciñeron a coser con espinas sus tamarcos de pieles, a adornarse con plumas y con conchas del mar, a pintarse los cuerpos con algunos colores bastos, a defenderse con pedernales y dardos de madera, a cortar con tabonas y piedras afiladas, en una palabra, mientras fueron bárbaros,

vivieron libres, ágiles, sanos, robustos y felices del modo que es permitido serlo a los mortales. Pero, luego que la conquista vino a quitarles con la patria ese tenor y régimen de vida sencilla, degeneraron los canarios en una casta de hombres oscuros. [...]

Estas reflexiones sobre la triste suerte de los canarios, a quienes hizo casi desaparecer del mundo el trato de sus conquistadores, no hay duda se compensan superiormente con el conocimiento que adquirieron de la verdadera religión y de la moral evangélica. Sabemos que el obispo don Juan de Frías y los demás sacerdotes que a la sazón había en Canaria aplicaron todo su celo al feliz trabajo de catequizarlos, bautizarlos y confirmarlos, mientras Pedro de Vera (según asegura Jerónimo de Zurita) se ocupaba en transportar a España cuantos podía, a fin de dejar más libre el terreno y repartirle entre los nuevos pobladores. Es constante que transmigraron a Castilla más de 360 isleños y que a esto tiraban todas las máximas de la falsa política de aquel siglo. [...]

La noticia fue de mucha satisfacción para los reyes, que se hallaban en la ciudad de Vitoria. Y queriendo no sólo premiar a los conquistadores, sino también fomentar la felicidad de aquella nueva adquisición, expidieron una real cédula, dirigida a Pedro de Vera, autorizándole para que pudiese ejecutar el repartimiento de las tierras y aguas entre los oficiales, soldados y pobladores que acudiesen a ennoblecirla, todo con arreglo a la calidad, méritos y servicios de cada uno. El gobernador desempeñó esta delicada comisión a gusto de los pretendientes; y al paso que les daba los títulos, iba también distribuyendo entre ellos los niños canarios de ambos sexos, a fin de que los fuesen educando e instruyendo en la religión cristiana y buenas costumbres, a lo menos en las de los europeos. En Canaria todo se conquistaba y se repartía.

50. REPARTIMIENTOS DE TIERRAS Y AGUAS

Dado este paso y depuestas todas las anteriores ideas de destrucción, se aplicaron tanto el gobernador como el obispo a expiarlas, formando la nueva república, con todas aquellas ventajas que pudiesen hacerla el emporio de las Canarias. Conforme a este proyecto y en consecuencia de las instrucciones dimanadas del trono, se eligieron doce sujetos notoriamente hidalgos para que, en calidad de regidores, velasen sobre la política y gobierno civil de toda la isla. [...]

51. TRANSLACIÓN DE LA CATEDRAL DE RUBICÓN A CANARIA

Y como nada autoriza más un establecimiento de conquistadores cristianos que hacen servir la política a la religión como la magnificencia de los templos, la jerarquía eclesiástica y el decoro del culto, pensó desde luego el ilustrísimo don Juan de Frías poner en mayor auge su silla episcopal, trasladando la catedral de San Marcial de Rubicón de Lanzarote a la nueva iglesia de Santa Ana en la Gran Canaria, cuyos cimientos se acababan de echar en el Real de Las Palmas, que ya llamaban villa. A este propósito navegó a España dicho prelado, en compañía de algunos miembros de su cabildo, con informes favorables del gobernador Pedro de Vera y de la nobleza, que deseaban ver engrandecido y consagrado el teatro de sus hazañas por todos los medios posibles. [...]

[...] Restituido el señor don Juan de Frías con los canónigos a su diócesis, se ejecutó la translación solemne de la catedral desde Rubicón de Lanzarote (donde había subsistido durante setenta y nueve años), a la villa del Real de Las Palmas en Canaria, celebrándose la dedicación de la nueva iglesia de Santa Ana a 20 de noviembre de 1485. Cerca de 85 años después, esto es, en 1570, víspera del Corpus se comenzaron a decir los oficios di-

vinos en la última magnífica catedral, a tiempo que de la primitiva de Rubicón apenas se encontraban en Lanzarote los vestigios.

Cuando el mismo pontífice Inocencio VIII, por su bula *Orthodoxae fidei*, concedió a la corona de Castilla el patronato perpetuo de las iglesias del reino de Granada, con la provisión de todos sus beneficios, incluyó en este privilegio las iglesias de nuestras islas. [...]

Así que su santidad venía en conceder a los expresados monarcas y sus sucesores en la corona de Castilla y de León, el pleno derecho del patronato de todas las dichas iglesias, monasterios y piezas eclesiásticas que excediesen de 200 florines de oro.

Esta bula, dada en Roma a 13 de diciembre de 1486, fue mandada obedecer y cumplir por don fray Diego Deza, obispo de Palencia, en 5 de diciembre de 1502, quien dirigió un decreto al reverendo obispo de Canaria y a los demás comprendidos en ella, todo a instancias del señor Martín de Angulo, arcediano de Talavera, consejero y procurador fiscal de los señores Reyes Católicos. [...]

53. PRIVILEGIOS Y FUERO DE LA GRAN CANARIA

No atendía menos el gobernador Pedro de Vera al crédito y lustre de la isla que el obispo al resplandor de su dignidad. Hallándose en Salamanca los señores don Fernando y doña Isabel, expidieron a 20 de enero de 1487 su real cédula, por la que incorporaban a la corona de Castilla el reino de las Islas Afortunadas, de que la Gran Canaria era capital, le concedían los mismos privilegios y franquicias y le exoneraban de toda especie de pechos y alcabalas.

También tenemos entre nuestras memorias históricas el famoso fuero que dieron a la Gran Canaria, por donde debía gobernarse. Su fecha es en Madrid a 20 de diciembre de 1494. Hablan en él los reyes con el gober-

nador, concejo y vecinos de la villa de Las Palmas, y les dicen que, teniendo todas las poblaciones de sus reinos fueros y ordenanzas municipales por donde regirse, era forzoso los tuviesen también los lugares y villas recién pobladas de la Gran Canaria. [...]

En 1506 señaló el monarca el escudo de armas de que la isla debía usar: un castillo de oro en campo de plata y un león de gules o color rojo. Después se le añadieron dos mastines con una palma en medio y por orla diez espadas cruzadas.

También habían expedido los Reyes Católicos en Salamanca a 20 de enero de 1487 otra real cédula, por la que en su nombre y el de sus sucesores prometían y aseguraban a los vecinos y pobladores de la Gran Canaria que en ningún tiempo ni con pretexto alguno sería enajenada ni separada de la corona toda la isla, ni parte de ella, con término de señorío, o de otro modo, a favor de cualquiera persona que fuese, exceptuando tan solamente el territorio de que se había hecho merced al reverendo obispo para cámara de su dignidad. En 1494 confirmaron las ordenanzas que la misma isla había hecho para su gobierno municipal y policía. Finalmente, en 1515, la reina doña Juana dio a la villa del Real de Las Palmas el título de *Ciudad* y de *Noble*.

Tales son las épocas de la primera grandeza de aquella capital; y aunque a la verdad éstos no sean sino como unos puntos imperceptibles en la carta geográfica del mundo y unas noticias que se pierden entre los acontecimientos de la historia universal, no por eso deben parecer despreciables a los que, ansiosos de tener una historia de su país, encuentran arruinados los antiguos archivos, o mudos los primeros pobladores.

54. IDEA DE LA NUEVA POBLACIÓN Y PRINCIPIOS DE SU OPULENCIA [...]

"Luego que se acabó de conquistar la tierra, el gobernador Pedro de Vera envió a España y a la isla de la Madera por árboles frutales y cañas de azúcar, legumbres y todo género de ganado y de caza; y se plantaron por toda la isla muchísimos cañaverales, que luego comenzaron a dar infinito azúcar muy bueno. De forma que la isla en breve tiempo se ennoblecó y había en ella mucha caballería, tanto, que en sólo la villa de Gáldar, en un regocijo, se vieron juntos en una plaza ochenta caballeros, en muy hermosos caballos, de los linajes de Bethencoures, Vargas y Jáimez, Quintanas, Figueroas y Guzmanes, Chirinos, Aguilares, Herreras y Caravajales, Vegas, Zambranas y Sorias, Godoyes, y otros muchos, todos nobles.

"Y lo propio era en la ciudad de Telde, donde asentaron muchos caballeros y gente noble, que vinieron sin sueldo a la conquista. Y en la ciudad real de Las Palmas había casi doscientos caballeros regalados, y trataban sus personas y cosas con mucha ostentación y grandeza; acudieron muchos moradores de nuevo de diversas partes de España; y el dicho gobernador Vera hizo el primer ingenio de agua cerca de la ciudad, un cuarto de legua el río arriba que pasa por ella, que se llamaba Guiniguada. Y el alférez Jáimez de Sotomayor hizo otro que molía con caballos, en el sitio donde después fueron casas de los nobles Muxicas, Siverios y Lezcanos, hasta juntar con el monasterio de San Francisco, donde después hicieron también casas otros caballeros conquistadores, Fontanas, Vegas y Calderones, Cerpas y Padillas, Peñalosas, Pelozes y Bachicaos; y el dicho convento del señor San Francisco se comenzó entonces de los cimientos.

"Después, creciendo el número de las cañas por toda la isla, creció el de los ingenios, así de agua como de caballos, que se hicieron en muchas partes, como se parece hoy día. Particularmente en Arucas, Firgas y barranco de

Guadalupe hizo cuatro ingenios Tomás de Palenzuela; y en Tirajana y en los llanos de Sardina y en Telde hizo otros tres Alonso Rodríguez de Palenzuela, su hermano; a los cuales, y a su padre y a otros hermanos, que murieron como caballeros conquistadores, se les dieron en repartimiento dichas partes. En los ingenios de Arucas sucedió después Juan Martel, caballero francés, casado con una hija de un caballero conquistador, Santa Gadea; y en el de Telde sucedió otro conquistador, Alonso de Matos, y Cristóbal García del Castillo, también conquistador, y en Lagaete otros caballeros Palomares; y en Guía los Cairascos y Soberanis, italianos, también conquistadores y casados con hijas de tales, y se les dieron grandes repartimientos e hicieron grandes ingenios de moler cañas." [...]

LIBRO VIII

[...]

2. MUERTE DE HERRERA. SU SUCESIÓN

Sucedió este triste accidente de resultas de una enfermedad grave, a 22 de junio de 1485, en tiempo que residía en su isla de Fuerteventura. Era de edad de casi setenta años, y se mandó sepultar en el convento de San Buenaventura, de la orden de la regular observancia de San Francisco, que él mismo había hecho construir a sus expensas. [...]

Dejó Diego García de Herrera tres hijos: 1.º Pedro García de Herrera; 2.º Fernán Peraza; 3.º Sancho de Herrera; y dos hijas: 4.º doña María de Ayala, mujer de Diego de Silva, conde de Portalegre; 5.º doña Constanza Sarmiento, mujer de Pedro Fernández de Saavedra, hijo del mariscal de Zahara. Pedro García de Herrera, siendo primogénito, quedó desheredado, a causa de su dis-trainimiento. A Sancho de Herrera (que llamaron el viejo) se adjudicaron cinco partes de doce, sobre la renta y jurisdicción de las dos islas grandes de Lanzarote y Fuerteventura, con las cuatro pequeñas, Alegranza, Graciosa, Lobos y Santa Clara; a doña María de Ayala, otras cuatro partes; a doña Constanza Sarmiento, las otras tres restantes; y a Fernán Peraza, que era el predilecto y mejorado de su madre doña Inés, se le hizo asignación de las islas de La Gomera y Hierro. [...]

3. SUBLEVACIÓN DE LOS GOMEROS Y MUERTE TRÁGICA DE HERNÁN PERAZA

Los gomeros no tenían tanto cariño a Fernán Peraza como su madre. No pudiendo acostumbrarse estos intrépidos isleños a soportar el yugo de la dominación arbitraria de aquel joven, se sublevaron en este mismo año y, tomando atropelladamente las armas, le precisaron a encerrarse con su mujer, doña Beatriz de Bobadilla, y sus criados, en la pequeña fortaleza de la isla, que bloquearon. Súpose en Lanzarote la nueva conmoción. Sancho de Herrera, que era gobernador de esta isla, despachó un aviso a la de Canaria, pidiendo socorro a Pedro de Vera, quien, gozando en el país de sus conquistas de una profunda paz, determinó forzar los gomeros a que participasen del mismo beneficio. Vera, pues, acaudilló la gente que pudo y se transportó en dos carabelas; pero, apenas reconocieron los rebeldes este socorro, levantaron el sitio precipitadamente y se refugiaron en las alturas. Siguiólos no obstante, alcanzólos, desarmóles, ejecutó ejemplares castigos en los principales fautores del tumulto y restituyó a Canaria, victorioso de aquella guerra doméstica, con más de doscientos prisioneros entre hombres, mujeres y niños.

¿No parecía que esta convulsión de los ánimos debía hacer a Fernán Peraza más circunspecto y a los gomeros más sumisos? Sin embargo, se experimentó todo lo contrario; porque, luego que se retiró Pedro de Vera, volvió aquel señor a tratar a sus vasallos con tanta tiranía, que aun las personas que le eran más afectas le abandonaron. No satisfecho con la hermosura y prendas naturales de doña Beatriz de Bobadilla, su mujer, había concebido una pasión escandalosa a cierta isleña de buena figura, que tenía su habitación en las cuevas del término de Guahedum, uno de sus cortijos, donde la visitaba. Los gomeros creyeron que debían aprovecharse de esta flaqueza amorosa, que no le suavizaba las costumbres, para ejecutar la venganza que meditaban; y Pablo Hupalupu (vie-

jo muy respetado de sus paisanos) se confederó con los rebeldes de la facción de Mulagua, hasta hacerse jefe de la conjuración. Habíase visto este isleño, como forzado del mismo carácter austero de Peraza, a mezclarse en tan indignas maquinaciones. Reconvieniéndole cierto día y rogándole respetuosamente procurase tratar a sus vasallos con más humanidad, y como padre que era de todos, empezó aquel imprudente caballero a mirarle con desconfianza, y aun a calificarle de traidor. Así Hupalupu, que veía su vida en peligro, sacó sus amigos hacia una famosa peña rodeada del mar, en donde concertó con ellos el modo con que habían de sorprender a Fernán Peraza en la cueva y apoderarse de su persona.

Dentro de pocos días se descargó el golpe. Había ido Fernán Peraza a Guahedum, sin otra comitiva que la de un escudero y un paje, bajo el especioso pretexto de hacer sembrar aquel cortijo, por ser ya a fines de noviembre de 1488; pero en realidad a visitar la dama con quien vivía mal entretenido. Mandó a sus dos criados se retirasen y, entrando en la cueva, encontró a la nueva Dido acompañada de una vieja, que era de la conjuración. Luego que Hupalupu y sus confederados lo entendieron, marcharon diligentemente a Guahedum, llevando consigo a cuantos encontraban en el camino, entre los cuales era el más importante Pedro Hautacuperche, mozo de singular valor, que pastoreaba sus ganados en el territorio de Aceisele y que, siendo pariente cercano de la isleña, deseaba la ocasión de vengar la opresión de la patria y sus particulares afrentas. Hautacuperche se adelantó a los demás; pero, cuando la gomera Iballa (tal era su nombre) percibió desde la gruta el extraordinario tropel de gentes que se venía acercando, no pudo menos de recelar el motivo, y dijo a su señor muy sobresaltada: —Te vienen a prender o matar; sin duda que éstos son mis parientes y tus enemigos; toma al punto mis vestidos y sal disfrazado de mujer, para que no te conozcan.

Fernán Peraza no despreció el consejo; pero, al tomar la puerta, empezó la pérfida vieja a dar grandes voces

y a decir: —¡Éste que sale es... prendedlo, no se os escape! Entonces, sospechando Peraza el tumulto, retrocedió a la cueva y, por no morir en traje mujeril (cosa indigna de su valor y calidad), se desnudó precipitadamente; se vistió la coraza y embrazando la espada y adarga salió como un furioso a ahuyentar la tropa de rebeldes. Hautacuperche se había apostado en la parte superior de la cueva y, luego que fue saliendo su señor, le arrojó un dardo, armado de dos palmos de hierro que, habiendo caído de filo por la cabeza y el pescuezo, le traspasó de alto a bajo y le derribó muerto. De esta manera terminó la vida en la flor de su edad el homicida de Juan Rejón. También perdieron la suya peleando en su defensa los dos criados. [...]

Informada de esta catástrofe la inconsolable viuda doña Beatriz de Bobadilla hizo retirar prontamente el cadáver de su marido y, luego que le sepultaron y enjugó sus lágrimas, se encerró a toda prisa en la fortaleza de la villa con sus hijos Guillén Peraza y doña Inés de Herrera, todavía muy niños. Acompañáronla fielmente Sebastián de Ocampo Coronado, Alonso de Ocampo, Antonio de la Peña y otros domésticos y vecinos de su confianza. Los rebeldes, que habían determinado prender o matar a doña Beatriz, bloquearon inmediatamente la torre y se disponían todos los días a asaltarla. Es indecible cuánto trabajaron los sitiados en rechazar al enemigo y la presencia de ánimo que mostraron en los tiros de piedra y manejo de las ballestas con que se defendían. El asesino Hautacuperche no ejecutaba menos prodigios de valor a la cabeza de los sitiadores. Era verdaderamente asombrosa la extrema ligereza con que huía el cuerpo, o recogía entre las manos las mismas flechas que le arrojaban de la torre; hasta que Alonso de Ocampo, que quería acabar con aquel traidor, dispuso que Antonio de la Peña se apostase en lo más alto de la explanada y le amenazase desde allí con el tiro de una ballesta. Mientras Hautacuperche fijaba la atención en aquella falsa puntería, Ocampo le disparó otro ballestazo por una tronera baja,

que, hiriéndole con el pasador en el costado siniestro, le dejó sin vida. Entonces los gomeros, reconociendo la pérdida de su caudillo y sabiendo que doña Beatriz había despachado avisos de la nueva revolución al terrible Pedro de Vera, levantaron el sitio y se retiraron tierra adentro.

4. EJECUTA PEDRO DE VERA ATROCES CASTIGOS EN LOS DELINCUENTES

Indignado Pedro de Vera con la noticia de una turbación tan fatal, reclutó 400 hombres aguerridos y, dejando sus órdenes en Canaria al capitán Gonzalo de Xaraquemada, se transportó con ellos a La Gomera. Todavía halló encerrada en el recinto de la torre a la señora Bobadilla, asistida solamente de algunos isleños de la facción de Orone, que siempre se habían conservado fieles a sus amos. Y, después de los cumplimientos generales de pésame, trató de apoderarse de los reos, a fin de ejecutar en ellos los castigos que pareciesen más propios para expiar delito tan enorme. Como se habían refugiado éstos a la cumbre de Garagonache, puesto inaccesible, y recelaba Pedro de Vera que el resto del paisanaje se les juntase y se opusiese abiertamente a sus intentos, acordó publicar un bando artificioso, por el cual mandaba que todos los gomeros, sin excepción, se hallasen cierto día determinado en la iglesia parroquial de la villa, para asistir a las exequias y honras fúnebres que se habían de celebrar en ella, a la buena memoria de Fernán Peraza, su difunto señor, so pena de ser reputados por traidores y cómplices en el asesinato.

En obediencia de esta orden acudieron casi todos los vecinos de la isla, asegurados de su inocencia y de la palabra del gobernador. ¡Pero cuál sería su asombro, cuando vieron que, como iban entrando en la iglesia, los maniataban y prendían los españoles! Esta villana acción tenía mucho de mala fe para no desdorar el valor y cris-

tiandad de Pedro de Vera; bien que él, considerándose sin cuidados por aquella parte, marchó con su pequeño ejército a la altura de Garagonache, donde se habían atrincherado los rebeldes y, procurando reducirlos por medio de palabras blandas y promesas de una amnistía, olvido y perdón general, hizo tanto, que todos aquellos infelices cayeron en el lazo y se pusieron entre las manos del implacable gobernador, quien los condujo a la villa de San Sebastián con una buena escolta. A todos los vecinos de Agana, de quince años arriba, condenó a muerte sin dilación.

Esta sentencia, que debemos llamar inicua por haber comprendido a muchos inocentes, se ejecutó con inaudita crueldad. Unos fueron ahorcados, otros arrastrados, otros ahogados en el mar, otros desterrados, a otros se cortaron pies y manos. No satisfecho Pedro de Vera con semejante exceso de severidad, tomó el partido de expatriar muchas mujeres con sus hijos, para venderlos. Se asegura que un cierto Alonso de Cota, hombre villano y sin principios de humanidad, arrojó al agua algunos gómeros que llevaba desterrados a Lanzarote en una nave suya. Concluida esta justicia horrenda, propia de aquel siglo todavía de hierro, se restituyó a Canaria el jefe atroz, dejando a doña Beatriz de Bobadilla La Gomera toda bañada en sangre, pero más atónita de los castigos que sometida y obediente. [...]

11. ALONSO FERNÁNDEZ DE LUGO OBTIENE LAS CONQUISTAS DE TENERIFE Y LA PALMA

Reservaba la providencia todo el resto de la gloria en las hazañas de las últimas conquistas de nuestras islas para un hombre adornado de grandes cualidades y del verdadero mérito militar. Alonso Fernández de Lugo, originario del reino de Galicia, en la ciudad de Lugo, y de su primera nobleza, es aquel mismo que, habiendo ser-

vido, siendo de pocos años, en la guerra de Granada, donde adquirió fama de valeroso, vino después a la conquista de la Gran Canaria, en donde desde luego le hemos visto hacer el papel de uno de sus más expertos capitanes. Él aprisionó gloriosamente al guanarame de Gáldar, gobernó con reputación, en calidad de alcaide, el fuerte y guarnición de Agaete, y había recibido en premio de tan considerables servicios un repartimiento y donación de todas las tierras y aguas de aquel territorio, con un pequeño puerto bañado del mar, el más abundante en peces de todas las islas. Ninguno supo emplear mejor los primeros instantes que siguieron a la pacificación de Canaria; porque, habiendo hecho suceder al ejercicio de la guerra la inocente ocupación de la labranza, tarea más propia del hombre, plantó en su heredamiento cañas de azúcar, construyó un excelente ingenio y envió a buscar a España a su mujer, doña Beatriz de Fonseca, y a sus dos hijos, Pedro y Fernando.

Pero no podía ser de larga duración este tenor de vida filosófica, teniendo cuatro o cinco poderosos obstáculos. La costumbre, la educación, el espíritu del siglo, el genio activo que agitaba entonces la nación y, sobre todo, la bella perspectiva de la isla de Tenerife, que se presentaba diariamente a nueve o diez leguas de la morada del alcaide del Agaete, excitaba en su ambicioso corazón un deseo irresistible de arrancarla del poder de los bárbaros y de someterla a la corona, sacrificándose a esta empresa, capaz de oscurecer la fama de Pedro de Vera y de Juan de Béthencourt. Mientras Alonso de Lugo mandaba estos pensamientos y proporcionaba los medios para la ejecución, hacía algunas entradas furtivas en los parajes de la isla menos poblados, a la verdad sin otra ganancia que la de adquirir nuevas experiencias en la naturaleza del terreno y modo de pelear de los guanches. [...]

En efecto, luego que nuestro Alonso de Lugo perdió a su mujer, doña Beatriz de Fonseca (hija de Fernán Xuárez Gallinato, y hermana de la viuda de Pedro del

Algaba), tomó su partido y, habiendo dispuesto de todos los bienes raíces que poseía en Canaria, se encaminó a la corte de los Reyes Católicos, en solicitud de una merced de la conquista de las islas de Tenerife y La Palma, según se le había hecho a Juan Rejón. La ocasión de pedir esta especie de gracias no parecía a la verdad la más favorable, porque los reyes don Fernando y doña Isabel sólo meditaban en la inmortal empresa de la conquista de la ciudad de Granada, para arrojar los moros de todo el recinto de la Península, a cuyo fin, unido todo el vigor de la monarquía, se acababa de formar el sitio de aquella plaza, y entonces fue cuando acudió Alonso de Lugo a entablar su osada pretensión. Otra reina que doña Isabel no hubiera dado oídos a la propuesta; pero, nacida con las grandes cualidades de una conquistadora, no dudó mandar que se le despachase la patente de capitán general de las conquistas de Canarias, desde el cabo de Guer hasta el de Bojador, en el continente de África, bajo los pactos y condiciones insertas en el asiento de la capitulación, concluido en 1491.

Del famoso campo de Santa Fe, cerca de Granada, se trasladó el nuevo general a Sevilla y, a fin de trabajar en los preparativos necesarios para la expedición, plantó cuatro banderas de reclutas; atrajo a sus parientes y otros caballeros ilustres que, ansiosos de transmigraciones, guerras y novedades, corrieron tras la esperanza de los despojos de ganados, cautivos y repartimientos de tierras en las islas que iban a conquistar; recibió de Fernando del Hoyo, de la cámara de los Reyes Católicos y caballero de la Espuela Dorada, ciertas cantidades de dinero, y celebró con algunos mercaderes sevillanos una escritura de compañía. [...]

12. PREPARATIVOS PARA LA CONQUISTA DE LA PALMA

Como quiera que fuese, Alonso de Lugo pudo partir de Cádiz en aquel mismo año, con dos navíos bien equipados de gente, armas, alguna artillería, víveres, etc., y, habiendo surgido felizmente en Canaria, publicó por todas las islas el encargo de su expedición y el nuevo carácter de que venía revestido. Esta novedad atrajo a sus banderas otro número considerable de voluntarios, vecinos y conquistadores de ellas, a quienes los pensamientos y espíritu superior del general daban un mismo impulso. Según el plan de operaciones que éste había trazado, debían empezar las hostilidades por la isla de La Palma, país fragoso y áspero, pero menos extendido y no tan poblado como el de Tenerife. Las tropas (que una escuadra compuesta de dos navíos y una fragata de transporte condujo a la rada de Tzacorte, situada al Sud-Oeste de aquella tierra) constaban de unos novecientos cristianos, entre canarios y europeos. [...]

Ejecutóse el desembarco de la tropa el 29 de septiembre, con la mayor tranquilidad; trabajóse inmediatamente en trazar un campo sobre aquella ribera; puso el general toda la isla bajo el nombre y auspicios de su abogado el ángel San Miguel, cuya dedicación celebraba la Iglesia en aquel mismo día, y mandó edificar en su memoria la pequeña ermita que aún subsiste. [...]

14. CAPITULACIONES CON EL PRÍNCIPE MAYANTIGO Y OTROS

Tal era el carácter de la nación, a quien el general Alonso Fernández de Lugo pretendía privar de la patria, sometiéndola al imperio y yugo español. El primer príncipe de los doce soberanos de La Palma que se halló con el enemigo encima fue Mayantigo, señor de Aridane, país que comprendía a Tzacorte, y se extendía desde

Los Llanos hasta las cuevas de Amartihuya o de Herrera. El nombre del Mayantigo se interpretaba "pedazo de cielo", a causa de su índole complaciente y agradable figura.

Luego que el general Lugo hubo fortificado su campo, en donde sólo dejó una guarnición de treinta hombres, marchó con mucho orden la tierra adentro; pero esta circunspección era inútil, por la rara mansedumbre y serenidad de ánimo con que los palmeses los recibían por toda aquella comarca occidental. Debíase este buen tratamiento a la paz que cultivaban con los españoles del Hierro, cuyas ventajas habían hallado conformes a los intereses comunes; y por eso, apenas entendió Mayantigo las proposiciones que de la parte de Alonso de Lugo se le hacían, cuando las admitió. Éstas contenían cuatro artículos: 1.º que habría paz, unión, trato y amistad entre españoles y palmeses; 2.º que Mayantigo reconocería la grandeza de los Reyes Católicos y les obedecería en todo como inferior, pero que conservaría la dignidad de príncipe y el gobierno del territorio de Aridane; 3.º que así él como sus vasallos abrazarían la religión cristiana; 4.º que se les guardarían las mismas libertades y franquezas que a los vasallos españoles. Y como el general Lugo había hecho acompañar esta capitulación de algunos regalos, agasajos y promesas, se dieron prisa a ser comprendidos en ella los príncipes siguientes: Echedey, soberano de Tihuya en Tacande; Tamanca, soberano de Guehevey; Echentive y Azucuahé, de Ahenguareme. De modo que, visitando Alonso de Lugo estos ásperos cantones, los conquistaba. [...]

16. RÍNDESE GRAN PARTE DE LA ISLA Y DEFIÉNDESE OBSTINADAMENTE TANAUSÚ

Sin embargo, como la excelente disciplina que nuestro general hacía observar a su tropa, los informes favorables de los príncipes sometidos y el ejemplo que habían

dado a los otros eran las poderosas armas que hasta entonces se usaban en los rápidos progresos de la conquista, se vio que, antes que Alonso de Lugo entrase en cuarteles de invierno en su acantonamiento de Tazacorte, ya le habían rendido obediencia los príncipes siguientes: Bentacaice, soberano de Tedote, donde está hoy la capital de la isla; Atabara, soberano de Tenagua en Puntallana; Bediesta, soberano de Adehayamen en Los Sauces; Timaba, soberano de Tagaragre en Barlovento; Bediesta, soberano de Galguen en Garafía; Atogmatoma, soberano de Hiscaguan en Tijarafe; de modo que sólo quedaba por subyugar Tamausú, soberano de Eceró (que hoy llaman La Caldera, confinante con Garafía), príncipe valeroso, cuyos estados eran los más fuertes e incontrastables del país.

La pintura que hace nuestro autor de este territorio es muy oportuna para poder formar idea del embarazo en que se halló Alonso Fernández de Lugo cuando quiso allanarle. Eceró es una vasta caldera formada de una cordillera de cerros escarpados, cuyas laderas terminan en un fondo de dos leguas de diámetro, todas vestidas de palmas, dragos, pinos, laureles, retamas, leñaloe, etc. Este fondo consta solamente de una corta llanura de veinticuatro yugadas, que los palmeses llamaban Taburiente. Para entrar en esta caldera sólo hay dos pasos, ambos difíciles. El uno es el barranco, por donde descarga un arroyo con suma rapidez, y el otro, que era el más trillado, se llamaba Adamacansis. En lo interior del sitio nacen diversas fuentes que, uniéndose entre sí, forman un riachuelo, y precipitándose luego al barranco toman el nombre que los naturales le pusieron de Axerjo, esto es, gran torrente de aguas.

Después que el general hizo descansar sus tropas durante aquel invierno, y entraron los días de la primavera de 1492, se avanzó hacia los estados del príncipe Tanau-sú, conociendo que, sin reducir a su obediencia este orgulloso bárbaro, serían inútiles todos los buenos sucesos de la antecedente campaña; pero, cuando llegó a los con-

finis de La Caldera, ya Tanausú había ocupado el paso de Adamacansis, resuelto a disputarle hasta el último trance, a la cabeza de sus mejores guerreros. Aunque Lugo mandó forzar el puesto, como los isleños se habían apostado ventajosamente en todas las alturas, fueron los nuestros rechazados, y aun hubieran experimentado una irreparable derrota, si el general no hubiese tocado prontamente la retirada, abandonando a los palmeses el campo de la acción.

Al día siguiente volvió a la carga y tentó penetrar a La Caldera por el paso de Axerjo, sabiendo que, como Tanausú le había concebido inaccesible, no estaba bien guardado. Este proyecto, que tenía mucho de temerario, hubiera acaso sido absolutamente imposible, si los mismos naturales de los territorios sojuzgados no hubiesen asistido a Alonso de Lugo con su agilidad y experiencia. Estos bárbaros condujeron sobre sus hombros los principales oficiales hasta más de dos tiros de fusil, por cuyo motivo se llamó desde entonces aquel estrecho el Paso del Capitán. Pero cuando el príncipe Tanausú observó este inopinado movimiento del enemigo, procuró oponerse a su marcha, sin pérdida de tiempo, y, apostándose en un lugar importante, le defendió con tanta firmeza y buen ánimo, que no pudieron los nuestros hacerle perder un palmo de terreno en todo el día.

Sabíase que aquel intrépido jefe había jurado solemnemente no rendirse jamás a los españoles, y fue prueba de esta resolución la orden que intimó a los suyos aquella misma noche, para que todos los viejos, enfermos, niños y mujeres se retirasen para más seguridad a las cumbres de los montes circunvecinos y se alojasen en sus cavernas. Esta sabia providencia tuvo la desgracia de que, con el rigor del frío, se helaran muchas de aquellas personas, naturalmente delicadas, por lo que los palmeses, en memoria del funesto acontecimiento, llamaron dicha cumbre Aisouragan, esto es, lugar en donde se helaron las gentes.

Viendo, pues, el general Lugo que sus tropas, por la mayor parte inexpertas, iban perdiendo la constancia en tan arduos y horribles precipicios y que los isleños se mostraban cada día más arrogantes, tomó el partido de la negociación, al cual debía la conquista del resto de La Palma, y determinó despacharles un mensajero, en quien concurrían las circunstancias más proporcionadas al fin. Juan de La Palma era un isleño que, de seis meses a aquella parte, seguía fielmente el campo de los conquistadores, porque, habiéndose bautizado, les servía de práctico, de intérprete y aun de espía secreta de cuanto sucedía en el recinto de la patria. Todavía concurría en su persona otra cualidad más sobresaliente para la comisión, y era la de ser pariente muy cercano del príncipe Tanausú. Las instrucciones que le dio el general contenían aquellos mismos artículos que habían ratificado los otros soberanos del país: reconocer a los Reyes Católicos, ser conservado en su dignidad y posesiones y profesar el cristianismo.

Con todo eso, Juan de La Palma sólo pudo conseguir de su deudo Tanausú esta respuesta: Que ante todas cosas evacuasen los españoles sus estados, sin cuyo preliminar no daría oídos a ninguna suerte de condiciones; que, luego que se hubiesen retirado, pasaría con sus vasallos al término de Aridane, y, campando en la Fuente del Pino, se abocaría con Alonso de Lugo y tratarían de los capítulos de paz más convenientes. Este general, no pudiendo conservar sus tropas en los desfiladeros de Eceró, quiso dar a Tanausú una prueba de la sinceridad de sus intenciones, desalojando de aquel paraje y marchando con ellas a Aridane. Mas, habiéndole sobrecoigido aquella misma noche la sospecha de que quizá el bárbaro no obraba de buena fe y que después que viese desocupado el sitio faltaría al cumplimiento de su palabra, acordó dejar en Ademacansis parte de sus fuerzas en emboscada, a fin de que cortasen la retirada a Tanausú, en caso que sobreviniese cualquiera acción.

17. BATALLA DECISIVA QUE PONE FIN A LA CONQUISTA DE LA PALMA

Amaneció el día 3 de mayo y, observando nuestro general que los enemigos no aparecían, formó el resto de sus tropas en columna y retrocedió a La Caldera. Pero a pocas horas de marcha ya los encontró que se acercaban muy unidos y con demasiada circunspección. Había dado motivo a esta reserva la novedad que hacían los españoles de retroceder con tanto ceño, y añaden que, recelando los bárbaros algún malicioso designio. [...]

El combate estuvo algunos minutos indeciso, hasta que, habiendo sobrevenido de refresco el cuerpo de españoles que estaba en la emboscada de Adamacansís, experimentaron los isleños una considerable derrota. Tanausú fue hecho prisionero, después de haber visto caer muertos a su lado todos sus mejores vasallos; y una victoria que reducía la isla de La Palma a la corona de Castilla, ¿con qué satisfacción la celebrarían los nuestros? El general Lugo acordó que, para perpetua memoria del día en que sus armas habían conseguido tan ilustre suceso, se intitulase la capital de aquella tierra Santa Cruz, cuyo nombre retiene todavía. [...]

Ejecutóse esta deseada conquista en el espacio de siete meses y cinco días, pues, habiendo tenido principio a 29 de septiembre de 1491, se terminó en 3 de mayo de 1492, según la cronología que seguimos. [...]

Habiendo, pues, transportado Alonso de Lugo sus tropas a Canaria en tres bajeles, sólo dejó en La Palma la guarnición que estimó precisa para mantener en el país de su conquista la tranquilidad y sumisión. [...]

22. APORTA A LAS CANARIAS EL PRIMER DESCUBRIDOR DE LA AMÉRICA

Pero lo que más inmortalizó la gloria del rey Fernando fue la célebre escuadra que Alonso de Lugo, restituido ya de La Palma, vio surgir ese año en el Puerto de la Luz de la Gran Canaria, y después doña Beatriz de Bobadilla, en el de La Gomera. [...] En este descubrimiento de la América deben representar sin duda las Canarias un gran papel. Cuantos han leído la historia de las revoluciones del mundo saben que el conocimiento de nuestras islas, su conquista y su fama sirvió como de antorcha para abrir los ojos a los hombres de ingenio y allanar el camino a otros descubrimientos y navegaciones occidentales. [...]

Todos saben que se hizo a la vela desde el cabo de Palos de la Villa de Moguer, el 3 de agosto de 1492, con tres embarcaciones y ciento veinte hombres entre marineros y soldados.

Ésta era la famosa escuadra que el general Alonso Fernández de Lugo vio arribar a la Gran Canaria el día 11 del referido mes. Aquí puso Colón a "La Pinta", una de sus tres naves, el timón que se le había rendido en el golfo, y mudó la vela latina de "La Niña" en otra redonda. Y, habiendo permanecido en Canaria veinte días enteros, salió a primero de septiembre, y el día 4 entró en la bahía de La Gomera, su antiguo domicilio, donde refrescó su aguada, reemplazó los víveres, entró leña y, reforzando el equipaje con algunas gentes del país, siguió su navegación el 7. He aquí el feliz meridiano de donde partió aquel héroe para descubrir el 11 de octubre la primera tierra del nuevo mundo, teatro preparado para las ilustres hazañas de los isleños de Canarias, a quienes está la América en la mayor obligación.

No dejaba Colón de tener bastantes presentimientos de esto y, por tanto, jamás hizo viaje a aquella vasta parte del globo, sin que tomase puerto en nuestras islas. En su segunda expedición, que ejecutó con diecisiete embar-

caciones en 1493, avistó el 2 de octubre la isla de Canaria, y el 5 entró en la de La Gomera, donde no sólo tomó gente, aguada y las provisiones de boca necesarias para continuar su destino, sino también simientes, plantas, vacas, cabras, ovejas, puercos, gallinas, etc. De forma que, como notó Antonio de Herrera, de las Canarias salió la primera raza de estos vivientes de que está la América tan cubierta en el día. Colón salió de La Gomera el 7 de octubre del mismo año.

En 1499, día 10 de mayo, volvió a visitar esta isla por la tercera vez y, como aquí supo que cierto corsario francés acababa de apresar dos carabelas españolas sobre sus costas, salió a darle caza y las recuperó felizmente. De la isla de La Gomera pasó el almirante Colón a la del Hierro. Entonces fue cuando, deseoso de emprender nuevos descubrimientos, destacó tres de sus navíos a la isla Española y con los restantes tomó desde El Hierro el rumbo hacia el Oeste. Finalmente, Cristóbal Colón volvió cuarta vez a Canaria, en cuyo puerto surgió el 19 de mayo de 1502.

LIBRO IX

1. PREPARATIVOS PARA LA CONQUISTA DE TENERIFE

Los preparativos que hacía don Alonso Fernández de Lugo para llevar la guerra a Tenerife y despojar a los guanches del corto país que la naturaleza les había señalado no podían ser más prósperos. España debía a sus combates de más de setecientos años contra los sarracenos (los mismos que habían poblado, pulido y enriquecido en mucha parte la Península) aquella planta tan fecunda de hombres activos que, haciendo sus delicias y única profesión de las armas, concluida la grande obra de la entera expulsión, buscaban nuevos teatros en donde continuar sus ejercicios militares. Se pudiera decir que la isla de Tenerife se conquistó en Granada. Las reclutas que para esta empresa se hicieron casi todas se componían de soldados que habían acreditado su valor en aquel sitio. [...]

2. PRIMER DESEMBARCO. CAMPAMENTO DE SANTA CRUZ

Como quiera que sea, habiendo salido de Canaria el 30 de abril de 1493 el armamento del general don Alonso Fernández de Lugo, compuesto de más de mil soldados de infantería y ciento y veinte de a caballo, a bordo de quince bergantines, bien pertrechados de víveres,

artillería, ballestas y demás armas que se usaban en aquel tiempo, echaron las áncoras en el puerto de Añaza a las seis de la mañana del día siguiente. Cualquiera que hubiese visto salir a tierra a nuestro general a la cabeza de sus tropas, con una gran cruz de madera entre los brazos, y que a pocos pasos la fijaba en la arena, adorándola con la mayor humildad y reverente devoción, no pensaría sino que aquél era un ángel de paz que venía a Tenerife únicamente a predicar el evangelio y la mansedumbre cristiana; pero se engañaría. Alonso de Lugo era un conquistador.

Algunos de los guanches más atrevidos intentaron inquietar a los españoles en su desembarco, trabando con ellos una ligera escaramuza; pero, como eran corto número, se les hizo retirar prontamente. Pero después el general, que había trazado en aquella ribera su campo, dispuso que don Fernando Guanarteme, acompañado de los setenta canarios de su parentela, marchase sin pérdida de tiempo a captar la benevolencia del mencey de Anaga, en cuya jurisdicción residían. Esta diligencia no fue infructuosa. Beneharo dio palabra de conservar una perfecta neutralidad, si bien, como luego veremos, Bencomo le hizo apartar de estos pensamientos cobardes.

Al mismo tiempo, Gonzalo García del Castillo, del orden de Santiago y capitán de la caballería, habiendo salido a batir el terreno y tomar lengua, penetró hasta la vega de La Laguna (llamada entonces Aguerre, y que pertenecía a los dominios de Tegueste), en donde apresó algunas manadas de ovejas que los pastores habían abandonado luego que descubrieron al enemigo. Viana asegura que entonces sucedieron aquellas famosas vistas del religioso de Santiago, Gonzalo del Castillo, y la princesa Dácil, hija de Bencomo de Taoro, que tuvieron por término el matrimonio. Porque, como este gallardo español, encantado de la amenidad de un sitio tan frondoso, que los naturales reputaban por el paraíso de su tierra, se divirtiese en admirar la agradable sensación de frescura del bosque y el susurro que hacían las fuentes,

pareciéndole que él era el primer hombre que había penetrado hasta allí, pudo ver a la hermosa princesa, que hubiera quedado prisionera, a no haber sido socorrida prontamente de los suyos. [...]

La festividad de la Invención de la Cruz se celebró el 3 de mayo, en el campo del puerto de Añaza, con una simplicidad memorable. Bajo de una gran tienda cubierta de ramos de laurel y construida en el mismo sitio donde estaba enarbolada la cruz que había traído a tierra el general Lugo, se erigió un altar adornado de flores y yerbas olorosas, sobre el cual celebró la misa el canónigo Alonso de Samarinas, que oficiaron fray Pedro de Cea y fray Andrés de Goles, religiosos agustinianos, otros dos franciscanos y algunos eclesiásticos seculares. Desde este día se intituló Puerto de Santa Cruz aquella ribera.

3. VISTAS DE LOS EUROPEOS Y GUANCHES CERCA DE LA LAGUNA

El 4 de mayo salió de sus alojamientos todo nuestro ejército y se avanzó hacia la vega de La Laguna. Ya había marchado casi una legua de mal camino, cuando volvieron los batidores, diciendo que en la espesura del inmediato bosque se descubría un considerable cuerpo de isleños que se acercaba exhalando silbos y gritos espantosos. En consecuencia de este aviso, dispuso nuestro general que las tropas hiciesen alto en el repecho, donde se edificó después una ermita a Nuestra Señora de Gracia, advirtiéndole que nadie soltase las armas de la mano. Serían las nueve de la mañana cuando los guanches llegaron a la vista de nuestro ejército.

En efecto, desde que Quebehí Bencomo, mencey del reino de Taoro, entendió, por medio de Sigofne, uno de sus capitanes de más cuenta, que en las playas de Añaza se hallaba surta una numerosa escuadra de europeos, de donde habían desembarcado caballos y armas de fuego, tuvo tagóror o consejo, en el cual se acordó que mien-

tras se proporcionase una junta, a que debían asistir los nueve menceyes de la isla, pasase Bencomo, escoltado de cuatrocientos hombres, a saber de la boca del mismo jefe de las tropas extranjeras cuál era el designio de su visita. [...]

El general Lugo le despachó inmediatamente a Guillén Castellano y otros dos intérpretes, para explorar sus intenciones; pero Bencomo les advirtió dijese a su jefe que, si acaso había venido con sus guerreros cristianos a fin de ratificar la amistad que en otro tiempo habían pactado ambas naciones, fuesen muy bien venidos; pero que, si su entrada era con aquel mismo perverso ánimo con que los piratas europeos solían ejecutar tantas extorsiones en las islas, se retirasen prontamente. Los diputados le propusieron de parte de su general los tres artículos que siempre se habían propuesto a los demás príncipes canarios: 1.º La paz y amistad con los españoles. 2.º La profesión del cristianismo. 3.º La fidelidad y obediencia a los señores Reyes Católicos, quienes recibirían la isla bajo su augusta protección, conservarían la entera libertad a sus habitantes y les harían grandes mercedes.

Bencomo respondió a lo primero que ningún hombre que no estuviese ofendido de otro podía rehusar el beneficio de su amistad, y, por tanto, que él admitiría con gusto la de la nación española, con tal que al punto evacuasen todo el país y se contentasen con tomar, en cambio de sus efectos, cualesquiera frutos y producciones de él. A lo segundo, que los guanches no tenían todavía idea clara de lo que se llamaba en Europa religión cristiana, por lo que le parecía razón que, hasta haberlo examinado bien, no se les debía instar a que la abrazasen ciegamente. A lo tercero, que los menceyes de Tenerife no habían conocido jamás la vileza de sujetarse ni obedecer a otros hombres como ellos. [...]

5. ALIANZA DEL MENCEY DE GÜÍMAR CON LOS CRISTIANOS

Este famoso bárbaro (que había heredado de su padre, con la corona, una ciega adhesión al partido de nuestros europeos, inspirada por el memorable cautivo Antón, ermitaño de la antigua imagen de Nuestra Señora de Candelaria); este bárbaro, digo, se vino al campamento de Santa Cruz, en donde estaba el ejército de los cristianos, que había retrocedido de la laguna de Agüere. Porque luego que el general Lugo reconoció la firme resolución de los guanches de defender la patria, la gallardía de sus personas, la ferocidad de sus ánimos y la altanería de su modo de pensar, temiendo hallarse acometido de muchos millares de bárbaros, si penetraba más adentro, se restituyó a Añaza y ejercitó sus gentes, ya en la construcción de una torre que les sirviese como de ciudadela y ya en abrir algunos pozos que supliesen la falta de agua dulce de aquel terreno, naturalmente árido.

Aquí, pues, llegó Añaterve de Güímar, después de haber marchado a lo largo de la costa del mar, con una escolta de seiscientos vasallos suyos. [...] Así, luego que se les sirvió un refresco, se concluyó entre Añaterve y el general cierto tratado de alianza, por el cual se obligaba aquel príncipe: 1.º A reconocerse vasallo de los señores Reyes Católicos. 2.º A bautizarse en habiendo oportunidad. 3.º A contribuir a los españoles un subsidio de gente, cebada, ganado, quesos, etc. 4.º A no acceder jamás a la liga de Taoro. Con efecto, apenas Añaterve volvió a sus estados, empezó a dar cumplimiento a los empeños contraídos, enviando a los conquistadores quinientas cabezas de ganado cabrío, cantidad de cebada y gofio, con algunos quesos y odres de leche.

6. MEMORABLE BATALLA DE ACENTEJO

Es a la verdad muy notable no sólo la profunda inacción en que se conservó el ejército de los cristianos por todo el resto del año de 1493, sino también la suma tranquilidad con que los príncipes isleños se redujeron a nada más que a velar sobre las fronteras de sus respectivos territorios. Todas las operaciones de esta campaña manifestaban una recíproca timidez. Las entradas que nuestros españoles hacían en diferentes partidas y piquetes por los territorios de Tegueste y Anaga se dirigían únicamente a robar algunos ganados y forrajear. De esta manera se pasó el tiempo durante los acantonamientos de aquel invierno, que había sido extremadamente rígido, hasta que, entrando la primavera de 1494, se movieron las tropas y se avanzaron hacia la vega de La Laguna, en donde se alojaron de nuevo, sin que los naturales les inquietasen. La Laguna, en aquellos tiempos, en que no se le había dado todavía desagüe y en que los aluviones y avenidas de los cerros circunvecinos no habían elevado su lecho, era un hermoso lago, cubierto por muchas partes de un espeso bosque, entre cuya variedad de árboles sobresalían las mocaneras y los madroños, y a cuya frescura acudían diferentes bandas de aves africanas y del país. Así, cuando el general Lugo dio orden para decampar y penetrar la tierra adentro, no dejaron los soldados aquellos afortunados sitios sin gran dolor, pronóstico funesto del desastre que les esperaba.

Nuestro ejército tuvo el arrojo de encaminarse hacia Taoro, con el intento de atacar a Bencomo en sus propios estados, considerando que, si se conseguía rendir a un príncipe tan valeroso, sería fácil subyugar a los demás. Pero al transitar por Los Rodeos (tierras del reino de Tacoronte), no dejó de temer el general Lugo que este mencey, auxiliado de los de Anaga y de Tegueste, le acometiese con todo el grueso de sus milicias, que no bajaban de tres mil hombres: y, si no sucedió así, fue porque los bárbaros se estuvieron inmóviles, en consecuencia

del plan que habían trazado, y quisieron más ponerse en estado de cortar a los españoles la retirada, en caso que sobreviniese la derrota que se prometían.

Entre tanto, teniendo Bencomo noticias positivas del movimiento del enemigo y que se iba avanzando a su corte, acordó que su hermano Tinguaro (uno de los guerreros más famosos de Tenerife) marchase por lo alto del monte con trescientos guanches, toda gente escogida, y se apostase en emboscada sobre el barranco de Acentejo, mientras él, con el resto de sus vasallos, le esperaba en La Orotava a pie firme.

Las tropas españolas mostraban en todo menos prudencia que los bárbaros. Habiendo transitado por Acentejo, en donde no encontraron otros víveres que unas manadas de ganado sin pastores, efecto todo de la astucia de aquellos naturales, se desmandaron algunos soldados para recogerle y otros se adelantaron hasta dar vista al gran valle de La Orotava, que los guanches llamaban Arotava. Pero, reflexionando entonces el general Lugo que el profundo silencio en que hallaban un país tan poblado podía ser indicio de alguna mala estratagema, tuvo la circunspección de mandar retirar su gente, con orden de retroceder al campamento de la laguna de Aguerre, satisfecho de haber recorrido aquella porción de la isla y de haber hecho un botín tan considerable de ganado.

Ya entraban desordenadas nuestras tropas por el barranco de Acentejo, cuando el príncipe Tinguaro y los suyos (que se habían emboscado en aquel intrincado pago, rodeado todo de precipicios, cubierto de arboleda y erizado de peñascos frágiles) salieron de tropel y, exhalando horribles silbos y alaridos, cerraron y se echaron sobre ellas a manera de bestias salvajes. Sobrecogidos los españoles, no supieron qué hacer. Veíanse oprimidos por todas partes de unos enemigos resueltos que volaban sobre los riscos más ásperos. Veíanse en el fondo de un áspero precipicio, donde les era imposible usar de los caballos ni aun formarse en escuadrón para defenderse. Veíanse, en fin, embarazados con el mismo ganado que

conducían y que empezó luego a descarriarse. El primer impulso fue el de huir precipitadamente; pero, dando entonces el general Lugo grandes voces, para animarlos a que hiciesen frente a los bárbaros, consiguió, aunque con algún trabajo, que se uniesen entre sí. [...]

El estrago que los guanches hicieron en los conquistadores será eterno en la memoria de cuantos habitaren nuestras islas; y el nombre de La Matanza de Acentejo, un monumento infausto de aquella sangrienta batalla. Los bárbaros emplearon en ella a satisfacción sus dardos y banotes de tea, que traspasaban las adargas más duras, y las piedras rollizas, que partían todos los escudos más fuertes. Causaba horror la lluvia de peñascos y troncos que hacían rodar sobre los cristianos, quienes morían a tres y cuatro de un solo golpe. Todos los desfiladeros del barranco se tiñeron de sangre y se cubrieron de miembros desunidos. El general Lugo, viéndose acosado de los isleños, que le distinguían de los demás por un vestido rojo que llevaba, tuvo la advertencia de cambiarle con el de Pedro Mayor, y este buen soldado la gloria de morir en lugar de su jefe, a manos de diez guanches, no sin haber hecho sentir su muerte a cuatro de ellos que dejó malheridos en el campo.

Había ya dos horas que duraba la refriega, cuando sobrevino el rey Bencomo a concluir la obra de la destrucción de los españoles, con tres mil hombres de retén. Es tradición común que, habiendo encontrado este príncipe a su hermano Tinguaro descansando sobre una colina y que miraba tranquilamente el combate, le reprehendió su indiferencia, pero que aquel bárbaro le respondió: —Yo he desempeñado la obligación de capitán, que es vencer; aguardo aquí a que mis soldados cumplan con la suya, que es matar y recoger el fruto de la victoria que les he dado.

Engrosadas de este modo las fuerzas enemigas, fue la carnicería y mortandad más considerable entre los nuestros. El general Lugo corre arrebatado de ira tras Bencomo, que andaba con una espada en la mano; hiérole

en el pecho; pero Sigóñe, capitán valiente y denodado, viendo maltratado a su príncipe, arroja a nuestro general una piedra con tanta fuerza que, aunque sólo le alcanzó al soslayo parte de una mejilla, le hizo saltar algunos dientes. Todavía no había vuelto Alonso de Lugo del desmayo que le ocasionó este dolor, cuando se halló rodeado de cincuenta guanches y vio muerto su caballo debajo de sí sin tener a su lado otro defensor que a su sobrino Pedro Benítez, llamado *el Tuerto*.

Entonces fue cuando, habiendo invocado al arcángel San Miguel, según Viana, o a la Virgen de Candelaria, que se le apareció en el aire, según el padre Gándara, se oscureció repentinamente la atmósfera con un nublado tempestuoso y se empezaron a sobrecoger los isleños de no sé qué terror pánico imprevisto. La verdad es que los pocos cristianos que se salvaron de esta batalla no consiguieron retirarse sino por una especie de prodigio. Treinta güimareses auxiliares socorrieron al general y le sacaron del choque sobre un caballo. Lope Hernández de la Guerra, que estaba maltratado con dos heridas y muchas contusiones, fue llevado por sus tres sobrinos atravesado sobre otro. Finalmente, cuantos fugitivos escaparon de la derrota partieron por los montes de La Esperanza y salieron al campo de La Laguna, de donde bajaron a curarse de sus heridas al cuartel de Santa Cruz. Es constante que, si se hubiesen retirado por el camino de Los Rodeos, hubieran caído sin remedio en manos de los guanches de Tacoronte, que los esperaban al paso.

Otra partida de treinta españoles, que en Acentejo habían tenido modo de retirarse por el barranco abajo, aunque perseguidos de un cuerpo de quinientos isleños, se alojaron en cierta cueva que divisaron en lo alto de una colina, donde se atrincheraron y defendieron con vigor. La noche suspendió los ataques en que los guanches se empeñaban, bien que continuaron el bloqueo, esperando volver a la carga con el día, lo que hubieran ejecutado sin darles cuartel, a no haberse compadecido Bencomo de

su triste suerte. La generosidad alternaba en aquellos bárbaros con la fiera. El mencey les despachó a Sigöñe, con orden de que les prometiese en su nombre la libertad y la vida, si, abandonando el puesto, entregaban inmediatamente las armas. No pudieron oír los españoles, sin enternecerse, tan benigna proposición, y, fiándose de la real palabra, se rindieron gustosos. Cuando comparecieron en presencia de Bencomo, fueron recibidos con indecible afabilidad. Este príncipe mandó se les diese bien de comer, y los restituyó a nuestro general, escoltados de cien guanches taorinos, al mando del capitán Sigöñe. [...]

Tales fueron las consecuencias de la memorable batalla de Acentejo. Estas islas no han visto a la verdad más sangriento desastre, pudiendo decirse que los guanches nos vendieron cara su libertad. La refriega duró más de tres horas, muriendo en ella seiscientos españoles y trescientos isleños de Canaria. De las doscientas personas que se salvaron de nuestro ejército, no hubo una que no saliese herida. Hasta este día se llama aquel famoso sitio La Matanza, en donde hay una población que retiene su nombre; y en el fondo del referido barranco se hallaban hasta estos últimos tiempos muchos huesos humanos, piezas de algunas armas y monedas de oro. [...]

7. SOCORRE AÑATERVE DE GÜÍMAR EL CAMPO ESPAÑOL

Mientras el rey Bencomo recibía en la Aroutava la enhorabuena de su distinguida victoria, Añaterve de Güímar, a fuer de buen aliado, enviaba al consternado campo de Santa Cruz 300 vasallos suyos con un refresco de ganado, cebada, gofio, queso y leche. Traían estos guanches orden de su soberano para dar a don Alonso de Lugo el pésame por la desgracia de sus armas y ofrecerle algunas hierbas medicinales para las heridas de los soldados. Pero parece que no puede caber en el corazón hu-

mano la acción indigna y bárbara que nuestros autores atribuyen en esta ocasión al general de la conquista. Era menester haber perdido todos los sentimientos de honor, de probidad y de gratitud, para que este caballero cometiese el atentado de haber hecho pasar artificiosamente a bordo de una de sus naves a los güimareses, mandando al patrón de ella soltase las velas y los llevase a vender a Cádiz y Sevilla.

Si esta infidelidad (que se dice pareció a los Reyes Católicos tan disonante, que hicieron poner aquellos guanches en libertad), si esta infidelidad, digo, fuera cierta, no hay duda merecieron nuestros conquistadores el desastre de la matanza de Acentejo, y que debían haberse avergonzado mucho más de esta villanía que de aquella derrota; pero no es de creer. Y Antonio de Viana, lejos de hacer memoria de semejante perfidia, entra en una relación circunstanciada de los regalos que el general Lugo remitió al rey de Güímar en remuneración de sus buenos oficios. Ni es verosímil que este príncipe bárbaro conservase buena correspondencia con los cristianos, si hubiese recibido de ellos insulto tan monstruoso.

8. ATACAN LA TORRE DE SANTA CRUZ LOS ANAGUESES

Lo cierto es que don Alonso Fernández de Lugo no se hallaba en estado de atraerse nuevos enemigos, en un país donde los 200 hombres que se habían librado de la muerte se veían invadidos a cada instante. Todavía tenían abiertas las heridas aquellos bravos oficiales que más se señalaron en la batalla de Acentejo, cuando embistieron el campo de Santa Cruz 400 guanches del reino de Anaga, mandados por Jaineto, isleño valeroso. Comenzó este furioso sitio en primero de junio. Jaineto montó repetidas veces al asalto del torreón, donde se habían hecho fuertes los españoles; pero, habiéndose éstos defendido con entero vigor, rechazaron siempre a los bárbaros,

y les mataron hasta 160, de cuyo número fue el mismo Jaineto. Los nuestros no perdieron más de tres hombres. Y como los guanches se vieron sin su jefe, trataron de levantar el sitio y de retirarse con gran celeridad.

9. RETÍRANSE LOS CONQUISTADORES A CANARIA Y HACEN NUEVOS PREPARATIVOS

Libres así nuestros conquistadores de este último aprieto, se entregaron en aquel intervalo de descanso a diferentes reflexiones, todas melancólicas. Veíase don Alonso de Lugo en un país poblado de hombres muy difíciles de domar y que sabían defenderse con denuedo y constancia. Veíase sin gente, sin caudales ni víveres. Faltábale toda esperanza de socorro para adelantar la conquista. En estos términos, hizo juntar sus oficiales y les rogó deliberasen sobre lo que convenía resolver. El parecer de la parte más sana fue que se abandonase por entonces la guerra de Tenerife; que se retirasen todos a la Gran Canaria, para rehacerse de las fatigas de aquella campaña infeliz, y que en esta isla se buscasen los subsidios precisos de dinero, para reclutar tropa y aprontar un nuevo armamento, capaz de invadir a los guanches con alguna superioridad. En consecuencia de este dictamen, se embarcaron los españoles a 8 de junio de 1494, y surgieron en el Puerto de La Luz.

Si el general Lugo tuvo algún consuelo en estas circunstancias, fue la suerte de encontrar en la Gran Canaria una nueva compañía de comercio, establecida por Guillermo Blanco, Francisco Palomares, Mateo de Viña y Nicolás Angeloti. Estos cuatro famosos y nobles negociantes de Génova entraron en los partidos ventajosos que les hizo nuestro conquistador; y, habiendo ofrecido hacer lo que el célebre comerciante Jacob Coeur en Francia para conquistar la Normandía, esto es, ser los principales armadores de una nueva expedición a Tenerife, confirieron sus poderes a Gonzalo Xuárez de Maqueda, vecino del Puerto de Santa María, para que en España

formase asiento con algún señor de vasallos, a fin de levantar 600 hombres de armas y 50 caballos. Las condiciones de este tratado, concluido en 13 de junio de 1494, fueron que, rebajados los costes del armamento, se dividirían por mitad los cautivos, ganados y demás despojos que se tomasen, siendo una de estas partes para los asentistas y la otra para la gente de guerra. [...]

10. SEGUNDO DESEMBARCO EN TENERIFE. BATALLA DE LA LAGUNA [...]

Este socorro, compuesto de unas tropas floridas y animadas del verdadero pundonor, fue recibido del general Lugo y de los compañeros de sus ideas militares con las mayores demostraciones de gozo; y como ellos no habían estado tan ociosos en aquella isla, que no hubiesen alistado bajo sus banderas algunas compañías de canarios y otras de gomeros, majoreros y lanzaroteños, con beneplácito de doña Inés Peraza, viuda de Diego García de Herrera, se dispuso la segunda invasión a Tenerife y se ejecutó el desembarco por el puerto de Santa Cruz, el 2 de noviembre del mismo año. La primera diligencia, después de haber adorado la cruz antigua que todavía se conservaba cerca de la ribera del mar, fue la de reparar y fortificar el torreón que habían demolido los guanches, a cuyo abrigo el ejército, que constaba de 1.100 hombres de infantería y 70 caballos, volvió a trazar su campo. Mientras los europeos hacían tantas diligencias, a fin de vengarse del valor de aquellos isleños y someter a sus armas todo el país, los mismos bárbaros aceleraban su propia ruina con sus disensiones domésticas. Bencomo, que debía ser mirado de los demás menceyes con los respetos del defensor más acérrimo de la patria y primer apoyo de la nación, se había hecho, después de sus victorias, tanto más aborrecible cuanto se había hecho más digno de temer; de manera que los príncipes occidentales de la isla, animados del influjo de Añaterve de Güímar,

no acertaban a considerarle sino como a un tirano feliz. [...]

Los isleños, presuntuosos con la memoria de la gran victoria de Acentejo, considerándose nación dominante y mirando a los cristianos como a unos locos cansados de vivir, corrieron a las armas por todas partes. Bencomo expidió inmediatamente sus órdenes para que se juntasen en la vega de La Laguna de Agüere, donde había resuelto formar su plaza de armas, a fin de poder incomodarlos más de cerca. [...]

En consecuencia de esta noticia tuvo el general Lugo un consejo, en el cual opinaron unánimemente sus oficiales que el ejército debía decampar a la medianoche, para no ser visto de los isleños y poder ganar el desfiladero sin oposición, hasta avanzarse más adentro. Así se ejecutó. Nuestras tropas (habiendo dejado en la torre de Santa Cruz a don Fernando Guanarteme con la correspondiente guarnición) se pusieron en movimiento la noche del 13 de noviembre con el mayor silencio y siguieron su marcha, de forma que una hora antes del día habían ya ganado la cuesta, y al amanecer estaban junto a la ermita de San Cristóbal, en donde se ve en el día una cruz de piedra.

Cuando entendió Bencomo esta novedad, quiso desahogar su ira contra las centinelas y mandó que su gente saliese prontamente a recibir al enemigo, presentándole la batalla. Nada le parecía a aquel ilustre bárbaro tan seguro como la nueva derrota que se lisonjaba padecerían los europeos y, con la mira de hacerla más sangrienta, destacó de su ejército un cuerpo de 400 hombres, al mando del famoso Sigofne, que debía apostarse en el confluente de los dos barrancos que descargan en la costa de Santa Cruz, a fin de cortarles la retirada, como había sucedido en la de Acentejo. [...]

Así la acción se hizo indispensable, y el general, después de haber animado a sus españoles, dio la señal del ataque con un tiro de pistola y las palabras Santiago y San Miguel. La primera descarga de la mosquetería y ba-

llestas hizo un horrible estrago en la vanguardia de los guanches; pero éstos, dando espantosos silbos, oscurecieron luego el cielo con las piedras, dardos de tea, rajas de pedernal y demás armas arrojadizas, de que usaban con maravillosa destreza.

Ambos ejércitos llegaron a las manos, poseídos de un coraje indecible. La confusión y horror de la batalla se hizo general; y, cubriéndose el campo de cadáveres de las dos naciones combatientes, se mantuvo por dos horas la victoria indecisa. Los guanches que peleaban moviéndose rápidamente hacia todas partes y formando mil remolinos y avenidas, hubieran quizá conseguido mayores ventajas, si a este tiempo no hubiese llegado don Fernando Guanarteme con los 40 canarios de su parentela. Porque inflamado su corazón con las nuevas que tuvo de la refriega, movió su gente al campo de Santa Cruz y, marchando vivamente, a pesar de la oposición de Juan Benítez y Fernando del Hoyo, que se habían apostado en la cuesta para impedirlo, se abrió paso y sobrevino tan oportunamente, que este socorro empezó a declarar la victoria contra los guanches.

En efecto, los bárbaros se fueron retirando insensiblemente hacia la espesura del bosque de La Laguna, hasta que, reflexionando Bencomo que no podía rehacer su gente ni volver a la carga, marchó con los suyos de tropel, abandonando el campo a los nuestros, quienes cantaron la victoria. Fernando de Trujillo, que había arrebatado de la mano al guanche Tigaiga una bandera española (trofeo de la batalla de Acentejo), no cabía en sí de placer. A este tiempo el príncipe Tinguaro, que en aquella jornada había obrado prodigios de valor, huía malherido por la falda arriba del risco de San Roque, defendiéndose con una alabarda que había ganado en la de Acentejo, contra siete soldados de a caballo que obstinadamente le seguían. [...]

Con efecto, fue tan señalada esta victoria, que sólo perdieron los cristianos 45 hombres, cuando habían perecido más de 1.700 isleños. El mencey de Tacoronte salió he-

ruido de la refriega, y Bencomo sobre los brazos de los guanches. Así confesaba Alonso de Lugo que jamás había visto pelear sus tropas con tanto valor, ni había hallado en los bárbaros mayor resistencia. Se refiere que estando éstos inocentemente persuadidos de que el estrago que producían las ballestas sólo consistía en el estallido de los pasadores o bodoques, así que los recibían, los volvían a tomar entre las manos y los tornaban a arrojar contra los españoles, imitando con la boca el mismo estampido, por lo que fue raro el español que no salió maltratado de esta función. [...]

12. MODORRA DE LOS GUANCHES

Todos los historiadores de la conquista de Tenerife se han hallado en la precisión de hablar de la singular pestilencia que vino como al socorro de nuestras armas, y de imitar a Tucídides en las guerras del Peloponeso. Pero si este famoso escritor griego entró en una descripción elegante y circunstanciada del contagio de Atenas, los nuestros no nos dicen, ni aun cuáles eran los síntomas de la que ellos llaman *modorra de los guanches*.

No hay duda que esta plaga epidémica que se experimentó a fines de 1494 y que hizo sus mayores estragos en los reinos de Tegueste, Tacoronte y Taoro pudo haber sido efecto de la corrupción de los cadáveres de los muertos en la batalla de La Laguna que, alterando el aire, le cargaron de miasmas venenosas. Porque como los guanches no enterraban los difuntos, sino que los secaban al calor del sol, después de haberles extraído las entrañas, era natural que todos estos hálitos introducidos en los vivientes por medio de la respiración causasen una enfermedad pestilente. Añadíase a esto el exceso de frío y humedad que reinó en todo aquel invierno, puesto que en enero de 1495 no hubo un día en que no lloviese. Así es de presumir que la referida epidemia, de que murieron tantos guanches, consistía en fiebres malignas

o agudas pleuresías (achaque a que el clima es propenso), las que terminaban en una letargia mortal o sueño veternoso que llamamos *modorra*. [...]

17. VICTORIA DE LOS CRISTIANOS EN ACENTEJO

Lope Hernández de la Guerra aportó en fin a Santa Cruz, el día primero de diciembre, con una carabela en que venían las provisiones tan deseadas. Es imposible formar una idea cabal del vigor que infundió este socorro en los ánimos; y queriendo aprovecharse el general Lugo del actual fervor, preparó su gente para emprender una marcha hasta buscar en el reino de Taoro a los enemigos, y la hizo decampar el 24 del mismo mes. Nuestro ejército se encaminó por las fronteras de Tacoronte sin la menor oposición; y, habiendo dejado atrás el memorable barranco de La Matanza, hizo alto y se atrincheró en las llanuras de Acentejo.

Pocas horas después salió Lope Hernández de la Guerra a caballo, a fin de descubrir el gran valle de La Ortava o Aroutava y explorar toda aquella comarca vecina. Habría caminado casi dos millas, cuando de entre una espesura de árboles, situados hacia el lugar de Santa Úrsula, le salieron al paso y le acometieron quince guanches, dando horribles silbos. Observando Guerra que aquel paraje era a la verdad peligroso, al punto dio de espuelas a su caballo y procuró irse retirando hasta sacar los bárbaros, que siempre le seguían, a un sitio más llano, en donde, revolviendo impetuosamente sobre ellos, dejó muertos seis a pistoletazos, y ahuyentó con su lanza a los demás. Entre éstos se le rindió uno que se halló atropellado bajo sus pies, y habiéndole llevado prisionero a la presencia del general, declaró que Bencomo a la cabeza de cinco mil isleños se aparejaba para atacar el campo español al día siguiente muy temprano, después de

haber dividido sus guerreros en dos trozos, mandado el uno por Acaimo, mencey de Tacoronte.

En consecuencia de esta noticia dispuso don Alonso de Lugo que toda aquella noche se mantuviesen sus tropas sobre las armas. Era Nochebuena, y se había derramado por el campo cristiano tan extraordinaria alegría y confianza en el patrocinio de la Madre de Dios y del arcángel San Miguel, que en honra suya encendieron muchas hogueras. A la medianoche celebró las tres misas uno de los religiosos que seguían nuestro ejército; confesó y comulgó a la mayor parte los oficiales y soldados y, habiéndoles hecho una plática elocuente, les animó a la batalla contra los infieles, que al mismo tiempo se estaban animando a combatir contra sus opresores.

En efecto, considerando los reyes de Taoro, de Anaga, de Tacoronte y de Tegueste que los extranjeros se iban apoderando insensiblemente de la isla; que la guerra, la pestilencia y la escasez les privaba de mucho número de vasallos, y que sólo les quedaba el recurso de reunir el resto de sus fuerzas y defender a todo trance la moribunda libertad, se habían determinado a probar la última fortuna, presentando una batalla a los españoles.

Todavía no empezaba a rayar la aurora, cuando llegaron a la vista los dos ejércitos. Y observando el general Lugo que los guanches marchaban en dos cuerpos, hizo la misma división en sus tropas, de modo que, reservando para sí el mando de las unas, encomendó la conducta de las otras a Lope Hernández de la Guerra. La acción se empeñó inmediatamente con una furia tan memorable, que con ser que nuestros españoles ejecutaron un horrible estrago en los isleños, no cesaban después de admirar la rara valentía, la desesperación y el ahínco con que aquellos hombres indisciplinados pelearon en esta función. La refriega duró cinco horas o, por mejor decir, duró hasta tanto que, viéndose Bencomo con un brazo muy mal herido y entendiendo que Acaimo tenía también un muslo traspasado de una bala, reflexionó que era inevitable la derrota de su gente y la mandó repasar el

Barranco Hondo y retirarse a la Aroutava con toda diligencia.

Los españoles victoriosos, lejos de inquietarlos en su fuga, se hincaron todos de rodillas en el mismo campo de batalla y entonaron en acción de gracias el *Te Deum*. Y como en la boca de los soldados no resonaba entonces otra cosa que *Victoria, Victoria*, ofreció el piadoso don Alonso de Lugo erigir en aquel feliz sitio una iglesia, dedicada a Dios, bajo la advocación de la Reina de los Ángeles, con el título de Victoria, quizá a fin de borrar con este glorioso trofeo la trágica memoria del conflicto de La Matanza, cuyo monumento quedaba en el mismo territorio de Acentejo. En esta batalla de La Victoria murieron casi dos mil guanches, no habiendo perecido sino sesenta y cuatro de los nuestros. Es tradición que el príncipe Badeñol, hermano del mencey de Tacoronte, perdió la vida a manos de Pedro Benítez de Lugo.

Habiéndose mantenido los vencedores durante nueve días en el país de Acentejo, ocupados en curar sus heridos y dar sepultura a los muertos, retrocedieron al real de Santa Cruz. En todos tiempos se ha criticado a don Alonso Fernández de Lugo este inopinado retroceso; y no hay duda que debe parecer un fenómeno militar el poco uso que aquel conquistador hizo de una victoria tan señalada, dando margen a que se dijese de él lo que de Aníbal, esto es, que sabía vencer pero no aprovecharse de la victoria. [...]

18. CONTESTACIONES CON LOS ARMADORES DE LA CONQUISTA. SOCORROS DEL DUQUE DE MEDINA-SIDONIA

Sin embargo, sabemos que cuando don Alonso de Lugo repitió sus instancias a la compañía de asentistas, para que remediasen la penuria de víveres que volvía a amenazar sus tropas, le redarguyeron éstos su demasiada inacción, y satisficieron a los requerimientos y protestas

que Juan de Sotomayor y Bartolomé Estupiñán les hacían ante Gonzalo García de la Puebla, escribano de la isla de Canaria, diciendo que era constante no haber faltado a los conquistadores ocasiones muy favorables para terminar aquella empresa, pero que las habían malogrado todas, inclinados siempre a una afectada lentitud; que en el año antecedente habían acudido casi dos mil hombres de las islas vecinas, y que no habían querido emplearlos en las operaciones de la campaña; finalmente, que los armadores estaban imposibilitados de suministrar los socorros que se les exigían para una conquista interminable, de que no sacaban provecho. Por tanto, considerando el general Lugo y el capitán Estupiñán que estas contestaciones, que habían acalorado los ánimos, no producirían ningunas buenas consecuencias, enviaron a España a Alonso de la Peña en calidad de diputado, para que, instruido el duque de Medina-Sidonia del estado de la conquista, se sirviese continuar su protección como hasta allí, apoyándola con algún socorro de víveres. El duque no se negó a ello y mandó que con la brevedad posible se despachase a Tenerife una embarcación con treinta barriles de harina, veinticuatro fanegas de garbanzos, sesenta quintales de bizcocho, veinte toneles de vino, ochenta arrobas de aceite, etc., cuyos comestibles aportaron a últimos de mayo a la rada de Santa Cruz, bien que nuestro ejército no abrió la campaña hasta primero de julio.

19. PENETRAN LOS ESPAÑOLES HASTA EL VALLE DE LA OROTAVA

Esta marcha, que se emprendió por las faldas de los montes de La Esperanza, se ejecutó sin haber encontrado otro obstáculo en todo el camino que los cadáveres de los guanches que perecían a violencias de la modorra. No pudieron nuestros oficiales dejar de penetrarse entonces de un horror compasivo, al observar que la mitad de aquellos cuerpos estaban devorados por unos perros

pequeños del país, que los isleños llamaban *canchas*; porque, como estos animales no hallaban qué comer, se habían cebado en los difuntos, y aun se arrojaban como rabiosos a los vivientes, de forma que los guanches, cuando viajaban, solían trepar a los árboles para ponerse al abrigo de sus nocivas mordeduras.

De La Esperanza se avanzó nuestro ejército hasta Acentejo, en donde hizo noche, y encaminándose al día siguiente hasta el valle de La Orotava, entraron las tropas españolas por la primera vez en aquel país delicioso. Esperaban éstas que los guanches, como parecía regular, se opusiesen a los progresos de su marcha; pero era tan profundo el silencio que reinaba en todo el contorno, que nuestro general no paró hasta apostarse a las faldas del gran cerro de Taoro, en donde, trazando un campo ventajoso, fijó su real. Nació aquel silencio de que, como Bencomo empezaba a respetar seriamente nuestras armas, había desamparado su palacio al primer aviso que tuvo del movimiento de las tropas extranjeras y, seguido de los menceyes de Anaga, de Tegueste, de Tacoronte y de Zebensuí, se había salvado con el grueso de sus vasallos sobre la cumbre de Tigaiga, dejando centinelas en todas las demás alturas.

Establecidos los españoles en su campo, recorrían desde allí todo aquel valle impunemente, hasta tanto que, habiéndose aventurado los príncipes guanches a bajar de las cumbres de Tigaiga, se acercaron a la cabeza de sus vasallos, el 24 de julio, y se apostaron dos tiros de mosquete más abajo del real de los cristianos. Esta famosa posición de ambos ejércitos dio desde entonces nombre a aquel territorio. De manera que el paraje en donde estaban los conquistadores se llamó Realejo de Arriba, y el que ocupaban los guanches, Realejo de Abajo. Véase aquí la etimología de los pueblos que en aquellas partes retienen ambos nombres.

20. RENDICIÓN DE LA PARTE PRINCIPAL DE TENERIFE

Toda la referida noche, que era víspera de Santiago y San Cristóbal, recelosas nuestras tropas de alguna sorpresa de los isleños, la pasaron sobre las armas, doblando las espías y circunvalando el campo con grandes hogueras, costumbre que se ha perpetuado en Tenerife. Luego que rayó la aurora del día 25, observaron los guanches atentamente la aventajada disposición con que estaba fortificado nuestro real, el semblante de confianza que ostentaban los soldados y la resolución en que estaban de no salir de sus trincheras. [...]

Conociendo la necesidad de ceder a la fuerza, convinieron en que se enviasen diputados al real de don Alonso de Lugo, para que, haciéndole algunas proposiciones de paz, se alcanzasen las condiciones más suaves y capaces de hacer soportable la sumisión que prometían. Transportado de gozo el general Lugo a vista de estos enviados, no pudo dejar de recibirlos con extraordinaria afabilidad; y, habiéndoles oído atentamente, les respondió que, como Bencomo y sus aliados le rindiesen sin la menor demora la parte de la isla que dominaban y le ayudasen a rendir la restante, les conservaría a todos la libertad y les señalaría tierras para el sustento de la vida. Bien entendido que habían de abrazar en el bautismo la religión cristiana y portarse como buenos y fieles vasallos de los Reyes Católicos, sus señores.

Bencomo, Beneharo, Acaimo, Tegueste y Zebensuí, con todos los próceres de la nación, aceptaron las condiciones inevitables; pasaron el barranco que separaba ambos Realejos y se acercaron a los cristianos, bañados en llanto y temblando visiblemente al dar un paso tan violento al corazón humano, cual era el de abandonarse a la merced de unos forasteros armados. [...]

Apenas se divulgó por nuestro campo la agradable noticia de la inopinada rendición de la parte más considerable de la nación guanchinesa y la feliz conclusión de

la paz por que suspiraban, no hubo español que no se esmerase en hacer toda suerte de buen acogimiento a los bárbaros. Los convites, los regalos de ropa de vestir y los juegos en que ambas naciones hicieron alarde de su destreza y habilidad duraron muchos días en los Realejos; a cuyo tiempo, saliendo de sus impenetrables escondrijos las personas del otro sexo, manifestaron la satisfacción que recibían con la humanidad, brío y galantería de sus conquistadores. Tampoco Añaterve de Güimar tardó mucho en descender por las cumbres de Taoro, acompañado de una considerable comitiva de güimareses; y, entrando en el real de los cristianos, ejecutó la ceremonia de someter solemnemente su reino, su persona y las de sus vasallos al dominio del monarca español. Estos tlascaltecas de Tenerife, que como los de Méjico sirvieron a la conquista de su patria, se prometían sin duda grandes premios; pero a la verdad vivieron despreciados y murieron pobres.

21. ACABAN DE REDUCIRSE LOS MALCONTENTOS [...]

Mientras que estas y otras partidas destacadas de los Realejos recorrían los valles y montañas circunvecinas, a fin de obligar a los guanches forajidos a presentarse al vencedor, otros cuerpos más gruesos, combinados con los isleños obedientes, se internaban en los reinos de Icod, Daute, Adeje y Abona, sin dar cuartel ni dejar respirar mucho tiempo a los naturales. El conocimiento práctico que los guanches amigos tenían del terreno y del modo de pelear de sus paisanos contribuyó infinito a los rápidos y maravillosos progresos que hicieron nuestras armas en los meses de agosto y de septiembre; así, aunque los naturales disputaban a palmos el terreno y se defendían con notable vigor, sus mismas pérdidas les fueron abriendo los ojos en orden al considerable yerro que habían cometido en no haberse confederado con Bencomo.

Prueba de ello fue que, habiéndose juntado en Icod, Pelicar, mencey de este reino; Pelinor, de Adeje; Romen, de Daute, y Adxoña, de Abona, no pudo menos Romen de manifestarles en el tagóror o consejo las siguientes verdades:

1.º La imposibilidad de resistir a los españoles y al resto de los guanches conjurados para hacerles la guerra sin piedad. 2.º La grave desventura que les amenazaba, de ser reducidos a cautiverio y vendidos como bestias de carga. 3.º El ejemplo de los otros cinco menceyes de Tenerife, que, siendo más poderosos, se habían sujetado al yugo de los conquistadores. 4.º Finalmente, la obligación natural que todos tenían de mirar por la vida de sus hijos y sus mujeres, alcanzando del vencedor condiciones que mirasen a la conservación de su libertad y demás franquezas.

Estas reflexiones, juntas al tedio de la guerra y mal semblante de los negocios públicos, no dejaron de parecer a los menceyes tan cuerdas como sólidas; pero sucedió que, habiéndolas propuesto cada soberano a sus vasallos respectivos, aunque la parte más sana las abrazó, no faltaron algunos patriotas que, escandalizándose de ellas, levantaron fuertemente el grito para decir que perderían la vida antes que entregarse a sus enemigos ignominiosamente. Sin embargo, al día siguiente, que era el 29 de septiembre, salieron de Icod los cuatro reyes al frente de los súbditos más bien intencionados que quisieron seguirles y se encaminaron a los Realejos.

Cuando se tuvo noticia en nuestro campo de que un cuerpo de los guanches meridionales se acercaba por puntos, hubo un sobresalto universal; pero se convirtió en placer, luego que cuatro isleños, diputados de parte de los cuatro príncipes, pedida audiencia al general Lugo, le manifestaron sus intenciones. Lugo, poseído del júbilo más imponderable, salió con sus oficiales a recibirlos.

22. SON PROCLAMADOS EN TENERIFE LOS REYES CATÓLICOS [...]

Después que los menceyes rindieron en manos de don Alonso la obediencia a los señores Reyes Católicos, prometiendo recibir el santo bautismo, y que don Alonso ofreció con juramento guardarles las mismas franquezas y libertades que a los vasallos españoles, sin permitir que ninguno fuese llevado cautivo, los abrazó con la más expresiva afabilidad y mandó publicar un bando, para que todos sus soldados tratasen a los guanches como a ciudadanos y amigos que iban a habitar juntos en un mismo país y a formar un solo cuerpo de nación.

Este interesante suceso, que coronaba felizmente la obra de la conquista de Tenerife y de todas las islas Canarias (en cuya empresa había casi un siglo que se trabajaba con ardor), no podía dejar de ser muy grato para el jefe que adquiría tan distinguido triunfo y para los nobles conquistadores que habían tenido tanta parte en sus glorias. [...]

23. ERÍGESE LA IGLESIA DE SANTIAGO EN EL REALEJO. BAUTÍZANSE LOS REYES GUANCHES

Llegó la noticia de tan importante acontecimiento a la corte, que a la sazón estaba en la ciudad de Burgos, en octubre del mismo año, y queriendo los reyes remunerar los brillantes méritos y servicios de don Alonso de Lugo, según habían capitulado con él en el asiento de la conquista, le hicieron merced por entonces del empleo de gobernador y justicia mayor de las islas de Tenerife y La Palma, durante los días de su vida, con poder y facultades bastantes para repartir por sí solo sus tierras y aguas entre los conquistadores y pobladores, y para admitir o expulsar del país cualesquiera personas. Estas dos

reales cédulas fueron expedidas en la referida ciudad de Burgos, a 5 de noviembre de 1496. [...]

Entre tanto no estaban los conquistadores ociosos. Habían ofrecido a Dios edificar en la parte del Realejo de Arriba una iglesia bajo la invocación del apóstol Santiago, en memoria de la reducción del rey Bencomo, conseguida el 25 de julio, y se aplicaron inmediatamente a construirla con la magnificencia que la edad y el tiempo permitían. De manera que ésta fue la primera iglesia parroquial que vio Tenerife, y la memorable fuente bautismal en donde recibieron el carácter de cristianos los nueve reyes guanches, con los demás neófitos de la nación. Bencomo de Taoro recibió el nombre de Cristóbal; Beneharo de Anaga, de Pedro de los Santos; Añaterve de Güímar, de Juan de Candelaria; Pelinor de Adeje, de Diego; Acaimo de Tacoronte, de Fernando; Tegueste, el nombre de Antonio; Romen de Daute, el de Gonzalo; Adxoña de Abona, el de Gaspar; Pelicar de Icod, el de Blas Martín; el príncipe Gueton, de Francisco Bueno; la princesa Guacimara, el nombre de Ana; y la princesa Dácil, que casó con Gonzalo García del Castillo, se llamó doña Mencía.

Con los nombres iba también cambiando de aspecto todo el país; porque, olvidándose don Alonso de Lugo de sus terribles títulos de conquistador y general, sólo tenía presente que debía ser fundador y gobernador de una nueva república, en donde, después de formarse varios cuerpos de sociedad, se había de promover la agricultura, introducirse la industria, establecerse la policía y animarse la población. [...]

27. PRESENTA DON ALONSO DE LUGO A LOS REYES CATÓLICOS LOS GUANCHES VENDIDOS

Por este mismo tiempo, si creemos a nuestros historiadores, o poco antes, había pasado también a España

el general y gobernador don Alonso Fernández de Lugo, con la mira de presentar al pie del trono los nueve reyes rendidos en la toma de Tenerife y de hacer personalmente a sus altezas una relación circunstanciada de la isla y de la serie de sus victorias. Acompañábanle en este viaje todos aquellos militares que no quisieron establecerse en el nuevo país. A la sazón estaba la corte en la villa de Almazán. Don Alonso mereció de los monarcas una audiencia particular, en que les presentó sus cautivos. [...]

28. LAMENTABLE EXTINCIÓN DE LA NACIÓN GUANCHINESA

Cuantos se interesan por la antigua nación de los guanches y quisieran ver subsistente con algún lustre la estirpe de aquellos soberanos para monumentos de una varonía noble, venerable y original no podrán dejar de sentir que en esta parte fuese tan injusto el modo de pensar de nuestros primeros pobladores y colonos. [...]

Tenemos demasiadas pruebas del horror con que los europeos miraron a los guanches y de la extrema miseria a que éstos se hallaban reducidos, en los capítulos de instrucción que en 1532 entregó el ayuntamiento de Tenerife a Rodrigo Núñez de la Peña, su diputado a la corte. Allí se encuentra uno, relativo al establecimiento de una santa hermandad conforme a las que había en España, a fin de contener a los isleños. "Otrosí (decía) suplicamos a V. M. haya remedio en los continuos hurtos e robos de ganados e colmenas e otras cosas del campo, que se facen en esta isla; porque, como la tierra es demasiadamente fragosa, los naturales de ella e de estas otras islas comarcanas son muy ligeros e usados de andar por los riscos e asperezas e peñas, por donde los castellanos les es imposible andar; y ellos se hacen señores de todos los ganados y los comen e matan de ellos los que quieren más que los dueños. Los vecinos no los pue-

den sufrir y en ninguna manera la justicia los puede prender. Así, los dueños de los ganados de esta isla querían que hubiese en ello justicia e hermandad, conforme a la hermandad vieja de Toledo e Ciudad Real”.

El P. fray Alonso de Espinosa, que escribió cien años después de la conquista de Tenerife, asegura que los pocos guanches que quedaban en el país estaban ya enteramente mezclados con los europeos y se conservaban acantonados en los lugares de Candelaria y Güímar, por respeto a la sagrada imagen de Nuestra Señora, que siempre habían celebrado en calidad de naturales. Y en otra parte añade que no había podido recoger alguna noticia más exacta de las costumbres de los antiguos habitantes de Tenerife, a causa de que los guanches ancianos eran tan cortos y encogidos, que no las querían divulgar, pensando cederían en menoscabo o descrédito de su nación. [...]

30. DE LOS REPARTIMIENTOS DE TENERIFE Y SUS REFORMAS

Para ésto se habían asociado cuatro sujetos de la mayor integridad, a quienes confirió sus poderes. Estos árbitros tasadores de la fortuna de sus conciudadanos hicieron (si estamos al cómputo de Núñez de la Peña) novecientas noventa y dos donaciones. Los principios de economía que siguieron fueron cuatro: 1.º Distribuir las tierras de regadío por suertes pequeñas. 2.º Dar algunas de secano a centenares. 3.º Tener en más consideración a los conquistadores que a los simples pobladores, y a los de a caballo que a los soldados de infantería. 4.º No excluir de este beneficio a los naturales de las islas. Pero como, a pesar de este desinterés, no podían faltar malcontentos, determinó la corte que el licenciado Juan Ortiz de Zárate pasase en 1506 a la isla de Tenerife, para que, en calidad de juez reformador de las tierras y aguas,

hiciese un nuevo examen, capaz de sosegar el espíritu de los vecinos.

Este reformador, que tuvo poco que reformar, señaló el tiempo de su encargo confirmando las asignaciones que de las dehesas comunes habían hecho para pasto de los ganados el Adelantado y regidores, en 7 de septiembre de 1501. El licenciado Lope de Sosa, que fue gobernador de Canaria, juez de residencia de las islas de La Palma y Tenerife, y noble y generoso señor según el formulario de aquella edad, también tuvo en 1509 el carácter de reformador de las referidas donaciones y fingida deidad de tieñras y aguas, si es que pudo merecer el nombre de reforma la simple aprobación de las adjudicaciones, ya hechas. [...]

33. CASAMIENTO DEL ADELANTADO CON DOÑA BEATRIZ DE BOBADILLA. VIOLENCIAS DE ESTA SEÑORA

Sea lo que fuere de aquella retirada del adelantado, lo que sabemos es que hizo viaje a la isla de La Gomera, donde se desposó con doña Beatriz de Bobadilla, viuda del malogrado Fernán Peraza. A la verdad, era su principal designio pedir a doña Leonor de Herrera y Ayala, hija de los referidos señores, para don Pedro Fernández de Lugo, su hijo y sucesor, pero, habiendo hallado el adelantado a la famosa viuda todavía joven y amable, empezó el vulgo, naturalmente maligno y envidioso, a murmurar sin reserva de la conducta de ambos. Y siendo Francisco Ruiz de Castañeda uno de los vecinos que se había explicado con mayor libertad, le hizo venir doña Beatriz a su presencia a medianoche y le arrestó. Ruiz de Castañeda confesó su imprudencia; pero no pudo salvar la vida. Aquella mujer poderosa e irritada le mandó ahorcar de una viga de su propia casa, y el cadáver amanejó pendiente, el siguiente día, de una palma que estaba en la plaza fronteriza.

Esta tragedia, que había llenado de escándalo todas las islas, no podía repararse sino con el pronto casamiento del adelantado y doña Beatriz. Luego que se efectuó, se trasladaron ambos a Tenerife, dejando el gobierno de La Gomera a cargo de Fernán Muñoz. Pero como Sancho de Herrera, señor de la isla de Lanzarote y tío del conde don Guillén, pretendiese que la tutela de este joven le pertenecía por el mismo hecho de haber pasado a segundas nupcias doña Beatriz, su madre, hubo modo de formarse un partido en La Gomera y aun de ganarse la voluntad del gobernador Fernán Muñoz. Semejantes tramas no podían conservarse secretas. Doña Beatriz, que se instruyó de ellas por medio de algunos avisos, no perdió tiempo; embarcóse una noche en una chalupa, pasó las siete leguas de travesía con treinta hombres y amaneció en su casa, amenazando al mundo.

Cuando Fernán Muñoz oyó que su señora no le daba otro nombre que el de traidor, quedó fuera de sí. En vano hizo todas las protestas posibles de fidelidad e inocencia; en vano encarecía cuánto le calumniaban sus enemigos; todo fue inútil; y doña Beatriz, discípula de Pedro de Vera, que no había pasado el mar a deshora sino a fin de saciar su ira, al punto le mandó ahorcar en la plaza pública, volviendo inmediatamente a Tenerife. Esta crueldad en un sexo naturalmente suave y compasivo y este atropellamiento despótico en un pequeño señorío de una corta isla del mar Atlántico, era digno de horror. [...]

34. DIFERENCIAS DEL ADELANTADO Y DON GUILLÉN PERAZA

Entre tanto, el adelantado gobernaba aquel señorío y había nombrado por su lugarteniente, para las apelaciones criminales, al bachiller Aparicio Velázquez. Pero don Guillén Peraza, que se creía en edad competente de tomar posesión de sus estados hereditarios, y lo deseaba,

no cesaba de repetir las más vivas instancias, a fin de que, procediendo de buena fe, le hiciese su padraastro entrega de ellos. Sin embargo, este caballero, o picado de alguna secreta ambición o movido de sus miras políticas, procuraba excusarse, pretextando que don Guillén era todavía muy joven y, por consiguiente, falto de aquel juicio, circunspección y habilidad que exige el arte difícil de gobernar unos pueblos inclinados a sacudir el yugo. Semejantes repulsas no podían menos de mortificar demasiado el espíritu impaciente del conde de La Gomera, mayormente cuando había muchos aduladores que hacían mérito de envenenar las intenciones del tutor. Asegurábanle que el designio de éste no era otro que quitarle del medio a fin de que la sucesión del señorío recayese en doña Leonor de Herrera, su hermana, mujer de don Pedro de Lugo, quien también descendía por hembra de Guillén de las Casas, padre de los primeros señores propietarios de las islas.

En estas circunstancias llegó el adelantado a La Gomera, y Alonso de Ocampo (buen hombre y buen vasallo, que amaba cordialmente a don Guillén Peraza, su señor) determinó servirle de un modo que manifestaba mucha grandeza de alma. Convocó sus amigos, alentólos y, habiendo aprontado una chalupa en el puerto con los remeros necesarios, se entró en la casa del adelantado de tropel y, con las más atentas modales, le suplicó procurase hacer a los gomeros la gracia de ponerlos bajo el gobierno de su legítimo señor, y a don Guillén Peraza, la justicia de establecerse en la absoluta posesión de sus dominios territoriales.

Pero viendo que el adelantado se obstinaba en no dar oídos a esta pretensión, alegando algunas razones que a nadie convenían, tomó Ocampo otro tono de voz y le dijo: —Pues, señor adelantado, o embarcarse sin pérdida de tiempo, o disponerse para morir aquí. En el puerto está pronta una buena chalupa; en ella podéis transportaros a Tenerife, pues que, por lo que mira a La Gomera, entended que toda ella clama por su dueño legítimo.

Considerando entonces el adelantado la fuerza de esta resolución y, acordándose que estaba en La Gomera, donde era aborrecido, se halló en la necesidad de ceder más bien a la violencia que a la razón y, poniendo a don Guillén Peraza en pacífica posesión de su estado, se volvió a Tenerife, que valía más que La Gomera. [...]

36. PRIMEROS PROPIOS Y ARBITRIOS DE TENERIFE [...]

No por eso dejó de aplicarse bastante al cuidado de mejorar la policía de Tenerife y de establecer arbitrios y propios que administrasen su concejo. Había comprendido muy bien que un país no es verdaderamente rico sin estos fondos públicos, y que el destino natural de sus rentas es promover la universal comodidad de los pueblos, no sólo en la composición de caminos, conducción de aguas, abertura de puertos, fortificación de sus plazas y sustentación de los vecinos que acuden a los rebatos por causas de enemigos o incendio de los montes, sino también en el fomento de las manufacturas y de las fábricas, en los salarios de las personas que sirven a la república, en los públicos regocijos, reales exequias, etcétera. [...]

El adelantado, el mencionado gobernador Lope de So-sa, el teniente Cristóbal de Lebrón y los regidores, en consecuencia de las órdenes del rey, habían señalado desde el año de 1512 todos los montes y montañas al Norte y Sur de Tenerife, para que su concejo tuviese facultad exclusiva de exportar y vender la madera, leña y tablazón que juzgase a propósito. Este pensamiento contenía la ruina del país, y se pasó por él. Creían aquellos primeros pobladores que los espesos bosques que hallaron en la isla no llegarían jamás a talar-se, y que bastaría haber tenido la débil precaución de acotar los montes de Tahodio y Abimarge, en beneficio de las fuentes. Pero su política se engañó. No previnieron ellos que el sordido interés de exportar las maderas de los barbusanos,

pinos y palosblancos; que el corte de los árboles para la construcción de naves y edificios; que el consumo de leña para los ingenios de azúcar, calderas de destilar, cocinas, utensilios domésticos y aperos de labranza; que las rozas para el cultivo de las tierras, para la fábrica de carbón y para la extracción de la pez o brea de los pinos, sobre la cual se echó un impuesto de diez maravedís por quintal; y, señaladamente, que el abuso de las licencias, el daño de los ganados, la casualidad de los incendios y otras causas, siempre subsistentes y destructivas, habían de acabar por último con la admirable frondosidad de los montes de Tenerife, como veremos en su historia natural.

Todos estos propios de la isla, a que posteriormente se fueron agregando los derechos sobre los pastos de los ganados de forasteros; las abejas y las colmenas salvajes; las salinas de la ribera del mar; la resina de los almácigos y otras despreciables economías que sólo referimos porque ellas nos instruyen de la pobreza de aquellos tiempos; todos estos propios, digo, no compusieron nunca un fondo de consideración, hasta que se estableció el estanco y renta del jabón, en 1515, y se le fueron asignando las vastas suertes y porciones de tierra labrantía que posee el cabildo en las inmediaciones de la ciudad de La Laguna y en las caletas y dehesas de La Orotava y Buenavista. Pero sin anticipar esta parte de nuestra historia, volvamos a las negociaciones de Pedro de Vergara en la corte. [...]

40. REFLEXIONES SOBRE EL GOBIERNO POLÍTICO DE LAS ISLAS

No se puede observar sin asombro este fondo de celo por la causa pública y esta fertilidad de recursos para emprender obras que exigían grandes gastos. Cuando, por una parte, se considera la notable pobreza del país, la cortedad de sus producciones y lo reducido de su comercio; y, por otra, la fundación de tantos pueblos, la erec-

ción de tantas iglesias y monasterios, la composición de tantos caminos, la conducción de muchas aguas, la abertura de tantas tierras novales, el establecimiento de ciertas manufacturas y el plantío de tantas haciendas de viña y de ingenios de azúcar, no podremos dejar de confesar la superioridad de nuestros predecesores en orden a la aplicación a un trabajo seguido y decir que su constancia en los pensamientos, su admirable unión en los dictámenes y su inclinación al amor patriótico fueron virtudes que se debieron sin duda a su extrema moderación, frugalidad y conformidad de intereses.

Es una buena prueba de aquella sólida conducta el gran cuidado que ponían en no fiar los negocios fundamentales de la provincia a la adversa o favorable suerte de los agentes en la corte. Así vemos que casi todos los expedientes se promovían entonces por medio de un diputado de honor y calidad, que pasaba personalmente, con el carácter de mensajero y que solía volver al cabo del año, cargado de cédulas y reales provisiones. En 1520 nombró a este efecto el cabildo de Tenerife a su regidor el famoso Andrés Xuárez Gallinato, hijo de Pedro del Algaba (aquel desgraciado antagonista de Juan Rejón), sobrino del adelantado y continuo del rey. Y este caballero fue quien obtuvo en Medina de Rioseco la confirmación de los propios del ayuntamiento; la facultad de formar un nuevo código de ordenanzas relativas al gobierno económico de la isla; de conceder licencia para sacar de ella el sobrante de trigo, que hacía entonces el primer ramo de su comercio; de que se mandase guardar por la justicia en el ayuntamiento la mayor parte de los votos, y de que éste se compusiese solamente de ocho regidores; providencia cordata que miraba a la conservación del lustre e incorruptibilidad del cuerpo. [...]

44. MUERTE DE DON ALONSO FERNÁNDEZ DE LUGO. SU ELOGIO. SU SUCESIÓN

Los principios del año de 1525 se señalaron en las islas con la muerte de su adelantado don Alonso Fernández de Lugo, que terminó el curso de sus días en la ciudad de San Cristóbal de La Laguna y fue sepultado honoríficamente en la nave de la iglesia de San Miguel de las Victorias, convento de religiosos de San Francisco, de la que había sido fundador. La capilla mayor, en cuya fábrica, según el padre Quirós, se experimentaron infinitos milagros, no estaba todavía concluida; pero dejó dispuesto que, en estando, se trasladase a ella su cuerpo.

No es todo el elogio de este hombre memorable el haber sido conquistador de tres grandes islas, capitán general de las costas de África, adelantado de las Canarias y gobernador perpetuo de La Palma y de Tenerife. Su verdadera reputación debe consistir principalmente en su pacífica dignidad de fundador de nuevos pueblos, de padre y de primer legislador y cultivador del mejor país de las tierras Afortunadas.

Si los habitantes de estas colonias, que tanto le debieron, celebraren la nobleza y antigüedad de su ilustre casa, la piedad de su religión, la actividad de su carácter, el valor de su persona y la elevación de sus pensamientos, acaso no celebrarán sino unas cualidades puramente debidas a la casualidad, a la educación, al siglo, a la naturaleza o a la fortuna. Pero cuando paren la consideración en el desvelo con que solicitó dar toda la posible consistencia y regularidad a las partes que debían entrar en la composición de una república floreciente y bien administrada, entonces tendrá su alabanza mayor verdad y solidez.

Al tiempo que falleció nuestro adelantado, se iban ya formando casi todos los pueblos de más consideración de Tenerife. La villa capital de San Cristóbal de La Laguna, que él mismo había fundado, se había aumentado tanto (señaladamente hacia el Oriente) en vecindario, iglesias,

conventos y otros edificios, que en 21 de junio de 1521 tomó el ayuntamiento la resolución de intitularla ciudad, mientras se obtenía la facultad real para ello.

Las artes de la paz, quiero decir la agricultura, las manufacturas, el comercio, la navegación y la policía empe-
zaban bajo de sus auspicios a establecerse prósperamente. Las cañas de azúcar, traídas por los árabes desde la India a Chipre y Sicilia y después por el infante don Enrique de Portugal a la isla de la Madera, habían hallado en las Canarias un clima tan benigno y un terreno tan fértil, que en pocos años se hizo este efecto una de las principales mercaderías que las acreditaron. Pero aunque en Tenerife, así como en la Gran Canaria y en La Palma, fue el cultivo de las cañas de azúcar uno de los primeros ensayos de labranza, siendo cosa notable que sólo en el valle de La Orotava hubiese tres ingenios, con todo, luego que el magisterio de la experiencia dio a conocer a los pobladores lo poco que correspondía la utilidad al dispendio, se aplicaron enteramente al plantío de viñas.

Como las vides encontraban unos collados por la mayor parte ligeros, pedregosos y cargados de sales y de azufres, hicieron unos progresos tan monstruosos, que excedieron las mismas esperanzas de los viñateros. Entre los excelentes vinos de Tenerife (cuya cosecha ha subido algunas veces de cuarenta mil pipas), el vino griego originario de Malvasía, pequeña isla de la costa oriental de la Morea, ¿no pasa con razón en el mundo por un néctar maravilloso?

Estas ricas producciones, juntas con la preciosa yerba orchilla y con el sobrante de trigo, para cuya libre saca o exportación se obtuvieron repetidos privilegios del soberano, atraieron a Tenerife el comercio de los portugueses y otras naciones europeas. Aquellos primeros pobladores estuvieron bien persuadidos a que las Canarias, por su natural situación, debían ser unas repúblicas comerciantes, y que la navegación y el tráfico en Europa, África y América, para lo cual tienen tan bellas proporcio-

nes, podría hacerlas opulentas, florecientes y afortunadas. Pero ya veremos en la historia de nuestro comercio el uso que se ha sabido hacer de tan singulares ventajas. Baste saber ahora que, al tiempo de la muerte del adelantado don Alonso, estaba la navegación de estas islas a las costas del África en su mayor vigor, y que la que hacían a la América empezaba a ser considerable; que en Tenerife había fábrica de paños de la tierra, de frisas, y aun de artillería y de pólvora, que con los arbitrios de los pueblos se habían conducido las aguas, compuesto los caminos y limpiado los puertos; que la abundancia de víveres y comodidad de precios en los géneros era maravillosa; finalmente, que la industria, la actividad, la constancia y el celo patriótico les servía de todo a aquellos memorables fundadores, cuyos gloriosos monumentos son tan dignos de aprecio, como de emulación a la posteridad.

Desde 18 de julio de 1512, había obtenido el adelantado facultad de la señora reina doña Juana para fundar un mayorazgo de sus bienes y dignidades. Celebróse esta vinculación en Medina del Campo, con preferencia de varones y con condición que los poseedores se apellidasen Alonso Fernández de Lugo. También debían usar de las armas de este apellido, que sus antepasados llevaban desde la batalla de las Navas de Tolosa, añadiendo por timbre sobre el yelmo del escudo un brazo desnudo, empuñada una lanza, con este mote: *Quien lanza sabe mover, ella le da de comer*. El adelantado tuvo tres hijos de su primer matrimonio con doña Leonor de Fonseca, hermana de Pedro del Algaba: don Fernando, que murió en la invasión de Berbería; don Pedro, su sucesor, y don Francisco, llamado el Bueno. [...]

LIBRO X

1. GOBIERNO Y DIVISIÓN DE LAS ISLAS MENORES ENTRE LOS HIJOS DE DIEGO DE HERRERA

Conquistadas todas las siete Islas Canarias con el valor, gloria y serie de sucesos que hemos visto y sometido pacíficamente este nuevo reino a la corona de Castilla, después de poco menos de un siglo de combates, exige el mismo orden de las materias propuestas en el plan general de la obra que tratemos en los libros siguientes acerca del gobierno militar y político que se ha establecido y continuado en cada una de ellas, empezando por las de Lanzarote y Fuerteventura.

Ya se dijo en otro lugar de esta historia cómo, luego que Juan de Béthencourt redujo a su obediencia, por la fuerza o la habilidad, las cuatro islas menores, quiso honrar la memoria de su nación y de su patria, encargando a Maciot, su primo, procurase observar las leyes y loables costumbres de Normandía y mandando se estableciesen en cada isla dos alcaldes mayores o jueces subalternos, para que administrasen justicia bajo de su inspección y tratasen los negocios civiles y económicos con intervención de los vecinos de la primera nobleza. Esta junta aristocrática podía ser considerada como el senado o consejo de la provincia. También vimos que el mismo Béthencourt, en calidad de señor y rey feudatario de las Canarias, tuvo facultades para batir moneda, percibir la quinta parte de todos los frutos, fábricas y crías que sus

vasallos extrajesen y apropiarse exclusivamente el ramo de las orchillas.

Pero no se puede dudar que aquel primer plan de gobierno normando cesó enteramente en las islas, apenas dejaron de ser posesión de la casa de Béthencourt, y que los señores castellanos y portugueses que sucesivamente las gobernaron, disputándoselas, introducirían alguna confusión en las ordenanzas, fueros y derechos de costumbre.

Fijóse, en fin, el sistema militar y político de las islas de Lanzarote, Fuerteventura, Gomera y Hierro, cuando, por haber agregado los señores Reyes Católicos las tres de Canaria, Palma y Tenerife a la corona de Castilla y de León, quedó la ilustre casa de Herrera con sólo el dominio territorial de las otras y el título de condes de La Gomera, que tomaron después de haber tenido el de reyes. Hemos visto la constante protección que Diego García de Herrera y doña Inés Peraza hallaron siempre en aquellos augustos príncipes, ya siendo amparados en el ejercicio de la jurisdicción alta y baja, civil y criminal, ya en el derecho de percibir las rentas, pechos y quintos de sus estados, ya mandando que los vecinos y moradores les rindiesen vasallaje y les prestasen la debida obediencia, ya eximiendo las cuatro islas de señorío de cualesquiera vejaciones de parte de los conquistadores de Canaria, ya ordenando a los gobernadores de esta capital no se entrometiesen bajo de ningún pretexto a entender en los negocios municipales de aquella jurisdicción privilegiada, ya, en fin, obligando al obispo y demás personas eclesiásticas a que satisficiesen los derechos de yerbajes y quintos.

Los tetrarcas Diego de Herrera y doña Inés Peraza (llamémoslos así), después de haber gobernado promiscuamente sus estados del modo que hemos referido, estableciendo gobernadores, alcaldes, regidores, castellanos, escribanos y otros ministros de justicia, dejaron a su fallecimiento cinco hijos: 1.º Pedro García de Herrera, que, a causa de sus distraimientos, quedó desheredado.

2.º Fernán Peraza, mejorado en las islas de Hierro y Gomera. 3.º Sancho de Herrera, a quien se adjudicaron cinco partes de doce en la renta y jurisdicción de las dos islas grandes de Lanzarote y Fuerteventura, con las cuatro pequeñas desiertas. 4.º Doña María de Ayala, que habiendo casado con Diego de Silva, conde de Portalegre, llevó cuatro partes. 5.º Y doña Constanza Sarmiento, mujer de Pedro Fernández Darías de Saavedra, que llevó tres. Así, a fines del siglo XV hallamos los estados de la casa de Herrera Peraza divididos en tres señoríos o pequeños gobiernos, cada uno independiente de los otros, tanto en la jurisdicción civil y criminal como en la superintendencia y capitanía general de la guerra, sistema que subsiste hasta nuestra edad. Fernán Peraza, en cuya descendencia se vinculó el título de condes de La Gomera, gobernaba esta isla y la del Hierro; Pedro Fernández de Saavedra, la de Fuerteventura, y Sancho de Herrera, las de Lanzarote, Alegranza, Graciosa, Lobos y Santa Clara. [...]

4. DE DON AGUSTÍN DE HERRERA Y ROXAS. SUS PROEZAS EN ÁFRICA

De esta víctima de las que se pudieran llamar cruzadas isleñas (tan acreditadas en aquella que es nuestra edad heroica), quedó un niño de tiernos años y un bastardo. Éste fue don Diego Sarmiento, cuya sucesión trae Alonso López de Haro, y aquél el famoso don Agustín de Herrera y Roxas, primer conde y marqués de Lanzarote. Fue jurado por sus vasallos en 10 de agosto de 1545. [...]

Las costas de África fronterizas a las Canarias eran a la sazón el teatro en donde, conforme al espíritu del tiempo, ejercitaban su valor los descendientes de Diego García de Herrera; y es constante que ninguno excedió en esta parte a don Agustín de Herrera, su bisnieto, quien se distinguió en catorce entradas en Berbería con

armadas habilitadas a sus expensas. En esta línea ha sido memorable el combate singular que sostuvo de poder a poder con Athomar, uno de los jeques y campeones más valientes de aquella región, a quien rindió, y por cuyo rescate se le dieron 50 esclavos; no siendo lo menos notable que, con haber cautivado más de mil moros, se diga que no perdió ningún cristiano en las expediciones. De estos africanos convertidos levantó don Agustín de Herrera en Lanzarote una compañía de milicias con el nombre de "Naturales Berberiscos", de la cual solía componer su guardia.

5. IRRUPCIÓN DE LOS BERBERISCOS EN LANZAROTE EN 1569

Pero no tardó mucho el continente de África en vengar estos frecuentes ataques de las islas. Hostigados aquellos infieles y ansiosos de riquezas, se echaron varias veces como fieras sobre la isla de Lanzarote, turbando el reposo de don Agustín de Herrera e introduciendo la desolación y el espanto hasta lo más íntimo de su familia.

En 7 de septiembre de 1569 la invadió Calafat, corsario famoso del rey de Fez, con nueve galeras, siete banderas y 600 tiradores. Es verdad que don Agustín de Herrera, puesto en defensa, les ganó una bandera y quitó la vida a 50 moros; pero no pudo impedir que los enemigos saqueasen durante 18 días la tierra y se llevasen cautivas 90 personas. El corsario Dogali ejecutó nueva correría en 1571.

6. SEGUNDA IRRUPCIÓN DE AMURATH. CAUTIVERIO DE DOÑA INÉS BENÍTEZ. SU RESCATE

Todavía fue más improvisa la de Murato o Amurath, gran corsario de Argel, a fines de julio de 1586, con siete galeras, 800 hombres de armas y 400 turcos. Estos bárbaros, soltándose como un torrente sobre Lanzarote, batieron el castillo de Guanapay, montaron al asalto por dos veces y le desmantelaron, después de haber perdido la vida sobre las murallas el gobernador Diego de Cabrera Leme. Últimamente redujeron a cenizas diez o doce mil fanegas de trigo y de cebada y quemaron el palacio principal de la villa de Tegui-se, con los archivos públicos y oficios de escribanos, en cuyo estrago se perdieron todos los manuscritos más útiles.

La marquesa doña Inés Benítez de las Cuevas y Ponte, primera mujer del marqués don Agustín, y doña Constanza de Herrera, su hija natural, tuvieron la desgracia de quedar cautivas; suerte que sin duda hubiera comprendido a doña Juana de Herrera, otra bastarda, si el mismo marqués no la hubiese puesto en salvo, sacándola en su propio caballo y encomendándola al cuidado de Juan Gopar, que no paró hasta transferirse con ella a Canaria. Después de haberse retirado los moros el 26 de agosto a bordo de sus galeras, llevándose 200 isleños cautivos, enarbolaron bandera de rescate, y el marqués rescató inmediatamente a su mujer e hija por el precio de 15.000 ducados, entregando los 5.000 de pronto y dando en rehenes por los 10.000 restantes a don Diego Sarmiento, su hermano natural, y a Marcos de San Juan Peraza, que estuvieron detenidos en Marruecos hasta el año de 1590. [...]

8. SOMETE DON AGUSTÍN DE HERRERA LA ISLA DE LA MADERA. SU TÍTULO DE MARQUÉS

Lo cierto es que el conde de Lanzarote estaba adornado de méritos personales que le hacían digno de mandar todas las Canarias y que no era incapaz de conquistarlas de nuevo. Cuando don Antonio, prior de Crato, pretendió suceder en la corona de Portugal al cardenal don Enrique, su tío, y oprimido de la fortuna de Felipe II se retiró con una escuadra francesa a las islas Azores, tuvo en la de la Madera un partido considerable que, declarándose a su favor, no dudó sacudir el yugo de la dominación castellana. Don Álvaro Bazán, primer marqués de Santa Cruz, venció a don Antonio cerca de la isla de San Miguel, la primera batalla naval que se había dado en este mar Atlántico; y don Agustín de Herrera, conde de Lanzarote, recibió orden de la corte de Madrid para que, transitando con algunas tropas a la isla de la Madera, la redujese al servicio de aquel monarca.

El conde la invadió sin pérdida de tiempo, con 300 vasallos suyos, armados y sustentados a expensas de su propio erario; se apoderó hábilmente de sus mejores fortalezas y allanó el país, mandando dar garrote a cierto fraile que atizaba el fuego de la rebelión y ahorcando a dos oficiales inquietos. Como el señor don Felipe II debía hacer grande aprecio de este distinguido servicio, le escribió diferentes cartas honrosas, manifestándole todo su real agrado y, en su consecuencia, le nombró capitán general de las islas de la Madera y Puerto Santo y le dio título de marqués, que fue como una extensión del de conde que tenía antes. En efecto, el marqués de Lanzarote tuvo el mando de la Madera por dos años, hasta que el capitán Juan de Aranda le relevó. [...]

10. INVADEN LOS INGLESES A LANZAROTE

Es preciso, no obstante, confesar que ni los moros ni los ingleses dejaron siempre impunes los golpes que el marqués de Lanzarote les descargaba. Todavía existen dos

relaciones muy curiosas, que el conde Jorge de Cumberland y su capellán el doctor Layfield escribieron sobre la célebre invasión que hicieron en aquella isla las tropas de Inglaterra en 1596, acompañadas de una ligera descripción del estado que la villa de Teguse tenía por aquel tiempo.

Esta escuadra, destinada a atacar las colonias españolas de la América, habiendo reconocido el 13 de abril la pequeña isla de la Alegranza y demás desiertas, ganó la de Lanzarote y, surgiendo después de medio día en el Puerto de Naos, largaron todos los bajeles sus áncoras sin la menor oposición. Como los ingleses habían entendido que el marqués poseía más de 100.000 libras esterlinas de renta, desembarcaron con un ardor correspondiente a este concepto; y el conde de Cumberland destacó un cuerpo de 500 a 600 hombres, al mando del caballero Juan Berkley, para que, sin pérdida de tiempo, atacasen la villa capital. La naturaleza del camino áspero y pedregoso retardó la marcha; de manera que cuando llegaron los ingleses a ella encontraron que los habitantes la habían abandonado, llevándose todo lo más precioso, bien que no dejaron de descubrir bastante vino y algunos quesos, de que hicieron buena provisión. [...]

12. DOÑA CONSTANZA, BASTARDA DEL MARQUÉS DE LANZAROTE. SU CASAMIENTO CON ARGOTE DE MOLINA

El marqués hizo donación a doña Constanza de Herrera de la jurisdicción alta y baja, oficios, rentas y territorios del estado, con el título de condesa de Lanzarote. Añaden que inmediatamente aprehendió la posesión en su nombre Gaspar Peraza, su tutor, y que, en obediencia de aquella superior voluntad, pasaron los regidores en forma de cabildo a besar la mano a la referida señora, a quien entregaron las varas de justicia, para volverlas a reasumir por su orden; en fin, que hicieron reconocimiento de vasallaje, sometiéndole las casas y fortalezas de la villa y

mandando publicar este acto por toda la isla a voz de pregonero.

Pero parece que no fue tan pacífica la posesión que su apoderado Gonzalo Díaz de Morán tomó en Fuerteventura, supuesto que la contradijo doña María de Moxica, madre de don Fernando y don Gonzalo de Saavedra señores del país, si bien la justicia y regimiento, creyendo que por entonces era deuda suya reconocer el derecho de doña Constanza, no balanceó en hacerlo saber a los vecindarios de su distrito, lo que no tuvo consecuencia ni séquito.

Como quiera que fuese, no hay duda que estas famosas donaciones tuvieron a lo menos la eficacia de adquirir para doña Constanza un marido de excelentes méritos y sobresaliente calidad. Tal era Gonzalo Argote de Molina, veinticuatro de Sevilla, provincial de la Santa Hermandad de Andalucía, señor de la torre de Gil de Olid, criado del rey y caballero ilustre por su nacimiento y escritos. Estas plausibles bodas se celebraron en Lanzarote con singulares regocijos y fiestas públicas.

Las sabias averiguaciones sobre las hazañas de los caballeros de la diócesis de Jaén, a que Argote de Molina había consagrado sus talentos, inspirándole ideas grandes y pensamientos de ambición, le hicieron abrazar la manía de no desear ocasión de intitularse conde de Lanzarote, y de repetir sus tentativas para apoderarse, a lo menos, del gobierno de Fuerteventura. Mas, aunque pudo conseguir que los habitantes de una y otra isla le diesen tratamiento de señoría y le llamasen conde, acaso no le fue fácil por lo demás satisfacer su pasión dominante, pues hallamos que, después de haber visto coronado su matrimonio con tres hijos, se volvió a Sevilla, su patria, desde donde, con real permiso, salió a examinar los archivos de la Andalucía, a fin de escribir la historia y sucesión de los linajes nobles que la poblaron. Gonzalo Argote publicó esta obra en abril de 1558, en cuya dedicatoria, dirigida al comendador de Abanilla y firmada "El Conde Lanzarote y Provincial", asegura haberla compuesto en medio del

rigor de las jornadas de la guerra y ocupaciones del oficio en que servía al rey. [...]

20. DON AGUSTÍN DE HERRERA, SEGUNDO MARQUÉS DE LANZAROTE

Quedó don Agustín de Herrera y Roxas, segundo marqués de Lanzarote, su hijo legítimo y único sucesor, en la tierna edad de cuatro años. Habíale dado al mundo doña Mariana Enríquez Manrique de la Vega, su madre, en la ciudad de Funchal de la Madera, en ocasión que transitaba desde Lanzarote a Madrid, estando encinta. [...]

Acaso será el más digno de nuestra consideración, por haber subsistido hastas estos tiempos, el gran pleito sobre la percepción de quintos. El señor Gilimón de la Mota, fiscal del Consejo de Hacienda, representó a S. M., en 13 de septiembre de 1608, que los poseedores de las cuatro islas del señorío en las Canarias afectaban tomar un derecho de quintos de todas mercaderías que se exportaban, sin ninguna facultad para ello; y como en su consecuencia se mandase que el doctor Chaves de Mora, regente de la audiencia de Canaria, pasase a pedir a los interesados los títulos y que entre tanto tratase de secuestrar aquella renta, se ejecutó esto último, a pesar de la apelación de la marquesa tutora al Consejo supremo de Castilla, y se hizo una terrible probanza con los malcontentos del gobierno.

Estos vasallos, poco impuestos en los derechos fundamentales de sus señores, no dudaron asegurar que los quintos se aprehendían sin justo título y que habían tenido principio en tiempo del primer marqués por instigación de don Pedro de Ponte, su suegro, en lo que sólo consintieron por tres años, oprimidos de su gobierno tan arbitrario como despótico. No era difícil que la marquesa desvaneciese esta nube de equivocaciones e hiciese evidente la mala fe de sus contrarios, manifestando que el derecho controvertido había nacido casi con el estado, desde los

días del señor Juan de Béthencourt, su primer conquistador; por tanto obtuvo en el consejo una sentencia favorable, por la que se declaró no haber lugar al cobro pedido. Este decreto, que se confirmó en 28 de febrero de 1641, sirvió para suspender por entonces aquella instancia, pero no para que no se suscitase diez o doce años después. [...]

27. INVASIÓN DE LOS BERBERISCOS EN 1618

No fue esta isla tan dichosa con los moros, que en 1618 ejecutaron la más violenta irrupción que cuenta en sus anales. Una armadilla de berberiscos y de turcos compuesta de 60 velas, mandada por Taban Arráez y Soliman, desembarcaron 5.000 hombres el día primero de mayo y, marchando inmediatamente hacia la villa de Teguisse, la embistieron el día dos y la entraron a saqueo, sin que los habitantes hallasen otra defensa que la fuga. Unos se retiraron la tierra adentro, y otros no pararon hasta transportarse a Fuerteventura. El marqués y la marquesa doña Mariana, su madre, huyeron al cortijo de Inaguadén después de haber puesto bajo los auspicios del arcediano Brito un baúl lleno de papeles, que era su archivo, y tres talegos de dinero, que era su tesoro. En fin, la porción más considerable del vecindario se refugió en los escondrijos de las cavernas, señaladamente en la gran cueva de los Verdes de Haría, que corre bajo de la tierra casi tres millas a lo largo.

Entre tanto, los argelinos robaban todo lo más precioso y ponían fuego a los principales edificios de la villa, en cuyas llamas perecieron los templos, el convento de San Francisco y la mayor parte de las casas. Reducida a cenizas aquella triste capital, marcharon el día 3 hasta el valle de Haría, sabiendo que el grueso de los habitantes se había salvado en sus confines; pero, como no osaban atacarlos dentro de la gran gruta, se contentaron solamente con bloquear la entrada, creyendo que

sin remedio se rendirían luego que les faltasen los víveres.

No sabían los infieles que esta precaución era inútil y que los refugiados recibían bastantes provisiones por una salida secreta que tenía la cueva hacia otro campo; a no ser la traición de un hombre naturalmente doloso, hubiera quedado burlada la esperanza del enemigo. Se asegura que el famoso Francisco Amado, cuyas casas y archivos de la escribanía pública habían sido comprendidos en el incendio, cayó en manos de cierta partida de moros y que, amenazado con los más atroces tormentos, si no revelaba el medio que tenían sus paisanos de subsistir por tantos días en aquella gruta, tuvo la fragilidad de descubrirlo todo, bajo la condición de que le concediesen a él y a su familia la libertad. Con esta noticia no fue difícil que los argelinos cortasen la avenida secreta y redujesen a servidumbre más de 900 cristianos, de cuyo número fue el mismo Francisco Amado, su mujer, su hija y su yerno Baltasar González Cabrera. Así recompensaron los bárbaros una traición con otra.

Luego que los enemigos evacuaron enteramente la villa de Teguisse, acudió a ella el capitán Hernán Peraza de Ayala, alcalde mayor, con los paisanos que habían podido acaudillar, y se aplicó a cortar por todos medios el incendio de los edificios y a salvar algunos registros y protocolos públicos ya chamuscados. Es constante que, antes de que hubiesen dejado los moros la isla, se trató el rescate de algunos prisioneros, que sin embargo se llevaron a Argel casi mil cautivos de ambos sexos, con un considerable botín; y que la vigilancia de una escuadra española que cruzaba sobre el estrecho sólo les apresó cuatro galeras.

Este funesto golpe, que dejó atónita y bañada en lágrimas toda la tierra de Lanzarote, sirvió también para empobrecer el país extrayéndole la más pura sustancia; porque, sin contar los despojos que el enemigo se llevó; se hallaron los vecinos en la necesidad de vender todo lo más precioso, para sacar a los suyos del cautiverio. Es verdad que la

real piedad del señor don Felipe III mandó rescatar muchos por medio de las órdenes de la Redención; pero también lo es que los habitantes de Lanzarote convirtieron todos sus efectos y frutos en dinero efectivo para el mismo fin, y que, entre los cautivos que volvieron a la patria, fue el más conocido Francisco Amado, quien trajo el sonrojo de volver sin Baltasar González, su yerno, que había abrazado el mahometismo.

28. LOS MORISCOS DE LANZAROTE NO SON COMPREHENDIDOS EN LA EXPULSIÓN DE ESPAÑA

Igual ocasión de retornar a su país, sin desembolsar ningún rescate, tenían entonces los moriscos que de más de dos siglos a aquella parte habitaban en Lanzarote. Sabida es la memorable expulsión que a la sazón se hizo de estos antiguos conquistadores de la España, a quienes un simple decreto de don Felipe III expatriaba de todos sus dominios. Pero lo que no pudo conseguir en la Península aquella prescrita nación, con dos millones de doblas de oro que ofrecía, ni con la protección de la Francia, que imploró, ni con el refugio a las montañas, en donde un cuerpo de 20.000 intentó hacerse fuerte, lo consiguió en las islas de Fuerteventura y Lanzarote, con cierta representación de los señores territoriales, de los gobernadores de las armas, de los cabildos y de los vecinos. Éstos pusieron en la alta comprensión del rey que los moriscos establecidos en las Canarias eran unos bárbaros de las faldas del monte Atlante que no tenían ningún común interés, inteligencia, ni relación con los de España ni Marruecos; que, siendo, a lo que parecía, buenos cristianos, no sólo se ocupaban ventajosamente en el cultivo de la tierra, sino que de ellos se habían levantado dos compañías milicianas que siempre habían hecho el servicio con tal fidelidad, que los marqueses les confiaban las más arduas empresas

y la guardia de sus mismas personas. En efecto, los moriscos no salieron de las Canarias. [...]

31. MUERTE DEL TERCER MARQUÉS DE LANZAROTE. CONCURRENTES A LA SUCESIÓN DEL ESTADO [...]

A la temprana muerte del marqués, don Agustín de Herrera y Roxas, que no sobrevivió un año cabal a su padre, habiendo fallecido este señorito en Madrid a principios de 1632, en la tierna edad de siete años, se suscitó inmediatamente una guerra judicial de sucesión que hizo la época de su muerte más célebre que la de su vida y de cuyas sangrientas contestaciones se originó el triunfo de doña Luisa Bravo de Guzmán y la extenuación del señorío. [...]

41. RESUCÍTASE LA DISCUSIÓN SOBRE EL DERECHO DE QUINTOS

Entre tanto había dado la ausencia del marqués nueva ocasión a una convulsión de los ánimos. Los isleños se sublevaron con más tesón que nunca contra la servidumbre de los quintos y las exacciones de los asentistas, siendo un hombre desvalido y oscuro el que encendió la guerra. Domingo Álvarez, vecino del puerto de La Orotava de Tenerife, empezó el ataque a 27 de octubre de aquel mismo año con el suceso que veremos.

A la verdad, la materia estaba bien preparada. Desde 1668 tenían conferidos sus poderes los cabildos de Fuerteventura y Lanzarote a don Martín Pérez de Murguía, receptor de los reales consejos, para pedir en ellos fuesen exoneradas las islas de las excesivas gabelas que los señores territoriales se apropiaban (decían) injustamente, en fraude del comercio, la población y la común felicidad. Es cierto que este recurso no tuvo entonces ex-

pediente; pero, fortalecido de otras tentativas posteriores, abrió la puerta a Álvarez para dar principio a la escena.

Como don Francisco González de Socueva, arrendador de los quintos de Fuerteventura, ejecutase al citado Álvarez por cincuenta fanegas de trigo y cincuenta reales que había adeudado de aquel derecho y éste se viese preso y sin voluntad de pagar, introdujo ante Sebastián Truxillo, juez ordinario de la isla, cierto alegato, en que hacía valer las siguientes reflexiones. Que sus progenitores habían seguido proceso contra los marqueses de Lanzarote, sobre no deber satisfacerseles la exorbitante gabela de los quintos. Que Luis de Aday y Béthencourt, agente de uno de los marqueses, había maquinado la muerte del escribano cartulario. Que era notorio a todo el mundo que cualquiera facultad que aquellos señores tuviesen, quizá sólo sería para que por cada fanega de trigo se le contribuyese un real; por una de cebada, medio; y por los ganados mayores y menores, una cantidad corta; todo destinado a las fortificaciones de ambas islas. Que el procedimiento tiránico de los arrendadores había alterado este suave arancel, hasta subirlo a un punto pernicioso y digno de remedio, etc.

Domingo Álvarez trabó la contienda con el arrendador; don Lorenzo Cabrera, síndico personero de la isla, la prosiguió. No es cosa admirable que en las probanzas que se hicieron se hallase un considerable número de testigos que depusiesen a favor de la libertad; pero lo fue sin duda que Socueva encontrase algunos que atestiguaran no haberse alterado los aforos y que siempre se había exigido la quinta parte de los frutos. Sin embargo, era generalmente constante que el demasiado rigor en las cobranzas había hecho odioso a los vasallos el impuesto y que el nombre de los Centellas, Lescanos, Ferreras, Socuevas, Vadillos y otros asentistas les sonaba mal.

Cuando se sabe que de un queso o de una cecina hacían cinco partes para apropiarse una; que estas sórdidas menudencias ocasionaban en los traficantes tal des-

pacho, que a veces arrojaban aquellas bagatelas al mar, por no pasar por el desabrimiento de verlas destrozadas en pública anatomía; que se quitaban la lana de un colchón, las gallinas y hasta la misma sal de los charcos; y, sobre todo, que la memoria de los títulos en que los marqueses afianzaban su posesión estaba oscurecida; cuando se sabe esto, digo, y que el espíritu de todos los tribunales de las Canarias conspiraba a ver cómo se abolían los derechos de quintos que los isleños reputaban, digámoslo así, por la quinta esencia de su sudor, nada parecerá más regular y consiguiente que la sentencia que conforme a estas máximas pronunció contra su señor natural el alcalde mayor de Fuerteventura, que había sido arrendador en otro tiempo.

Por ella declaraba que los administradores de los quintos se abstuviesen en lo sucesivo en la forma nueva de quintar, y sólo estuviesen al uso antiguo; que se absolvía a Álvarez de la ejecución de Socueva, con cargos de que satisficiese doscientos reales por otras tantas fanegas de trigo que había exportado; que se secuestrase la renta del estado en poder de cuatro vecinos, quienes tendrían un arca con tres llaves y nombrarían quintadores a su satisfacción.

Este oráculo de Fuerteventura fue confirmado por la audiencia de Canaria, sin perjuicio del patrimonio real, y con calidad que el secuestro fuese por cuenta del ayuntamiento de aquella isla. Inmediatamente se nombraron quintadores y guardas con los sueldos correspondientes; se fabricó arca; se le aplicaron llaves; y se empezó el uso de tan augustas funciones, sin que el marqués de Lanzarote, ni don Fernando Matías Arias, señor de Fuerteventura, ni don Bernabé Tamariz, cesionario de la testamentaría de la marquesa doña Luisa Bravo, hubiesen sido oídos en el proceso.

Hasta aquí había estado la isla de Lanzarote como en silencio, observando con entera neutralidad el aspecto que tomaban aquellas discusiones; pero, apenas reconoció que la balanza se había inclinado hacia la par-

te de la libertad de los vasallos, dispuso que Domingo Pérez Falero, entonces personero general y en otro tiempo arrendador de los mismos quintos, pidiese que su patria fuese comprendida en aquellas ventajas. Para ello se presentó en la real audiencia, reproduciendo el proceso verbal antiguo que sobre la propiedad del cuestionado derecho se había agitado ante el regente Chávez de Mora, en los días del segundo marqués. En suma, Lanzarote tampoco quería reconocer amo en su bolsillo.

Era a la sazón administrador de esta isla, por sustitución de don Gabriel Vadillo, Domingo López de la Cruz. Éste opuso a la afluyente prueba de testigos, hecha por Falero, otra no menos copiosa, donde se manifestaba la equidad y moderación con que se procedía en los aforos; la antigüedad de aquel impuesto, nacido casi con el mismo país, y la obligación que tenía el estado de mantener a su sueldo dos artilleros y un condestable, reparar los castillos de su dotación y suministrar todos los víveres necesarios en caso de invasión de enemigos. Sin embargo, la audiencia, siguiendo su sistema, determinó se procediese al secuestro en Lanzarote, del mismo modo que en Fuerteventura.

El marqués don Juan Francisco Duque de Estrada y la testamentaria de la marquesa doña Luisa, que se veían despojados de una posesión tan preciosa e inmemorial, formaron su recurso al consejo, exagerando la extraña insubordinación y atentado con que se había procedido en Canaria, no sin evidente perjuicio de sus derechos y agravios de toda suerte de justicia. El consejo libró provisión para que remitiesen los famosos autos, a cuya venida siguieron varios alegatos, nada elocuentes, por el marqués, por las islas y por el fiscal de la real hacienda, terminándose aquella campaña en una tregua de nueve años. [...]

44. **ENTRA EL MARQUESADO DE LANZAROTE EN LA CASA DE VELAMAZÁN**

El gobierno de la marquesa doña Leonor Duque de Estrada fue muy corto. Esta señora murió en 22 de septiembre de 1718, dejando una nueva guerra de sucesión y un segundo pleito de tenuta. Eran los concurrentes don Manuel Mazán de Castejón, marqués de Velamazán; don José Enríquez Bravo de Guzmán, y otros. Triunfó, en fin, don Manuel de Castejón, por la famosa ejecutoria de 29 de noviembre de 1729, y el marquesado de Lanzarote entró o, por decirlo así, se absorbió en el de Velamazán. Y como este ilustre poseedor tenía que satisfacer a la real hacienda más de cincuenta y tres mil reales del servicio de lanzas que debían sus antecesores, trató de eximir las rentas del obstinado cautiverio, pidiendo en el consejo expediente al gran proceso de los quintos. Pero lo hizo con tanta lentitud, que todo se mantuvo en una especie de inacción durante algunos años.

De esta inacción y aquel secuestro sacaba el común de la isla su interés, porque el derecho que se pagaba de la extracción de sus frutos era moderado; los caudales existentes en el arca servían a los vecinos de socorro en los años escasos; el donativo de veinte mil reales que se hizo al rey en 1703, para sostenerle en el trono, se tomó de aquel corto gazofilacio; las fortificaciones se reparaban sin perdonar ningunos costes, y los empleados en la administración jamás se perdían. [...]

45. **ERUPCIÓN DEL GRAN VOLCÁN DE LAN- ZAROTE**

Hemos notado que en las proposiciones que estos isleños hicieron a su señor, hicieron memoria de unos dos o tres acontecimientos notables que, pudiendo fijar época en la historia de Lanzarote, no se deben omitir sin

dejarla imperfecta. Fue el primero el horrible volcán que, trastornando la mejor parte de su superficie, dio nuevo semblante a la agricultura y comercio de aquella tierra.

Sobrevino esta grande erupción la noche del primero de septiembre de 1730, abriendo boca por el territorio de Timanfaya, después de un violentísimo terremoto, cuyos tristes fenómenos se continuaron por espacio de casi siete años. El fuego corrió por los lugares de Tingafa, Mancha Blanca, Maretas, Santa Catalina, Jaretas, San Juan, Peña de Palmas, Testeina y Rodeos, destruyéndolos todos y cubriendo con sus arenas, lava, cenizas y cascajos los de La Asomada, Iñaguadén, Gerias, Macintafe, Mosoga, San Andrés, San Bartolomé, Calderetas, Guagaro, Conil, Masdache, Guatisea, Jaisa, etc.

A corta distancia del torrente de aquella materia inflamada, vomitó el mar una columna de humo espeso; siguió a este humo una pirámide de peñascos y estos peñascos se incorporaron a la isla. Era el estrépito de aquellas explosiones tan fuerte, que se oía en Tenerife, sin embargo de distar 40 leguas de Lanzarote. Mucha parte de los habitantes transmigraron a Fuerteventura, donde se mantuvieron hasta que el tiempo los fue familiarizando con el volcán, tanto, que ya les servía de entretenimiento el avecindarse a su curso.

Esta revolución física, principio fecundo de tantos temores y estragos para aquellos isleños, que vieron arder la porción más pingüe de la isla con sus ganados y pajeros de trigo, no hay duda que ha sido compensada con mucha usura por la naturaleza. Reservamos tratar en la *Historia natural de Lanzarote* de las ventajas que las exhalaciones sulfúreas y las arenas trajeron al país. [...]

LIBRO XI

1. ANTIGÜEDAD DE LA CASA DE SAAVEDRA DE FUERTEVENTURA

La casa de los marqueses de Lanzarote, que había dominado en esta isla del modo que hemos referido en todo el libro antecedente, era una línea segunda de la ilustre familia de Saavedra, que dio a Fuerteventura aquella sucesión de señores, cuya historia vamos ahora a emprender. [...]

Sin embargo, cualquier historiador de nuestras islas creería excederse de sus límites, si, para dar a conocer al mundo la calidad de Pedro Fernández de Saavedra, retrocediese más allá de dos o tres generaciones. Cuando Pellicer de Tovar se halló empeñado en ser su panegirista, no comenzó este árbol genealógico sino de su bisabuelo Fernán Darías de Saavedra el Bueno. Nosotros, que seguimos su ejemplo, tomaremos muchas veces sus mismas palabras. En efecto, aquel tan gran caballero como famoso capitán fue el primer señor de Castelar y del Viso, vasallo del rey, alcaide de Cañete la Real y veinticuatro de Sevilla. Sus memorables hazañas, obradas por muchos años contra los sarracenos, en servicio de don Juan el II y a vista del infante don Fernando, después rey de Aragón, le hacen bien conocido entre todos los escritores de aquellos tiempos, señaladamente por haber perdido en Setenil a su hijo primogénito, a mano de los moros. [...]

2. PEDRO FERNÁNDEZ DE SAAVEDRA, PRIMER SEÑOR DE FUERTEVENTURA

Habían tenido entre otros hijos a Gonzalo Darias de Saavedra, mariscal de Castilla, que como primogénito sucedió en la casa y estado. En su tiempo, año de 1483, ganaron los moros a Zahara. El hijo segundo fue Pedro Fernández de Saavedra, a quien la providencia tenía destinado para tronco de los señores de Fuerteventura, adornando su primera juventud de un mérito brillante. Le hace mucho honor cuanto de él escribieron los historiadores más clásicos. Luego que el mariscal Fernán Darias, su padre, tomó aquel osado partido de defender la fortaleza de Utrera contra el poderío de los Reyes Católicos, dice Zurita que, partiendo a Zahara, dejó esta plaza en buena defensa, y en ella a Pedro Fernández de Saavedra, su hijo segundo, que era muy mozo. Lo mismo dice el Cura de los Palacios, pero en estos términos: "Por ser mozuelo de fasta catorce o quince años, le había dexado (el mariscal) en compañía como por prenda un fijo que se decía Pedro Fernández".

Este gallardo joven era veinticuatro de Sevilla, a tiempo que doña Inés Peraza y Diego García de Herrera concluían en aquella ciudad su memorable tratado, por el cual cedían a la corona las islas mayores, reteniendo las de Lanzarote, Fuerteventura, Hierro y Gomera. Y como entendieron que no sería adquisición despreciable la de tomarle para yerno, le ofrecieron la mano de doña Constanza Sarmiento, su hija segunda, con tres partes de doce en el estado de Fuerteventura y Lanzarote. De esta capitulación fue mediador el adelantado mayor de Andalucía don Pedro Enríquez, aquel mismo a quien el mariscal Saavedra había entregado la fortaleza de Tarifa. Pedro Fernández de Saavedra acompañó a sus suegros hasta Lanzarote; recibió allí a su esposa doña Constanza y se celebraron las bodas con aquel género de regocijos simples que en tan buenos tiempos acompañaban todavía a las teas nupciales.

Parece que desde luego fijó su residencia en la isla de Fuerteventura, y que se pusieron a su cuidado e inspección todas las cosas concernientes al buen régimen del país. Pedro Saavedra, familiarizado desde la edad más tierna con el estruendo de las armas, que fueron como su arrullo, y aun se puede decir que había nacido en medio de ellas; Saavedra, digo, reconoció al instante que Fuerteventura era para su genio una verdadera prisión. El templo de Jano no se cerraba entonces con gusto para los hidalgos españoles. Así, es harto verosímil que abrazaría ansiosamente la favorable ocasión que luego se le presentó de explayar sus talentos militares contra los moros en una expedición a las costas de la Berbería occidental.

3. SUS HAZAÑAS EN ÁFRICA [...]

Ya referiremos al fin de nuestro libro sexto que, hallándose apretado el Castillo de Guáder o Santa Cruz de Mar Pequeña (famoso presidio que Diego de Herrera había plantado en aquella región fronteriza) con el sitio que el jarife Aoíaba le había puesto con diez mil bárbaros, tuvo modo el alcaide Jofre Tenorio de despachar a Lanzarote un aviso, y Saavedra la satisfacción de servir de voluntario en el socorro que inmediatamente se dispuso. Salió de Fuerteventura con el gobernador de la isla Alonso de Sanabria y otros vecinos de la primera distinción; reunió su gente a las de Diego de Herrera; y, embarcadas todas en cinco bajeles de transporte, consiguió en pocos días reforzar con setecientos hombres bien armados aquella guarnición. Esta novedad fue bastante para que el jarife, que por otra parte estaba muy falto de víveres, abandonase por entonces la empresa.

Con razón se puede decir que desde este punto destinó Saavedra aquellas partes occidentales del África para hacerlas el principal teatro de su valor. No sólo fue durante su vida el azote de aquellos salvajes berberiscos, si-

no que dejó abierta a sus descendientes una carrera militar que ellos procuraron seguir con un tesón digno de los tiempos más famosos de la caballería. No bien había hecho levantar a los moros el sitio de Mar Pequeña, cuando el tránsito Helergut, llamado después Juan Camacho, le determinó a volver al continente en compañía de Diego de Herrera, Diego de Cabrera Soler y algunas tropas de desembarco. De Mar Pequeña marcharon a Tagaost y se avanzaron hasta un puesto en donde estaba cierto campamento de moros alojados en tiendas. Viéndose estos salvaje sorprendidos y atacados con furia, procuraron huir; sin embargo, se les tomaron 158 prisioneros, que Saavedra y Herrera trajeron cautivos a sus estados.

Nuestro Abréu Galindo asegura que Saavedra se halló en otras diferentes refriegas sobre las mismas costas; y, aunque no nos hace la historia circunstanciada de estas acciones, bien es de presumir que todas llevarían el mismo carácter de valor, la misma uniformidad de trofeos y ojalá que no las mismas notas de injusticia. Es lástima que cuando se buscan en los grandes hombres virtudes sólo se hallen proezas. [...]

6. DE GONZALO DE SAAVEDRA, TERCER SEÑOR DE FUERTEVENTURA. SU GOBIERNO, SUS HECHOS

Fernán Darias dejó en la persona de don Gonzalo de Saavedra, su hijo y de doña Margarita de Cabrera, un sucesor digno de su casa y estado. Nadie podrá extrañar que, siguiendo el sistema de sus antecesores, continuase las irrupciones y entradas en las costas de la Berbería occidental, pero sí que hubiese tenido la moderación de autorizarlas con cierta orden dimanada del trono; de manera que, después que Felipe II le puso con ella las armas en la mano, empeñó su débil erario en el proyecto de aumentar la marina de Fuerteventura.

En nuestros tiempos debe parecernos un fenómeno de la historia, aquella época increíble en que de los miserables puestos de Caleta de Fustes, de Tostón, o del Gran Tarajal salían al mar escuadras bien equipadas de majoreros aguerridos que iban a hacer conquistas al África y retornaban a la isla cargados de cautivos, animales y otros despojos de aquella parte del continente. Aquí se echa de ver que si la actividad, el genio y las costumbres son efecto de la educación, también depende de ella la suerte de todos los países. Estos vasallos, ahora por punto general tan desaplicados e indolentes, no sólo infestaban con sus continuas piraterías las tierras fronterizas de los moros, sino que, conociendo las ventajas de la agricultura, cultivaban las dilatadas campiñas de Fuerteventura con tan feliz suceso, que atraieron un comercio sostenido y muy floreciente de parte de los portugueses de la Madera, Mazagán y Safi. [...]

7. DIFERENCIAS ENTRE LOS SEÑORES DE FUERTEVENTURA Y LANZAROTE

A varios artículos se habían reducido los agravios y diferencias de estas dos familias, aliadas y rivales, porque, estando indivisas las doce partes de que se consideraba compuesto todo el estado de ambas islas, reinaba una notable confusión sobre los límites del señorío, jurisdicción, rentas y vasallaje y, para prescribirlos, era necesario recurrir con frecuencia a las armas de las cavilaciones y sofisterías del derecho. Por esta razón no es de extrañar que se hubiesen suscitado disputas sobre la facultad de coger y de embarcar las orchillas, sobre las caravanas a las costas de Berbería, sobre la extracción o exportación de frutos, sobre los pastos de la dehesa de Jandía, sobre el uso de las aguas de un pozo y, lo que parecía cosa de más momento, sobre el uso del señorío territorial y capitanía general de Fuerteventura.

El primer marqués de Lanzarote, don Agustín de Herrera, tomó sin duda bastante predominio en estas campañas judiciales sobre su primo don Gonzalo de Saavedra, luego que en 1570 añadió a sus derechos primordiales seis dozavos de jurisdicción, por compra que hizo al conde de Portalegre y a doña Sancha de Herrera, su sobrina. [...]

13. INVASIÓN DE LOS BERBERISCOS EN FUERTEVENTURA

Corría el año de 1593, cuando se echó sobre Fuerteventura una armadilla de corsarios berberiscos, mandada por el moro Xabán, famoso arráz de aquellos tiempos. Este jefe hizo desembarcar hasta 600 hombres armados que, habiendo marchado a la villa de Betancuria sin encontrar mucha oposición, quemaron los edificios, saquearon el país y redujeron a ceniza los pajeros o graneros de trigo de aquella comarca. El principal cuidado de don Gonzalo de Saavedra, en medio de tan atroz borrasca, era velar sobre la seguridad de una tierna niña que hacía criar, mirándola desde entonces como heredera presuntiva del estado. Tal era doña María de Moxica Arias de Saavedra, hija de don Fernando, su hermano, según todas las apariencias; si bien este caballero, residente a la sazón en Madrid, hacía de esta paternidad un misterio tan reservado, como ajeno de las leyes de la naturaleza y del honor.

Pendiente, pues, esta señorita del cuello y de los brazos de Marina de Casañas, su aya, y escoltada del alférez Juan de Palomares y Marcos de Armas, sus custodios, pudo refugiarse en lo profundo de una gruta de la aldea de Maninubre, en donde permanecieron todos hasta que el enemigo hubo evacuado enteramente el país. Es verdad que, habiendo llegado a la Gran Canaria el aviso de la invasión, dispuso el capitán general don Luis de la Cueva pasase al instante al socorro de Fuerteventura un

cuerpo de 200 hombres sacados de las tres compañías que había conducido a España tres años antes. Pero como desembarcaron mareados y mal prevenidos, fueron rotos casi al primer encuentro, quedando los más en el campo y todos los restantes cautivos de los moros. Esta desgracia unida a la inquietud que ocasionaba en las islas la subsistencia y alojamiento de la referida tropa apresuró la orden que al punto llegó de la corte, para que no dejando sino la que pareciese necesaria para guarnición de los castillos, se volviese el capitán general con los demás soldados a España.

Viéndose insultado don Gonzalo de Saavedra por los moros dentro de sus propios dominios, que a la verdad no había defendido con crédito, quiso vindicarse de aquella bárbara nación y, haciendo del modo posible el papel de Agatocles, se fue a echar sobre las costas de África porque sabía que los berberiscos no eran allí invencibles. En efecto, Fuerteventura vio regresar su armada poco tiempo después, cargada de cautivos que aumentaron el número de sus esclavos y vasallos. Aquel nombre envi-
lecia éste. [...]

21. FAMOSA MEMORIA AL REY

[De Don Fernando Arias]

Entre tanto, deseando nuestro don Fernando sacar un partido todavía más ventajoso de su gran jornada a la corte, creyó no debía retirarse de los pies del rey sin suplicarle se sirviese honrar su persona y su casa con la merced de título de Castilla. Esta pretensión parecía justa, y fue entonces cuando el suplicante dirigió al señor Felipe IV aquel famoso memorial, citado tantas veces en esta obra y compuesto por don José Pellicer de Tobar, una de las plumas más acreditadas que había en la monarquía. Consta en él que el señor de Fuerteventura se hallaba adornado de todas las cualidades y distinciones con que se merece esta dignidad: ilustre nacimiento, ser-

vicios de sus progenitores y personales, rentas y patronatos, vasallos y virtudes patrióticas. Así, no comprendo por qué motivo se le difirió una gracia que había mucho antes recaído sobre las casas de La Gomera y Lanzarote. Un título de Castilla todavía era en aquella época la mayor señal del real agrado. [...]

24. DESEMBARCOS DE LOS INGLESES EN LA GUERRA DE 1740. HONROSA DEFENSA DE FUERTEVENTURA

Otra reputación adquirieron estos valerosos isleños, en los dos desembarcos consecutivos que hicieron los ingleses en la isla, durante la guerra de 1740. Una balandra corsaria que cruzaba sobre aquella altura para interceptar las embarcaciones del tráfico se acercó la noche del 21 de octubre a Tarajalejo, puerto de la parte del Sur, y echó en tierra hasta cincuenta hombres bien armados. Habiéndose internado a la aldea de Tuineje, ejecutaron algunos robos, aprisionaron dos familias y saquearon la ermita de San Miguel. Ya era medianoche, cuando tuvo aviso de esta invasión don José Sánchez Umpiérrez, teniente coronel de las milicias y gobernador de las armas, que por una feliz casualidad se había quedado a dormir en su cortijo, distante dos millas de Tuineje. Al instante montó a caballo y, con cuatro criados y otros treinta y tres paisanos que en el pronto pudo juntar, salió al encuentro del enemigo. Pero como no se había enardecido tanto la saña de este jefe que dejase de conocer la inferioridad de su cuadrilla, se valió de la maña y empezó a tratar de capitulación sobre el rescate de los prisioneros, todo a fin de dar tiempo a que llegase más gente a su socorro.

Los ingleses no convinieron en ningún ajuste y se apostaron en un alto, formados en batalla, no sin orgullo y además amenazador. Entre tanto, ya había recibido el gobernador mayor refuerzo, especialmente el de una re-

cua de cuarenta camellos, que puso al frente de su tropa, o para amedrentar a los ingleses, como Pirro con sus elefantes a los romanos, o para que recibiesen como trincheira la primera descarga del enemigo. Así fue, porque sin dar lugar a la segunda, acometió el gobernador a los ingleses con tal denuedo, que después de una hora larga de combate consiguió derrotarlos enteramente, siendo lo más particular que los isleños, a excepción de cinco que llevaban armas de fuego, los demás sólo habían peleado con picas, chuzos y lanzas.

De los cincuenta ingleses, treinta quedaron muertos, y los veinte restantes prisioneros de guerra. De nuestra parte sólo hubo cinco muertos y dieciséis heridos. Debióse este feliz suceso a la presencia de ánimo del teniente coronel que, con su propio espontón, derribó muertos a sus pies diez ingleses y entre ellos uno que iba huyendo a la marina con los vasos sagrados de la ermita saqueada. Los despojos de esta victoria fueron ciento cincuenta pistolas, cincuenta fusiles con bayonetas, cincuenta sables, una bandera, un clarín y dos granadas reales. Todo se repartió entre los que se hallaron en la función, por orden de don Andrés Bonito, comandante general de las Canarias. Los prisioneros fueron trasladados a Tenerife.

Apenas habían respirado del cansancio de esta refriega los intrépidos majoreros, cuando tuvieron que volver a las armas para rechazar nuevo ataque del enemigo. Otro corsario inglés, acaso por vengar el ultraje de su nación, surgió en el mismo puerto de Tarajalejo el 29 del mismo mes de octubre y desembarcó cincuenta y cinco hombres armados. Éstos tomaron igual rumbo que los otros. Su furia descargó también sobre Tuineje y San Miguel. Pero el teniente coronel gobernador don José Sánchez de Umpiérrez, el capitán don Melchor de Larena, el capitán Soto y otros bravos oficiales de las milicias dieron con su gente sobre ellos tan rápidamente, que sin dar cuartel no dejaron un solo inglés con vida. Los nuestros perdieron con dolor al capitán Soto y otros cinco soldados que

murieron defendiendo gloriosamente la patria. Se tomaron cincuenta y cinco fusiles, dos esmeriles, cincuenta y cinco pistolas, cincuenta y cinco sables, etc., despojos que se repartieron también entre los vencedores. Es verosímil, dice Jorge Glas, que los ingleses se habían engañado en la idea que formaron del número de los habitantes de la isla, porque, vista del mar, parece solitaria.

Tales fueron las hazañas de los valerosos hijos de Fuerteventura que celebró entonces la fama en los papeles públicos del reino; tales las armas y banderas que bendijo poco después solemnemente el ilustrísimo don Juan Francisco Guillén, obispo de Canarias, visitando la isla; y tales los oficiales y soldados que honró con su presencia y elogios el comandante general don Andrés Boino, uno de los que más se han aplicado a poner las cosas de la guerra en mejor pie.

25. SOSTIENE EL SEÑOR DE FUERTEVENTURA SUS PRERROGATIVAS EN LAS MILICIAS DE LA ISLA

Pero este mayor influjo de los comandantes generales en los negocios militares de Fuerteventura vino a ser un manantial de celos para el señor del territorio. Él veía que, en notoria contravención al antiguo privilegio de su casa, tan refido, tan ejecutoriado, tan sostenido por sus predecesores, habían consultado los comandantes no una vez sola, sino dos o tres veces, para el coronelato de la isla, a diversas personas, sin su consentimiento, noticia ni aprobación. Veía que privarle de este derecho de consulta era despojarle de una de las preeminencias más preciosas de su estado. La dirección de las fuerzas militares de un país es la fuente de la mayor autoridad. Veía, en fin, que se tiraba a hacer como hereditario en una familia el empleo más considerable de Fuerteventura, lo que le parecía contrario a la sana política, al real servicio y a la libertad pública.

¡Qué no trabajó don Francisco Bautista de Lugo y Saavedra para poner en claro su prerrogativa, su razón, su agravio y su justicia! No obstante, los coroneles nombrados por la comandancia se sucedieron unos a otros, y se pasó algún tiempo antes que la corte le mandase conservar en la posesión inmemorial, en que habían estado los señores de Fuerteventura, de consultar las vacantes de los oficiales de sus propias milicias. [...]

27. CALAMIDAD Y DESOLACIÓN DE FUERTEVENTURA EN ESTOS ÚLTIMOS AÑOS

Pero por desgracia había habido mucho descuido en fortificarlas contra un enemigo doméstico, infinitamente más atroz que todos los enemigos de la corona y que ya estaba acostumbrado a hacer en ellas los mayores estragos. Habiendo la falta de lluvias (siempre seguida de los horrores de la escasez, la hambre y desolación) continuado por tres años sobre Fuerteventura, renovó en ella el triste espectáculo que se había representado en los primeros años de este siglo. Aquellos pobres habitantes, como ahuyentados del azote del cielo, abandonaron la estéril patria y en varias cuadrillas se derramaron por las demás islas para buscar el sustento necesario. Algunos pasaron primero a Lanzarote; pero, hallándose bien presto los lanzaroteños casi en igual calamidad, se vieron estas familias, consumidas de sed y hambre, desembarcar como langosta en los puertos de Canaria, Tenerife, Palma y aun del Hierro. Las naves que solían volver de Fuerteventura llenas de cebada y de trigo no llegaban sino cargadas de hombres, mujeres y niños expatriados y macilentos. Quedó la isla enteramente indefensa, y hubiera sido presa de cualquier pirata, si por desgracia se hubiera ofrecido invadirla. Para esta transmigración habían vendido sus heredades a vil precio, después de haber visto perecer sus mejores ganados y haber comido los animales inmundos. Era objeto que hacía gemir ver tantas per-

sonas mal vestidas y descarriadas mendigando a voces el pan por las calles, plazas e iglesias.

Entonces fue cuando en las tres islas mayores se abrió un campo dilatado a la cristiana caridad. La Gran Canaria echó de ver cuánto vale en semejantes casos un prelado tierno, liberal, compasivo, padre de los pobres, pobre él mismo, y que hace el mejor adorno de su mitra de los pobres. Ningún canario olvidará jamás cuánto hizo en tan lamentable estrecho el ilustrísimo señor don fray Juan Bautista Cervera, obispo de nuestras Canarias, seguido de muchos canónigos y racioneros de su cabildo y de los próceres de la ciudad de Las Palmas. Ninguno olvidará tampoco cuánto hizo el excelentísimo señor don Miguel López Fernández de Heredia, comandante general de las mismas islas. El puerto de Santa Cruz de Tenerife tuvo la satisfacción de ver el celo con que este piadoso jefe se aplicó al alivio de todos. Ya sustentando a su puerta largas partidas, ya disponiendo que se enviasen socorros de trigo y agua a los que habían quedado en Fuerteventura y Lanzarote, ya haciendo venir algunas cantidades de grano de Mogador y otros países, ya alcanzando de la beneficencia y piedad del rey una considerable remesa de trigo de Andalucía, ya, en fin, disponiendo los ánimos de los vecinos de aquel pueblo de tal manera que se llegaron a distribuir diariamente casi 1.500 raciones fijas entre los necesitados.

No olvidarán, en fin, el memorable acuerdo que hizo el ayuntamiento de la muy noble ciudad de La Laguna en 28 de noviembre de 1771, acuerdo lleno de humanidad, patriotismo y filosofía cristiana, por el que se asignaron largas cantidades de sus propios para subvenir a los indigentes; se trató de recoger los enfermos en uno de sus hospitales; se rogó a los vecinos declarasen cuántos podría cada uno mantener a sus puertas cada día; se formó matrícula, se publicó bando llamando a todos los pobres que residían en la ciudad para que concurriesen a la Plaza del Adelantado y recibiesen boleta con expresión de su nombre y del vecino a quien debían acudir;

se extendió la misma providencia a todos los pueblos de la isla, y se confió a la eficacia del apoderado del personero general de Tenerife en Madrid la humilde representación que se debía hacer al monarca con motivo de esta tribulación. Iguales esfuerzos de generosidad se vieron en la isla de La Palma, cuya nobleza se aplicó al alivio de casi 3.000 tráfugos, con todos los arbitrios que la situación de los tiempos permitía.

El consejo, vista la representación del apoderado de Tenerife y la respuesta fiscal, resolvió hacer consulta al rey. S. M. mandó fuesen socorridas las islas con 40.000 pesos de su real erario, y dos barcos de trigo, con orden para que el comandante general y el reverendísimo obispo distribuyesen una parte en limosnas por parroquias y otra se prestase con calidad de reintegro. Esta orden se comunicó por el excelentísimo secretario de hacienda. El consejo libró su real provisión en 16 de enero de 1772, dirigida al regente y oidores de Canaria, para que diesen las providencias necesarias a fin de que no creciese el desamparo de Fuerteventura y Lanzarote. En otra carta orden de 21 del mismo mes, dio al ayuntamiento de La Laguna las gracias por el acuerdo de 28 de noviembre, y dispuso que asistiese a los vecinos de ambas islas con los caudales de los propios, con calidad también de reintegro.

Es regular consecuencia de la miseria la enfermedad, y este nuevo azote descargó sobre la provincia de manera que murió un número considerable de habitantes, señaladamente en 1772, año notado en Europa por el de mayor mortandad del siglo presente, según algunos calculadores. Es verdad que el cielo se mostró por último más benigno sobre los campos de Fuerteventura y Lanzarote y que la abundante cosecha de granos volvió a llamar a la patria los desterrados; pero, como se habían descarriado muchos, retornaron menos, y éstos débiles, sin heredades propias que cultivar, y, lo que es todavía peor, desacostumbrados al trabajo.

El carácter de indolencia y dejamiento de los de Fuerteventura, naturalmente desaplicados, como los habitantes del continente de África, sus vecinos, a todo cuanto sea mejorar las comodidades de la vida con la industria, junta con la espantosa escasez de víveres, tan frecuente en medio de un país pingüe, que es el principal granero de todas las Canarias, nos hace ver dos cosas al mismo tiempo: 1.^a La causa de estar la mitad de la isla mal poblada y la otra mitad casi enteramente desierta. 2.^a El grave descuido en hacer depósitos de granos en los buenos años para ponerse al abrigo de la hambre en los estériles.

Fuerteventura suele producir en un año abundante sobre 300.000 fanegas de excelente trigo, sin contar el maíz y la cebada, con ser que apenas se cultivan la mitad de sus campos. Aquellos naturales poseen el secreto de conservar en sus pajeros el trigo tan reciente, después de un largo número de años, como si se acabase de coger. Pero son pobres, y pobres que aman la pobreza por desidia, como otros por virtud. No tienen otras rentas ni otro comercio sólido que el de sus granos; por consiguiente, ni la perspectiva de un año infeliz ni la memoria de las desolaciones pasadas les detiene para que dejen de vender con ansia y extraer sin economía toda la cosecha. Son desaplicados, y por eso aguardan a que de las otras islas, en especial de la de Tenerife, vayan a segarles las mieses. En fin, son vasallos de un señor, siempre ausente que, teniendo apenas una dozava parte en Fuerteventura, no puede fomentarlos, protegerlos ni velar sobre su común felicidad; por eso la mayor isla de las Canarias es a proporción la menos poblada, y sus habitantes los menos industriosos de la provincia.

No era así en tiempo de los antiguos Saavedra. Estos hombres tenían actividad, tenían marina, iban a derramar el espanto sobre las costas de África, volvían cargados de despojos, sostenían un comercio reglado con Portugal. Éstos fueron los bellos días de Fuerteventura. De aquí es que, cuando se fija una atención filosófica en el cre-

cido número de familias que por orden del ministerio ha salido de nuestras Canarias para ir a sepultarse con toda su posteridad en la isla de Santo Domingo, Florida, Montevideo y otros parajes de la América, dejando, por decirlo así, dentro de sus propias casas la dilatada y fértil isla de Fuerteventura, mal poblada y mal cultivada, cualquiera desearía que se hubieran establecido en ella estas colonias, con preferencia a aquellos climas diversos, pobres y pocos sanos. Pero acaso éste sería uno de aquellos pensamientos sólidos que, atendidas las circunstancias, se reputarían impracticables. [...]



Biblioteca Básica Canaria



VICECONSEJERIA DE CULTURA Y DEPORTES
GOBIERNO DE CANARIAS

socadem



9 788487 137952